



BENE

THE GUZZI
LEGACY BOOK 5

BETHANY-KRIS

SWEET HEART BOOKS

BENE

THE GUZZI
LEGACY BOOK 5

BETHANY-KRIS

SWEET HEART BOOKS

BENE

Una venganza puede cambiarlo todo...

Bene Guzzi está caminando en una línea muy fina. En su familia, la mafia, e incluso con su propio gemelo. Ser un príncipe Guzzi significa que no tiene tiempo para ser un desastre, así que necesita arreglarlo y rápido.

Vanna Falco no es nada de lo que parece. Su cara de ángel esconde un pasado lleno de dolor y sus secretos podrían ser suficientes para acabar con la familia Guzzi para siempre. Es decir, si nadie descubre la verdad.

Pero todo se pone más difícil cuando la gente que no debería estar junta, empieza a caer con fuerza. Y nadie es más peligroso que un Guzzi enamorado.

¿Pero las mentiras entre ellos?

Bueno, podrían arruinarlo todo.

PRÓLOGO

"¿Qué quieres decir con que no estás seguro?"

Vanna Falco tenía reglas. Ella los siguió sin importar qué. ¿Su regla número uno? Cuando su padre se puso ruidoso, ella se quedó callada y se apartó de su camino. No es que Adam alguna vez le gritara porque ciertamente no lo hizo. Además, nunca impuso su gran presencia sobre ella de tal manera que la intimidara como lo hizo con casi todos los demás a su alrededor.

Aún así, se mantuvo fiel a esa regla. Una de muchas, honestamente.

A través de los altavoces Bluetooth del coche, el hombre con el que su padre había estado conversando durante el viaje trató de responder a Adam con, "Este plan tuyo, eso es todo lo que estoy diciendo. No funcionará de la forma en que crees que lo hará.. Vas a hacer que nos maten a todos..."

"O tienes miedo".

"¡No tengo miedo! No funcionará."

"Lo harás. Sólo haz lo que se te dijo".

"Estás delirando, Adam, y si no me hubieras forzado a venir aquí, habría entregado tu culo al jefe por este... plan".

"Excepto que no puedes", respondió Adam fríamente, "no sin revelar el hecho de que sabía que estabas robando para financiar el hábito de juego de tu esposa. Así que, de cualquier manera, ya sea que me ayudes o me hagas daño aquí, todavía estás jodido. Recuerda eso la próxima vez que quieras echarte atrás".

Un pitido sonó a través de los altavoces del coche, diciendo que la llamada se cortó. El silencio se arrastraba, muy parecido a su vehículo en el tráfico del centro de Toronto.

Las calles de la ciudad que pasaban, y el teléfono en sus manos donde se desplazaba a través de sus redes sociales, mantuvieron su atención hasta el momento en que Adam volvió a hablar desde el asiento delantero. Aunque, esta vez habló con ella, y no con alguien a través de una llamada. Navegaba por el tráfico del centro de la ciudad con facilidad y paciencia; conducir me relaja, decía.

"¿Sabes qué es lo que más respetamos los italianos, Vanna?"

Cuando su padre hablaba, Vanna siempre escuchaba. Sus amigos, los pocos que hizo en su instituto privado, nunca entendieron por qué prefería pasar tiempo con su padre en lugar de hacer algo con ellos.

"¿Lo haces?" preguntó de nuevo, los ojos oscuros se dirigen al espejo retrovisor del Mercedes para ver su mirada en el asiento trasero.

"Dios".

Sonrió. "¿Y?"

"La familia".

Adam inclinó su cabeza hacia un lado. "Eso depende de..."

"...su lealtad al clan".

Si su padre pensaba que la haría tropezar con esa pregunta, ella tenía una sorpresa para él. Quince años de su vida pasados bajo sus pies le enseñaron muchas cosas... las lecciones más prominentes, y constantes, habían sido sobre sus maneras; sus reglas.

El camino de la Camorra.

La vida de la mafia.

"Bien, bien. Pero no, esas no son las cosas a las que me refiero".

Vanna frunció el ceño, masticando sus pensamientos mientras intentaba señalar la lección que su padre insinuó con su pregunta. Sonrió brevemente, la fuerte línea de su mandíbula se ablandó cuando ella miró su perfil; que, de hecho, sabía que se las arregló para hacerla dudar con una respuesta.

"Tal vez hice mal la pregunta", meditó su padre.

"¿Quizás?"

Se rió. "Si tenemos a Dios y a la familia más cerca de nuestros corazones, ¿qué tendríamos aún más cerca?"

Ah.

Ahora lo ha entendido.

Su vida en pocas palabras.

Su padre hablaba.

Ella escuchó.

Adam era todo lo que tenía, después de todo. Sus parientes de sangre se habían ido hace mucho tiempo. Su abuelo, Gabriel Canali, fue asesinado, y su tía Elena, la media hermana de su padre, se suicidó poco después, dejando a Adam solo como el hijo bastardo de un jefe de la Camorra muerto, con una organización criminal en ruinas, y el clan en pedazos. Rechazado por su padre antes de su asesinato, ya que su madre, ahora muerta, hizo todo lo posible por mantenerlo lejos de la vida, Adam era más bajo que la suciedad y tratado de la misma manera durante años después.

Todo por una familia.

Un hombre.

Gian Guzzi.

Se había casado con su tía, mató a su abuelo, lo que causó el suicidio de Elena, o eso le habían dicho siempre, y arruinó el nombre Canali para siempre. Podría haber

sucedido hace décadas, pero para ellos... para Vanna y su padre, que vivieron con el conocimiento de lo que sucedió en ese entonces, y sufrieron las consecuencias de ello mucho después, bueno, simplemente no pudieron olvidar.

No podían permitírselo.

No importaba que fueran Falco, usando el apellido dado a Adam por su madre, porque seguían siendo Camorra. Y ese era su camino.

"¿Y bien?", preguntó su padre, trayéndola de vuelta al presente con una explosión. "¿Tienes una respuesta para mí?"

Lo hizo.

"Vendettas", respondió Vanna, repitiendo como un loro la única respuesta apropiada. "Nuestras vendettas son más importante".

Esa sonrisa volvió a adornar los labios de Adam.

Por muy débil que fuera.

Se quedó callado, y entonces ella volvió a prestar atención al teléfono en sus manos. El tráfico se arrastraba, pero pronto llegarían al restaurante donde su padre pretendía hacer su próximo movimiento para hacerse cargo del clan Camorra. Un objetivo suyo, dejó claro, en el que había trabajado desde que le fue arrancado de las manos tras el asesinato de su padre.

Eso fue hace dos décadas.

Finalmente, tuvo la oportunidad de tomar su legítimo lugar de nuevo encabezando el clan. *Roma no se construyó en un día*, dijo Adam, *y yo tampoco me haré cargo en uno*. Él hablaba mucho, y ella pensó que le decía estas cosas porque ella era todo lo que tenía, también.

"¿Vanna?"

"¿Hmm?"

"Necesito que recuerdes eso... sobre nuestras venganzas."

Miró hacia arriba desde la pantalla de su teléfono, encontrándose con la mirada de su padre en el retrovisor una vez más. También le permitió la oportunidad de ver dónde estaban actualmente en la ciudad. A un par de cuadras de su escuela donde la dejaba cada mañana antes de ir a su día y a sus negocios, sólo para estar allí a las tres de la tarde en punto para recogerla.

Sin excusas.

Él escuchó su día.

Ella escuchó el suyo.

La gente no entendía por qué nunca desobedeció a su padre, siempre su buena chica, siguiendo todas las reglas establecidas para ella. Ella nunca se preguntó por qué. La cuidaba cuando estaba enferma, le leía un cuento tras otro, y él era todo lo que ella conocía.

Su madre, una cosa pasajera y negligente, no había estado en su vida desde antes de que pudiera recordar. Ella estaba más resentida con Rose por eso, y aunque cualquiera que hubiera conocido a su madre a menudo decía que Vanna se parecía a la mujer en apariencia, no tenía recuerdos de ella. Sus delicados rasgos compuestos por una nariz de botón, pómulos delicados, ojos castaños oscuros del mismo tono que su cabello revuelto y labios en forma de corazón no coincidían en absoluto con los de su padre, así que sabía que tenía que provenir de su madre.

Y aún así, encontró un mejor sentido de la familiaridad al mirar a su padre que al mirarse en un espejo. Culpó a su madre por eso, pero al menos tenía a su padre.

Ella lo amaba.

Él la amaba.

"Y algún día", dijo Adam, trayendo su vehículo a un arrastre detrás del coche delante del suyo que disminuyó la velocidad para una luz amarilla adelante, "finalmente seremos capaces de cumplir nuestra venganza, ¿no?"

"Por supuesto, papá".

"¿Por qué?"

Las palabras que le repitió durante años se le escaparon de la boca sin que ella tuviera que pensar en ello, de verdad. "Porque lo que nos quitaron".

"Sí".

"Casi nos arruinan".

"Pero no del todo".

Vanna asintió. "Y así, tienen que responder por ello".

"Exactamente, mi niña. Exactamente. Somos los únicos a los que les importa lo que la familia Guzzi nos hizo hace tantos años, pero tampoco lo olvidaremos nunca. Es nuestra forma de vida. Ojo por ojo. Ellos nos quitaron, y nosotros les quitaremos, sin importar lo que pase".

Los edificios familiares los pasaron de largo.

El silencio se extendió.

"No puedes olvidar la venganza, Vanna", dijo en voz baja.

"No lo haré".

"Prométemelo".

Ella no entendía para nada por qué él exigía esa promesa. Ella haría cualquier cosa por su padre, su única constante, un héroe en su mente. Por amor, y poco más, sus lealtades estarían siempre con él.

"Lo prometo", dijo Vanna.

Adam dejó salir un pesado chorro de aire, sus dedos apretando rítmicamente alrededor del volante envuelto en cuero. "Eso es lo que quiero oír".

"¿Papá?"

"¿Sí?"

"Todo está bien, ¿verdad?"

Se tomó un segundo para responder.

No le gustó eso.

Hoy sería un gran día para él, si el movimiento que planeó contra el actual jefe de la Camorra de su clan se hiciera como él dijo que se haría. Toda la vergüenza de ser el hijo de un hombre que casi permitió que su clan se hundiera por sus tratos con Gian Guzzi desaparecería.

Serían geniales de nuevo.

Sólo tenía que ir a la derecha.

"Está bien", murmuró Adam, "Lo prometo, pero aún así tienes que recordar lo que te dije. Todo, Vanna".

Lo haría.

Y su padre mintió.

No estaba bien.

En una semana, estaría muerto.

Lo enterró en su decimosexto cumpleaños.

Sin embargo, Vanna nunca olvidó la venganza.

No pudo.

Le hizo una promesa.

¿No le debía eso?

Hay un momento en el que una persona se encuentra con su reflejo y sonríe. Nadie sabe realmente por qué, y no tiene que ser una gran sonrisa, tampoco. A veces se hace con los labios levantados en las esquinas, y otras veces, todo está en los ojos. Un brillo que sólo dice felicidad.

Benedetto Guzzi siempre pensó que uno sonreía a su reflejo porque sentía cariño en la familiaridad. Ver algo que reconocía cada centímetro, como su cara, era reconfortante. Más que algo extraño y desconocido.

Solía ser así con su gemelo, también. Idéntico en todos los sentidos de la palabra, Bene nunca dejó de sonreír cuando miraba la cara de Beni. Bene nunca dejaba de sonreír cuando miraba el rostro de Beni. Excepto que últimamente, ese no era el caso en absoluto, y era cada vez más difícil ocultarlo.

No es que fuera culpa de Beni.

Ni de nadie más.

Todo esto fue por Bene.

Hablando de eso...

"¿Estás bien?"

"Sí, por supuesto", respondió Bene.

"¿Estás seguro?", dijo su hermano. "Porque te pasaste dos minutos mirando a la pared en vez de anudarte la corbata".

Dios.

¿Por qué Beni tenía que conocerlo tan bien?

"Tengo muchas cosas en la cabeza, eso es todo."

En el espejo, Beni arqueó una ceja. Deseaba poder decir que sus rasgos idénticos hacían lo mismo, pero como Bene había caído en este pozo del infierno dentro de su propia mente estos últimos meses, todas las extrañas similitudes y peculiaridades que compartía con su hermano se detuvieron. Beni continuó, seguro, como si no hubiera cambiado en absoluto, pero Bene...

Una historia diferente.

Una que no sabía cómo contar.

Eso era parte del problema, ya que durante mucho tiempo habían sido sólo ellos dos. Bene y Beni. Los gemelos. Atascados juntos, si le preguntas a alguien que los conociera. La misma alma, si le preguntabas a la gente que estaba muy cerca de los gemelos.

Excepto que no eran esas cosas. Oh, claro. Se veían iguales y actuaban de la misma manera. Pasaron toda su niñez, adolescencia e incluso la primera parte de su vida adulta juntos, siendo extensiones del otro, pero simplemente... cambió.

Todo a la vez.

Bene parpadeó, y eso se acabó.

Al final, aún así salieron siendo dos hombres completamente diferentes. Beni estaba listo para ser el hombre que sabía que podía ser sin su gemelo para sostenerlo en sus propios pies, y Bene ya no sabía qué carajo estaba haciendo. Aún necesitaba descubrirlo de alguna manera, y solía hacer cosas así con su hermano. Ahora, tendría que hacerlo solo, y no estaba seguro de cómo se sentía al respecto.

No, en absoluto.

"Estoy preocupado por ti, ¿eh?"

Bene se aclaró la garganta y sacudió la cabeza. Forzó una sonrisa en su cara para que su hermano lo viera, y no pensara que algo pasaba. Hoy no era el día para la mierda oscura en su mente, y seguramente podría aspirar sus emociones durante unas horas para que su hermano pudiera tener su momento.

¿Verdad?

Cierto, se dijo a sí mismo.

Probablemente tendría que decirlo unas cuantas veces más antes de que terminara el día. Así era su maldita vida últimamente.

Parecía una maldita broma.

"Estoy bien", dijo Bene, aplaudiendo a su hermano en el hombro y manteniendo esa misma sonrisa firmemente en su lugar. Por la forma en que los labios de su hermano se dibujaron en las esquinas, se dio cuenta de que Beni no le creía, pero probablemente no lo llamaría por su mierda. "Además", añadió, comprobando el reloj de su muñeca, "tenemos veinte minutos más antes de que tenga que tenerte abajo, y listo para casarte. ¿Estamos perdiendo el tiempo hablando de nuestros sentimientos, o vamos a casarte?"

Beni se rió. "Imbécil".

"¿Qué?"

"Di casado con un poco menos de asco, ¿sí?"

Bene se encogió de hombros. "No veo el atractivo, eso es todo".

Tampoco fue con quien eligió casarse su hermano. August Rivera era una chica genial, lista como la mierda, se veía bien en el brazo de su gemelo y podía defenderse del resto de ellos. Nunca se tomó ninguna de las tonterías de Bene cuando empezó a andar con Beni, e incluso ahora, por lo general, era la primera en llamarlo por algo cuando tenía uno de sus días. Su madre la adoraba. Su padre pensaba que August era todo lo bueno para Beni.

Y lo era.

Bene no lo negaría.

Le gustaba August.

Fue sólo... el matrimonio. En general. No tenía miedo de casarse, no tenía miedo de enamorarse. No podía cuando su madre y su padre dieron a sus cinco hijos el mejor ejemplo de amor y matrimonio de toda su vida. Simplemente no entendía cómo una persona podía casarse a su edad, veintidós años, como si no tuviera sus mejores años por delante.

Eso era todo.

Por otra parte, Beni la encontró, ¿verdad?

Eso es lo que dijo su padre.

Sus hermanos también.

Y cuando un Guzzi encontró a esa mujer, no le importaron sus mejores años por venir, o cualquier otra cosa.

Sólo se preocupó por ella.

Beni encontró a August.

Bene todavía estaba solo.

Muy bien.

Ahora volvía a esa mierda.

Perfecto.

"En serio", dijo Bene, haciendo lo posible por ocultar la aspereza de su voz, "¿te casarás o hablarás de mí? Porque si mamá viene aquí y ve que aún no estás vestido, me culpará a mí".

"Pero estas bien, ¿no?"

"Estoy bien".

Y esa fue la última vez que lo dijo, también.

Bene miró a lo lejos al ver a su hermano encontrarse con su mirada en el reflejo del alto espejo que los dos usaban para prepararse. Para la boda. La boda de Beni. Después de hoy, su gemelo ya no estaría solo en una habitación en su ático compartido. Aunque, para ser justos, Beni no había estado viviendo con Bene por un tiempo.

Aún así, esto se sentía permanente.

Más, en cierto modo, por todo el asunto del matrimonio. Su gemelo regresaría a Chicago, un lugar que Bene odiaba, para vivir con su nueva esposa. Para siempre. Cualquier esperanza que Bene tenía de que su hermano volviera a Toronto a vivir de nuevo, básicamente ya se había ido. Beni encontró algo que quería en Chicago, y no le importó quedarse allí para conservarlo.

¿Y dónde dejó eso a Bene?

Había aprendido muchas cosas en los últimos meses, pero lo más destacado era que no sabía nada. No sobre sí mismo, de todos modos. Bene no sabía quién era sin Beni. Tampoco tenía idea de quién quería ser, y no creía que fuera a descubrirlo pronto. Hasta ahora, todo lo que había hecho sin su hermano era ahogar sus problemas en una botella de licor o en unas horas de diversión.

¿Qué es lo que te pasa? Es grandioso.

Ahora, incluso su propia mente se estaba haciendo esa pregunta. Normalmente, era uno de sus otros hermanos -más a menudo Marcus, que Chris o Corrado- o incluso sus padres los que se atrevían a hacer la pregunta. Parecía que su mente estaba lista para entrar en la maldita fiesta, también.

Bene podría prescindir de eso.

Todo.

Al menos, por hoy.

Sólo déjame pasar hoy, por favor.

"Hey".

Bene encontró que su hermano aún lo miraba en el espejo. Qué sorpresa. Beni sabía cuando la mierda estaba en marcha; esconderla no tenía sentido, pero aún así lo intentaría. ¿Qué más podía hacer en este momento?

"¿Sí?"

"Ya que eres el padrino y todo..."

"¿Qué? ¿Piensas cambiar eso en el último minuto?"

"Nunca".

Eso hizo sonreír a Bene. Una genuina, también. "¿Qué, entonces?"

Beni se encogió de hombros y sacó de su bolsillo una pequeña caja blanca con un lazo de satén en la parte superior. "Es un regalo para August, quería que tuviera algo antes de que caminara por el pasillo, y sí".

"¿Quieres que se lo lleve?"

"Se supone que no debo ir al otro lado de la iglesia hoy. Fui advertido."

Bene se rió entre dientes. "Es de mala suerte".

"Mierda supersticiosa, es lo que es."

"Y aún así, sigues en este lado de la iglesia."

Beni frunció el ceño, aunque todavía parecía juguetón. "¿Se lo vas a llevar o qué?"

"Por supuesto, hombre."

Tomó la caja y le dio una palmada en la espalda a su hermano mientras Beni se volvía a mirar al espejo una vez más. Saliendo de la habitación sin decir nada más,

Bene se detuvo el tiempo suficiente en la puerta para mirar por encima del hombro y acoger a su hermano en silencio sin que Beni lo supiera.

Así, alguien podría no ser capaz de distinguirlos. El mismo peinado desteñado, los mismos rasgos que tomaron de su madre y su padre, cortados con mandíbulas de acero, labios que siempre parecían sonreír sólo por la forma, ojos marrones oscuros con manchas doradas cerca de los iris, y piel de tono oliva bronceada por el brillante sol de junio que habían estado recibiendo.

Idénticos.

Y ahora mismo, eran dos hombres idénticos en dos lugares completamente diferentes. Es curioso cómo funcionó eso.

Podrían ser tan parecidos. Sin embargo, tan diferentes.

Bene descubriría su camino eventualmente. Le deseó a su hermano suerte al caminar por su cuenta. Era todo lo que podía hacer ahora.

Además, tenía un trabajo que hacer.

Un padrino de boda.

El regalo en su mano se sentía pesado.

Un regalo para entregar.

Se ocuparía de todo lo demás más tarde.

Siempre llegaba más tarde.



"Me complace decir que esas lecciones de baile conmigo cuando eras más joven valieron la pena", dijo la madre de Bene mientras se movían con gracia por el piso principal. A su alrededor, otros bailaron el vals y dieron vueltas en círculos con sus propios compañeros, presumiendo ante los invitados en la recepción. La boda transcurrió sin contratiempos, siempre que la ceremonia católica tradicional pudiera ser, pero ¿el resto de la noche? Eso sería una fiesta. Una fiesta larga y divertida. "Siempre te gustaron esas lecciones nuestras".

Sonrió. "Porque estaba pasando tiempo contigo".

Cara se rió. "Sabes, siempre me he preguntado sobre eso."

"¿Sobre qué?"

Tirando ligeramente hacia atrás para poder mirarle a los ojos, Cara se encogió de hombros. "Me preocupaba que nunca les prestáramos suficiente atención uno a uno a cada uno de ustedes. Que con tantos hermanos, alguien se sintiera excluido del resto."

"Nunca", aseguró.

Sus padres hicieron un gran esfuerzo para asegurarse de que todos sus hijos fueran amados y tuvieran exactamente lo que necesitaban. Tiempo, atención y afecto incluidos. Para él y su madre, eso significaba que las clases de baile dos veces a la semana, nunca fallaban. Se dio cuenta rápidamente, lo disfrutó también, y nunca se quejó cuando su madre le dijo que era hora de practicar.

"Ciertamente hoy pones una cara feliz", dijo Cara, con la palma de su mano acercándose para darle una palmadita en la mejilla con un toque suave. Maternalmente. Siempre la madre, no importa la situación. Simplemente sabía cuando uno de sus chicos se sentía mal, o lo que fuera. "Pero, ¿cómo te sientes realmente esta noche?"

La mirada de Bene pasó por encima del hombro de su madre para ver el gran salón de baile. El hotel se había transformado para la cena y la recepción después de la boda de Beni y August. Las mesas ya no estaban, ahora empujadas a lo largo de las paredes por los invitados que preferían sentarse en vez de levantarse a bailar. Un popular DJ mantenía a todos en movimiento y divirtiéndose. Los sirvientes se paseaban con licor gratis para quien quisiera beber, y el gran toldo de seda y gasa que cubría los techos colgaba entre luces brillantes.

En general, fue una buena noche.

Una fiesta Guzzi.

En el otro extremo de la habitación, encontró a su gemelo bailando con su nueva esposa. La canción era un poco rápida, pero lo suficientemente lenta para un vals rápido. Excepto que Beni y August no bailaban rápido, y de hecho, se mantenían juntos.

Dulce, de verdad.

Como debe ser.

"Es tan feliz", murmuró Bene.

Cara suspiró. "Lo es".

"Y no estoy seguro de lo que soy, Ma."

La mano de ella en su mejilla le acarició de nuevo, más suave esa vez. Su reconocimiento silencioso de un problema con el que él había estado lidiando por mucho tiempo, pero solo. Principalmente porque no sabía cómo decirles a ellos, a su familia, a su gemelo, que las cosas eran confusas para él en este momento. Estaba feliz por Beni, pero también era infeliz por sí mismo.

¿Pero no fue eso egoísta?

¿Pequeño?

Bene no quería ser esas cosas.

Tampoco sabía cómo detenerlo.

"Excepto que hoy no se trata de mí", continuó Bene, deseando poder establecerse en ese hecho en lugar de sólo decirlo, "se trata de ellos, así que es en lo que quiero que todos se centren, Ma, incluso tú, ¿de acuerdo?"

Cara sacudió la cabeza, dejando que los llevara más lejos hacia el medio del piso cuando la canción se aceleró en el tempo. "Así no es como funciona la mente de una madre. Me preocupo por todos ustedes individualmente, y juntos. Es lo que hago."

"Estoy bien".

No paraba de decir eso.

Bene no podía decirlo en serio.

Todavía no.

Fíngelo hasta que lo consigas.

Ese iba a ser su nuevo mantra. Hasta que pudiera decirlo, y en serio, Bene simplemente haría lo que tenía que hacer.

"También", dijo su madre, deteniendo su baile de repente con una de sus sonrisas astutas y luego dándole palmaditas en el hombro cuando se soltaron el uno del otro, "todavía tienes que pedirle un baile a la nueva esposa de tu hermano, y todos tus otros hermanos ya lo hicieron. Creo que te toca a ti".

"No lo estaba evitando".

"Nunca dije eso".

Bene volvió a mirar al otro lado de la habitación.

Beni y August seguían bailando, tan cerca como siempre, y aparentemente ajenos al resto de la sala. No estaba seguro de que fuera muy justo que fuera a romper eso sólo porque su madre pensaba que era su turno de bailar con August. No es que eso importara. Cara se salió con la suya... nunca falló. Lo que dijo fue, tan simple como eso.

"Cuando Beni me pregunte por qué interrumpí su tiempo con ella esta noche," dijo, "te estoy culpando, Ma."

"¿Y?"

Ja.

Y se preguntaban de dónde sacaban los hermanos Guzzi sus actitudes, en realidad. Lo obtuvieron honestamente, directamente de la boca de su madre.

"Te amo, mamá".

Cara se teletransportó. "Te amo. Ahora, ve a bailar para que pueda sacar fotos."

Bene llevó a su madre a darle un beso en la mejilla, que ella decidió usar para abrazarlo una vez más. Él necesitaba eso, aunque no durara, y no lo diría en voz alta. No es que lo necesitara porque su madre probablemente ya lo sabía.

Así era su vida.

Su madre no se había equivocado. A Beni no pareció importarle cuando Bene intervino, tocó a su hermano en el hombro y le preguntó si podía interrumpir para terminar el baile con August.

Se ganó un aplauso en la mejilla cuando Beni preguntó: "¿Cuánto tiempo más crees que tengo que entretener a esta gente antes de que pueda sacarla de aquí?"

"Beni", amonestó August.

Su hermano sólo se encogió de hombros, alejándose mientras le decía: "No es una mentira".

Bene ya había ocupado el lugar de su hermano, sólo que mantuvo su mano mucho más alta en la parte baja de la espalda de August, la tela de seda de su vestido de novia suave contra su palma mientras la llevaba de vuelta al vals. "Bienvenido a la familia".

August se rió. "Gracias".

"Vi los planos de la casa".

"¿Los viste?"

"Vaya casa que te está construyendo".

"Incluso hay una oficina de estudio."

Bene asintió. "Escribir... crear, lo que sea." "

Le ayudaste a diseñarlo, ¿verdad?"

Lo hizo.

Beni preguntó, así que.

"Necesitaba algo que me recordara a casa cuando vengo de visita", bromeó, "ya que Chicago siempre me hace querer sacarme los ojos".

"No lo hace".

"Un poco".

"Simplemente no está en casa, ¿eh?"

"No es mi casa", admitió.

"¿Le gusta Toronto a tus padres?"

"Les encanta".

Se lo imaginó.

Sus padres vinieron a la boda, pero tres semanas antes para ayudar con los preparativos finales. Ciertamente les dio a los Guzzi mucho tiempo para conocer a los Rivera. No se perdió en Bene cómo la pequeña familia de August parecía estar en sintonía con la suya, como siempre hubiera sido así.

Su padre diría que es lo que hay que hacer.

"¿Bene?"

"¿Hmm?"

Sonrió a August.

Ella le devolvió la sonrisa.

"Espero que no pienses que te lo he quitado."

Le tomó un segundo.

Y luego dos.

Ella era genuina.

Sólo le dolía.

En su pecho, el dolor se extendió como un fuego salvaje. Rápido, y con la intención de destruir el equilibrio pacífico que de alguna manera se las arregló para encontrar hoy en día. No fue culpa de August, y entendió por qué dijo lo que dijo, pero eso no cambió nada de lo que él sentía.

Nada cambió eso.

Al otro lado de la habitación, sobre el hombro cubierto de seda de August, encontró a su hermano hablando con su hermano mayor, Marcus. Como si Beni pudiera sentir la repentina puñalada de dolor que se había apoderado de Bene en su pecho, Beni se frotó en el mismo lugar de su propio cuerpo. Sin embargo, no detuvo su conversación, y continuó como si nada estuviera mal.

El subconsciente.

Siempre había sido así.

Todavía lo era, incluso así.

"¿Bene?"

Regresó a August, sin vacilar en su expresión feliz. "Sé que no lo alejaste de mí".

Esa era la verdad.

Lo sentía en sus huesos.

"A veces, me pregunto", susurró.

"No lo hagas".

Él amaba a esta mujer. Ciertamente no de la misma manera que su hermano, pero la amaba de todas formas. Amaba a August simplemente porque Beni se enamoró de ella, y ella era la perfecta para él, sin duda alguna. Su culpa era una asesina, aunque sólo fuera porque había dicho y hecho cosas al principio de la relación de August y Beni que creía que dejaba a su hermano con malos sentimientos, y a pesar de que ahora parecía estar bien entre ellos... Bene no podía decir que lo estaba. No es que su hermano le diera alguna indicación de lo contrario, e hizo todo lo posible para arreglar lo que había hecho mal.

Aún así, la culpa siguió adelante.

Matándolo lentamente.

Era la guinda de su jodido pastel.

No, August no se había llevado a su hermano. Las cosas serían diferentes ahora. Bene tenía que descubrirlo, y tenía que hacerlo por sí mismo.

Pronto, la canción cambió y alguien más interrumpió el baile de Bene con August para hacerse cargo. Un amigo de su padre, aparentemente. Dio un paso atrás y dejó que el hombre se hiciera cargo, pero sólo después de que le diera a August un beso en la mejilla, y una felicitación más. Ella se lo merecía, después de todo, de la misma manera que su hermano.

Además, Bene estaba de nuevo en ese espacio.

El oscuro.

Le dolía el pecho.

No se detenía.

Siempre parecían ocurrir cosas malas cuando se metía en este lugar, malas en su corazón y sombrías en su mente. Él actuó, sin que tuviera ningún sentido, o como si tuviera la intención de hacerlo. No quería hacerlo aquí, no en la recepción de la boda de su hermano.

Eso no fue justo.

Frente a él en la habitación, vio a Beni frotarse el pecho de nuevo.

Bene también se frotó el suyo.

A la mierda con ese dolor.

Dijo la verdad cuando no lo hizo.

Aunque no esta noche.

Nadie notaría que se ha ido.

Seguramente.

La fiesta casi había terminado. Beni lo dijo él mismo. Con más de trescientos invitados, nadie se daría cuenta de que no estaba allí para enviar a su hermano a su luna de miel de una semana en Italia.

Bene salió del pasillo antes de que alguien pudiera notar que tenía la intención de irse, el ruido de fondo y el dolor en su pecho se desvanecían con cada paso que daba. No pasó mucho tiempo antes de que estuviera en su automóvil, conduciendo por la carretera y dirigiéndose al corazón de la ciudad.

Su teléfono no sonó.

Nadie lo llamó a la fiesta.

Una distracción, su mente se repitió.

Eso es lo que necesitaba ahora mismo.

Una maldita distracción.

Bene planeaba encontrarla.

Las fechas de la lápida se burlaban de Vanna cuanto más tiempo miraba los números grabados. Algo acerca del recordatorio de que su decimosexto cumpleaños lo había pasado de pie aquí mismo, con los ojos secos porque lloró tanto en ese momento que su cuerpo dejó de producir lágrimas.

En cambio, había sollozado en seco, un grito feo que le dolía profundamente en el pecho, le dejaba la garganta en carne viva y la mantenía jadeando en busca de aire cuando no podía inhalar lo suficiente. Sus sollozos se habían apoderado del cementerio mucho después de que todos los dolientes se fueran, aunque ninguna de esas personas sentía lo mismo que ella por el hombre al que se vio obligada a enterrar ese día.

Ninguno de ellos entendía su dolor.

O lo hacían pero no les importaba.

Así es como recordaba el funeral de su padre.

Dolorosamente.

Eso fue hace cinco años.

Hasta el maldito día.

Dejó de visitar la tumba de su padre tanto como solía hacerlo los dos primeros años después de su asesinato. En lugar de dos veces por semana, era sólo los domingos después de la iglesia. Y luego disminuyó a un par de veces al mes, y ahora era sólo una vez.

¿Significaba eso que la pena se estaba asentando?

¿Qué dolía menos?

¿Qué no se sentía sola?

No.

Simplemente significaba que estar aquí no le daba la misma conexión tangible con su padre que tenía cuando llegó a la tumba. A veces, lo sentía más cuando caminaba por una calle y pasaba por uno de los lugares favoritos de Adan - las cosas habían cambiado en cinco años, seguro, pero algunas cosas seguían siendo las mismas. Otras veces, lo sentía mejor cuando se paraba en este lugar y miraba su tumba.

Aunque me dolió más aquí.

Tenía que recordar el funeral.

Y lo que vino antes.

"Hola".

La cabeza de Vanna apareció ante la voz familiar, encontrando a Mario de pie justo fuera de su clase. El principio Detti, la gente lo llamaba. O el clan, el nieto del jefe de la Camorra, era la maldita realeza en sus círculos. Tal vez era su línea de sangre y su apellido, pero Mario obtenía lo que quería, cuando lo quería. Todo lo que tenía que hacer era chasquear los dedos, y alguien saltaría para satisfacer sus demandas.

Sin embargo, él era sólo otro chico para ella.

Un chico al que parecía gustarle, claro, pero a Vanna no le interesaba.

Le gustaba mucho Mario, pero no de esa manera. Y normalmente, cuando él la esperaba en su escuela privada, era porque algo malo pasaba. Especialmente después de una clase. Significaba que alguien estaría esperando fuera para llevarlos a casa. Así era la manera de la Camorra. Cuando las cosas se ponían feas, protegían primero al clan.

"¿Qué pasa?", preguntó.

Mario trató de sonreír.

No llegó.

"¿Mario?"

Miró a un lado, y Vanna siguió su mirada. Al final del pasillo, encontró un hombre conocido... no, eso estuvo mal. Dos hombres estaban allí, esperando. Uno estaba un poco más adelante del otro, con los brazos cruzados al frente, y su traje negro de tres piezas hecho a medida para adaptarse perfectamente a su forma. Era una vista imponente, el padre de Mario.

Senior, lo llamaron.

La mano derecha del actual jefe de la Camorra, el padre de Senior. Senior probablemente seguiría los pasos de su padre, y algún día dirigiría el clan como el jefe. Como Mario, también. O eso es lo que a la gente le gustaba decir. Vanna no sabía si lo creía, o si le importaba. Después de todo, su padre le prometió que pronto sería él el jefe.

Muy pronto, si sus planes salen como él dice.

Detrás del padre de Mario, el otro hombre estaba tan estoico y silencioso como él. Esperando, pensó. Parecía que los estaban esperando. ¿Pero por qué?

"Le pedí que me dejara decírtelo", dijo Mario, con su tono bajo.

"¿Decirme qué?"

"Vanna-"

Su cabeza se movió de un lado a otro, mirando entre la gente del pasillo de su escuela privada, y Mario. Sólo entonces se dio cuenta de lo vacío que estaba el lugar. La última clase del día, por lo que tenía sentido que la mayoría de los niños se fueran corriendo de allí porque la libertad estaba ahora a su alcance.

Algo en su corazón decía que la libertad no estaba en ningún lugar para ella. Era demasiado pesado, demasiado duro, incluso. Un peso había llegado a sentarse en su estómago, como los que están sentados en sus hombros ahora, también. Casi la hizo sentir enferma, de verdad.

Uno siempre sabía cuándo venían las malas noticias. Sólo tenían que prestar atención.

"¿Qué ha pasado?" Preguntó Vanna, su voz se elevó y salió más aguda. Desesperada. "¿Dónde está mi padre? ¿Se supone que es el que me recoge en la escuela? ¿Está afuera?"

"Vanna-"

"¿Dónde está mi padre?"

Mario ni siquiera intentaba sonreír ahora. Vanna deseaba que su corazón no le doliera tanto como en esos momentos.

"Lo siento", dijo Mario, "pero tu padre fue asesinado..."

"Hola".

Vanna se alejó del recuerdo al oír la voz que resonaba detrás de ella. Al igual que ese día, cuando salía de su última clase del día, la forma en que la saludó... era exactamente la misma, y dado cómo se sentía en esos momentos, no había cambiado mucho, joder.

Si tan solo Mario entendiera cuánto lo odiaba por eso. Porque él pidió ser quien le diera la noticia, le causó más dolor del que creía, y ella tampoco podría perdonarlo nunca. No había matado a su padre, su abuelo lo hizo cuando se enteró de que Adam estaba conspirando contra él para hacerse cargo, pero a Vanna no le importaba.

Ese recuerdo se grabó en su cerebro.

En su alma.

Y también la voz de Mario, como le dijo.

Mirando por encima de su hombro, encontró a Mario esperando al final del pasillo, cerca de la estatua del ángel que parecía estar protegiendo las parcelas de las tumbas debajo de ella. Para su beneficio, no se bajó del camino para acercarse a Vanna. A Mario nunca le importó, en realidad. No que su padre muriera, o que se quedara sola como huérfana, acogida por su madre y su padre, y ella también entendía por qué. Porque su padre era el traidor. Demostró que su línea de sangre era real.

El clan siempre dijo que iría contra ellos. Que, como su padre antes que él, demostraría ser el hijo bastardo de Gabriel Canali, y lo hizo exactamente así. ¿Pero ella? Bueno, era sólo una niña, y eso no significaba mucho para ellos. Ciertamente no podía hacer nada que los perjudicara, o a su organización. Bueno, eso es lo que pensaban. Dios sabía que durante esos primeros meses, lo único que tenía en mente

era vengarse de la gente que le arrebató a su padre. Podría ser sólo una niña, pero seguía siendo una de ellos.

Nacido y criado a su manera.

Todavía es la maldita Camorra.

Ojo por ojo fue grabado tan profundamente en sus huesos como se puede, y su necesidad de venganza vino de eso, y poco más.

Alguien tuvo que llevársela, sin embargo. No pudieron encontrar a su madre. Vanna no sintió nada al respecto. Era la familia Detti. O mejor dicho, los padres de Mario. Era difícil querer herir a la gente que también la acogió y cuidó durante uno de los momentos más duros de su vida.

Es curioso cómo funcionó eso.

Dios se rió mucho a su costa.

"¿Ya casi terminas?" Preguntó Mario.

Vanna asintió. "Casi".

Eso podría ser una mentira.

Ella realmente no lo sabía.

No importaba. Esperaría todo el tiempo que ella necesitara en esta calurosa tarde de domingo mientras el sol de junio les golpeaba las espaldas, y no diría nada al respecto. Después de todo, algunas cosas nunca cambiaron, incluso si el mundo seguía girando mientras Vanna sentía que se había parado.

Las cosas como Mario se mantuvieron exactamente igual. Todavía la perseguía como un cachorro que quería que el juguete se mantuviera alejado de él. Su loca idea de que algún día, ella lo querría tanto como él a ella, lo mantuvo comiendo de la palma de su mano.

Ella ni siquiera se lo cogió.

Él sólo estaba... allí.

Lo que sea.

Vanna volvió a lo que había estado haciendo antes de que Mario la interrumpiera. A su derecha, podía ver el aparcamiento de la iglesia empezando a vaciarse. La madre y el padre de Mario probablemente ya se habían ido, junto con el resto del clan. Probablemente a su habitual cena de domingo, a la que casi siempre asistía. Otras veces, no le importaba hacer el esfuerzo. Nunca dijeron nada de una manera u otra.

Mirando la tumba de su padre, el objeto que sostenía a su lado se sentía más pesado. No miró el periódico que agarraba con fuerza, y ni siquiera Mario pareció notarlo mientras caminaban hacia la tumba para

para que tenga un momento con su padre.

Se había olvidado...

No, eso era una mentira.

Vanna nunca lo olvidó.

Se lo prometió a su padre, después de todo.

La venganza.

Guzzi.

La razón de todo esto.

Incluso la muerte de su padre, en cierto modo. Hace todos esos años, cuando Gian Guzzi asesinó a su abuelo, causando el suicidio de su media tía, y obligando a su padre a ser un hombre avergonzado a los ojos de la mafia Detti... su padre nunca habría necesitado hacer lo que hizo, planear de la manera que lo hizo, y luego ser asesinado al final de todo.

No estaría sola.

No haría daño.

Si no es por ellos...

No, Vanna nunca olvidó la venganza.

Simplemente tenía otras cosas en las que concentrarse durante un tiempo. ¿No era esa la vida, sin embargo? Algo más estaba siempre esperando entre bastidores para alejar a una persona de lo que debería ser lo más importante.

Bueno, ya no.

No para Vanna.

Sus dedos se doblaron alrededor del periódico que sostenía mientras dejaba que las palabras de su padre pasaran por su mente de todos esos años. Aún podía oírlo claramente, sus demandas y su promesa de cumplirlas, sin importar lo que pasara.

No necesitó mirar el periódico una vez más, ya que pasó por donde estaba olvidado en un banco de atrás había sido suficiente. La foto de un hombre muy feliz, y sus cinco hijos había sido más que suficiente para grabar la imagen en su cerebro. No olvidaría pronto la cara sonriente de Gian Guzzi y los niños que lo rodeaban.

Oh, y la mujer.

En su vestido de novia.

No, ciertamente no necesitaba ver el artículo sobre la boda de nuevo, pero aún así lo levantó para mirar la foto una vez más. Gian se paró en el medio, su brazo alrededor del novio a su izquierda, y la novia a su derecha. Tenía dos pares de gemelos, aparentemente. El novio tenía un gemelo idéntico, y dos de los tres

hombres de la derecha también eran idénticos. Según el artículo, Beni Guzzi fue el tercer hijo de Guzzi que se estableció en los últimos dos años.

No es que haya importado.

Estaban felices.

Lo tenían todo.

Vanna no tenía nada.

Esta... su vida no era la suya.

Esto no era felicidad.

Ella los culpó.

La venganza que había dejado para quedarse en el fondo de su mente, hirviendo a fuego lento pero nunca desbordando mientras se concentraba en su dolor y en crecer, ahora estaba al frente y con una claridad nítida. Habían pasado años desde que el nombre Guzzi incluso pasó por los labios de alguien del clan Detti. Tenían poco o ningún interés en causar problemas a la mafia Guzzi, y Vanna entendía por qué cuando a su organización le iba bien por sí sola.

Eso no cambió nada.

Una venganza fue una venganza.

Aunque fuera la venganza de una mujer.

Significaría ir en contra de las personas que la cuidaron después de la muerte de su padre... ...significaría convertirse en lo que algunas personas creían que sería.

Una traidora al clan, como su abuelo y su padre antes que ella.

Eso estuvo bien.

La venganza estaba en marcha.



Los pensamientos de Vanna fueron a parar al periódico haciendo un agujero en su bolso que había puesto a sus pies después de subirse al asiento del pasajero del coche de Mario. Siguió charlando mientras navegaba por las calles de la ciudad, devolviéndola al ático que había comprado poco después de cumplir los dieciocho años y que finalmente le había dado acceso al fondo fiduciario que le había dejado su padre.

No era mucho dinero, pero era suficiente para que ella viviera cómodamente. Para comprar un ático en Toronto, pagar su educación cuando finalmente se decidió por el hecho de que quería ser chef, y tenía unos buenos ahorros para utilizarlos cuando los necesitara.

El dinero también le permitió una sensación de libertad porque una vez que estuvo en sus manos, ya no tenía que depender de Mario, o de su familia para nada.

No como lo hizo durante un par de años después de la muerte de su padre, de todos modos. No tuvo que pedirles nada, y mientras aún se le consideraba una Camorrista... y parte del clan, vino y se fue con un pequeño empujón del jefe, el padre de Mario.

Afortunadamente.

"¿Me estás escuchando siquiera?" Preguntó Mario.

Ella lo miró y le dijo: "Sí".

Pero no realmente.

Su mente estaba en ese maldito periódico y en la foto del frente. Consideró los hombres y las cosas que su padre le dijo, y lo que podría hacer con la información. Tenía que hacer un plan, ¿no? Seguramente, no podía entrar en la vida de los Guzzi y destruirla pieza por pieza. Necesitaría tiempo para averiguar exactamente cómo iba a arruinarlos... de la misma manera que ellos la habían arruinado a ella.

¿Por qué debería importarle lo que Mario estaba diciendo?

"De todos modos, sobre la próxima semana", dijo Mario, girando a la izquierda para entrar en el garaje subterráneo de su edificio, "¿te parece bien, o qué?"

"Depende".

"¿De qué?"

"Lo que necesitas que haga".

Mario puso los ojos en blanco. "Ves, no estabas escuchando."

No se molestó en negarlo esa vez.

"Cena... quería que vinieras conmigo. A casa de mis padres. Su aniversario."

Vanna debería rechazarlo. Dios sabía que estas pequeñas citas, porque eso es lo que él creía que eran, sólo sirvieron para hacer que Mario pensara que eran algo, o que eventualmente lo serían. En realidad, su percibida cercanía a él simplemente le permitió hacer lo que quería con su vida. Nadie estaba eligiendo un marido para ella, todavía. A nadie le importaba que hoy tuviera 21 años, y aún no estuviera casada, sin importarles que fuera a la universidad, y que viviera sola sin un chaperón.

Todas las cosas que no eran nada para las mujeres de la Camorra. Vanna dobló las reglas.

Y a veces, los rompió de golpe.

Sin embargo, las expectativas llegaron junto con esas libertades. Y todas giraban en torno a Mario, y lo que él y su familia querían para los dos. Vanna no podía decir que sentía lo mismo, pero por ahora, tenía lo que quería. ¿No era eso lo más importante? Ella pensaba que sí.

"Por supuesto, iré", le dijo.

Mario asintió con la cabeza mientras aparcaba el coche. "Bien. Te quieren".

No.

Les encantó la idea de ella.

Les encantaba que Mario la quisiera.

Un premio a ganar.

Muy poco más.

Vanna no dijo nada más, recogió su bolso del suelo del coche, y abrió la puerta del pasajero para salir. Para cuando ella dio la vuelta al frente del auto, Mario estaba parado ahí para entrar al edificio con ella. O eso es lo que pensó, de todos modos.

Ella tenía noticias para él.

"Dile a tus padres que la semana que viene para la cena, está bien", dijo, "necesito una siesta, creo. Ha sido un día muy largo".

Mario arqueó una ceja. "Es la una de la tarde."

"Y se siente como cinco".

"¿No te sientes bien? Deberías dejarme acompañarte y..."

No.

Vanna sonrió con una visión cegadora.

Un ángel con las intenciones del diablo.

Eso es lo que a la gente le gustaba decir de las mujeres que eran excepcionalmente bellas y podían deslumbrar y distraer con nada más que una sonrisa. Vanna era absolutamente una de esas mujeres, y tampoco se avergonzaba de usarla.

"Otro día, ¿vale?"

Mario se encogió de hombros y asintió con la cabeza. "Claro, otro día".

Él se inclinó y ella le dejó darle un beso rápido en la mejilla. Su mano encontró su lado para apretar. Ambos toques duraron demasiado tiempo, pero el hombre no captó una maldita indirecta hace mucho tiempo, así que ciertamente no la iba a captar, ahora.

"Sabes", murmuró, sus labios todavía rozando su piel mientras sus palabras le susurraban al oído, "muy pronto, este juego se va a poner cansado".

Vanna se puso tieso. "¿Qué?"

"No te hagas la tímida. Esta cosa, Van. Esta mierda que haces. Colgándote como una golosina frente a mí, y luego alejándola en el último minuto. Algún día, me inclinaré y... le daré un mordisco".

Su mano se dobló sobre su lado.

Ella tragó con fuerza.

"Pero no hoy", respondió.

Mario dio un paso atrás y guiñó un ojo.

Como si todo fuera divertido.

Como si su corazón no se acelerara.

Pensó que le gustaba.

Ella no quería nada de eso.

Vanna haría lo que tenía que hacer.

"Hoy no", repitió.

"Disfruta tu siesta. Llámame más tarde, ¿sí?"

"Lo haré".

O no.

El periódico seguía quemando un agujero en su bolso, y necesitaba empezar a elaborar un plan para saber exactamente cómo quería que esta venganza se llevara a cabo entre ella y la familia Guzzi. Esa fue la mejor parte de todo. Hasta que entendieron la venganza, fue bajo sus términos. Ella sólo tenía que hacer que funcionara.

Vanna tenía sus maneras.

Contactos para usar, si pudiera encontrar la tarjeta de visita de un detective que se le acercó hace un año cuando visitó la tumba de su padre un domingo por la tarde como lo ha hecho hoy. Él también tenía su propia hacha para moler con los Guzzi, y sabiendo de dónde venía, pensó que su oferta de ayudarla si ella lo ayudaba sería interesante para ella.

Entonces, no le había importado.

Ahora, sonaba demasiado bien.

"Llámame", repitió Mario mientras se dirigía al lado del conductor.

No se molestó en responder.

Vanna tenía mejores cosas que hacer.

¿Qué es ese maldito golpe?

¿Es ese mi teléfono?

Mierda, me siento como la muerte.

Todos esos pensamientos, y más, pasaron por la cabeza de Bene mientras abría los ojos. El techo blanco le miraba fijamente, diciendo que al menos había llegado a casa la noche anterior. Un estallido de memoria pasó por delante de sus ojos. Había subido a la parte trasera de un taxi, y luego tropezó con el ascensor cuando llegó a casa.

Entonces, no condujo.

Genial.

Ese conocimiento no hizo nada para aliviar el repentino vómito que sintió subir en la parte posterior de su garganta. Al apretar sus ojos de nuevo, la habitación dejó de girar. Visualmente, de todos modos. Todo su cuerpo seguía sintiéndose como si se balanceara de un lado a otro, aunque no podía moverse en la cama. Sin embargo, los pocos segundos de oscuridad y calma fueron suficientes para que distinguiera los sonidos que lo despertaron.

¿El golpeteo?

Los idiotas del ático de arriba de su renovación... ¿qué estaban haciendo esta semana, los pisos? Sonaba como si lo hicieran. Lo que significaba que tenían que ser al menos las once, si no más cerca de las doce, porque sólo trabajaban a horas decentes. Debería haber sido algo bueno, excepto que Bene no necesitaba ser despertado con ese tipo de ruido mientras también tenía resaca.

¿Excepto que de quién es la culpa, imbécil?

Ignoró su voz interior.

Lo que pensó fue su teléfono... bueno, Bene se dio la vuelta, abriendo los ojos lo suficiente para ver una rendija en su mesilla de noche, el reloj marcando la hora... sí, eran poco más de las doce, joder... y su teléfono parpadeando con una llamada perdida. Entrecerró los ojos con más fuerza. Varias llamadas perdidas, si confiaba en las cintas que cubrían la pantalla.

Maldición.

La tenue melodía de un rapero independiente que disfrutaba sonaba en el fondo de su ático. El breve destello de un recuerdo llenó su mente de él encendiendo su lista de reproducción a través de los parlantes, y luego se cayó en la cama, se desmayó y no escuchó nada hasta esta mañana.

Bebió demasiado.

Demasiado, Bene.

Otra vez.

Le tomó otros veinte minutos de estar acostado en la cama, ignorando el fuerte dolor de cabeza y abriendo ocasionalmente los ojos para probar el agua -realmente no quería vomitar- antes de que se sintiera lo suficientemente bien como para levantarse. Y fue entonces, justo cuando balanceaba sus piernas sobre la cama con otro ataque de náuseas, que su teléfono decidió empezar a sonar de nuevo. Tuvo la intención de ignorarlo, pero el nombre que iluminaba la pantalla le hizo alcanzar la maldita cosa por costumbre, y muy poco más.

Beni.

Debió saber que no debía tomar la llamada porque su hermano sabría simplemente por el sonido de su voz, y muy poco más, que Bene estaba jodido. Y aún así, estaba demasiado resacoso para darse cuenta de que cuando cogió la llamada con un "¿Qué?"

"¿Bene?"

"¿Quién más responde a este número?"

Su gemelo inhaló un aliento fuerte.

Joder.

¿Sonaba tan mal como se sentía?

Probablemente.

Bene deseaba que le importara.

Eso era parte del problema.

Se pondría sobrio en unas horas -aún se siente como una mierda, sin duda- y desearía no haber salido la noche anterior, en medio de la maldita semana, cuando sabía que la mañana siguiente sería así. Cuando no estaba actuando como un loco para no pensar en todo lo demás que iba mal en su vida, podía pensar con claridad.

En este momento, no estaba haciendo eso en absoluto.

Pensar, eso fue.

El infierno.

No podía ver claramente.

Pensar era una broma.

¿Dónde había estado de fiesta anoche?

¿El nuevo club que le gustaba?

¿O el viejo bar de la calle con mesas de billar?

"¿Me estás escuchando?"

Bene parpadeó, volviendo al presente, y se dio cuenta de que su teléfono estaba todavía en el altavoz, y descansando en su mano. El emoji que había elegido para representar a su gemelo le miró fijamente desde el contacto con su cara graciosa, algo que solía hacerle reír.

Ahora, él sólo... ¿qué estaba haciendo?

"¿Bene?"

"¿Qué?" preguntó.

"¿Estás borracho?" "

Ya no."

O... mayormente.

Sí, eso funcionó.

Mentalmente, se dio una palmadita en la espalda por la rápida atención a los detalles. En realidad, probablemente no hizo nada por la preocupación de su hermano.

"¿Dónde estás?"

"¿Por qué?" preguntó.

Beni hizo un ruido en voz baja. "Es la tarde allí, ¿verdad?"

"Sí".

"¿Estuviste bebiendo anoche?"

"¿Y?"

No quiso ponerse a la defensiva, pero fue jodidamente difícil no hacerlo, considerándolo todo. Esta era su vida ahora mismo, tenía que trabajar en alguna mierda, y así fue como eligió hacerlo. Nadie más tenía que meter las narices en esto, ni siquiera su gemelo. Amaba a Beni, sin duda, pero no estaba teniendo esta conversación cuando estaba a dos segundos de derramar lo que bebió anoche en el brillante piso de madera de su dormitorio.

Eso es todo.

Bene arrastró una mano sobre su cara, sintiendo el rastrojo que crecía en sus mejillas y mandíbula. Necesitaba un afeitado, y pronto. O alguien hablaría pronto, y le diría la basura habitual. Los hombres hechos no tienen vello facial, así que deshazte de él. No parecía importar que no estuviera hecho todavía, y no tenía su entrada en el negocio familiar. Si quería ser parte de la mafia, tenía que actuar como tal, sin excusas.

Amaba esta vida.

También la odiaba. A veces.

"Ni siquiera me estás escuchando de nuevo, ¿verdad?"

Bene parpadeó.

¿La llamada seguía en pie?

Vaya.

Necesitaba volver a la cama.

Ahora.

Hace cinco minutos.

"Bene, ¿estás bien?" escuchó a su gemelo preguntar.

"Estoy bien".

Eso fue todo lo que dijo antes de colgar la llamada, tiró el teléfono a la mesita de noche y se arrastró de nuevo bajo sus sábanas. Que se joda toda su vida. Sí. Al menos por hoy, que se joda todo. Él se encargaría de esto en otro momento. Tal vez más tarde... tal vez nunca.

¿Qué importaba?

Bene ya ni siquiera sabía lo que estaba mal.

En realidad, no.



Bene no logró sacar su trasero de la cama hasta más cerca de las cuatro de la tarde, e incluso entonces, fue sólo para vestirse con algo adecuado, para poder ir a su restaurante favorito en la cuadra que también funcionaba como bar por las noches. Un negocio que su hermano mayor, Marcus, poseía. Uno de los muchos de la ciudad que tenía el nombre Guzzi en algún lugar del papeleo.

No es que necesitara beber de nuevo, y especialmente no a mitad de semana, pero la mejor manera de curar una resaca era con un par de tragos. O simplemente bebiendo una cerveza entera. Lo que fuera que funcionara, Bene estaba dispuesto a intentarlo, y también a ignorar el hecho de que no debía beber en absoluto. No necesitaba el problema en el que se estaba convirtiendo esto para él, y sin embargo tampoco sabía cómo parar.

Perfecto.

Pensó... que al menos le daría algo de comida en su estómago, y con suerte se libraría del persistente dolor de cabeza. Entonces, podría llamar a algunas de las personas cuyas llamadas había perdido más temprano en el día. Por supuesto, nada podría ser simple para él.

Su comida, y el tercer trago de whisky, acababan de ser colocados frente a él por el camarero cuando levantó la cabeza con tiempo suficiente para ver a una figura familiar llegar al frente del restaurante. Suspiró, el arrepentimiento lo llenó instantáneamente. No debería haber elegido este restaurante para superar esta

maldita resaca. No cuando su familia, pero especialmente Marcus, tenía un contacto directo con todos sus negocios, y probablemente tenía una cuenta en Bene.

Marcus entró en el negocio y se tomó un momento para inspeccionar el piso ocupado y las mesas mientras desabrochaba los botones de su chaqueta de traje. Bene juró que era como mirarse en un espejo más joven de su padre cuando su hermano mayor estaba cerca. A menudo se vestía igual que su padre, e incluso se llevaba a sí mismo con el mismo movimiento.

"Bebiendo otra vez, ¿verdad?"

Bene trató de no fruncir el ceño cuando su hermano se paró junto a su mesa para dos personas junto a los grandes ventanales, y fracasó como un maldito. Esperaba que si mantenía la cabeza agachada y se concentraba en el plato que tenía delante, Marcus podría pasar por encima de él y ni siquiera darse cuenta de que estaba allí. Obviamente, esperaba demasiado.

Sorpresa, sorpresa.

"No, yo..."

"Hay un vaso de chupito delante de ti, y hueles como si hubieras pasado la noche bañándote en... qué es eso, ¿Fireball?"

Ugh.

"Alguien derramó su bebida sobre mí anoche."

"¿Y no has cogido una chaqueta diferente?" Marcus exigió. "¿Qué? ¿Saliste de casa vistiendo la misma mierda que la noche anterior?"

Bene suspiró, dejó el tenedor y procedió a pellizcarse el puente de la nariz en un esfuerzo por calmar el dolor de cabeza que había vuelto sin ningún aviso. Todo lo que hizo falta fue el sonido de alguien zumbando -dándole una conferencia, otra vez- y no quiso hacer ningún trato. Su cuerpo decidió rebelarse, y eso fue todo. "¿Podrías... no sé, callarte?"

Marcus tomó el asiento frente a Bene en su lugar. "No particularmente. Beni me llamó antes; dijo que estabas jodido esta mañana cuando llamó. No se lo mencioné a él, ni a papá... ni a mamá, pero resulta que sé que llevas un par de semanas de

Bene mojó la comisura de su boca con su lengua, deseando de repente que tuviera otro trago para tomar ahora mismo en lugar de tener que sentarse frente a él. Además, no pensó que sería una buena idea si recogía ese trago y lo tomaba, considerándolo todo.

"¿Qué pasa con eso?"

"¿Estoy en lo cierto?" Preguntó Marcus.

"Yo no lo llamaría una... juerga."

Pero sí.

Dos semanas.

"Así que, desde que Beni se casó", instó su hermano.

Bene respiró hondo, y se iluminó con el resplandor de su reflejo en la ventana. Dos semanas. En el gran esquema, podría parecer que no es mucho tiempo. Y diablos, antes de que Beni se casara, se había quedado en Chicago sin Bene. Excepto por el tiempo más largo, pensó que su gemelo regresaría eventualmente.

Eso es lo que hicieron, ¿verdad?

Los dos volvieron juntos.

Él no regresó.

Así que sí, dos semanas. Ese es el tiempo que ha estado tratando de distraerse de, bueno, todo. Su vida. Toda la mierda que cambió. Todo lo que no quería afrontar. El hecho de que ahora vivía solo, y su hermano se fue a vivir a Chicago con su nueva esposa, su nueva vida, y sin Bene. Eso lo jodió de lleno, y no supo cómo lidiar con ello.

Así que no lo hizo.

En absoluto.

¿Estaba bien?

Probablemente no.

"Papá está preocupado", dijo Marcus. "Mamá también".

"¿Pensaba que no les habías dicho que estaba de juerga?"

Marcus se rió. "¿Pense que no era una juerga?"

Que se joda Marcus por ser rápido.

O mierda.

Tal vez Bene estuvo lento hoy.

"Papá no conoce los detalles", subrayó Marcus cuando Bene no respondió, "pero sabe lo suficiente como para preocuparse, y le cuenta todo a mamá, de todos modos. Al principio, pensó que resolverías tus problemas por tu cuenta, pero..."

"Lo hago".

"¿Lo haces?"

La mirada de Bene volvió a su hermano, pero Marco sólo arqueó una gruesa y oscura ceja en respuesta, como si preguntara en silencio, bueno... Como si se atreviera a negar el hecho de que se acercaba cada vez más a los problemas con cada bebida y noche que no podía recordar.

"Estoy teniendo un... momento", murmuró, mirando el lío de filetes y patatas en su plato. Era más fácil concentrarse en eso que su hermano, que parecía saber todas las mentiras antes de que salieran de los labios de Bene, y ya tenía una respuesta que darle, también. "No es un problema. Es sólo un simple episodio, ¿sabes?"

"No lo llates así. No lo disminuyas, Bene."

"Bien..."

"No importa", dijo Marcus en un suspiro, "porque por eso estoy aquí".

La cabeza de Bene se levanto.

Marcus se encontró con su mirada, sin molestarse.

"¿Qué carajo significa eso?"

"¿Qué crees que significa?"

"Esto no es un *toma y daca*¹, Marcus."

Su hermano cruzó los brazos sobre la camisa azul de seda con la corbata y el chaleco a juego que llevaba bajo la chaqueta del traje. En serio, el hombre ni siquiera salió de su casa a menos que estuviera vestido con su traje de tres piezas estándar, y tuviera sus zapatos lustrados.

Igual que su padre.

Tal vez por eso Bene siempre sintió que las conversaciones con Marcus eran como hablar con su padre, simplemente una versión ligeramente diferente. Dios sabía que su hermano podía castigarlo de la misma manera que Gian, si se sentía capaz de hacerlo.

"Significa", dijo Marcus, inclinándose un poco hacia adelante para forzar a Bene a encontrar su mirada una vez más desde el otro lado de la mesa, "que te acabas de convertir en mi nuevo proyecto favorito para papá, te guste o no. Eso no me importa de todos modos, Bene, porque, ¿adivina qué? Sé que estás pasando por alguna mierda, y que no has descubierto qué quieres hacer con tu vida ahora que Beni tiene la suya resuelta, pero alguien tiene que evitar que te mates mientras lo resuelves todo. Y ese alguien voy a ser yo."

Bene parpadeó.

¿Qué?

"Como una... una maldita niñera, o algo así?"

Marcus sonrió un poco. "Eso es un poco juvenil, ¿sí?"

"¡Eso es lo que es!"

Su tono ascendente atrajo la atención de otros clientes del restaurante, pero a Bene no le importó una mierda en ese momento. ¿A quién le importaba si causaba una escena aquí? Ellos eran los dueños del lugar. Eran dueños de la mitad de Toronto, por el amor de Dios.

Y aún así, Marcus perdió esa sonrisa, su tono se enfrió cuando murmuró, "Baja la voz, y deja de llamar la atención, Bene. No eres un niño".

"No me trates como tal, entonces."

¹ La expresión inglesa *tit for tat* significa "represalia equivalente" (*toma y daca*, tanto "tit" como "tat" son golpes suaves, por lo que vendría a decir "golpea suavemente al que te ha golpeado suavemente"). En ella, un agente que use esta estrategia responderá consecuentemente a la acción previa del oponente.

"¿Pero lo hago?"

Miró fijamente a su hermano. Marcus ni siquiera se inmutó.

"Dímelo tú".

"No, dímelo tú", respondió Marcus, "porque entre los dos sentados en esta mesa, no se puede confiar en que uno de los dos coja el teléfono, Bene. Sólo uno de nosotros se está bebiendo sus problemas, esperando encontrar una solución en el fondo de una botella. Sólo uno de nosotros está sentado aquí ahora mismo y no se puede confiar en que haga lo que tiene que hacer por esta familia, y su posición. ¿Cómo esperas que alguien responda por ti, para conseguir tu botón para esta familia, cuando ni siquiera puedes mantenerte sobrio? ¿Cuando no puedes manejar tu mierda?"

Bene tragó con fuerza. Sin embargo, se mantuvo en silencio. Eso estuvo bien, ¿verdad?

"¿Y bien?" Marcus exigió.

"Puedo", volvió.

"Excepto que no estás en este momento".

"Te lo dije, tengo..."

"Un momento, sí", contestó su hermano, agitando la declaración. Como si fuera una excusa, y nada más. Bene se dio cuenta en ese momento de que esto también era eso. Porque no quería tratar sus problemas, así que los excusaba, y la gente a su alrededor le había dejado hacer exactamente eso. Hasta que, claramente, ya no pudieron más. "Lo que realmente haces es distraerte con cosas que te hacen sentir bien o te permiten no sentir nada en absoluto. Es un juego peligroso, hermanito."

Su actitud defensiva regresó en un parpadeo.

Así de simple.

"O podrías dejarme en paz".

Marcus sacudió la cabeza. "No es probable, así que este es el trato... por el próximo tiempo, estás a mi cargo, Bene. Y cuando yo llame, tú respondes. Haces lo que te digo, cuando te lo digo, sin excusas. ¿Quieres una distracción? Genial, tengo suficiente mierda para que hagas que ni siquiera tendrás tiempo de pensar cuando llegues a casa por la noche".

"Pero..."

"Lo siento, no pedí una respuesta".

Dios.

Sí.

Al igual que su padre.

Marcus se levantó de la mesa y se llevó el vaso de Bene y el whisky que tenía dentro. "No mires esto como si fuera a controlar tu vida, o..."

"Es exactamente como suena."

"O podrías verlo como si estuviera cuidando de ti. Nada más."

Bien.

Aún así le cabreó.

"Es hora de que te organices, hermanito", dijo Marcus, inclinando ese trago y tragándolo de una sola vez. No se estremeció antes de poner el vaso vacío en la mesa con una sonrisa. "No necesitabas el trago, y después de esta conversación, yo sí lo necesitaba".

"¿Alguien te ha dicho que eres un imbécil?"

"No últimamente".

"Déjame ser el primero, entonces."

Marcus hizo un gesto entre ellos. "Por supuesto, siempre y cuando te endereces, cuides tus pasos y hagas lo que tengas que hacer, Bene, entonces puedes llamarme como quieras."

"¿Es una promesa?"

"Es lo que necesites que sea. Sólo junta tus cosas."

Sí.

Está bien.

Lo ha entendido.



Bene tenía la intención de volver a su ático, dormir lo que quedaba de su mal día y la resaca, y empezar mañana de nuevo. Tenía toda la intención de hacer exactamente eso, también, pero después de que pasó una hora, y apenas había tocado la comida en su plato, finalmente se dirigió hacia el bar donde se hizo un hogar en uno de los taburetes mientras veía la cobertura de los Toronto Hitters durante una práctica. El lanzador, según la mujer de la pantalla, estaba viendo un año infernal.

No sabía por qué lo estaba viendo. El béisbol ni siquiera estaba entre sus tres deportes favoritos, de verdad, pero era lo que el camarero tenía jugando, así que no se quejó. Tampoco se bebió los tres dedos de whisky que había pedido hace una hora.

Dios sabía que él lo quería.

Más que nada.

Un par de copas, y se iría a casa sintiéndose bien. Ni siquiera borracho, sólo zumbado, ligero de pies y sin molestias. No se pasaba toda la noche dando vueltas en sus pensamientos, o en sueños que no lo dejaban en paz. El problema era que

Bene se había enterado de que no le iba bien con sólo un par de tragos. Rápidamente se convirtió en unos cuantos, y luego en noches de desmayo.

El whisky tenía poco atractivo.

"Tiene un brazo increíble, pero un problema de cocaína. Cómo lo mantienen sobrio es un misterio".

"Hmm".

Bene no estaba seguro de por qué, pero el intercambio entre los clientes, a un paso de él, le hizo girar ligeramente para ver quién había venido a sentarse en la barra. No era como si planeara unirse a ellos en una conversación, pero la respuesta desinteresada de la hembra le hizo reírse en voz baja cuando miró hacia ellos.

A algunas mujeres les gustaban los deportes.

A algunas no les importaba una mierda.

"¿O es que alguien está meando por él para mantenerlo limpio, crees?"

"No me importa".

El tipo a la derecha de la mujer no le interesaba para nada a Bene. Traje estándar, por su aspecto, y el maletín debajo de su taburete. La mujer, sin embargo, era otra historia. Vestida con una falda gris claro, con un top a juego, con tacones de cuero negro que mostraban sus piernas, parecía lista para dar un golpe. La gargantilla negra en su garganta, simples pendientes en sus oídos, y un maquillaje discreto le hicieron hacer una doble toma.

No porque ella fuera promedio.

Todo lo contrario.

Parecía un maldito ángel. Su pelo castaño oscuro había sido jalado en un elegante y alto coleta sin una sola hebra fuera de lugar, y las puntas fluían por toda su espalda. Mostraba su mandíbula angular, y la suavidad de su piel de tono oliva. Los labios en forma de corazón se fruncían cuando el tipo a su lado continuaba parlotando como si ella lo estuviera escuchando. Sus ojos marrones se acentuaron aún más por, la pieza más descarnada de su maquillaje mayormente neutro, un ala de tinta que se hizo más dramática por la curva de las largas pestañas negras.

Sí, mierda.

La chica era hermosa.

¿Cómo no la había notado?

Ciertamente hablaba de la distracción de Bene, y de su estado de ánimo cuando no se dio cuenta de que una mujer como esa venía a sentarse a su lado. El restaurante ciertamente no era de clase alta. Los Guzzi poseían más que suficientes lugares de este tipo, y este lugar era tranquilo, y la mayoría eran bienvenidos, por lo que a Bene le gustaba tanto como a él. Uno podía conocer a todo tipo de gente de todos los caminos de la vida con sólo venir a tomar un trago al bar.

Esta chica, sin embargo...

Nunca había visto a alguien como ella atravesar las puertas.

Y maldita sea...

Eso fue una pena. "¿Estás aquí con..."

"Yo", dijo Bene antes de poder pensarlo bien, haciendo que la mujer mirara desde el trago que tenía enfrente, y luego a él. "Ella está aquí conmigo".

El tipo que está a su lado, el Sr. Maldito Traje, redujo su mirada a Bene. "Lo siento, ¿pero no estabas aquí antes que yo?"

La mujer, para su beneficio, siguió mirando a Bene, sin dejar nunca de mirarle, incluso cuando volvió a mentir por ella para que no la molestara más el gilipollas de su derecha. "La gente no puede reunirse para tomar una copa, ¿o siempre necesitan llegar juntas?"

"Bien..."

"Estoy aquí con él".

Dios.

Sí.

Su voz.

Antes, sonaba aburrida y simplemente lo superó. Como si se arrepintiera de haberse sentado, y una palabra más del gilipollas que estaba a su lado iba a mandarla al límite. Ahora, sin embargo, mirando a Bene mientras sus suaves labios rosados se curvaban en una sonrisa sensual... su voz salió musical, e intrigante.

Sólo una pizca de aire.

Curiosidad.

Sonrió y le señaló el vaso casi siempre vacío. "¿Otro de esos?"

El Sr. Maldito Traje tuvo la decencia de poner los ojos en blanco y levantarse del taburete antes de tirar unos billetes al bar. Se esfumó, y ni Bene, ni la mujer, lo vieron irse.

"Depende", volvió.

Bene sonrió. "¿De qué?"

"¿Vas a terminar el tuyo? No me imagino bebiendo con alguien que no parece muy interesado en ser buena compañía. Y has estado mirando esa bebida tuya por lo menos una hora, ¿verdad?"

Maldición.

¿Cuánto tiempo llevaba ella a su lado?

¿Vigilándolo?

Otra noche, eso podría haberle molestado. En ese momento, él lo encontró interesante, y ella... aún más por eso. Aún así, miró su bebida, considerando la oferta de ella.

"Realmente no debería", dijo, "porque últimamente, esta mierda no me ha causado más que problemas".

"Ah."

Se encogió de hombros y vio un nuevo rollo de película en la televisión. "No necesito dejar que se convierta en un problema mayor, eso es todo."

¿Qué estaba haciendo?

¿Por qué estaba derramando sus tripas a una mujer al azar?

¿En un bar?

No pareció importarle. "La alegría de ser adulto. Solía pensar que cumplir veintiún años sería lo mejor de la vida, y realmente..."

Bene se rió, mirándola. "No es tan genial, ¿eh?"

"Todo lo que aprendí sobre el crecimiento es que con la edad adulta vienen los problemas de los adultos."

"Joder, ¿no lo sé?"

"Y pensar, que pensé que envejecer significaría sólo parecer mayor."

"Te ves bien".

No quiso que saliera tan astuto y profundo como lo hizo... esa rudeza coloreó su tono, y se preguntó de dónde carajo vino. No es que importara, porque ahora estaba ahí fuera, y sus ojos marrones oscuros, llenos de un tinte rojizo brillante, brillaban por su sugerente declaración.

"Gracias".

"No es necesario dar las gracias. Estoy seguro de que sabes cómo te ves."

Su sonrisa se hizo más profunda, mostrando unos dientes blancos perfectos, y haciendo que sus ojos en forma de almendra bajaran un poco al teñir de color sus mejillas. ¿Era eso... timidez? Mierda, esta mujer estaba trabajando rápidamente para hacer que Bene perdiera todo el control que tenía. Había algo en una mujer hermosa, tan sexy como ella, vestida como estaba, con el aspecto que tenía a su lado, que también se las arreglaba para ser humilde cuando le hacían un cumplido que simplemente lo hacía por él.

"¿Lo hago?" preguntó, inclinándose un poco hacia adelante.

Más cerca, se dio cuenta.

Y Bene, que no tenía ni una pizca de vergüenza, se acercó a ella también. Estaba más que dispuesto a alimentar lo que esta mujer quisiera mientras ella siguiera sonriéndole así... sin mencionar, a él.

Sus dientes atraparon su labio inferior más lleno cuando él inclinó su cabeza a un lado, y preguntó: "¿Qué?"

"Sabes cómo me veo", dijo ella en voz baja.

"¿No es así? ¿Necesitas que te diga lo hermosa que eres, y que te llene la cabeza con cualquier palabra que salga de mi boca sólo porque sí? ¿O la forma en que te miro es lo suficientemente buena para decirte que eres, por lejos, una de las mujeres más hermosas que he tenido el placer de mirar en mi vida?"

Se arrastró con un rápido aliento, y el color volvió a sus mejillas en un instante. No es que haya cambiado la forma en que su mirada se iluminó con el calor de nuevo.

Bene asintió con la cabeza y se inclinó hacia atrás para sentarse derecho en su taburete, y puso un poco de espacio entre ellos. "Pero ya sabes", continuó, "todo está en lo que tú quieres, también, supongo."

Ella se encogió de hombros, claramente tratando de jugar con sus palabras aunque él podía ver exactamente cómo la afectaban. Admiró la forma en que su piel de color oliva brillaba en sus hombros. Se preguntó cómo sabría su carne bajo su lengua mientras sus manos trabajaban entre sus muslos. O a mierda, mejor aún, con su polla llenándola y su nombre en sus labios.

Hablando de eso...

"No me has dicho tu nombre", murmuró Bene.

"Vanna. Vanna Falco."

El nombre no me suena.

"El regalo de Dios". Bene se rió de la forma en que sus ojos se abrieron al conocer el significado de su nombre. "Apropiado, entonces".

"¿Cómo es eso?"

"Me llamo Benedetto, pero me llaman Bene. Bene Guzzi. Se deletrea b-e-n-e. Con ese duro ay al final."

Vanna inclinó la cabeza de lado, su nombre cayó de sus labios demasiado seductoramente mientras lo probaba.

"Bene".

Sí.

Diablos.

Eso hizo grandes cosas para su polla.

"¿Pero ¿cómo es eso apropiado?" preguntó.

Bene se acercó a ella de nuevo, como antes. Y esta vez, ella se inclinó hacia él, dejándole acercarse lo suficiente para que pudiera susurrarle al oído cuando él dijera, "Mi nombre significa bendito. Y aparentemente, soy exactamente eso, considerando quién está sentado a mi lado".

Se movió para sentarse derecho en su taburete de nuevo, pero Vanna rápidamente lo detuvo sin hacer nada más que poner su mano en su muslo. Un toque suave e inocente, claro, pero esas largas uñas de color rosa pálido de ella se clavaron en la pierna de su pantalón y le apretaron la garganta al instante. No movió ni un músculo, ni siquiera cuando ella giró la cabeza a un lado, y sintió la forma en que sus labios se curvaban en una astuta sonrisa.

"Esa fue una gran frase".

"¿Funcionó?" preguntó.

Vanna levantó la barbilla, sus miradas se encontraron, y tuvo el placer de ver su lengua deslizarse a lo largo de su labio inferior mientras asentía. "Definitivamente funcionó".

Ella cerró esa distancia entre ellos primero, pero no hubo la menor duda en sus acciones cuando lo besó. Sólo un suave roce de sus labios moviéndose con los de él antes de que su boca se separara, y él encontró que ella sabía a licor azucarado, y a puro calor. Pecado, si tenía un sabor, él estaba seguro. Y ella besó como se veía, también... dulce y perfecta y sexy. Lamiendo el sabor de él directamente de su lengua mientras que la lentitud de su beso le hizo sentir que estaba a punto de quedarse sin aire.

Maldita sea.

Sus manos encontraron los muslos de ella cuando ella giró en el taburete, olvidando su lugar, y donde actualmente se sentaban en un bar muy concurrido. No es que a ella pareciera importarle, ya que su mano se apretó en su muslo mientras usaba la otra para clavar esos clavos en su mandíbula.

"Joder", respiró contra su boca.

Vanna sonrió. "Eso también es una opción".

Bene dejó salir un ruido duro y áspero. "¿Es eso una promesa?"

"¿A qué distancia está tu casa?"

Eso es todo lo que necesitaba oír.

Menos de una cuadra.

Vivía a menos de una cuadra del restaurante. Alguien podría decir que fue una intervención divina que los dos se encontraran tan cerca de donde él vivía, pero ella no. Ella diría que era porque tenía buena información, y la habilidad de frecuentar los lugares de Bene hasta que los dos se toparan.

Y aunque estaba contenta de continuar su plan, su necesidad de cumplir la venganza de su difunto padre era tan fuerte como siempre, sería una mentirosa si dijera que el hombre con el que se encontró cara a cara en ese restaurante no era en absoluto quien ella esperaba que fuera. Tal vez una parte de ella estaba convencida de que el hombre sería un Guzzi mimado y con la cabeza al aire que los medios de comunicación lo retrataban como tal. Rápido para saltar sobre cualquier cara bonita que se le apareciera, y fácilmente se irritaba cuando su ego era acariciado.

¿No eran la mayoría de los hombres iguales, después de todo?

Bene no había sido ninguna de esas cosas. Claro, era una cosa bonita que le echó el ojo, pero eso había sido durante una hora. Lo intentó todo para apartar la mirada de ese hombre de la televisión y de la bebida que tenía delante. De hecho, Vanna estaba a punto de levantarse y dejar a Bene cuando el hombre a su derecha empezó a hablar como si tuviera algo que decirle. Lo que hizo que Bene levantara la cabeza, la mirara y comenzara esa conversación, simplemente pensando en ella y queriendo ayudar sin esperar nada a cambio, lo cambió todo.

Suerte, tal vez.

Pero cuando levantó la cabeza...

Fue entonces cuando vio la tristeza. Algo se le apareció en los ojos y en la cara que la hizo darse cuenta, no, no la estaba ignorando... simplemente no veía su mundo porque estaba demasiado ocupado ocupado viviendo en el suyo.

Luego, habló.

Y sonrió.

Le hizo olvidar que estaban sentados en un bar, rodeados de gente y ruido. De alguna manera, la hizo perderse, y el tiempo también. Como si fueran dos personas conversando, que ella no estaba allí por su propia voluntad, sólo para encontrarse con él y así poder arruinar pronto su vida y la de su familia.

Oh, ese deseo todavía estaba ahí.

Pero por un tiempo, lo olvidó.

No era quien ella esperaba. Él le dijo un poco menos de una cuadra a su casa, y ella no dudó en aceptar. Y en el tiempo que les llevó a ambos caminar hasta el gran edificio donde la suite del ático de Bene estaba aparentemente situada a trece pisos

de altura, Vanna no había dudado ni una vez en adivinar lo que estaba haciendo con Bene Guzzi.

Sí, odiaba a su familia por las cosas que habían hecho. Ella planeaba hacer que él y el resto de ellos lo pagaran sin lugar a dudas. Al mismo tiempo, no mentiría y diría que el hombre no se había metido de su mente, la había mojado entre los muslos y la había hecho creer que él realmente pensaba que ella era la cosa más hermosa que había visto en su vida.

Hasta ese momento, Vanna no sabía cómo la haría entrar en la familia Guzzi. ¿Y ahora mismo? No tenía problemas en usar Bene Guzzi para hacerlo, y si lograba llevar al hombre en un paseo durante el proceso...

Vanna no vio ningún problema.

Todos esos pensamientos pasaron por su mente mientras veía a Bene terminar una llamada telefónica justo afuera de la entrada principal de su edificio. Se alejó para tomarla, prometiendo apagar la cosa después de la noche... eso fue suficiente para hacerla temblar también.

Al diablo con su anticipación.

Ahora era algo totalmente distinto. "Sí, te tengo... mañana, de acuerdo."

Bene colgó la llamada y Vanna se apoyó en el ladrillo del edificio. A un par de metros de las puertas de entrada. El halo de luz que se derramaba por la acera y la calle le permitía ver su fuerte perfil, el hoyuelo que se asomaba en su mejilla cuando sonreía, y cómo sus rasgos parecían tallados en granito.

Bene era un hombre apuesto.

Desde su pelo oscuro, hasta su preciosa cara.

Una boca besable.

Pantalones negros, y una camisa de vestir blanca enrollada en los codos que se ajustaba a su forma fantásticamente, mostraba muslos musculosos y un pecho expansivo... sin mencionar la forma en que sus hombros se veían flexionados bajo el material.

Sí, nada era más sexy que un hombre con una buena espalda, una en la que una mujer realmente podría clavar sus uñas mientras la follaba hasta el olvido. Bene marcó todas las casillas para ella.

"Perdón por eso", dijo, guardándose el teléfono en el bolsillo, "prometo que está apagado por la noche".

Vanna se rió. "¿Y si no fuera así?"

Se encogió de hombros. "Algo así tiene que ser... si suena, tengo que responder. Al menos de esta manera, puedo decir que la maldita cosa se apagó, y no se pudo evitar."

Ella arqueó una ceja. "¿Quieres decir que una llamada telefónica podría alejarte de mí?"

Bene dio un paso adelante, cerrando la distancia entre ellos en tres golpes determinados. Ya los había detenido tres veces sólo para besarla. Ella estaba feliz de hacerlo porque descubrió que besarla era casi como un juego previo para ella. Nunca había querido besar a un hombre, como si pudiera vivir de nada más que eso sola, como lo hizo con él.

Su cuerpo se aplanó contra el de ella, presionándola contra el ladrillo rugoso y haciendo que la piedra le arañara la piel. Sin embargo, esa mordedura de dolor fue rápidamente superada por su peso sobre el de ella, el olor de su colonia de cedro y especias, y la forma en que su mirada se veía aburrida en la de ella.

Como si se la hubiera cogido ahí mismo. Y a ella le encantaría.

"Bueno", dijo en voz baja, manos fuertes deslizándose por sus muslos y empujando la tela de su falda de lápiz gris y elástica más alto mientras iban, "por eso estoy apagando el teléfono para que no llegue ninguna llamada".

Dios.

Su coño estaba mojado.

Tenía que estarlo.

Desde el restaurante.

¿Ahora, sin embargo?

Su tanga se arruinó.

"Alguien podría vernos, ya sabes."

Bene mostró una sonrisa sexy. "¿Tú crees?"

"Oh, ¿eres un exhibicionista, o...?"

"No, soy lo que necesites que sea, Vanna. Esa es la cosa... esto es todo sobre ti, ahora. Tu espectáculo. ¿Quieres que te folle despacio, que te haga venir diez veces, y que te coma cuando termine? Lo haré. ¿Quieres que te folle donde el vecindario pueda verte gritar mi nombre? Vamos. ¿O qué tal si te llevo a mi casa, te desnudo, te azoto el culo hasta que se pone rojo y te uso como quieres, eh?"

Ella tragó con fuerza.

Las manos de Bene subieron más.

"Quiero saber", murmuró.

Su pulgar se alineó con la línea de su tanga de encaje negro. Mientras tanto, nunca apartó la vista de ella. Incluso cuando ella soltó un jadeo silencioso mientras su pulgar se deslizaba bajo la línea de sus bragas, y rozó su sexo caliente. Sus labios se retiraron con una sonrisa satisfecha cuando su pulgar la encontró mojada. Sólo se profundizó en algo malvado cuando sus caderas se movieron en su toque cuando su pulgar subió para encontrar su clítoris.

Ella pulsó contra él.

Se estremeció cuando su pulgar presionó más fuerte.

Tembló cuando se rió.

Su cabeza bajó, cubriendo su rostro en la oscuridad mientras su cuerpo cubría el de ella. Cualquiera que pasara en un vehículo, o incluso caminando, pensaría que eran sólo una pareja con una PDA caliente. No verían que su mano estaba en la falda de ella, y que él estaba tocando su clítoris con suficiente intensidad para que ella estuviera lista para correrse.

"¿Qué necesitas que sea, Vanna?"

El aire salió corriendo de ella, al igual que sus palabras. "Sólo hazme venirme".

Bene mostró sus dientes con una sonrisa pecaminosa, el pulgar dando vueltas más rápido en su clítoris. "Dámelo, entonces."

Lo hizo.

Rompiendo todo, y apenas sofocando sus gemidos hasta que su mano dejó su cadera para meter dos dedos en su boca. Ella le chupó los dedos mientras venía, antes de que él los liberara y la besara de nuevo.

Ella esperaba que follara de la misma manera que besaba. Todo dentro, la poseía, y estaba muy caliente.

Pronto se enteraría.



"Tienes un gemelo, ¿eh?"

Bene hizo un ruido oscuro en voz baja cuando se paró detrás de ella en el pasillo.

Salió del dormitorio, completamente desnuda después de que él la desnudara y sólo entonces se dio cuenta de que no tenía condones en su habitación, para mirar los cuadros que colgaban en la pared. Claro, ella estaba en la toma, pero no dolía estar extra segura, aunque no se hubiera acostado con alguien en mucho tiempo... la última vez no había terminado bien cuando Mario se enteró, y ella no había buscado que se repitiera.

Lo sintió deslizarse más cerca, el calor de su pecho desnudo presionando contra ella cuando sus labios bajaron para encontrar el hueco en su hombro.

Rápidamente se dio cuenta de que a ella le gustaba eso.

Un beso allí.

Un mordisco.

Chupar.

Dios, sí.

La haría gritar.

"Sí", dijo simplemente.

Si escuchó la falta de sorpresa en su voz por su declaración sobre su hermano, no lo dijo. Ella sabía que tenía un gemelo por la foto del periódico. Sabía exactamente cuántos hermanos tenía, cuánto tiempo llevaban casados sus padres. Demonios, sabía el cumpleaños de Bene Guzzi, e incluso su segundo nombre.

Los contactos fueron un largo camino. "¿Es eso extraño?", preguntó.

"¿Hmm?"

"¿Tener a alguien que se parece a ti? ¿También suena igual? ¿Actuar igual?"

"De muchas maneras."

Tarareó en voz baja, teniendo en cuenta eso. "¿Es un poco triste?"

"¿Qué?"

"No lo sé", musitó, tomando a los sonrientes hermanos de la foto. Nada de los dos hombres parecía triste, no como sus palabras implicaban, pero aún así se preguntaba... "¿Era triste que no pudieras ser un individuo cuando alguien más sería como tú durante toda tu vida?"

Se quedó detrás de ella.

Se preguntaba si podría haber cruzado una línea.

"Nunca pensé en ello, de verdad. Pero no estás aquí por las fotos en mi pasillo, ¿verdad?" preguntó, los dientes rozando su garganta mientras sus manos se deslizaban por sus lados.

Por una fracción de segundo, su corazón se detuvo. Estaba segura de que lo había hecho. Él le hizo una pregunta que la hizo preguntarse si sabía su verdadero propósito de buscarlo, pero su tono delató lo que realmente quería decir. Así como así, le recordó el hecho de que tenía trabajo que hacer aquí, pero también que planeaba divertirse al máximo mientras lo hacía.

"No me interesan para nada las fotos", susurró.

Bene ya estaba bajando a sus rodillas, las palmas ásperas se deslizaban por su trasero antes de golpear con fuerza en cada mejilla. El aguijón fue suficiente para hacerla sisear, pero cuando sus dedos se clavaron en su trasero, y la empujó contra la pared... ...todo lo que ella pudo pensar fue la sensación de su aliento pulsando entre sus muslos.

Una broma.

Una promesa.

Fue la única advertencia que le dieron antes de que él le abriera el culo mientras sus manos se apoyaban en la pared, y enterró la cara en su coño. Se la comió como si estuviera hambriento y ella le acababa de dar un festín. Todo lo que sintió fue su lengua sumergiéndose en su coño, y luego su profundo gemido que hizo vibrar su aprobación contra su calor.

Sus dedos se doblaron.

Tendría moretones en el trasero.

Seguramente.

Y aún así, nada más le importaba, excepto la forma en que su boca se sentía trabajando en contra de su sexo. Ese rápido latido de él lamiendo su hendidura rápidamente subió hasta su clítoris, golpeando a un ritmo constante que la hizo temblar y quejarse.

No podía respirar.

"Oh, Dios mío, oh, Dios mío", respiró.

Cada vez más fuerte.

Sus gemidos comenzaron a tener eco.

Y luego se caía de un borde del que ni siquiera se había dado cuenta que estaba ahí hasta que voló. Tal vez fue la mordedura de sus dedos contra su culo otra vez, o la forma en que le chupó el clítoris entre los dientes, pero ella vio las malditas estrellas.

Y gritó su nombre mientras lo hacía.

"Jodidamente perfecto".

Eso es lo que oyó susurrar contra la curva de su trasero.

"¿Qué quieres que te haga, eh?" Vanna respiró a través de la dicha que aún bailaba en sus venas mientras Bene se levantaba para ponerse de pie detrás de ella, su peso la empujaba contra la pared mientras su boca húmeda se deslizaba sobre su garganta. "Dime lo que quieres y te lo daré".

Sus palabras eran aire. "Úsame".

Aún así los escuchó. "¿Cómo?"

Ni siquiera tuvo que pensarlo.

"Fóllame como si no te importara, haz que valga la pena. Úsame para correrte, eso me hará correrme. Fóllame fuerte hasta que no pueda respirar, y luego fóllame aún más fuerte".

Su mano encontró su coleta, envolviéndolo en su puño antes de tirar de su cabeza hacia atrás. Sus labios encontraron la línea de la mandíbula de ella, los dientes deslizándose a lo largo de su piel caliente. "¿Qué, quieres ser mi puta esta noche?"

"Dios, sí. Tanto."

Eso era todo lo que necesitaba. La apartó de la pared sin cuidado ni preocupación, y la arrastró al dormitorio. La cosa era que ni siquiera llegaron a la cama. Empujó sus rodillas hasta el blanco de cuero que se apoyaba en el pie de su cama de cuatro postes con marco de metal cubierto con un edredón negro que ahora estaba desparramado con la ropa que le había sacado antes.

"Las manos en el estribo", exigió.

Corrió para cumplir, escuchando el tirón de una cremallera como una mano curvada en su trasero. La palma de su mano le golpeó, seguramente dejándola rosada y caliente, pero todo lo que pudo hacer fue gemir. El movimiento de la tela resonó en la habitación, y el desgarró del papel de aluminio.

La anticipación se enroscó en su intestino, caliente y pesado, cuando él encajó detrás de ella. Sus dedos se enroscaron más fuerte alrededor de la curva metálica del estribo cuando la cabeza roma de su polla presionó en su rendija. Al principio trabajó lentamente, estirándola con cada pequeño empujón y dejándola sentir cada centímetro de su circunferencia.

Dios.

Era un tipo duro.

Y largo, también.

Ella vio el cielo cuando finalmente la llenó.

Vanna lo juraría.

Su lentitud sólo duró tanto como su control. Y eso sólo duró hasta que ella le rogó por encima del hombro que se la cogiera. Entonces, él se la estaba cogiendo de verdad. Rápido, profundo y salvaje. Haciendo que la cama se estremeciera, y luego sacando de ella un quejido tras otro cuando sus manos se curvaban alrededor de su garganta, y la arrastraba tan lejos como podía conseguirla mientras la golpeaba.

"Jesús, será mejor que me hagas venir, Vanna", dijo, con voz ronca detrás de ella, "será mejor que me hagas venir cuando me ordeñes, nena".

No se guardó nada, y cuando esa necesidad de ella empezó a crecer de nuevo, la folló aún más fuerte hasta que su garganta quedó en carne viva, y todo lo que pudo hacer fue sacudirse a través de otro orgasmo.

"Sí", elogió, inclinándose sobre ella para probar su hombro cuando añadió, "ahora hazlo de nuevo por mí".

Ella no sabía si podía.

Parecía decidido a obligarla a hacerlo.

La mejor manera en que pasó una noche en un tiempo.



Vanna se deslizó de la cama de Bene cuando el cielo brilló en negro a través de las grandes ventanas del piso al techo que cubrían la mitad de una pared. No se movió mientras ella se levantaba de la cama, arrancando su falda y tanga del suelo para ponerse rápidamente antes de salir del dormitorio con su bolso en la mano.

Ella le disparó a su cuerpo dormido, sombreado por la luz de la luna y luciendo demasiado atractivo en la cama, una mirada antes de salir de la habitación. Sin una idea de lo que necesitaba buscar, o incluso de dónde mirar, atravesó el ático de

tamaño moderado. No tuvo tiempo de admirar la cocina de última generación ni la decoración de la sala de estar, aunque ambos le parecieron bastante agradables cuando pasó.

En vez de eso, necesitaba encontrar algo para usar. Algo en la casa de este hombre que estuviera unido al lado criminal de su vida - su sangre Guzzi. Era un hijo Guzzi. Uno de los muchos herederos de todo un imperio criminal. Su padre era un Don de la Cosa Nostra. Nadie le diría a Vanna que Bene no estaba involucrado o conectado con la mafia.

Estaba en su sangre.

Su propósito.

Como si fuera de la Camorra.

No había ninguna salida de esta vida.

Seguramente, ella encontraría algo que podría usar para cumplir con la venganza... o empezar algo aún más grande. Sin embargo, no lo sabría si no buscara. Ese era su propósito para estar aquí, después de todo. Incluso si su cuerpo sólo quería ser usado por ese hombre de nuevo.

Pronto, Vanna se encontró en la pequeña oficina que parecía demasiado ordenada y preparada para que un hombre de la edad de Bene la usara a menudo. Estaba elegantemente decorada en colores oscuros, con suelos de madera noble ricamente teñidos y muebles que parecían a la vez atractivos y productivos con todo el cuero y la madera.

Sin embargo, sabía antes de ponerse detrás del escritorio que era muy improbable que encontrara algo para usar en esta oficina. Simplemente porque parecía que este espacio no estaba muy personalizado para Bene Guzzi. No como el resto de su casa, o incluso su dormitorio que tenía todo tipo de pequeñas chucherías y sabores de su personalidad y vida.

Lo único personal que encontró en la oficina fue una foto en el borde del escritorio. Al principio, lo pasó por alto en su lectura de la oficina, pero luego echó un segundo vistazo, y la furia ardió en su corazón.

Gian Guzzi. Y su esposa.

Su segunda esposa, la madre de todos los chicos del hombre. No la tía media muerta de Vanna, que aparentemente fue tan abusada por este hombre que después del asesinato de su padre, se suicidó. Gian al menos tuvo un poco de decencia y le dio tiempo antes de volver a casarse, aunque todo el mundo sabía que se había estado tirando a Cara-su actual esposa-cuando su primera esposa aún estaba viva, por no mencionar que su primer hijo nació en ese tiempo, también.

En la foto, el hombre parecía feliz. Su mirada se fijó en su esposa como si fuera la única cosa en el mundo que le importara mirar por el resto de su vida. Su mundo, pensó Vanna. Miró a Cara, así se llamaba su esposa, y a la madre de Bene, como si fuera todo su mundo.

Vanna no podía esperar para arruinarlo.

Forzando su atención lejos de la fotografía, cavó a través de los cajones del escritorio. Tomó fotos. Nada gritaba el crimen organizado o se hacía hombre.

No importaba.

Ella envió las fotos.

La persona que recibió lo que ella logró encontrar -alguna información sobre unos pocos negocios dispersos por la ciudad, números de cuentas bancarias y un papeleo de una cuenta en el extranjero- haría lo que pudiera por ello y le haría saber qué más debería buscar en relación con ello.

Si es que era utilizable.

Esas eran cosas para manejar en otro momento.

Tal como estaba, Vanna se había arriesgado mucho haciendo lo que hizo esta noche. Buscando a Bene, luego yendo voluntariamente a casa con él para enrollarse, y ahora esto también. Casi se sentía como si estuviera jugando con fuego de alguna manera, y aún no estaba lista para ser quemada.

Salió de la oficina en el mismo estado en que la encontró. Volviendo al dormitorio para recoger sus cosas, tuvo que preguntarse qué pensaría el hombre que aún dormía para descubrir que ella ya se había ido de su casa antes de la mañana.


No le había pedido que se quedara. Ella tampoco podía permitírselo.

Aún así, su mente se puso en guerra. La parte que quería arruinar a este hombre y a su familia... y la parte que quería verlo en otro momento para hacer esto con él de nuevo.

La cosa era... para arruinarlo, ella podría necesitar acercarse más. Puede que tenga que volver de nuevo.

Vanna dejó su número garabateado en un papel que se sentó en su mesilla de noche antes de irse.

Y su firma debajo.

O más bien, su firma 

Que haga de eso lo que él quería.

Bene se despertó con el sonido de su teléfono fijo sonando. Porque, por supuesto, lo hizo. Una parte de su cerebro se las arregló para recordar que apagó su celular la noche anterior mientras tropezaba con la cama, y esa fue probablemente la razón por la que alguien llamó directamente a su teléfono del ático. Otra parte de su cerebro estaba enojada por haber sido sacado de un buen sueño, obligado a tropezar con los pantalones que había desechado la noche anterior, sólo para agarrar el teléfono del otro lado de su penthouse antes de que fuera al correo de voz.

Y la sorpresa...

Marcus respondió al saludo murmurado y somnoliento de Bene con un "¿Por qué no contestas el teléfono?"

A Bene le llevó demasiado tiempo responder. Parpadeó un rato, mirando por las ventanas de su salón que daban a la esquina de otro cielo, y a una parte de las calles de abajo. La luz del sol se filtró, haciendo rayas en el suelo.

Mierda.

Al menos, no estaba todavía oscuro.

Le dio eso a Marcus.

Muy poco más.

"¿Estás siquiera despierto y vestido?"

"¿Qué?" Preguntó Bene.

Se miró a sí mismo, decidiendo que probablemente era mejor no responder a la pregunta de Marcus con la verdad. No pensó que su hermano apreciaría la información de que no, no estaba completamente despierto considerando su visión borrosa, ni vestido de manera respetable para dejar su lugar.

De hecho, cualquiera que mirara a sus ventanas tenía una gran vista de su bosque matutino que ahora empezaba a bajar. Mierda, ni siquiera se había molestado en ponerse la ropa antes de saltar a la cama, lo cual no era su estilo típico. Por lo general, se golpeaba la erección en la ducha, tomaba un café y seguía con su día.

No hoy, aparentemente.

Perfecto.

"¿Qué te dije anoche cuando llamé?"

Bene buscó en su cerebro para encontrar una respuesta apropiada. Culpó de ello al hecho de que claramente, había sido despertado antes de que fuera el momento adecuado. ¿Qué más podía hacer?

"Uh ..."

"El Capo... Johnny", dijo Marcus. "Ahí es donde se supone que debes estar trabajando hoy. Esta mañana. En media hora, en realidad".

Joder.

Joder, joder, joder.

"Estoy en camino", Bene mintió.

"Llamé al penthouse. Ni siquiera te has ido todavía. Te dije que no la cagaras, ¿verdad? ¿Que ibas a estar ocupado? Por suerte para tu culo, de hecho arreglé tu reunión con el Capo para el mediodía, así que realmente tienes una hora y media, ahora. Sólo pensé en fastidiarte un poco antes de decirte que pongas tu culo en marcha y te pongas a trabajar. Es hora de que te pongas en forma, Bene".

Bene cerró los ojos y se frotó la mandíbula. Los recuerdos de la noche anterior inundaron su mente, una hermosa mujer con cara de ángel que follaba y sabía a pecado. Apenas tuvo tiempo de disfrutar de esos pensamientos, o de la semi-erección que causó, prometiendo que podría llegar a disfrutar de su tiempo en la ducha después de todo, antes de que Marcus hablara de nuevo, y perdiera esa pequeña alegría.

No es una sorpresa.

"Ahora estás en mi tiempo, hermanito", dijo Marcus, "y respondes a mis reglas. No te ofendas, sólo te mantengo alejado de los problemas".

"Marcus-"

"Esa no era la oportunidad para una conversación, Bene."

Jesús.

Su hermano no estaba jodiendo.

"Estoy en camino", dijo Bene.

A pesar de que Marcus no le había dicho qué trabajo tendría que hacer para uno de los capos favoritos de su padre. De hecho, no tenía ni idea de lo que haría mientras Marcus controlaba su trabajo para la familia. Podría ser cualquier cosa. Normalmente, él manejaba los pagos de los traficantes, los chanchullos y otros negocios. Un intermediario entre su padre y sus hermanos mayores que eran hombre hechos. Lo que sea que necesitaban, él estaba allí para hacerlo.

Ahora, estaba bajo el pulgar de Marcus.

O eso dijo su hermano.

La cosa era que quería su botón.

Su entrada en la familia.

Bene necesitaba ser un hombre hecho.

Haría lo que tuviera que hacer.

"Mejor que así sea", respondió Marcus, "y tampoco aparezcas oliendo a una maldita cervecería, porque Johnny me lo hará saber. ¿Me oyes?"

Bene se aclaró la garganta. "No bebí anoche".

"Bien".

"¿Qué voy a hacer por el...?"

"Lo que el Capo quiera, y lo que yo pueda soñar."

"¿Qué significa eso?"

"Significa", dijo Marcus, "no la cagues, Bene".

Eso es todo lo que dijo Marcus.

Luego, colgó la llamada.

Bene se quedó mirando el teléfono inalámbrico muerto que tenía en la mano, preguntándose en cuántos problemas se metería si le diera una paliza a su hermano mayor. No es que pudiera... seguro, Bene podía manejarse bien en una pelea, pero también creció con Marcus, y habían hecho unos cuantos asaltos juntos más de una vez.

Podría valer la pena.

Sí, claro.

Ignoró su cerebro burlón, sabiendo que tenía que moverse, o seguramente lo escucharía de su hermano una vez más. Volviendo a su dormitorio, ni siquiera tuvo tiempo de usar la ducha, considerando que ya se le había hecho tarde, y con el tráfico, le llevaría una buena hora llegar a donde necesitaba ir.

Tiró la ropa del suelo, la tiró a un lado para encontrar las llaves de su coche, y cualquier otra cosa que dejara en sus bolsillos del día anterior. En el vestidor, cogió un par de pantalones limpios, una camisa planchada, ropa interior limpia y un par de zapatos. No importaba que fuera un criminal, o que su familia estuviera llena de ellos, no tenía que vestirse así también. O, eso es lo que siempre se le había dicho.

Miró la cama vacía cuando volvió a salir. Sábanas desordenadas, almohadas con marcas, y la habitación aún olía a cualquier perfume dulce y azucarado que Vanna había usado la noche anterior. No tuvo tiempo de enojarse porque ella se levantó y se fue de su casa antes de que pudiera despertarse. De hecho, no estaba enfadado en absoluto considerando que normalmente era él quien se escabullía de la cama de una mujer antes de que saliera el sol por la mañana.

Sin embargo, notó la nota manuscrita en su mesilla de noche cuando sacó su reloj del bol de cristal que estaba en la esquina más alejada. Su número. Eso es todo lo que había escrito.

Eso, y una simple y arremolinada *W*.

Bueno, entonces...

Bene no era un tipo de segunda ronda. Tampoco era el tipo de hombre que lleva a las mujeres a la cama, pero una aventura de una noche le venía bien, considerando que no buscaba mucho más. Y aún así, descubrió que estaba dispuesto a ver a Vanna de nuevo mientras ella estuviera dispuesta, y tenía tiempo.

Se metió la nota en el bolsillo.

Otro día.



Dos malditas semanas.

Marcus tuvo a Bene corriendo sin parar durante dos semanas enteras. De un trabajo a otro. El primer Capo que tuvo que ver fue sólo el comienzo, y al final de ese primer día, Bene ya estaba exhausto, y por cualquier truco que su hermano estaba tratando de hacer.

Algunas de ellas ni siquiera eran de trabajo.

¿Gian quería comida para llevar de su restaurante favorito en el centro de la ciudad de Quebec? ¿En una provincia completamente diferente? Llamaron a Bene para que fuera a buscarla. Y la cosa era que sabía que no podía quejarse de ello. Ni una palabra negativa podía salir de sus labios cada vez que lo enviaban a otra búsqueda inútil de su padre, uno de sus hermanos o cualquier otro hombre que de repente tuviera su número de teléfono.

Porque sí, eso era otra cosa.

Hizo que los hombres siguieran llamando.

Todos los hombres hechos de su familia.

O más bien, los que tienen suficiente posición y estatus para poder dar órdenes a Bene y salirse con la suya. No podía quejarse o rechazar una orden o un trabajo porque no era así como funcionaba la vida. Los mafiosos dirigían el espectáculo, y como Bene aún no era un hombre hecho, pero quería serlo, bueno, eso significaba que tenía que hacer lo que ellos quisieran que hiciera, cuando quisieran que lo hiciera, sin preguntas.

Oh, ¿alguien necesitaba un paquete de cigarrillos a las dos de la mañana? Bene sacó su culo de la cama, condujo hasta la tienda más cercana, y luego entregó los cigarrillos al Capitán -o a quien sea- con una puta sonrisa en su cara mientras que al mismo tiempo, preguntó si el hombre necesitaba algo más de él.

¿Alguien necesitaba un par de manos extra en una cuadrilla para hacer un trabajo manual en un almacén congestionado que era más adecuado para ser derribado y cementado para un estacionamiento que para trabajar? Bene no era de los que se ponen las manos ásperas con esa mierda o se ennegrecen los pulmones, pero no podía opinar, así que hacía lo que le decían sin decir una palabra.

No se detuvo.

En absoluto.

Una cosa tras otra.

Otra persona con una nueva tarea o trabajo para Bene. En dos semanas, puede que haya dormido en su propia cama un total de ocho horas, si eso es así. A veces, sólo dormía en su auto mientras esperaba que su maldito teléfono sonara de nuevo.

¿Comía tres veces al día? No, carajo.

A menos que uno considerara comer comida rápida.

Bene seguro que no estaba bebiendo.

No entendía qué demonios estaba pasando, pero se cansaba rápidamente de ello. No es que pudiera decir eso, o incluso parar. No podía porque había hecho esto, pidió esta vida, y a veces, la mierda no era fácil. El no ser hecho significaba que Bene tenía que responder ante cada hombre de la organización que era un hombre hecho. Y podían usarlo para lo que quisieran, siempre y cuando el jefe estuviera de acuerdo.

Aparentemente, su padre lo hizo.

Hasta este momento de su vida y trabajando para conseguir su botón para la Cosa Nostra Guzzi, Bene había sido malcriado. Privilegiado, en realidad, por su apellido y por ser uno de los hijos más jóvenes del Don Guzzi. A diferencia de otros, que se abrieron camino en la familia desde cero, Bene sólo había respondido a su padre y a sus hermanos mayores, la mayoría de las veces, con un par de Capos como mentores.

Su derecho, le dijeron una vez.

Al mismo tiempo, se le había advertido que esto también sucedería. Que en algún momento, él sería todo o nada en esta familia y negocio. Que su estatus de hijo Guzzi le permitiría poco o nada comparado con otros que trataban de entrar, y que tendría que ganárselo de la misma manera que cualquier otro hombre.

Bene no estaba preparado.

Se culpó a sí mismo por eso.

Una parte de él se preguntaba si ese era el punto de Marcus. Mantenerlo tan ocupado que ni siquiera tuviera tiempo de preocuparse por sus problemas o tratar de encontrar la solución a los mismos en el fondo de una maldita botella.

¿Pero quién lo sabía?

No Bene.

No pudo hacer preguntas.

Ya no.

Bene tamborileó sus dedos contra el volante forrado de cuero de su Lambo, un auto que había pintado de rojo brillante para que todos y cada uno lo vieran venir,

y supieran que era él sólo por el color distintivo y el auto solo. Su padre se apresuró a señalar que el coche era un poco ostentoso y llamaba demasiado la atención, pero nunca dijo que se deshiciera de él, y Bene lo consideró una victoria.

También le sirvió de mucho cuando Marcus llamó para pedirle a Bene que cruzara la ciudad en coche para encontrarse con él en la parte trasera de una peluquería, de la que nunca había oído hablar antes, en un plazo que habría sido imposible en cualquier otro vehículo excepto en su Lambo. Agradeció la maldita mejora que le hizo al motor poco después de comprarlo por los 50 caballos extra que tenía bajo el capó.

Aunque todavía no sé por qué vengo a este lugar esta noche. Sí, sus pensamientos seguían siendo un infierno.

Eso no se podía evitar.

Bene llevó su vehículo al estacionamiento trasero de la barbería que... bueno, no parecía que hubiera estado abierta en años, si el contrachapado que cubría las ventanas era una indicación. Incluso el poste rojo y blanco -que ya no giraba en su caja de cristal agrietado- parecía como si estuviera en sus últimas.

¿Qué es este lugar?

¿Y por qué estaba aquí?

Bene notó los autos estacionados en el estacionamiento primero, y su hermano parado en las puertas segundo. Marcus, eso fue. Reconoció que los vehículos también pertenecían a los capos de la familia, a uno o dos matones que tuvieron la suerte de entrar en la familia, y también a sus hermanos, Marcus y Christopher.

Sin mencionar, el codiciado y personalizado Rolls-Royce de su padre.

En el momento en que Bene salió del coche, Marcus arqueó la frente y sonrió débilmente desde su posición en la acera. Sería un mentiroso si dijera que una parte de él no quería borrar esa maldita sonrisa de la cara de su hermano mayor.

Aunque sólo sea porque...

"¿Disfrutas haciéndome correr por toda la ciudad como si fuera un *cafone*?" preguntó.

Marcus encogió un hombro cubierto por el traje. "Mi derecho, ¿no?"

"Bien-"

"Y su derecho. El jefe pensó que necesitabas un recordatorio de cómo era realmente esta vida, y lo afortunado que eras, Bene."

Entendió muchas cosas entonces.

Primero, su hermano llamó a Gian el jefe. No papá, o *papa*, como solía hacer cuando tenían una conversación sobre su padre, y las palabras importaban. En este momento, las palabras importaban más, y llamarle el jefe sólo significaba una cosa.

Esto no era tiempo de familia.

Esto era un negocio.

"¿Qué está pasando?" Preguntó Bene.

"Necesitábamos asegurarnos de que pudieras limpiar tu acto, y volver a los negocios antes de que alguien respondiera por ti. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?"

Creyó que sí.

Era esto...

"¿Me van a dar mi botón esta noche?"

Marcus levantó su mano para mostrar tres cartas que tenía. Santos. Incluso desde la posición de Bene a tres metros de distancia, podía ver las diferentes figuras religiosas en las cartas, y sabía que había tenido razón en su suposición.

"Escoge tu santo antes de que entremos, y digas la omertà²".

"¿Por eso me hiciste correr como un loco?"

"Parte de ello".

Bene tuvo otro pensamiento, entonces. "¿Me van a dar mi botón porque a papá le preocupa que alguien me mate de otra manera, o es que cree que me lo he ganado?"

Marcus no respondió de inmediato.

No le gustó eso.

"¿Y bien?", exigió.

"¿Ser un hombre hecho es lo que quieres o no?" Preguntó Marcus.

"Por supuesto, es lo que quiero".

"Entonces, elige tu santo, Bene, y que empiece la noche. El jefe tiene lugares donde estar este fin de semana, estamos manejando el negocio de la familia, es el jefe, así que no lo hagamos esperar, para que pueda terminar esto, y llevar a su esposa fuera de la ciudad por el fin de semana como le prometió."

Bueno, entonces...

"San Juan Apóstol", dijo Bene.

Marcus sonrió. "El santo de la lealtad. Una elección inteligente. Sigue haciéndolo y estarás bien esta noche, hermanito".



Le picó la palma de la mano.

Como un hijo de puta.

En la Cosa Nostra, era tradición que la mano de un hombre fuera cortada con un cuchillo escogido por el jefe al prestar su juramento, y después del santo patrono que había escogido se quemaba nada más que ceniza en la palma de su mano.

² Omertà: código de honor siciliano que reclama un silencio obstinado acerca de los asuntos de la Cosa Nostra

Simbólico, en cierto modo, hablando del juramento que todos tenían que hacer por esta vida.

La mafia fue lo primero.

La familia fue considerada la más importante por encima de todo.

La familia.

Amigos.

El amor.

Incluso Dios.

Por lo tanto, el santo.

Fueron los únicos pensamientos de Bene cuando finalmente llegó a casa; el reloj en su muñeca decía que solo eran las cinco, pero demonios, se sentía como la una. Por la mañana. Tal vez eso fue porque las últimas dos semanas finalmente lo alcanzaron, y ahora se dio cuenta de lo que realmente se trataba y lo que significaba para el resto de su vida.

¿El corte en su palma? ¿Con sangre seca? ¿Sucia con las cenizas quemadas de la imagen de un santo que había elegido para su iniciación en la Cosa Nostra?

Sólo significaba una cosa, ahora.

Era hecho.

Bene caminó por su ático en una especie de bruma, viendo diferentes cosas que había dejado dispersas y olvidadas mientras su vida se trastocaba durante dos semanas. Una bolsa de patatas fritas en el mostrador. Platos sin lavar en el fregadero. Su baño se había convertido en un huracán, y su dormitorio tampoco se veía mucho mejor.

Ropa esparcida por el suelo de sólo cambiarse cuando lo necesitaba, pero sin tener tiempo de guardar las cosas apropiadamente. No había hecho la cama en dos semanas, y las sábanas tenían que ser lavadas. Tenía un montón de mierda que necesitaba ir a la tintorería, y no tenía ningún deseo de limpiar nada. No después del día que tuvo.

¿No podría simplemente... disfrutar de este momento?

¿Este hito?

Bene no lo sabía.

Así que, mientras intentaba resolverlo, y arreglar todo lo que había sucedido en el transcurso de una tarde, intentó limpiar su ático. Al menos ahora, tenía tiempo para hacerlo, y nadie lo llamaría tan pronto como empezara algo.

Tal vez era hora de contratar una criada.

Además, a partir de hoy, ya no habría que correr para hacer trabajos ocasionales o responder a cualquier hombre que tuviera su número de teléfono. Ahora estaba listo para trabajar como la mano derecha de sus hermanos, para lo que Chris o

Marcus necesitaran. Considerando que Marcus era el jefe de la familia, Bene sabía que le haría la vida más fácil a su hermano como intermediario de los capos que controlaban a los hombres de la calle.

El trabajo que le gustaba.

Cuando Bene regresó a su dormitorio para recoger la ropa esparcida por el suelo, y quitó las sábanas sucias de la cama, y estaba listo para dar por terminada la noche. Y aún así, cuando recogió un par de pantalones que no había usado en dos semanas, y un trozo de papel arrugado cayó al suelo, con el lado de la escritura hacia arriba, dudó.

Su número.

Esa firma.

W.

Cristo.

¿Por qué todavía podría saborear a esa mujer en su boca? ¿Cómo le puso duro cuando no la había visto en semanas? Sin mencionar, ¿por qué su agotamiento desapareció repentinamente ante la idea de llamar a ese número, y ver si podría celebrar esta noche con ella?

Bene no tenía intención de cuestionarlo. Simplemente agarró el papel y sacó el teléfono de su bolsillo. Ya estaba marcando el número antes de salir de la habitación.

Seguramente, se ganó esto.

¿Verdad?

"Esto es delicioso", elogió Senior.

"¿No es así? No estaba seguro de lo que hacía en esa universidad, pero es una buena señal", respondió Mario a su padre. "Incluso podría atreverme a decir que valió la pena".

Senior volvió su mirada hacia Vanna, y asintió con la cabeza. "No estoy seguro de cuánto tiempo más vas a estar atendiendo allí pero mientras lo haces, necesito que me cocines más".

Al otro lado de la mesa, la esposa del hombre y la madre de Mario, Gemma, se esforzaron por mantener la cara seria y no poner los ojos en blanco. Apenas. Vanna pudo haberse ofendido por eso otro día, pero como que lo entendió.

Los hombres alababan la cocina de otra mujer en su mesa, y ninguna mujer italiana se lo tomó muy bien. Para su beneficio, Gemma intentaba ser civilizada y educada. Vanna no podía decir que haría lo mismo si estuviera en la posición de Gemma. No es que nadie le diera a elegir. Mario llamó la semana anterior, dijo que su padre quería pasar más tiempo con ella, y estuvo de acuerdo con la promesa de que ella les cocinaría a todos algo de comer la semana siguiente.

Bueno, eso se convirtió en esto. Una mesa llena de gente de su clan de la Camorra. Vanna matándose en la cocina. Y ahora una mujer frente a ella que parecía haber encontrado su límite con todos los cumplidos que no estaban dirigidos a ella, o a su cocina. Simplemente perfecto, de verdad. Esta noche no podría ser peor de lo que ya fue, seguramente.

Normalmente disfrutaba que alguien elogiara su cocina, considerando el esfuerzo que le supuso asistir a la Universidad George Brown por su increíble programa culinario. Un programa que, esencialmente, garantizaría su éxito en el campo elegido una vez que terminara, y pasara a ser aprendiz de un chef en la ciudad.

A menos que alguien más haya detenido sus sueños.

Considerando algunos de los comentarios que Mario hizo durante la cena, a su padre y a los otros hombres de la Camorra que asistieron, Vanna estaba empezando a pensar que tenía la intención de hacer exactamente eso. Enjaularla en esta vida, de alguna manera, y mantenerla con él.

Al otro lado de la mesa, Mario la miraba con una sonrisa que sonaba en el borde de sus labios. Ella podía ver sin necesidad de que él lo dijera que estaba disfrutando de la noche. Era casi como si hubiera podido presumir de ella, como un trofeo que había estado ocultando al resto de su familia y a la gente de su padre. Como si no conocieran a Vanna de toda la vida, y ahora la miraban de nuevo en el brazo de Mario.

Hasta ahora, Vanna se había sentido olvidado por muchos del clan. La pequeña adolescente huérfana que había sido acogido por el jefe y su esposa, pero que nunca había sido realmente favorecida o puesta en exhibición para el resto del clan como Mario, había sido como su hijo. En ese momento, durante la cena, se sentía como si todo hubiera cambiado, y Vanna no lo había visto venir.

Ella lo odiaba.

Todo.

Y aún así, la única manera de que pudiera seguir teniendo la libertad que tenía, como ir a la universidad, vivir por su cuenta, y más... era alimentar las tonterías de Mario. Fue su palabra al oído de su padre, después de todo, la que le permitió todo lo que tenía y podía hacer.

Vanna no quería jugar con fuego.

"Gracias", le dijo Vanna a Senior cuando la miró expectante, esperando una respuesta a sus anteriores elogios. "Me encanta cocinar".

Y lo hizo.

Antes de que su padre muriera, la cocina había sido una forma de pasar un tiempo de calidad con su padre. Debido a que no tenía una madre que le enseñara ninguna habilidad útil, como cocinar, el trabajo recayó en su padre, y fue su suerte que él también lo disfrutara.

Después de su muerte, cocinar se convirtió en la forma en que Vanna afrontaba gran parte del tiempo. Hornear galletas a las dos de la mañana cuando no podía dormir porque seguía soñando con recibir las noticias sobre su papá ... bueno, la ayudó a superarlo.

Aunque a la gente de la mesa no le importó oír eso. Nada sobre su padre, o su vida entonces importaba porque entonces podrían mirarla como si no fuera más que la hija de Adam. Su sangre, decidida a arruinar su clan y su vida de la misma manera que él y su padre lo habían hecho una vez, incluso si nunca habían sido sus planes.

"Volvamos a los negocios", dijo Senior, agitando una mano mientras Vanna se paraba para limpiar las platos con la ayuda de Gemma. Así de fácil, los hombres de la mesa volvieron a discutir sus planes para hacerse cargo de varios negocios de construcción de carreteras al año siguiente después de unos cuantos tratos que habían hecho este verano. "Y tráeme un trago, amor".

Gemma asintió con la cabeza a su marido.

Mario miró a Vanna con expectación, claramente queriendo lo mismo. No preguntó directamente, sino el levantamiento de su ceja cuando todos los ojos se volvieron hacia el intercambio entre los dos, y su silencio, "Si no te importa, por supuesto".

Sí, le importó.

Ella no era suya.

Tampoco era una criada.

Vanna todavía sonreía. "Claro".

Los hombres no tenían ningún problema en hablar de negocios mientras las mujeres se ocupaban, incluso algunas de las esposas de otros hombres que asistían a la cena. Así era la forma de la Camorra, no totalmente inaudita para una mujer de controlar, o incluso dirigir, la familia si el tiempo lo requería. Eso no significaba que las mujeres no estuvieran altamente controladas en la Camorra, porque lo estaban.

Demasiado.

Las mujeres eran consideradas mucho más exigentes que cualquier hombre. Y las cosas por las que una mujer sería castigada o incluso asesinada por un hombre serían alabadas por hacer lo mismo. Es curioso cómo funcionó eso, excepto que no fue nada divertido.

Vanna escuchó su conversación mientras ayudaba a limpiar la mesa, y luego procedió a cargar los platos en el lavavajillas. Gemma apenas le habló, pero eso no fue nada inusual. La mujer nunca le tuvo mucho afecto o cuidado a Vanna, incluso cuando accedió a traerla a la casa después de la muerte de su padre.

No se ofendió.

No fue personal.

Simplemente lo era.

Después de que trajeran las bebidas a la mesa, Vanna se excusó en la cocina para terminar de limpiar, aunque no quedaba mucho por hacer, si es que había algo. Se ocupó de limpiar los mostradores mientras observaba la entrada.

Ocasionalmente, Mario miraba hacia ella, pero sobre todo, miraba a su padre, y participaba en la conversación en la mesa. Un pequeño rey en espera, o eso pensaba. Solía pensar que su extraño encaprichamiento con ella moriría una vez que él se diera cuenta de que ella no sentía lo mismo, pero en todo caso, el hombre parecía decidido a probar que algún día ella estaría sentada a su lado en la mesa con el resto de ellos.

Vanna no lo creía.

Pero una cosa a la vez.

Tenía otras cosas en las que concentrarse ahora mismo.

Terminando su trabajo en la cocina, Vanna se lavó las manos como un eco familiar. Corrió a buscar su bolso para encontrar el teléfono escondido dentro y revisó la pantalla para ver el contacto que iluminaba la cinta con un texto.

Era un número desconocido, pero el texto lo explicaba con suficiente claridad.

Bene.

Vanna sonrió.

Bien, bien, bien...

Hola, soy Bene. ¿Estás libre esta noche?

Eso es todo lo que leyó su texto.

No debería dejar la casa de Detti todavía.

Tenía otras cosas que hacer.

Y sin embargo, la venganza...

Ese hombre.

Esos pensamientos se enfrentaron. Necesitaba más de la familia Guzzi para tener algo útil que los arruinara, y nada de lo que tenía ahora funcionaría. Eso había sido confirmado por el hombre que recibió sus hallazgos iniciales de la casa de Bene. Sin mencionar que sería una maldita mentirosa si dijera que no había pensado mucho en Bene en las últimas semanas. Fueron sus recuerdos los que la ayudaron a encontrar alivio en las duchas demasiado calientes con sólo su mano entre los muslos.

Vanna no dudó en responder, puedo ser... *dame una hora y un lugar, nos encontraremos.*

Eso fue todo.



Vanna salió de la cabina y encontró a Bene apoyada contra el ladrillo marrón de un pequeño bar que no estaba muy lejos de su casa. "¿Fue intencional?"

Arqueó una ceja. "¿Perdón?"

"¿Me trajiste aquí para que estuviéramos más cerca de tu casa cuando la noche termine?"

Una risa le respondió.

Y maldición.

El hombre se veía sexy haciéndolo.

Se tomó un momento para admirar la chaqueta de cuero y los vaqueros oscuros que se había puesto y que se ajustaban perfectamente a sus fuertes muslos, y el atractivo alto, oscuro y guapo del resto de él. Todo en este hombre parecía ser peligroso para su cuerpo, considerando que lo único que parecía sentir a su alrededor era la lujuria más fuerte de su vida.

Hizo las cosas difíciles.

"No", dijo Bene, empujando la pared para acercarse a ella, "es el único lugar donde me gusta jugar al billar, y resulta que está cerca de mi vecindario".

"Mmhmm".

"¿No es tu escena?"

Vanna miró la entrada del bar, viendo el oro que rodeaba las puertas y el cartel que colgaba encima. "En realidad no, pero si puedes hacerlo divertido..."

Bene sonrió. "Puedo hacer que cualquier cosa sea divertida".

"¿Oh?"

"¿Eso es un desafío?"

Estaba mucho más cerca ahora.

A sólo un pie de distancia.

En un parpadeo, antes de que ella pudiera siquiera tomar un respiro, cerró la distancia entre ellos. Uno de sus brazos rodeó su espalda, abrazando la tela suelta de su camiseta ajustada a su cuerpo mientras la arrastraba hacia él. Su cabeza se inclinó hacia abajo, y esos sonrientes y sexys labios suyos se encontraron con los de ella.

El beso fue suave al principio.

Buscando.

Probando.

Y luego lo encontró.

La respuesta que ella le dio, la forma en que sus labios se separaron para que él tuviera ese sabor. Ni siquiera lo pensó, simplemente quería que él la besara porque juró que nadie besaba como este hombre, y quería más.

Incluso si una parte de ella todavía lo odiaba por la gente de la que venía, y el apellido que llevaba. No importaba. Un beso no haría que ella le entregara su corazón a él... seguro que no. Ella tenía más autocontrol que eso, ¿no?

Bueno, era difícil de decir.

Y ella no tuvo una respuesta adecuada cuando él todavía la estaba besando como lo hacía. Como si él no pudiera tener suficiente de la forma en que sus labios trabajaron contra los suyos, y cómo ella estaba más que dispuesta a dejar que la dominara con un beso en una acera en medio de una ciudad donde cualquiera podía ver.

Que se jodan.

Podrían mirar.

Todavía estaba recibiendo el suyo.

Demasiado pronto para su gusto, Bene se apartó, esa sonrisa aún sonando en los bordes de sus labios mientras sus ojos oscuros la miraban. Dios mío. Su cara era tan mala para su cuerpo como el resto de él, de verdad.

"¿Fue demasiado?", preguntó.

Vanna sonrió. "¿Por qué iba a serlo?"

"No pregunté primero."

"No tienes que preguntar."

"Sin embargo, debería".

Vanna se encogió de hombros. "No habría venido esta noche si no planease divertirme, Bene".

"Es bueno saberlo. ¿Juegas al billar?"

"Unas cuantas veces. Estoy seguro de que eres mejor que yo en esto, sin embargo".

Se rió. "Te dejaré patearme el trasero, si me dejas darle un mordisco al tuyo más tarde."

Sí. Diablos.

Ahí es donde iba. Directo al infierno. Porque a una parte de ella le gustaba este hombre. Otra parte lo odiaba. Ella estaba haciendo que le gustara a él también. Y aún así, también lo arruinaría cuando sus planes finalmente se hicieran realidad.

Vanna apartó esos pensamientos.

Al menos, por ahora.

Empujando de puntillas, lo besó y le guiñó un ojo.

"Eso suena como un trato".



Vanna se inclinó sobre la mesa de billar, sintiendo la mirada de Bene firmemente pegada a la forma en que su atrevido trasero se elevaba un poco por encima del borde de la madera mientras se preparaba para su siguiente, y con suerte, el último disparo. Él era un idiota y a ella no le importaba usar eso para su ventaja mientras jugaba este juego suyo. Después de todo, ella solo había usado su atención en su trasero para su beneficio para su último disparo, haciéndolo fallar para darle la siguiente ronda, lo que la dejó con una última bola para hundir.

"Bola ocho a la derecha", dijo, "y eso es un juego".

Antes de que Bene pudiera responder, Vanna disparó, hundiendo fácilmente la bola ocho en el bolsillo que llamó. Dejó escapar un silbido bajo detrás de ella mientras ella se levantaba de su posición inclinada, apoyando el taco de billar en el suelo mientras ella se quedaba mirando por encima de la mesa todavía salpicada de bolas de colores sólidos de Bene.

"Jugué al billar unas cuantas veces, ¿no fue eso lo que me dijiste?"

Vanna se rió ligeramente, los sonidos de la barra se desvanecían en el fondo mientras giraba para enfrentarse a Bene. Su mirada acalorada se encontró con la de ella, y ella no pudo evitar sonreír. "Había una mesa de billar en el sótano de mi padre. Aparentemente, él solía jugar mucho cuando era más joven, y en vez de deshacerse de ella, se abrió paso hasta el sótano. Me enseñó a jugar, y algunos trucos. Solíamos jugar un par de veces a la semana".

La mirada de Bene se suavizó, y ella vio ese destello del amanecer en su cara mientras se inclinaba un poco hacia adelante en el taco de billar. "¿Solía hacerlo, eh?"

Mierda.

"Sí", dijo, sabiendo que debía mentir pero descubriendo que no quería hacerlo, "mi padre falleció justo antes de que cumpliera dieciséis años. Lo enterré en mi cumpleaños".

"Eso debe haber sido duro para ti y tu m-"

"No tengo una mamá".

Su tono salió recortado, y un poco tenso, a pesar de que trató de ocultarlo. Era casi imposible para ella no tener esa reacción cuando se trataba de hablar de su alejamiento, también, porque no tenía ni idea de dónde estaba la perra-madre. No era Bene, y definitivamente no era nada personal para él. Sólo lo era.

La ceja de Bene se levantó en alto. "Lo siento".

Sacudió la cabeza. "No te disculpes sólo porque me compadezcas o algo así".

"No, siento haber preguntado. No era asunto mío a menos que quisieras decírmelo, ¿sabes?"

Vanna tragó saliva y se movió con sus altos tacones de tiras. Podría haber optado por algo sencillo para vestirse y cómodo. Ella dudaba seriamente que a Bene le importara ver cómo él la miraba de la misma manera con su camiseta, tacones de tiras y jeans estilo novio enrollados en los tobillos, como lo hizo con su sexy vestido corto de dos piezas. desde su primer encuentro. Pero no lo hizo simple, y si los tacones fueran siempre una opción, entonces los elegiría para siempre.

"Yo ..." Vanna suspiró, mirando por encima del hombro y al otro lado de la barra para mirar las relucientes botellas que se alinean en los estantes de cedro detrás del cantinero. Era más fácil admitir algo cuando no tenía que mirar a alguien a la cara mientras lo hacía. "Lo siento, no fuiste tú o lo que dijiste lo que me hizo aguda -sólo mi madre hace eso, en general. Se fue antes de que pudiera dormir toda la noche, supongo."

"Así que cuando tu padre murió... mierda."

"Sí". Vanna masticó su mejilla interior, deseando que no hubiera sido tan fácil como eso, sólo para derramar algunos de sus secretos más profundos - incluso si no eran el tipo de secretos que Bene podría usar para herirla - para decirle eso. Ella lo miró, arqueando la frente y ofreciéndole una pequeña sonrisa. "¿Podemos... volver a hablar del billar, o literalmente de cualquier otra cosa que no sea eso? Un poco demasiado profundo para una segunda cita, es todo."

Bene se rió. "¿Algo?"

Asintió con la cabeza. "Sip".

"¿Qué estabas haciendo cuando te envié un mensaje de texto?"

Eso fue al azar.

También la hizo sonreír. No era la pregunta que ella esperaba que él hiciera, pero no debería sorprenderle que Bene la mantuviera alerta. Lo hizo constantemente, desde el momento en que se conocieron. Ella esperaba que él fuera una cosa, y resultó ser algo diferente. Incluso si seguía siendo un Guzzi.

No podía olvidarlo.

"Limpiar después de una comida que cociné, en realidad. Mostrando lo que aprendí el año pasado en la Universidad George Brown".

Algo que apreciaba y aprobaba coloreó sus hermosos rasgos. "¿Un chef?"

"Eso es lo que intento ser."

Otro de esos silbatos bajos se abrió paso entre sus labios.

"Y ella cocina..." Presionó sus manos frente a su pecho como si estuviera rezando mientras miraba hacia arriba. "Me estas matando aquí, Jesús".

La risa de Vanna volvió a iluminar su pequeño rincón del bar, y Bene sonrió perezosamente mientras se movía para dejar caer sus manos a los lados de nuevo. Fue entonces cuando notó el vendaje en su palma derecha, que cubría la mayor parte de la superficie.

"¿Qué pasó allí?"

Bene ni siquiera miró hacia abajo como lo hizo. "Nada".

"No parece nada".

Usó la mano herida para agarrar el taco de billar que había apoyado contra la pared antes de hacer su falsa oración, asintiendo con la cabeza a la mesa como si sus siguientes palabras le hicieran olvidar que había hecho su pregunta. "Entonces, ya que me pateaste el trasero, y no al revés, ¿significa eso que no podré darle un mordisco al tuyo más tarde, o...?"

Su tono se redujo de manera sugerente.

Vanna se quedó en blanco.

Maldito sea.

Sus palabras la hicieron olvidar momentáneamente su pregunta, pero sólo porque su mente se llenó de repente con la imagen de este hombre mordándole el culo antes de comer su coño de rodillas como un rey arrodillado por una reina en su trono. Era toda una imagen, y ella le dio a su mente el crédito por sus esfuerzos.

Bene sonrió mientras se alejaba de la pared, la única zancada entre ellos cerrándose en un parpadeo mientras se inclinaba para poner una mano en algún lugar detrás de ella en la mesa de billar. Era difícil saber lo que hacía con él tan cerca que su pecho se apretaba contra el de ella, y el leve rasguño de su mandíbula le hacía cosquillas en la mejilla cuando inclinaba la cabeza hacia abajo para dejar que sus labios rozaran la piel de ella.

Luego, escuchó el sonido revelador de la ranura para monedas en la mesa de billar que fue empujada después de que él tirara un par de monedas.

"¿Otro juego?" preguntó.

Vanna dejó escapar un aliento estremecedor. "¿Quién está matando a quién aquí?"

Porque este hombre...

Era algo más.

Bene guiñó un ojo cuando se enderezó. "Es bueno saber que no soy el único, entonces."

"Definitivamente no."

Y ella odiaba que ese fuera el caso.

Aunque nunca lo diría en voz alta.

En ese momento, aunque Vanna no dudó que sería malo para ella, si no para su cuerpo, más tarde para su corazón, se puso de pie y le dio un beso en los labios. Un suave e inocente beso para que sus manos encontraran su cintura, la madera del taco de billar mordiéndole la cadera mientras la empujaba contra el borde de la mesa de billar. Su lengua se metió en su boca, cortándola de la mejor manera mientras le hacía olvidar dónde estaban porque simplemente se habían besado.

No le importó en absoluto.

Hasta que, por supuesto, escuchó a alguien murmurar, "Si vas a hacer eso, ¿podrías moverlo al callejón como cualquier otra perra que se arrodilla lo hace, y darle a alguien más la mesa?"

Vanna endureció los labios del segundo Bene que se calmó contra los suyos. Ella sintió físicamente el cambio de su postura, y también lo sintió. Como si su juguetona sensualidad lo hubiera dejado así, y el calor de su mirada repentinamente ardió con más rabia que la lujuria cuando su mirada se encontró con la de ella.

No sabía por qué pensaba hablar para calmar la situación, pero aún así lo hizo. O al menos, ella... lo intentó. "Está bien. Sólo ignóralo. Es o..."

Eso fue todo lo que Vanna logró decir antes de que Bene se apartara de ella. Se giró hacia un lado, como si acabara de saber que el imbécil se acercaba a su derecha sin siquiera mirar en esa dirección cuando se había distraído con ella. Su puño ya estaba volando, chocando contra la cara del hombre antes de que Vanna tuviera tiempo de pensar en lo que estaba sucediendo.

Y entonces, tan rápido como ocurrió, se acabó. Bene giró sobre sus talones, una sonrisa oscura tirando de sus labios cuando su amplia y ligeramente divertida, pero también aterrorizada mirada se encontró con la suya. Sí, ella había visto a un hombre golpear a otro hombre por encima de ella antes. Pero no, nunca le había gustado tanto como en ese momento.

El hombre ni siquiera había tocado el suelo antes de que la mano de Bene encontrara la suya, y la sacó de la mesa de billar, agarrando su bolsa del suelo al mismo tiempo, y las movió hacia la entrada trasera del bar. Ella se volteó sobre su hombro en el tiempo justo antes de que salieran corriendo por la puerta trasera, para ver al camarero que se acercaba a la barra.

Ya se habían ido.

Se había acabado.

Así de rápido sucedió.

Su mano quedó bien sujeta con la de Bene mientras la arrastraba por el callejón detrás de la barra, y por el laberinto de otras tres. No se detuvo hasta que estuvieron a una cuadra de distancia, y ella reconoció el familiar diseño de ladrillos de su edificio. Excepto que era el lado, y no el frente. No es que le importara cuando él la presionó contra el ladrillo, su cuerpo se apretujó al de ella de la mejor manera, la pierna se deslizó entre sus muslos para darle a su coño algo con lo que moler mientras él la besaba más fuerte que nunca.

Hasta que sus pulmones se quemaron. Y todo lo que ella vio fue a él.

Sus manos rozaron la parte delantera de sus jeans, desabrochando el botón y bajando la cremallera antes de deslizarse por debajo. Ella miró fijamente por el callejón a la calle concurrida donde la gente pasaba. Sin mencionar, todas las ventanas alrededor de ellos. ¿Qué posibilidades había de que el callejón estuviera vacío a esta hora de la noche? Y aún así, cualquiera podría verlas allí, si sólo pensaran en mirar.

A Vanna todavía no le importaba.

"Eso fue una locura", respiró contra su boca.

Bene se rió, los labios se curvaban con los de ella. "Valió la pena".

"No deberías hacer que una mujer corriera con tacones, Bene."

"¿Puedo follarme a una con ellos?"

Vanna gimió. "Sí".

Eso era todo lo que parecía necesitar. Su consentimiento. Como el hecho de que estaba dispuesta a decir, en voz alta y clara, sí, puedes follarme en este callejón. No perdió el tiempo para darle la vuelta para mirar hacia el ladrillo, mientras tiraba de sus jeans por sus muslos hasta que se juntaron en sus talones. Su ardiente palma izquierda subió por debajo de su camisa, acariciando su columna mientras la otra trabajaba en la cremallera y el botón de sus jeans.

Ella vio las estrellas cuando finalmente liberó su longitud, preguntó si estaba que fuera desnudo, y luego con ese primer empujón. No hubo piedad, ni lentitud, en la forma en que la cogió. Sólo flexiones bruscas y rápidas de sus caderas chocando contra las de ella mientras sus palmas se rascaban contra el ladrillo.

Se acurrucó más cerca detrás de ella, las manos aplanándose sobre la redondez de su trasero, para poder apretar los dedos en sus mejillas mientras sus dientes rozaban su mandíbula. "Joder, amas esa polla, ¿eh? Ese coño caliente tuyo no puede tener suficiente, Vanna".

No se equivocó.

Y sus sucias palabras sólo la afectaron.

Lo curioso era que ... el chico del bar no se había equivocado. Ella estaba haciendo exactamente lo que él dijo en un callejón con un hombre al que solo había conocido una vez en su vida. Fue una locura. Y, sin embargo, no le importaba que nada de esto estuviera cuerdo.

Ella sólo quería venirse.

Mejor aún que Bene la obligue a hacerlo. ¿Fue una traición a su causa?

Probablemente.

Vanna se ocuparía de ello más tarde.

"Vamos, vamos, dame lo que quiero, nena. Me encanta que me dejes follarte así, sí."

Su duro gemido llenó sus oídos, y ella juró que lo sintió justo en el centro de sus huesos. En lo profundo de su estómago. Dolor en su coño. Incluso sus malditos dedos se enroscaron porque Dios... este hombre era un pecado para ella. Puro, pero tan bueno, el pecado.

Ella se corrió duro. Y fue una bendición.

Bene lo siguió poco después, sus labios chupando contra la garganta de ella y luego sus dientes mordiendo en el mismo lugar que sus caderas se inmovilizaron contra las de ella. Se apresuró a sacar y arreglar sus pantalones, pero no por alejarlos de la pared, o incluso dar la vuelta a Vanna después de haberse arreglado.

En lugar de eso, acarició su cara contra el lado de su garganta. "¿Qué vas a hacer este fin de semana, algo importante?"

Vanna aclaró su garganta, tratando de dejar que la guerra emocional dentro de su cabeza se calmara mientras respondía: "Nada, en realidad".

"¿Y si te pidiera que lo pasaras conmigo?"

"Oh, ¿dónde?"

"No lo sé. ¿Qué tal una mansión?"

Vanna sonrió por encima de su hombro, y él le devolvió la sonrisa cuando inclinó la cabeza para mirarla. "¿En serio?"

"Mi ático es un desastre, eso es todo."

"Sabes, realmente no mencioné que claramente tienes dinero, pero ahora dices mansión... y no quiero hacerlo incómodo al no reconocerlo, pero también podría porque digo algo y-"

Vale, ahora estaba divagando.

Vanna paró eso abruptamente.

"No tienes que mencionarlo en absoluto", dijo, "estoy acostumbrado a la riqueza ... nací en ella, básicamente, así que nunca soy yo presumiendo tanto como soy yo simplemente declarando mi vida".

"No es la riqueza ... bueno, no realmente. Mi papá me dejó dinero, no mucho, pero lo suficiente para darme unos cuantos años cómodos, y me compró un ático".

Su risa oscura alivió su piel recalentada. "¿Oh?"

"Pero dijiste mansión y tardó un segundo en hundirse."

"Lo entiendo. El punto es que quiero que pases el fin de semana conmigo si quieres".

Vanna ni siquiera tuvo que pensarlo.

Sabía que era una locura.

Estúpido.

Mario probablemente se preguntaría dónde estaba... le gustaba pasar los fines de semana. Apenas le dio un pensamiento, sin embargo.

No, no pensó en absoluto cuando dijo: "Me encantaría".

"¿Esto es tuyo, o..."

Puso el Lambo en el parque. "La casa de mis padres".

Vanna asintió lentamente, con una mirada agradecida hacia los aleros de la mansión al estilo sueco antes de dirigirse hacia los grandes árboles que se alinean a ambos lados del camino de entrada. "No están en casa, ¿verdad?"

Bene se rió. "Diablos, no. Mi padre me mataría por traer a alguien aquí de esta manera".

No es una mentira.

Gian tenía reglas.

En su mayor parte, Bene trató de seguirlas. Una de esas reglas se centraba en que los hermanos Guzzi trajeran mujeres a casa. A lo cual, no deberían llevar uno a la casa de sus padres a menos que fuera el tipo de mujer que pretendían conservar. *El respeto del asunto*, decía su padre, como si tuviera algún jodido sentido.

La cosa era que su padre y su madre se dirigían a su casa de vacaciones en Quebec para el fin de semana, y Bene sabía lo suficiente sobre el sistema de seguridad de sus padres para asegurarse de que todo se borrara de las cámaras de seguridad. Cualquier agente que se quedara apostado en la casa mientras sus padres estaban en ella, siempre se iba cuando los dueños lo hacían, generalmente para seguirlos a donde fuera, sin que ninguno de ellos dijera nada, tampoco.

No era la primera vez que uno de los hermanos rompía las reglas.

Simplemente no hablaron de ello cuando lo hicieron.

Además, ¿por qué no? Bene se sintió imprudente.

Es hora de divertirse.

"Vamos", dijo, abriendo la puerta del conductor del Lambo. "Estoy seguro de que quieres ver el interior."

Vanna se rió, siguiendo su ejemplo. Fuera del vehículo, rodeó el frente y se encontró con Vanna en el medio. Ella tomó su mano con la suya, dejándolo llevarlos hacia la gran entrada de la mansión, su techo inclinado colgando sobre una gran fuente al aire libre más que lo suficientemente grande para que los autos pasen por debajo y estacionen.

Se detuvo a admirar la fuente mientras él se dirigía a la puerta principal, y el panel justo al lado. La única manera de que su padre no recibiera una notificación para la seguridad era si introducía el código correcto, y el lector de huellas dactilares escaneaba una huella que reconocía, como la suya o la de cualquiera de sus otros hermanos, y sólo entonces podía poner la llave en la cerradura. Estaba seguro de

que su padre no le había dado a sus hijos los códigos y la capacidad de entrar para que Bene hiciera lo que estaba haciendo, pero se ocuparía de eso en otro momento.

"¿Vienes?" llamó a Vanna.

Ella se acercó a él cuando abrió la puerta principal, siguiéndole dentro. Si no se veía nada más que la gran entrada de la mansión Guzzi, sería más que suficiente para sorprenderlos. Tan grande como las casas de la mayoría de la gente, con dos escaleras curvas a cada lado, y con una gran fuente interior con una estatua desnuda para darle ese toque extra de... exceso, era todo un espectáculo.

Los pisos de mármol blanco encajaban bajo los talones de Vanna mientras caminaba delante de Bene, con los ojos bien abiertos mientras miraba a su alrededor, viendo los cuadros que colgaban en las paredes -probablemente diez de cientos en el lugar- aunque algunos de los más caros descansaban en este salón.

"Vaya".

"Sí", dijo, "es un poco demasiado".

Su risa coloreó el espacio, haciendo eco de ellos. "¿Pero es así?"

Sonrió, sin decir nada.

Francamente, no estaba seguro de lo que ella pensaría de la mansión. Claro, podría haberles conseguido un hotel en la ciudad para el fin de semana, pero no sería lo mismo que esto. Además, no sabía cuando se iban el domingo.

Es bastante simple.

Bene se quitó los zapatos en la puerta, por haber oído a su madre repetir la orden de hacerlo durante todos los años que estuvo vivo, mientras Vanna caminaba hacia la fuente. La miró mientras se inclinaba hacia un lado, admirando la vista de esos vaqueros de novio abrazando su perturbado trasero, y recordando lo bien que se sentía al meterle los dedos en el culo mientras la follaba más profundamente. Ella realmente parecía un ángel, con el cuerpo de un pecador. No tenía ni idea de lo que hacía con esta mujer, pero le gustaba.

¿No fue eso suficiente?

Vanna dejó que sus dedos se deslizaran a través del agua que salpicaba, bailando mientras ella lo miraba con una sonrisa maliciosa. Claramente le pilló mirándose el culo, pero no tuvo vergüenza, y a ella tampoco pareció importarle. Él le guiñó un ojo cuando ella sacudió la cabeza.

"¿Era esta su casa de la infancia?"

Bene asintió, ahora sin zapatos y dirigiéndose a ella. "Sí, solíamos tener los mejores juegos de escondite en este lugar".

"Apuesto. Te debe haber encantado crecer aquí con tu gemelo y otros hermanos".

Pestañeó, tomando sus palabras. Su mente se inundó con una docena de recuerdos diferentes, la mayoría de él y Beni corriendo uno tras otro a través de la casa, o a través de la gran propiedad trasera. Desde deslizarse por las barandillas

hasta poner un resbalón en el pasillo de arriba que no había impresionado en lo más mínimo a sus padres. Incluso tenían sus propios escondites y cosas que les gustaba hacer juntos en la mansión que nunca le habían contado a nadie más porque bueno, los gemelos tenían que tener algunos secretos, ¿verdad?

Le hizo sonreír.

Por un breve segundo, Bene se dio cuenta de que era la primera vez que pensaba en su hermano en todo el día. De hecho, las últimas dos semanas habían sido tan ocupadas para él, y estaba disfrutando tanto ahora, que toda la mierda que había estado lidiando con su hermano casándose y mudándose a Chicago se había convertido en nada más que una idea de último momento.

Oh, le dolía el pecho ahora.

¿Fue eso una traición?

¿No pensar en su gemelo?

Bene no lo sabía.

Ahora no era el momento.

"¿Bene?"

No se había dado cuenta hasta que ella habló, pero había llegado a pararse a su lado junto a la fuente. Completamente perdido en sus pensamientos y los recuerdos que compartía con Beni, todo su comportamiento y su humor cambiaron así como así.

Excepto que todo lo que se necesitó fue que ella dijera su nombre. Una bonita sonrisa curvando sus labios sexys, y un brillo en sus que decía que estaban a punto de divertirse juntos.

Sólo eso.

Y su humor se había ido.

"¿Hmm?" preguntó.

Vanna metió la mano en el agua, haciendo que las gotas volaran y salpicaran en su pecho y cara. Su risa volvió a resonar a su alrededor cuando se dio la vuelta y se alejó de la fuente. Ella había dicho antes que no debería hacer correr a una mujer con tacones, pero joder... era muy buena haciéndolo. Supuso que su distracción al ver la forma en que sus caderas se balanceaban le daba una ventaja decente para huir de él.

Merece la pena.

Se encontró diciendo eso mucho sobre esta mujer. Y ni siquiera sabía nada de ella. Tenía que preguntarse si eso era parte de la atracción... que ella no sabía una mierda de él, y él sabía menos que nada de su vida, también. Hizo esto, lo que sea que estuvieran haciendo juntos, más fácil que si su equipaje también necesitara ser manejado.

En vez de eso, podrían simplemente divertirse.

Disfrutar de todo esto.

No había necesidad de profundizar. ¿Verdad?

"Puedes tenerme donde sea", la oyó decir mientras se dirigía a la escalera izquierda, "pero sólo si puedes atraparme".

Bueno...

A Bene le gustaba el desafío.

Finalmente logró atrapar a Vanna en el tercer piso de la mansión, apiñándola contra la mesa decorativa mientras besaba el aire de sus pulmones. A ella no pareció importarle un poco haber perdido su pequeño juego, no cuando sus manos se deslizaron en sus pantalones, y debajo de la línea de sus bóxers para encontrar su polla endurecida.

Todo lo que se necesitó fue un buen golpe...

Las puntas de sus dedos se deslizan sobre la cabeza de su polla... Y luego ella se puso de rodillas.

Le bajó los pantalones con ella, la cabeza de su polla encontrando su camino entre esos labios rosas de ella para encontrar el calor de su boca, y joder. Él no podía respirar, pero podía ver. Era un infierno de visión, también, con ella de rodillas, rodeada de tanta jodida riqueza, y chuparle la polla como si fuera la única cosa en el mundo que ella quería hacer. Sus dedos se enredaron en su pelo, agarrándose fuerte mientras los gemidos de su nombre caían de su boca floja.

Sí.

Perfecto.



"¿Ya has elegido una habitación para dormir?"

Vanna no se dio vuelta del cuadro de su madre y su padre que estaba admirando en ese momento justo fuera del pasillo en el segundo piso. "El que está al final de aquí, creo."

"Buena elección. La habitación *principessa*".

Entonces se volvió para mirarlo por encima del hombro. "¿La habitación de la princesa?"

"¿Hablas italiano?"

No extrañó la forma en que su garganta saltó ante esa pregunta, pero su mirada permaneció calmada y sin molestias mientras se encogía de hombros. "No es difícil adivinar lo que significa principessa, ¿verdad?"

"Tu apellido también es Falco, es italiano."

No era estúpido.

Y podía empujar la línea hasta que ella se rompiera. "Sé un poco".

"¿Católico también?"

Vanna sonrió un poco. "Por supuesto".

Maldita sea.

¿Quién era esta mujer?

Era perfecta en todos los sentidos de la palabra.

Volvió su atención a la pintura de sus padres, inclinando un poco la cabeza hacia un lado mientras tomaba la placa debajo de ella que decía el artista, y la gente que aparecía. Todas las pinturas de la mansión tenían esa pequeña placa.

"Tus padres tienen mucho arte".

"Una sala entera está dedicada sólo a las piezas de nuestra familia."

"Y mucho es sólo... arte caro, Bene."

Asintió con la cabeza y se puso a su lado. No se equivocó. Las pinturas decoraban las paredes de la mansión. Estatuas y diferentes piezas que su madre y su padre recogieron en sus viajes a lo largo de los años llenaron cada rincón. Eso fue antes de que se metiera en todo lo demás. Desde las alfombras importadas hasta los tapices personalizados. O la biblioteca de su madre llena de libros raros de primera edición. Los tres garajes de su padre, repletos de vehículos personalizados.

Los Guzzi tenían gustos caros.

Venía con el estilo de vida.

Sin embargo, nunca hubo mejor muestra de su riqueza que dentro de sus casas. Ninguno de sus hermanos era tan vistoso como sus padres, pero aún así eran bastante... excesivos. Sí, esa fue una palabra tan buena como cualquier otra.

"Una buena manera de esconder una gran riqueza es en las cosas materiales, o eso es lo que mi padre siempre dice. Claro, tenemos mucho dinero en el banco, y repartido en carteras de inversión, pero encontrarás el dinero real en las propiedades de mis padres, y lo que hay dentro de esas propiedades."

"Como el arte", respondió.

"Exactamente".

"¿Por qué, sin embargo?"

Bene aclaró su garganta, cambiando de pie a pie. "Esa no es... una respuesta fácil".

Porque tenía que ver con su legado.

Su apellido.

El negocio.

La mafia.

Muchos de los negocios ilegales de su padre trajeron más dinero de lo que cualquier persona sabría con qué hacer, y así, para ocultar lo que no podía lavar para limpiarlo, Gian a menudo lo gastaba. También donaba dinero, pero Cara era la que elegía a qué organizaciones benéficas iba a ir su dinero al final del año. La mayoría de las veces, el dinero se gastaba. Nuevas casas. Vacaciones lujosas. Obras de arte. Renovaciones. Cosas.

Fue fácil de ocultar. Fácil de liquidar.

"Tenemos mucho dinero", se dispuso a decir.

También es una pena.

No importaba que le gustara esta mujer, o que por cualquier razón, estar con ella pareciera fácil aunque apenas se conocieran. Nada de eso tenía que ver con esto para él.

No podía decirle la verdad. Tan simple como eso.

Vanna, por supuesto, lo sorprendió. "¿Es cierto lo que dicen de los Guzzi?"

Su mirada se dirigió hacia ella, pero ella no apartó la vista del cuadro. "¿Y qué dicen de nosotros, eh?"

"Lo siento, ¿toqué un nervio ahí?"

Bene arqueó una ceja cuando finalmente encontró su mirada. Esa fue una de las cosas que encontró que le gustaban de ella, sin embargo. No tenía miedo de decir directamente las cosas que tenía en mente. Como cuando habló de su riqueza, o ese día en el bar.

Vanna fue franca.

Franca.

Lo respetaba.

Incluso si eso hace que las conversaciones sean difíciles.

"¿Qué es lo que dicen?" preguntó otra vez. "¿Y nunca pensaste en mencionarme que reconociste mi apellido cuando me presenté?"

Se encogió de hombros. "¿Qué diferencia habría? Claramente no me interesaba tu apellido, ¿verdad?"

Bueno...

Le dio puntos por eso.

"No has respondido a mi pregunta".

La expresión de Vanna no cambió.

"No he descubierto cómo expresarlo". "

Intenta cualquier cosa".

"Toda tu familia está en los chismes de la sociedad".

"Por mucho que intentemos evitarlo, seguro."

Sonrió un poco, murmurando: "Sólo insinúan cosas".

"Porque mi padre tiene un equipo de abogados que los demandará hasta la tumba si intentan decir algo sobre nosotros como si fuera un hecho."

Incluso si era un hecho, y Gian eventualmente perdería en la corte, no importaba. Su padre tenía dinero más que suficiente para poner demandas con revistas que trataban de difundir información sobre su familia. Más dinero disponible que el que tenían los trapos de la sociedad, de todos modos. No le importaba gastar más que suficiente para llevarlos a la bancarrota en el proceso, incluso si fracasaba en ganar su caso, y eso era lo que más importaba. Los harapos también lo sabían. El juego de los ricos no era para los débiles de corazón.

Bene aprendió bien esa lección. "Pero las pistas..."

"Mmhmm", instó.

Suspiró, volviendo a la pintura. "Hacen que parezca que tu familia no es todo lo que parece, supongo."

"No lo estamos".

Vanna siguió mirando la pintura de sus padres. "¿Oh?"

"No, somos mucho más."

Y eso era todo lo que decía sobre ello.

No parecía importarle.

"Entonces", dijo Vanna, girando sobre su talón y dirigiéndose por el pasillo con Bene siguiéndola, "¿el dormitorio al final, entonces?"

"Si es el que quieres usar."

Sonrió por encima de su hombro, como si su anterior conversación no hubiera ocurrido en absoluto, y pasó a otra cosa completamente diferente. "Me di cuenta de los altavoces en todas partes, ¿puedes encender la música o conectar el sistema a mi teléfono?"

Arqueó una ceja. "Puedo". ¿Por qué?"

"Quiero bailar".

Bene gimió.

Joder, sí.

"Me encantaría verte hacer eso".



"Sabes, tengo que alimentarte."

Vanna, con nada más que su camisa del día anterior, se asomó sobre su hombro mientras se levantaba de puntillas para alcanzar un libro en un estante más alto. Parecía sexo y pecado absolutos allí en la biblioteca, con el pelo todavía despeinado por la forma en que lo dejó secar naturalmente después de saltar a la ducha con él esa mañana.

En lugar de ir a la cocina con él, preguntó si podía explorar. Él no vio el problema, simplemente dijo que se mantuviera alejado de las habitaciones cerradas, como las de sus padres, o las antiguas habitaciones de sus hermanos. A ella no le importó estar de acuerdo.

"¿Cocinas?"

Bene se rió. "Bueno, puedo intentarlo".

"Dijiste que me alimentaras. No me hagas cocinar para ti, Bene."

"Puedo hacer unos huevos con tocino muy buenos."

Ella sonrió. "¿Eso es todo?"

Estaba un poco distraído por la forma en que su camisa se deslizó sobre su culo desnudo, y cómo podía ver sólo una astilla de carne entre sus muslos cuando se inclinó un poco hacia adelante. Burlándose de él y tentándolo como nada más lo había hecho.

"¿Perdón?", dijo él, encontrándose con su mirada.

La sonrisa de Vanna se profundizó. "¿Soy realmente tan bueno para mirar?"

¿No lo sabía?

"Donna, me vuelves loco. Sí, eres así de buena para mirar."

Un dulce rosado tiñó sus mejillas, e incluso con la timidez que se atrevió a mostrar, un calor aún persistía en su mirada. Él había mordido sus labios regordetes de un rojo sexy esa mañana cuando la despertó ya fuerte entre sus muslos, y lista para correrse.

La ducha fue el segundo asalto.

Buscaba el tercer asalto en cualquier momento.

Vanna parecía estar preparado para ello, también.

Finalmente encontró el libro que quería en el estante más alto, y lo bajó para darle la vuelta mientras se daba la vuelta para enfrentarlo. Apoyándose en las estanterías de la gran biblioteca de su madre, ella dio vuelta las páginas, y aunque él no podía ver qué libro era desde su posición en la puerta, eso no significaba que no pudiera disfrutar de la vista de ella sonriendo sobre lo que estaba leyendo en las páginas. Uno siempre podía distinguir un ratón de biblioteca simplemente por la forma en que miraba un libro abierto en sus manos.

Pura alegría.

"¿Era esta una habitación en la que no debía estar?", preguntó.

"¿Estaba la puerta abierta?"

Vanna se encogió de hombros, espiándolo. "Sí, pero es... diferente aquí".

"¿Qué significa eso?"

"Bueno, para empezar hay un bar cerca de la ventana y una nevera entera de vino. También hay un tazón de cristal con un montón de pulseras en el rincón de lectura. A alguien le deben gustar los chocolates Lindor porque hay toda una selección para elegir en el rincón. Un diario, también, pero no miré dentro."

"No es tanto un diario", respondió Bene, mirando el cuaderno encuadernado en cuero que su madre guardaba en su puesto, "sino algo para que mi madre tome notas de lo que está leyendo, y lo que piensa de ello en realidad."

Los ojos de Vanna se abrieron de par en par. "¿Para el Toronto Tribune?"

"No los leo".

"¿Hablas en serio?"

Bene se rió. "¿Qué?"

"Es como el único crítico de libros en un periódico. Al menos, en Toronto. Todo está en línea ahora, y ese es uno de los únicos periódicos que aún prosperan. El hecho de que reciba dos columnas enteras para sus críticas es asombroso. Y ella es anónima, así que ni siquiera es su nombre el que atrae a los lectores para sus críticas. Un periódico real y físico. Lo leo cada dos domingos sólo para sus críticas sobre los últimos lanzamientos."

Sonrió. "Mundo pequeño".

Algo cambió en la mirada de Vanna, no podía decir exactamente qué era, pero no extrañó la forma en que su mirada se oscureció un poco, un pequeño nudo que se formó en su frente mientras volvía a mirar el libro en sus manos. Ocultó su cara de su vista, pero decidió no preguntarle qué le pasaba porque ella habló primero.

"Entonces, ¿esta biblioteca es de tu madre?"

"Mi padre lo usa como oficina a veces, aunque trabaja más en la de arriba. Pero sí, es suyo, y no, no le importa que alguien más disfrute de los libros de aquí. No te preocupes por eso, lo prometo".

Vanna asintió, pero continuó mirando el libro en sus manos. "La quieres mucho, ¿eh?"

"¿Mi madre?"

"Sí".

Bene se preguntaba si era un concepto extraño para ella... considerando cómo reaccionó al hablar de ella. Ella siempre estaba ahí, también, no importaba si tenía mierda, o estaba enferma... nada de eso le importaba a mamá, ella estaba ahí para nosotros cuando la necesitábamos. La primera persona que nos dijo que fuéramos a buscar algo, si lo queríamos. ¿Cómo puedes no amar eso?"

"Sí, lo entiendo."

Ahora, su voz se volvió débil. Su cabeza permaneció girada hacia abajo. Bene se preguntó por qué.

"De todos modos", dijo Vanna, cerrando el libro y mirando hacia arriba con una brillante sonrisa. Toda esa extrañeza había desaparecido, y en su lugar estaba la dulce, pero sexy mujer que le llamó la atención, y que aún no la había perdido, aunque no estaba dispuesto a indagar en los porqués todavía. "¿Comida, dijiste?"

Podría haber presionado su comportamiento.

O el cambio de comportamiento.

En vez de eso, Bene sólo dijo: "Sí, vamos a comer algo".

La mansión estaba conectada de punta a punta. Todas las luces del lugar se pueden apagar con solo presionar un botón desde el teléfono de Bene, o cualquiera de los otros miembros de su familia, explicó. Una cámara descansaba en casi todos los rincones altos, vigilando los pasillos y las habitaciones principales. La seguridad en el lugar era de primera, sin duda.

Aún sabiendo eso, Vanna no dudó en salir de la cama que compartía con Bene el fin de semana, una vez que se desmayó, para dar otro paseo por la mansión. Después de todo, prometió que limpiaría todas las imágenes de su tiempo en el lugar, y ni siquiera tuvo que miraras para hacerlo, sólo seleccionar las fechas que quería borrar de la memoria. Lo que significaba, en su mayor parte, que ella tenía rienda suelta cuando él se dormía para hacer lo que ella quería.

Y necesitaba.

Aparentemente, sus padres no apreciarían que estuvieran allí cuando... bueno, no lo estaban, básicamente. Bene se apresuró a explicar que eso no importaría una vez que se deshiciera de las imágenes de su estancia allí. A Vanna le pareció divertido.

Un poco.

Vanna sólo sintió un mínimo de culpa cuando pasó por la biblioteca sobre lo que estaba haciendo. Principalmente porque nunca había sentido ninguna conexión con la familia Guzzi excepto a través de las historias le habían contado, y los momentos que compartió con Bene.

Aparte de eso, su odio alimentado por el pasado y los recuerdos de su padre mantuvieron la venganza bien viva para ella. Nada más se tuvo en cuenta, nunca consideró el hecho de que la familia compartía toda una vida que no querían que fuera destruida por alguien como ella. Que detrás de los muros privados de sus lujosas casas, se escondían historias de... bueno, una familia.

El amor.

Los niños.

Matrimonio.

Más.

Así que sí, sintió un poco de culpa al pasar por la biblioteca, recordando que durante los últimos años, había comprado un periódico cada dos domingos sólo para echar un vistazo a la opinión de los críticos anónimos sobre los últimos libros publicados. Leer, como cocinar, había sido una forma de olvidar la pérdida de su padre, y le ayudó a superar los tiempos difíciles. Le encantaban los libros, y el hecho

de haber disfrutado de la lectura de una columna que la madre de Bene escribió - un puto Guzzi- la hizo hacer una doble toma.

Sin mencionar la forma en que habló de su madre.

Y su padre.

Sus hermanos.

Todos ellos.

Habló de ellos de una manera que casi hizo que ella quisiera agradecerles, como si conocerlos fuera fácil porque parecían personas agradables e interesantes desde su punto de vista. No quería dedicarles mucho tiempo en su mente a esa mierda porque no saldría nada bueno de eso, estaba segura.

Después de todo, ella estaba aquí por una razón.

Ella podría disfrutar de follar con ese hombre.

No significó nada.

Ella todavía estaba aquí por una maldita razón.

Vanna no podía permitirse el lujo de olvidarlo. Su estúpido corazón no podía interponerse en el camino de su juego final, y tampoco su conciencia. Se suponía que no debía tener una de esas, de todas formas. Y lo que realmente valían los Guzzi o su amor por el hecho de que por ellos, su padre murió. No, ellos no apretaron el gatillo, pero tampoco tenían que hacerlo.

Sólo se necesitó un guijarro para hacer un derrumbe. Hace décadas, Gian Guzzi era el guijarro.

Vanna sería su derrumbe.

Con la palma de su teléfono, subió la escalera al tercer piso de la mansión. Al final del pasillo, y a la izquierda, frente a todo el frente de la propiedad Guzzi, descansaba la oficina de Gian.

La puerta estaba cerrada. Una de esas habitaciones prohibidas.

Vanna empujó la puerta para abrirla, y por un momento, simplemente se paró en la entrada. No pudo evitar notar que no había cámaras en el pasillo del último piso de esta ala. Tampoco había cámaras dentro de la oficina.

No me sorprende.

Ningún criminal quería que sus actos se grabaran.

Vanna tomó la madera ricamente teñida del escritorio de roble que dominaba el centro de la oficina, y los estantes incorporados que hacían juego detrás de él. Una gran silla de oficina con detalles tachonados a los lados se sentaba orgullosamente detrás del limpio, pero aún personal, escritorio. Unas pocas fotos de la familia descansaban en la parte superior, e incluso un clip para el dinero con unos pocos billetes de cien dólares se sentaba en el interior.

Un portátil se sentó a un lado.

Un escritorio en el otro.

En el medio, una pila de carpetas.

Las ventanas frente al escritorio daban a todo el frente de la propiedad, dando al hombre que se sentaba detrás del escritorio una buena vista de cualquiera que se acercara a su casa. Dudaba que eso se hiciera por error, sino más bien, a propósito.

Vanna dio un solo paso en la habitación, presionando el botón de inicio en su teléfono para encenderlo antes de ingresar el código de acceso. No le tomó ningún tiempo poner la cámara en funcionamiento en su teléfono mientras cruzaba el espacio y se dirigía primero al escritorio.

Sorpresa.

Todos los cajones tenían cerraduras. Y no se movían.

Se concentró en las carpetas, abriendo la primera pareja de arriba para mirar dentro. No entendía realmente lo que la miraba, excepto que era algo sobre una granja de jarabe de arce, y el hecho de que hacía mucho dinero.

Pero, ¿por qué las cuentas en el extranjero?

Porque esos documentos estaban justo debajo.

Adjunto a la granja.

Ella podía ver claramente los depósitos en las cuentas en el papeleo, también, y no los que venían de la granja. Parecía más bien transferencias de otras cuentas. Como si alguien estuviera usando la granja de jarabe de arce para ocultar otros flujos de dinero.

Le tomó un segundo.

Lavado de dinero.

Y fraude electrónico.

Vanna comenzó a tomar fotos.

Las enviaba una vez que se iba.

La oficina era una maldita mina de oro. Seguramente, ella podría hacer algo con esto. Especialmente, si era exactamente lo que ella pensaba que era.

Sólo el tiempo lo dirá.



"¿Dónde has estado todo el fin de semana?"

La cabeza de Vanna se levantó, la mirada se dirigió al final del pasillo en lugar del teléfono en su mano que le había llamado la atención mientras se dirigía a su ático. Estaba distraída, respondiendo al mensaje de Bene en una ventana preguntando si había llegado bien a su casa, la había llevado a su casa, pero prometió que estaba bien para ir sola, aunque él se lo ofreció.

En el otro chat de texto, su contacto le preguntó si pensaba que podría volver a entrar en la mansión Guzzi para otra ronda de espionaje. Según su mensaje, necesitaba más información sobre el negocio del jarabe de arce para entregarla antes de poder garantizar que algo saldría de sus hallazgos.

Jodidamente perfecto.

Que se joda toda su vida hoy. Porque en su distracción, se perdió totalmente al hombre que esperaba en la puerta de su casa, pareciendo que había estado parado ahí por mucho tiempo. Maldición, probablemente él también lo hizo, conociéndolo. ¿Su coche estaba aparcado abajo? Porque también echaba de menos eso.

Mario le echó una mirada cuando no respondió de inmediato. "¿Y bien?"

"Quebec", mintió.

Ni siquiera sabía por qué dijo eso.

Acaba de hacerlo.

Fue el primer pensamiento que se le ocurrió, y aparentemente, era demasiado estúpida para pasar el fin de semana bajo un hombre guapo que sabía jugar con su cuerpo como si nada, como para preocuparse por inventar una buena mentira para Mario cuando volviera a casa. Esto había sido inevitable, e incluso ella lo sabía.

Este imbécil estaba demasiado apegado. Siempre cerca.

No podía permitir que él arruinara sus planes.

"¿Por qué?", preguntó.

Vanna apagó rápidamente la pantalla de su teléfono y lo dejó caer en su bolso mientras se acercaba a su puerta, con las llaves en la mano. Dios sabía que no necesitaba ver ninguna de sus ventanas de chat. Eso no sería bueno para su objetivo final. "Para ver un nuevo restaurante que uno de los graduados anteriores abrió el año pasado... está buscando a alguien para aprender con ella, y sugirieron mi nombre."

Todo mentiras.

Lo sacó de la nada.

La cosa era que Mario nunca había estado muy interesado en su educación, el hecho de que ella quisiera ser chef, y no tenía ni idea de lo que se necesitaría para que ella se convirtiera en uno. Como el hecho de que ella tendría que aprender bajo alguien durante un número determinado de horas antes de que pudiera conseguir su sello.

Cuando ella se giró para deslizar la cerradura en su cerrojo, Mario se deslizó a su lado. Su mano llegó a la puerta justo al lado de su cabeza, haciendo que Vanna se quedara quieta mientras ella inclinaba su cabeza hacia un lado, mirándolo fijamente. Él miró hacia atrás, con una sonrisa curvando sus labios, pero con un fuego ardiendo en sus ojos.

No significó nada bueno. "¿Qué?", preguntó.

"¿No pensaste en decirme que saldrías de la ciudad el fin de semana? Acabas de salir del radar, Vanna. Demonios, ni siquiera te quedaste lo suficiente para despedirte de mis padres el viernes por la noche. Tuve que disculparme con mis padres por ti. ¿Te das cuenta de lo jodidamente estúpido que me hace parecer ante ellos?"

Oh.

¿Era ese el problema?

Necesitaba hacer las cosas bien con Senior, y su mamá... Vanna deseaba que le importara.

"No creí que tuviera que mencionarlo", respondió.

Esperando que eso fuera la última palabra sobre el asunto, aunque sabía que era una quimera en sí misma, abrió la puerta y buscó el pomo para abrirla. La mano de Mario cayó sobre la de ella, sus dedos se apretaron casi dolorosamente.

Le impidió abrir la puerta.

"¿No pensaste en mencionármelo?"

Esa bonita sonrisa suya se había ido.

Mario ni siquiera estaba fingiendo ahora.

Este hombre podría arruinarle todo, más allá de la familia Guzzi, y sus planes... podría arruinarle toda su vida con una sola conversación. Todo lo que tenía que hacer era ir a su padre, decir que Vanna se había pasado de la raya, que había hecho quedar mal al clan, y en el mejor de los casos, el jefe la encerraría. Con un acompañante que la siguiera a todas partes, hasta el punto de que probablemente no podría orinar sola.

¿En el peor de los casos?

Su paciencia para este juego que creía haber estado jugando con Vanna durante años, de repente se agotó, y en lugar de encerrarla... la terminó. Era la manera de la Camorra, después de todo, pero especialmente para las mujeres que no se mantenían en línea.

Dios sabía que Vanna caminó en una línea delgada durante mucho tiempo en esta vida.

Buscó en su cerebro algo, cualquier cosa, para enfocar la atención de Mario en otra parte, así que dejó esta línea de conversación. Si él empezaba a mirar demasiado profundo en su negocio, más de lo que el imbécil ya lo hizo, sus planes se vendrían abajo antes de que ella pudiera empezar a hacerlos funcionar.

"¿Quieres salir a cenar?" preguntó.

Él parpadeó. "¿Qué?"

"Cena. Tú y yo. Ahora mismo, porque tengo hambre y no me apetece cocinar".

"Estamos hablando de algo ahora mismo."

"Lo entiendo... te dejo saber dónde estoy. Lo siento, la próxima vez lo haré. Entonces, ¿cena?"

Ella no lo llamaría una cita.

Aunque podría hacerlo.

Eso es todo lo que Mario quería.

Sólo la idea de que eran algo.

Su sonrisa curvó sus labios otra vez.

"Bien, mujer, la cena."

Batalla ganada.

Estaba segura de que no sería la última, tampoco.



Vanna golpeó su piso de ballet contra el suelo de baldosas del pasillo de la universidad, tratando de arreglar la forma en que sus nervios decidieron repentinamente darse a conocer. No parecía importar cuántas veces se reuniera, o el hecho de que nunca habían ido mal -no importaba que ni siquiera la hubieran pillado haciéndolo-, aún así se ponía terriblemente nerviosa.

Las clases en la universidad terminaron por el día, y como no era raro que Vanna se quedara un rato después de terminar, nadie pensó dos veces en el hecho de que durante el último mes... se había quedado una hora extra cada viernes.

El chirriar de zapatos baratos contra la baldosa hizo suspirar a Vanna. Ella miró hacia arriba, pero miró la pared de ladrillos blancos frente a su posición, en lugar del hombre que sabía que se acercaba a ella por la izquierda. Pronto, él estaba sentado en el banco a su derecha y deslizando la pantalla de su teléfono mientras ella esperaba a que él hablara primero.

Siempre fue así.

Nunca falló.

Ella pensaba que era estúpido a veces, que cualquiera podía verlos teniendo una conversación, así que ¿por qué dos personas sentadas en el pasillo de una universidad a la que el hombre con el pelo canoso no asistía?

Una mirada a él, y todo el mundo lo sabrá.

Policía.

Se parecía a uno.

Olía como uno.

Caminaba como uno.

Todos los policías eran iguales.

Simplemente usaban diferentes placas.

"¿Qué tal tu semana?", preguntó finalmente, sin levantar la vista del teléfono.

Vanna puso los ojos en blanco. "¿Podríamos no hacerlo?"

Su cabeza se inclinó, dándole una buena mirada a su perfil de envejecimiento, las líneas que hablan de años pasados grabadas en sus rasgos, y los ojos casi grises que parecían fríos cada vez que la miraba. Su mandíbula se había suavizado, pero ella todavía podía ver que una vez, probablemente había sido un hombre muy guapo.

Hace mucho tiempo.

Probablemente antes de que su compañero, que una vez pensó en derribar al infame Gian Guzzi, fracasara, arruinó su carrera como detective en el proceso, y luego procedió a beber su vida. Entonces decidió que colgarse de su escalera sería la mejor opción.

Vanna se enteró, con nada más que una conversación en la tumba de su padre con este policía, que las venganzas no se quedaban sólo con los italianos. A veces, la necesidad de justicia de una persona cuando se trataba de algo que no se desprendía de su alma, y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para conseguir lo que quería.

Como este hombre a su lado.

Jacob Keefs. Un agente de la Real Policía Montada de Canadá. Un detective que había sido trasladado de varias divisiones después de varios trastornos en su carrera anterior, incluido un intento fallido de acabar con la mayor familia criminal del Canadá, los Guzzi. Había trabajado con su padre durante un tiempo, según él. Lo suficiente para que su padre confiara en él, y para que él confiara en Adam. Un policía que estaba dispuesto a ser sucio para servir a sus deseos de acabar con un imperio criminal... ¿estaba justificado?

Ella no lo sabía.

No le importaba.

Esta vez, todo era sobre ella.

Su venganza.

"¿Qué tal si", dijo Vanna en voz baja, mirando por el pasillo para ver si hay alguien en el otro extremo, "me dices lo que tengo que buscar a continuación, y nos vamos de allí".

El hombre refunfuñó en voz baja. "Tu padre al menos me dio conversación durante nuestras reuniones. Pasó el tiempo un poco más fácil".

Sí.

Bueno, no era su padre.

Su padre podría haber estado de acuerdo en justificar su razonamiento para trabajar con un policía - sucio o no. Vanna no confiaba en este policía para salvar su vida.

No dudó ni un segundo que si le ayudaba a conseguir lo que quería, entonces la tiraría rápidamente debajo del autobús. Era la única razón por la que ella mantenía un control sobre este hombre para sus propios fines, por si alguna vez necesitaba usarlo.

Fue algo bueno.

"Otra vez, ¿algo que quieras que busque?", exigió.

"Ciertamente has dado con algo con lo último que me enviaste. Se lo llevó a mis superiores, sin mencionar el nombre de mi fuente, por supuesto, y aprovechó la oportunidad para decirme que siguiera adelante con ello. Cualquier cosa que yo necesitara, él estaba dispuesto a hacerla realidad. Parece que piensa que el lavado de dinero de la familia Guzzi y los fraudes con cables usando sus granjas de jarabe de arce podrían llevar a algo enorme".

"Un negocio de muchos, probablemente."

"Controlan una buena parte de esta ciudad, zonas de Quebec y más allá. Su alcance es..."

"Sé con quién estoy tratando", murmuró, "No necesito la repetición, Sr. Keefs".

Ella lo entendió mejor que nadie. No podía decírselo de otra manera.

Vanna arriesgó todo para llevar a cabo esta venganza. La carrera que aún no había podido empezar, su libertad, e incluso su vida. Sí, ella entendía muy bien el tipo de gente que estaba trabajando para derribar, y lo que significaría si algo lo arruinaba. Ella no necesitaba sus recordatorios.

Además, ahora sólo estaban perdiendo el tiempo. "Tengo que irme pronto".

"Bien bien." Se aclaró la garganta, sentándose en el banco para descansar su pierna sobre su rodilla derecha mientras guardaba su teléfono en el bolsillo. "Todo lo relacionado con las granjas de jarabe de arce sería bueno, incluso mejor si puede encontrar documentación de cualquier importación para sus negocios. Tengo razones para creer que también están contrabandeando sus drogas, cigarrillos ilegales y más a través de esos negocios, y si es así ... tal vez puedas encontrar algo. Si pudiéramos atraparlos en un puerto de entrada, sería un apogeo".

"Su oficina estaba limpia".

"Encontró las carpetas".

"Encontré cosas que sugerían que algo no estaba bien. Cuentas bancarias. Documentación de transferencias. Nada que diga que el efectivo vino de medios ilegales, o de otra manera. Pero tienen que encontrar la fuente del dinero, y lo que les da, antes de que puedas probar que lo están blanqueando".

"Pero esto es suficiente para excitarse."

Bien.

Pero no los derribaría.

Ella escuchó lo que él no dijo.

Vanna ya lo sabía.

"Así que necesitas más", dijo, tragando con fuerza.

"Exactamente".

"Mucho más".

Perfecto.

Para ella, eso significaba cosas malas. Más riesgos que tendría que tomar, y el tiempo que pasaba con Bene. No es que el tiempo con él la molestara, sino todo lo contrario. Cuanto más tiempo pasaba con él... bueno, más extraños se volvían sus sentimientos hacia él.

Estas jugando con fuego, Vanna.

"¿Ya ha descubierto el gemelo quién eres?", preguntó el detective. "Porque eso sería malo, y tendrías que dar un paso atrás inmediatamente. Si lo hace, dímelo. Puedo meterte en un programa, siempre y cuando tengamos suficiente información para ir legalmente contra la organización Guzzi, que te mantendrá a salvo. Podría significar empezar de nuevo... de todo, incluyendo la Camorra."

Sí.

Ya había hecho esa oferta antes.

¿Quería aceptarla?

"No se ha dado cuenta, ¿verdad?"

Vanna se alejó de la pared. "No".

"Entonces, está todo listo."

¿Lo era?

Vanna no sabía nada de eso.

Dejó al detective sentado solo en el banco.

Sus pensamientos le hicieron compañía.

El padre de Bene tenía la costumbre de reunir a sus hombres para recordarles que podía hacerlo, sin otra razón que la de querer hacerlo. Oh, claro, siempre se tenían negocios en estas reuniones con Gian liderando la conversación, pero era más una flexión del poder y la posición de su padre como el Don de la familia que otra cosa.

A veces, Bene había asistido a las reuniones antes sólo porque podía, o su padre le extendió una invitación. Sin embargo, ahora que estaba hecho, no tenía otra opción que asistir aunque estuviera al otro lado de la ciudad, recogiendo pagos para un Capo.

Mientras su padre charlaba con uno de los capos de la familia, discutiendo la reciente adquisición de otra granja de jarabe de arce que usarían para lavar dinero, así como para hacer dinero, Bene se interpuso entre sus hermanos. Se quedó callado porque no tenía nada que añadir a una conversación de la que no sabía mucho, y como los demás hacían hombres en la oficina de su padre, no había sido invitado a la discusión.

Entre los mafiosos, se trataba de conocer el lugar de uno. El respeto era lo más importante.

"¿Cómo está Beni en Chicago?"

Bene inclinó la cabeza hacia Chris, reconociendo que, de hecho, había oído la pregunta de su hermano. "Bien, supongo".

"¿Supones?"

"Está ocupado; yo también".

Por el rabillo del ojo, Bene no falló en la forma en que la ceja de Chris se hundió antes de que le echara a Marcus una mirada interrogante. Marcus, para su beneficio, sólo se encogió de hombros como si no tuviera nada que decir. "Corrado va y viene entre Las Vegas y Nueva York cada dos semanas, y mi esposa está embarazada... todavía encontramos tiempo para llamarnos una vez al día".

Huh.

Parecía que Bene se había perdido un montón de cosas que sucedían a su alrededor mientras estaba metido en su cabeza, tratando de lidiar con sus problemas. Una parte de él se sentía como una mierda, claro, pero la otra parte simplemente sentía que debía seguir adelante, y terminar con ello. Hazlo mejor ahora porque nada podría arreglar el pasado. ¿Verdad?

"¿De cuánto tiempo?" Preguntó Bene.

"Seis semanas", respondió Chris.

Asintió con la cabeza. "Felicidades. ¿Nadie pensó en decírmelo?"

"Has estado... no eres tú mismo últimamente."

No es una mentira.

Bene suspiró. "Lo entiendo".

Por decir lo menos...

Diablos, sólo había visto a la hija de Corrado, Caroline, un par de veces desde que nació hace ocho meses. No fue culpa de su hermano, ni de Les o Ginevra, sino de él mismo. Trajeron al bebé a Toronto con suficiente regularidad para visitar a sus hermanos y padres. Normalmente una vez al mes, pero a veces dos. Bene siempre encontró una excusa para hacer literalmente cualquier otra cosa porque sentarse a cenar con su familia típicamente significaba que alguien le señalara lo mucho que estaba de fiesta últimamente, o cualquier otra cosa.

No, no fue su culpa. Sólo de él. Porque no se esforzó cuando estaba demasiado ocupado involucrándose en sus propios problemas, maldito egoísta, en lugar de centrarse en lo que era importante.

Como la familia.

Bene necesitaba mejorar.

Hizo una nota mental para hacer exactamente eso.

"Además", añadió Chris, mostrando a Bene una pequeña sonrisa, "no te sientas mal. No se lo hemos dicho a nadie fuera de la familia. Esperando un poco antes de hacerlo, sólo para estar seguros".

"No hay nada malo, ¿verdad?"

"Todo es perfecto, hombre."

"Bien".

Después de todo lo que había pasado la esposa de Chris, Bene pensó que merecía ser feliz. Especialmente mientras estaba embarazada.

"¿Qué piensa María de eso?"

La hija de Valeria, y la hija adoptiva de Chris, miraban a su madre y a su padre como si fueran la luna y las estrellas de su pequeño universo. Era una buena niña, tan dulce como podía ser, pero no le gustaba compartir el tiempo de sus padres con otros niños.

"Hasta ahora todo bien".

"El mayor problema es tener el control de toda la producción de jarabe de arce en todo el Canadá, no para mencionar la distribución y venta de la misma, significa que corremos el riesgo de que nos llamen cartel cuando subamos los precios, jefe".

La respuesta del Capo a lo que Gian había dicho hizo que Bene volviera al negocio en cuestión. A su hermano no pareció importarle porque ahora, su padre también estaba mirando hacia ellos. No es que su conversación haya sido tan fuerte como

para restarle valor a la charla de Gian con su hombre. Y en realidad, su padre miraba más a Bene que a sus hermanos.

"¿Y?" preguntó Gian, sin apartar la vista de Bene.

El Capo en cuestión suspiró. "Bueno, puede que nos haga ser auditados año tras año por la CRA³, estarán tan metidos en nuestros libros y cuentas que será casi imposible ocultar nada".

"O compramos esa granja que constantemente genera dinero, y hacemos que parezca que está generando ganancias con todas las otras granjas ayudando un poco. Registros falsificados que no pueden ser probados de otra manera, significa que podemos verter tanto dinero como queramos para esconderlo mientras se limpia, ¿oui?"

"Bien..."

"En realidad sólo hay una respuesta a eso, Greg. No es una oportunidad para una discusión, o debate sobre cómo quieres que vayan las cosas, considerando que este pequeño plan fue mi idea, el dinero de la familia fue para hacer que funcionara, y tú fuiste el afortunado gilipollas que puse en él. Cualquier otra cosa está todavía por decidir, como estoy seguro que sabes. Y entonces, ¿tu respuesta para mí es...?"

"Sí, jefe, podemos hacer que eso suceda."

"Bien, bien". La mirada de Gian se dirigió al hombre, y él asintió. "Eso es lo que quiero oír. ¿Marcus?"

"¿Sí, jefe?"

"Quiero que trabajes con Greg en esta empresa, me sentiré mejor sabiendo que estás ahí para las cosas, y para dirigirla de la manera que yo prefiera."

"Puedo manejar las granjas..."

"El lado de los negocios", Gian intervino rápido, con una mirada pensativa volviendo a Bene y haciéndole sentir que su padre buscaba algo en su hijo. "Marcus se encargará del papeleo y de conseguir los contables adecuados para todo. Y si desea pasar por alto el trabajo que estás haciendo allí, Greg, entonces también lo hará. El subjefe tiene razón, ¿no?"

El Capo aclaró su garganta pero se quedó callado.

Gian, aparentemente satisfecho con la forma en que había transcurrido la conversación, le dio a Bene una última mirada antes de volver a prestar atención a los hombres de la habitación. Si alguien, excepto él, se dio cuenta de que su padre lo vigilaba como si quisiera estar seguro de que seguía allí, nadie dijo nada.

No es que importe ahora.

Estaban al tanto del dinero.

El tributo se acercaba.

³ Canada Revenue Agency/ Agencia de Ingresos de Canadá

"¿De qué se trata todo eso?" preguntó.

Marcus, que había estado callado la mayor parte del tiempo a la izquierda de Bene, revisó su reloj. "¿Perdón?"

"Papá..."

"Jefe".

Bien, bien.

Bene lo hacía mejor con todo eso, ya sabes, diferenciando entre su padre cuando no estaban haciendo negocios, y Gian como jefe cuando había otros hombres hechos. Alguien debería darle crédito por eso, pero a Marcus le gustaba corregir su trasero.

"No deja de mirarme", murmuró Bene. "Y sólo lo hace cuando..." He hecho algo malo, y él lo sabe. Gian solía hacer esa mierda con Bene y su gemelo cuando eran adolescentes, y pensó que estaban haciendo una sobre sus padres. Nunca funcionó. Uno podría pensar que Bene aprendería la lección, pero aparentemente no. También lo fue su maldita vida. ¿Dónde estaba la diversión si no se metía en problemas de vez en cuando?

Además, Vanna era inofensivo.

Sexy como el pecado.

Se veía bien en su cama.

Follaba como nadie más.

Para ellos, sin embargo, ella era inofensiva.

Bene no dijo nada de eso en voz alta porque sabía que si lo hacía, Marcus sin duda oiría la mentira que se avecinaba en la punta de su lengua. Su seguimiento y yo no hice nada malo. Excepto que había llevado a Vanna a la mansión el fin de semana anterior cuando sus padres no estaban y Bene no era un buen mentiroso cuando se trataba de sus hermanos. Todos sabían la diferencia, así que era mejor que no se molestara en intentarlo.

"¿Hmm?" Preguntó Marcus.

Bene frunció el ceño. "Nada".

"¿Estás seguro de eso?"

Le echó una mirada a su hermano.

Marcus levantó su ceja hacia atrás. "¿Buen fin de semana?"

Joder.

Todo lo que necesitaba era una simple pregunta de su hermano, tan inocente como parecía, y la mente de Bene se remontaba al fin de semana anterior, y exactamente cómo lo había pasado. Lo que significaba, sobre todo lo que hay entre los muslos de una mujer que usaba su coño para sostenerlo como si fuera lo único que quería comer para el resto de su vida.

Para ser justos, su coño era el cielo.

No importaba si se lo estaba cogiendo, comiendo, o viéndola jugar con él... esa mujer podía empezar guerras por su coño, y Bene lo sabía. Además de eso, había algo en ella que le gustaba, y él tampoco se disculparía por ello.

"¿Y bien?" Marcus presionó.

"No sé de qué estás hablando, Marcus."

Su hermano se rió. "Claro, no lo sabes".

"Se supone que tenemos una reunión aquí, no..."

"¿Pensaste que Gian no sospecharía que no había filmación de la cámara todo el fin de semana?"

Bene masticó en su mejilla interior. "No, sólo me imaginé que no miraría en absoluto, ya que normalmente no lo hace a menos que tenga una razón para hacerlo. Y como las grabaciones digitales empiezan de nuevo cada cinco días, para cuando mirara, ya no importaría."

"Eres jodidamente terrible".

Sí, bueno...

"Y olvidaste que las cámaras de la puerta de entrada están en servidores completamente diferentes, Bene", añadió Marcus.

Ah, mierda.

Lo vieron entrar y salir con Vanna, entonces.

No se puede ocultar eso.

Ahora, entendía perfectamente bien por qué su padre seguía mirando a su manera aunque estaba claro que tenía mejores cosas en las que concentrarse en esta reunión que lo que uno de sus hijos más jóvenes había hecho el fin de semana anterior.

Perfecto.

Bene estaba más que dispuesto a seguir fingiendo que no sabía de qué carajo hablaba su hermano, al menos hasta que ya no pudo, pero la vibración de su bolsillo le impidió decir nada. Sabiendo que podía salirse con la suya revisando su teléfono mientras su padre estaba en la discusión del próximo tributo, Bene lo sacó de su bolsillo, y lo mantuvo escondido en la palma de su mano mientras miraba la pantalla.

✓ el contacto decía.

Contenido Oculto, el mensaje leído.

Eso normalmente significaba que alguien le enviaba un archivo adjunto, como una foto o algo así. Ni siquiera pensó en sus hermanos mayores parados a cada lado de él mientras abría el teléfono, y hacía clic en la cinta para que apareciera el mensaje de texto.

Joder.

Ahí estaba.

O mejor dicho, ahí estaba.

Parte de ella, de todos modos.

Todo lo que podía ver en la foto que Vanna había enviado era la imagen de sus piernas en red, medias hasta el muslo, los tacones de color rojo en sus pies, y el suelo de baldosas debajo de ella. La foto había sido tomada cerca de la maldita tierra prometida, ocultando lo que había entre sus muslos, pero maldición... esto había sido más que suficiente.

Porque ahora su garganta estaba apretada.

Su polla cobró vida.

Y no estaba en posición de hacer nada de eso.

"Maldición". Marcus silbó bajo.

Bene pulsó el botón de inicio rápidamente. "Cállate".

"¿Esa es la misma? Es difícil de decir cuando no puedes ver su cara y..."

"Cierra la boca".

Chris se rió al otro lado de él. "Quienquiera que sea, más vale que valga la pena traerla a la mansión cuando mamá y papá no estén en casa para conocerla, Bene."

Su padre los miró otra vez.

Hizo lo que pudo para parecer inocente.

Excepto que no lo era.

No, en absoluto.

"Más que vale la pena", murmuró.

"Sí, dile eso a papá".

Bien.



"Bene, siéntete libre de cerrar la puerta una vez que todos se vayan, y toma asiento."

De espaldas a su padre cuando estaba a punto de salir de la oficina, Bene maldijo dentro de su cabeza. Pensó que podría saltarse la reunión antes de que Gian se diera cuenta de que se había ido, y luego tal vez podrían tener la conversación sobre llevar a una mujer a la mansión en una fecha posterior. O mejor aún, por teléfono donde su padre no lo miraría directamente a la cara cuando intentara mentir al respecto.

Bene no podría tener tanta suerte.

"Claro, jefe", dijo, aún negándose a darse la vuelta.

Marcus sonrió a Bene por encima de su hombro, ya que fue el último hombre en salir de la oficina - no es inusual, considerando que era el subjefe de Gian. Bene respondió de la misma manera con un dedo medio levantado que sólo su hermano pudo ver antes de cerrar la puerta de la oficina tras él. Marcus estaba sacando demasiado de esto, el imbécil.

"Escoge un asiento", dijo Gian una vez que la puerta se cerró.

Bene suspiró. "Podría estar de pie, o..."

"Eso no era una opción, no."

Increíble.

Iba a ser una de esas charlas, entonces. También fue como Bene supo que ahora, estaba tratando con su padre de nuevo, y no con el jefe de su familia. Gian siempre fue cuidadoso en cuanto a la forma en que discutía con sus hijos, pero especialmente cuando era en forma de lo que alguien podría considerar disciplina. Nunca se paró sobre ellos, nunca hizo parecer que estaba hablando sobre uno de sus hijos. En cambio, todos se sentaban, a la altura de los ojos, si era posible, como si fueran iguales para tener sus charlas.

Bene evitó la pesada mirada de su padre hasta que tomó una de las dos sillas de cuero con respaldo de ala, al otro lado del escritorio, y se sentó. La cara de su padre, vacía de diversión o cualquier otra cosa, en realidad, le dio una buena indicación de cómo iba a ir esta charla hoy.

"¿Quieres empezar o no?" Preguntó Gian.

"Bueno..."

"Déjame plantearlo de otra manera, hijo. Puedes decirme lo que hiciste el fin de semana pasado, aquí cuando no estaba en casa, o puedo hacerlo yo. Siéntete libre de elegir."

Bene suspiró. "Ya sabes lo que hice, claramente".

"Sí, pero estoy empezando a preguntarme sobre lo que tú sabes."

"¿Qué?"

"Reglas, Bene". Gian se recostó en su gran silla, moviendo los dedos mientras miraba por las ventanas que daban a la propiedad. "Las mismas reglas con las que creciste aquí, las conoces, las he repetido una y otra vez. Esas reglas están vigentes no sólo porque no quiero que tú o tus hermanos falten al respeto a nuestro hogar, sino porque nos mantiene a todos a salvo. No traemos extraños aquí, eso nunca, ni nunca será tolerado. Así que, adelante, dime por qué decidiste traer a una mujer que ninguno de nosotros conoce a nuestra casa durante un fin de semana entero cuando nadie más estaba aquí. Adelante, esperaré."

Bueno, cuando lo pones de esa manera...

"No lo pensé realmente", admitió Bene. "Estás haciendo eso mucho últimamente, ¿eh?"

"¿Perdón?"

"Tomar decisiones sin pensar".

"Golpe bajo, papá."

Gian sonrió débilmente. "Y sin embargo, tampoco es del todo falso."

Bene se movió en la silla bajo el intenso peso de la mirada de su padre. No necesitaba que Gian lo cortara verbalmente, no cuando la mirada del hombre lo hacía por él. Sabía que lo que había hecho estaba mal, y ahora era sólo cuestión de admitirlo y disculparse. Eso fue todo lo que sus padres le pidieron a sus hijos cuando uno de ellos se pasó de la raya.

Aún así, Bene se quedó callado.

Gian no se lo perdió.

"¿Quién es ella?", preguntó su padre. "¿Importa?"

"Me importa, si estás dispuesto a traer a la mujer a mi casa y llegar a borrar mi video para tratar de ocultarla".

"No la estaba escondiendo."

"¿Cómo lo llamarías?"

"Evitando esta situación", volvió Bene.

Gian se rió. "Porque no querías que supiéramos que estabas viendo a alguien, o..."

"No lo llamaría así. Es sólo que... me da algo que hacer, en vez de concentrarme en toda la otra mierda que está pasando. No es tan profundo, sabes."

"Oh".

La tranquila proclama de su padre hizo que Bene levantara la cabeza para recibir la mirada de Gian. Se encogió de hombros cuando su padre esperó a que Bene dijera algo más. No estaba seguro de lo que debía decir.

"¿Pero te gustaría que fuera otra cosa?"

Esa fue una pregunta difícil. "Me gusta", dijo simplemente.

"Hmm".

"¿Podría darme algo más?"

Gian sonrió. "Bueno, eso no me corresponde a mí ahora, Bene. Tú eres el que aparentemente está viendo a una mujer que te gustaba lo suficiente como para traer a mi casa cuando sabes que no puedes traer a nadie aquí que no quieras sentarte a charlar con tu madre o conmigo. Y sabes, esa es la única razón por la que aún no te he mordido el culo por esto. Porque la trajiste aquí, y conoces las reglas. Lo que significa..."

Tenía la intención de que la conocieran.

Algún día.

"¿Su nombre?"

Bene se arrastró en un rápido respiro. "Vanna".

No se molestó en dar su apellido porque no creía que fuera tan importante por el momento. Ninguno de esos detalles importaba más que el hecho de que su padre sólo quería saber quién era la mujer por la que Bene se atrevía a romper sus muy claras reglas.

Es curioso cómo funcionó eso.

"Encantador", murmuró Gian. "Te daré la oportunidad de corregir lo que pasó el fin de semana pasado. Tu madre tendrá su cosa para el refugio en un par de semanas, lo que significa que habrá mucha gente aquí para actuar como un amortiguador ... no hay conversación incómoda. "

Cara solía organizar cenas para las muchas organizaciones en las que participaba directamente, como los refugios para mujeres de Toronto, o en las que tenía interés cuando se trataba de donar dinero. Bene no solía asistir a ellos, pero no parecía que su padre le estuviera dando una opción esta vez.

"¿Qué piensas?"

Bene tarareó en voz baja. "¿Y si dice que no?"

"Otra de esas cosas en las que no puedo ayudarte, hijo. Llévala a la fiesta de tu madre, si está de acuerdo en venir, y podremos saludarla adecuadamente. Entonces, si quieres traerla de vuelta cuando el resto de nosotros no estemos aquí, no veo el problema."

"No hay promesas".

Gian se encogió de hombros. "Entonces, no es bienvenida aquí cuando no estamos en casa."

Parecía bastante simple.

Bene se preguntaba si sería así.

"Oh, y llama a tu gemelo", añadió su padre cuando Bene se levantó de la silla, "está preocupado de que estemos mintiendo sobre si has hecho o no otro de tus momentos".

"Yo no..."

"Dile eso".

Jesús.

"Bien".

"Y saluda a tu madre antes de irte."

Bene agitó una mano sobre su hombro mientras se dirigía a la puerta, pero a Gian no pareció importarle la falta de respuesta verbal. Al final del pasillo fuera de la oficina, ya tenía su teléfono en la mano, trayendo la lista de contactos.

Al principio, planeaba llamar a su hermano. Como dijo su padre.

La cosa era que Bene sabía que Beni estaba bien, y tenía su propia mierda en la que concentrarse con el trabajo en Chicago, sin mencionar a su nueva esposa, no necesitaba preocuparse por su gemelo. Sin duda, una llamada telefónica de Bene sólo haría que su hermano se pusiera nervioso de nuevo porque no estaba aquí para confirmar todo lo que le dijeron.

Bene lo estaba haciendo bien.

Beni tenía que confiar en eso.

En lugar de llamar a su hermano, finalmente respondió a esa foto tan sexy de Vanna que aún lo tenía luciendo una semierección, aunque hubiera hecho lo posible durante la última hora por ignorarla. Ese fue un esfuerzo inútil, considerando que nada de esa mujer podía ser ignorado.

¿Estás en casa?

La respuesta de Vanna al texto de Bene llegó casi instantáneamente con, *Sí*.

Sus dedos volaron sobre la pantalla de su teléfono, respondiendo: *¿Te importaría si voy hacia ti?*

Hasta ese momento, no había ido a su casa más que para dejarla en la entrada principal. Nunca pidió ir más lejos, y ella no lo invitó. Y aún así, pasaron segundos antes de que su respuesta en la pantalla. Como si no hubiera dudado en absoluto en su respuesta.

Claro. El ático tiene su propio ascensor en mi edificio. La chica de la recepción te dejará entrar cuando llame al ático.

Eso fue todo.



Bene inspeccionó el vestíbulo limpio y modernamente decorado del edificio de Vanna mientras la chica de la recepción terminaba su llamada. Un residente de arriba quería que alguien se ocupara de su ruidoso vecino, por el sonido de las cosas. El hombre de la puerta principal le había dejado entrar con un saludo amable y un asentimiento.

"Lo siento", dijo la chica, sonriendo ampliamente mientras colgaba el teléfono, "¿qué puedo hacer por ti hoy?"

"Penthouse, Vanna Falco".

"¿Qué pasa con ella?"

"Ella dijo que usted llamaría y luego me dejaría entrar en el ascensor privado".

"Claro, puedo hacerlo. ¿Tu nombre?"

Sus palabras decían una cosa, pero su tono decía otra. Bene trató de no extrañarse demasiado, aunque sólo fuera porque la chica no parecía tener más de diecinueve años, ¿cómo había conseguido este trabajo, de todos modos? - y era su trabajo, después de todo.

"Bene Guzzi".

"Sólo dame un segundo".

"Claro".

En poco tiempo, la chica llamó al ático de Vanna y, con la confirmación de que era un huésped bienvenido, le entregó la llave del ascensor privado. "Déjela cuando baje, por favor".

"No hay problema".

Con la llave en la mano, Bene se dirigió al ascensor con la placa etiquetada *Penthouse* justo encima de las puertas cerradas. Introduciendo la llave en la almohadilla junto a las puertas, esperó el pitido que indicaba que el ascensor estaba abierto para que él lo usara. Presionó el botón y esperó a que se abrieran las puertas, lo que sólo tardó un par de segundos en entrar.

Al presionar el botón del ático, el único botón en la pared, aparte de la parada de emergencia o los botones de llamada, no pudo evitar notar cómo la chica del otro lado del vestíbulo estaba hablando por teléfono de nuevo detrás de la recepción. Lo cual no sería algo que le preocupara, excepto que ella claramente lo estaba mirando mientras hablaba.

Y dijo su nombre.

No en voz alta.

No lo escuchó.

Pero lo vio.

Vio cómo sus labios se movían para formar su nombre perfectamente.

Bene Guzzi.

¿De qué se trataba?

Las puertas se cerraron antes de que pudiera pensar en ello.

Muy pronto, el ascensor ascendente se tambaleó antes de detenerse, las puertas se abrieron para revelar un largo pasillo que conducía a una sola puerta a la derecha. Pasó una planta que descansaba en una mesa decorativa, sentada frente a una gran pintura de Toronto en la pared justo enfrente. Vanna ya tenía la puerta abierta de par en par cuando Bene se paró frente a ella.

"Oye", dijo.

Su sonrisa tenía su propio crecimiento. "Oye", murmuró.

Ella todavía usaba esos muslos de red. Sólo ahora, pudo apreciar el resto de su atuendo, incluyendo el vestido negro ajustado a la piel que se paraba a unos 15 cm. por encima de sus rodillas, y mostraba todo tipo de piernas.

En redes de pesca.

El corte bajo del vestido le daba una amplia visión de su escote, y en lugar de su usualmente sobrio maquillaje con el ala dramática, se había fumado los ojos y pintado los labios de un rojo oscuro y descarnado que le secaba la boca.

"¿Salir?" preguntó.

Vanna sacudió la cabeza. "No".

"¿Te vistes así sólo porque...?"

"Me gusta verme tan hermosa como me siento."

No.

Bueno, no se quejaba.

"¿Vas a entrar?", preguntó.

"Tan pronto como me invites".

Se le ocurrió preguntar por la chica de la recepción de abajo, pero pensó... que no era asunto suyo. Los dos no tenían ese tipo de relación, y no le correspondía preguntar cosas a menos que ella se ofreciera. Tan simple como eso.

Vanna dio un paso atrás, ensanchando más la puerta mientras sus talones se apoyaban en el suelo de baldosas de la entrada. "Pasa, no esperaba a nadie esta noche, pero estoy cocinando lo suficiente para un pequeño ejército, y tengo mi programa favorito listo para una borrachera, así que..."

"Suena como mi tipo de noche".

Y aunque no lo fue antes, ciertamente lo fue ahora.

¿Con ella?

¿Parece que lo hizo?

¿Mientras lo miraba fijamente como si lo fuera? Claro que sí.

Absolutamente su tipo de noche.

Vanna guiñó un ojo y Bene entró en su lugar. Le dio a las paredes blancas, decoradas escasamente pero aún con estilo con acentos negros y cromados en la entrada, un breve segundo de su atención. Más tarde pudo admirar su casa. En este momento, la mujer que vivía en ella tenía mucho más de su atención. ¿Y no era eso lo más importante?

Bene se lo imaginó.

Dejó la puerta abierta, y él la cerró detrás de él. Una vez que el pasillo se cerró, él cerró el espacio entre ellos. Vanna ya sonreía de forma sexy cuando se quitó la chaqueta al mismo tiempo que se inclinaba para un beso. Le importaba una mierda

que su pintalabios rojo dejara manchas en su boca. ¿Cómo podía hacerlo cuando ella lo besó como si hubiera pasado mucho tiempo, y ella finalmente estaba recibiendo lo que quería?

Antes de que se diera cuenta, Bene la tenía contra la pared, y sus manos estaban metidas en la parte superior de esas mallas alrededor de sus muslos, lista para arrancarlas de su cuerpo. Lo miró fijamente, con el lápiz labial sólo ligeramente manchado, pero con un aspecto muy bueno. El calor de ella empapó su cuerpo, y él respiró el aroma de ella.

Sexo azucarado.

"Eso estuvo bien", susurró.

Bene se rió oscuramente. "Aliméntame, y ponme en algún lugar donde pueda ponerte en posición horizontal, y veremos qué tan bien me puedo poner después."

"Promesas, promesas".

"Que cumpliré absolutamente."

Vanna tragó con fuerza. "Eso espero."

"Tenía una razón para venir aquí... no sólo esto."

"¿Oh? Pero me estaba gustando esto."

Sí, a él también.

Aún así...

"¿Querías, uh, ir a una cosa conmigo?" preguntó. "Algo que mi madre va a tener en la mansión en un par de semanas. Es como una cena. Nada grande, pero..."

"¿Me estás pidiendo una cita? ¿Una cita de verdad?"

¿Lo hacia?

"¿Es así como quieres llamarlo?"

Vanna arqueó una ceja. "¿Cambia algo?"

"No si no quieres."

"¿Todavía vas a follarme esta noche aunque diga que sí o que no?"

Los dedos de Bene se apretaron en sus mallas, y escuchó el revelador desgarrar de la tela. Sólo un poco, no demasiado. Su escalofrío decía que lo sentía contra su piel, y también lo escuchó. "Después de la foto que enviaste, deberías haber esperado que apareciera para ver qué más me esperabas."

"Bueno, ese era el punto."

"Así que respondiste a tu propia pregunta."

Vanna sonrió astutamente cuando sus dedos se acercaron a sus muslos, rozando la carne caliente y sedosa hasta que estuvo entre sus piernas y la encontró desnuda. "Supongo que sí".

"No llevas nada debajo de este vestido".

"No."

Y estaba mojada.

"¿Es eso un sí a la cita?" preguntó él, con los dedos rozando su depilado y resbaladizo sexo.

Vanna dejó escapar un aliento estremecedor cuando la punta de sus dedos encontró su clítoris mientras ella ampliaba un poco su postura para él. Sus palabras salieron temblorosas, como esos labios rojos de ella, y sus oscuros ojos bailaron con lujuria mientras sus dedos daban vueltas cada vez más rápido. "Eso es un sí a la cita, Bene."

Es bueno saberlo.

10

Un coche negro esperando a Vanna un viernes cuando salió de la universidad después de sus clases finales nunca significó cosas buenas. Sólo sabía que el coche de la ciudad que estaba en la acera era para ella porque reconoció el músculo que se apoyaba en la puerta del lado del pasajero. No lo llamó músculo por ser despectivo, pero dado su gran tamaño, y el trabajo que tenía para la Camorra Detti como guardia personal para Senior, y ocasionalmente Mario, cuando el tiempo lo requiriera, el título encajaba perfectamente.

Sus rasgos severos -no se ganó su apodo, El Pitbull, por nada- no tenían calor cuando miraba hacia ella, y sin una palabra, aún sentía su silenciosa orden de acercarse. Mejor que se fuera con él. Nunca terminaba bien cuando él tenía que ir con alguien más.

"Dante", saludó, "¿algo pasa?"

Levantó una ceja gruesa y negra a su pregunta. "¿Por qué asumes que algo tiene que estar mal porque estoy aquí?"

No tenía que pensar en una respuesta, ya la tenía en la punta de la lengua. A menudo daba malas noticias a la gente de su clan, un mensajero personal del jefe. Además de eso, había sido el hombre que estaba en el pasillo con Senior el día que se enteró del asesinato de su padre.

Vanna no dijo ninguna de esas cosas en voz alta. En vez de eso, se puso a pensar: "¿Por qué estás aquí, entonces? Normalmente llevo un Uber a casa, y nadie envía un coche por mí."

Sonrió levemente.

Si eso puede ser considerado una sonrisa. "Alguien envió un coche hoy", respondió.

"Alguien como..."

"Senior, por supuesto. El único que puede darme una orden que cumpliré. Ahora, si has terminado de interrogarme, porque no te respondo y me estoy aburriendo con esta conversación, entonces deberías preguntar qué se espera de ti, como hacen las buenas mujeres del clan, Vanna."

Cierto, cierto.

Constantemente olvidaba su lugar.

Que a pesar de tener un sentido de libertad, su propio lugar para vivir y una vida fuera de la Camorra, seguía siendo parte de su mundo. Todavía era una de las tuyas, en el clan de por vida. Una vez dentro, nacida o no, no había salida.

Tal vez eso debería haber sido una señal. Una con una bandera roja gigante.

Ella no pertenecía.

"Sube al auto", dijo Dante, "y te llevaré a cenar a la casa de Senior".

"Tengo que estudiar para..."

"No es una petición".

Eso fue todo, ella supuso.

Vanna no necesitaba que se lo dijeran una segunda vez porque sabía que no debía discutir con Dante, ni con ningún otro hombre de su clan de la Camorra. A menos que fuera una mujer que tuviera algún tipo de poder sobre ellos dentro de su confusa estructura, ellos no escuchaban y no escucharían nada de lo que ella tuviera que decir, ni les importaba lo que ella pudiera querer.

Siempre fue lo que el jefe quería.

Ella no era la jefa.

Dante no dijo nada mucho después de que Vanna se sentara en la parte de atrás del coche. El silencio resonó mientras conducían por la ciudad, sorteando el tráfico de la tarde, por suerte. Ella apostó que era a propósito porque Dante, como el resto de ellos, sabía que no debía hacer esperar a su jefe por nada, incluyendo una excusa como el tráfico.

No se molestó en hacer más preguntas porque no obtendría las respuestas, es decir, si hasta Dante las supiera. El hombre recibía órdenes, pero rara vez se le daba la razón de ellas. Además, ella no quería hablar.

Al menos, no al hombre del asiento delantero.

En cambio, su atención se centró en el teléfono que tenía en la mano y en el texto que había empezado a responder cuando salió de la escuela y vio a Dante esperándola. Un mensaje de Bene; sus dedos pasaron por encima del botón de enviar para la respuesta que ya había escrito.

¿Ocupado más tarde?

Vanna pulsó enviar en su nueva respuesta después de que borrara la antigua que había confirmado que no estaba ocupada, y que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que quisiera. Parecía que los planes cambiaban, aunque ella no quería que lo hicieran. Ni siquiera sabía cuáles eran los planes de Bene para la noche, pero apostó a que sería mucho más divertido que lo que ella iba a hacer.

Me pondré en contacto contigo, le dijo.

La respuesta de Bene llegó unos minutos después con, *Házmelo saber*.

Ella escribió una respuesta de confirmación, pero rápidamente dejó caer el teléfono en su bolso cuando Dante miró por el espejo retrovisor. No es que a él le importara que ella estuviera en su teléfono, pero no tenía ganas de tentar a la suerte hoy.

Una hora más tarde, y Dante abrió la puerta trasera del pasajero para que Vanna saliera a un camino familiar después de que él aparcara el coche. No dijo nada mientras ella miraba hacia la casa, notando que los únicos vehículos estacionados frente al gran garaje de tres puertas de la casa suburbana pertenecían al jefe, a su esposa y al elegante y negro Mercedes de Mario.

Eso fue inusual.

Completamente.

Rara vez Vanna recibía una invitación para cenar con el jefe, su esposa y Mario, a menos que algo pasara con el resto del clan, y se les había ofrecido unirse también. No importaba que Senior y Gemma hubieran asumido la responsabilidad de dar refugio y criar a Vanna durante esos dos años tras la muerte de su padre, antes de que cumpliera los dieciocho y fuera capaz de mudarse por su cuenta... nunca había sido realmente parte de la familia.

No es así.

La falta de otros vehículos, otros huéspedes, debería haber sido su primera pista de que algo estaba definitivamente aquí arriba. En vez de dejar que sus pensamientos se quedaran demasiado tiempo en cosas que no podía controlar, Vanna se dirigió a la casa sin despedirse de Dante por encima de su hombro. Sin duda, al hombre no le importaba, de todos modos.

Una conversación tranquila se desarrolló en el pasillo de entrada del comedor mientras Vanna se quitaba el abrigo y los zapatos. Trató de seguir la conversación que Senior y Mario estaban teniendo entre ellos en italiano, pero con la rapidez con la que hablaban, era prácticamente imposible para ella entender más que un par de cosas. Nunca había aprendido el idioma tan bien como su padre quería, para su disgusto.

No es que importe ahora.

Vanna se paró en la puerta del comedor, encontrando las miradas de Mario y de su padre ya fijadas en ella, como si esperaran que llegara en cualquier momento.

Mala señal número dos, pensó.

¿Por qué?

No pudo decirlo, en realidad.

No tenía nada para poner su dedo en la llaga.

Simplemente lo era.

Tal vez porque la habían estado esperando, y ahora tenía sentido por qué nadie más estaba aquí para la cena. Porque demonios, incluso la mesa estaba vacía. ¿Dónde estaba la cena?

"Pensé que estábamos comiendo", dijo Vanna.

Senior sonrió, pero estaba apretado.

No es inusual para él.

Aún así...

Vanna sólo sentía frío.

"Oh, lo haremos", respondió el padre de Mario, "y más se nos unirán".

"Mamá está trabajando en la cocina. Puedes ayudarla después", añadió Mario.

La ceja de Vanna se levantó. "¿Oh?"

¿Sólo se esperaba que ayudara? Ni siquiera una pregunta.

"Sí", dijo el jefe, levantando su gran cuerpo de su silla. Un hombre intimidante en tamaño, Mario Senior Detti no era una persona que uno quisiera conocer en un callejón oscuro, y Vanna nunca había sido más consciente de su presencia que cuando dejó la mesa y cruzó la habitación para venir y pararse frente a ella. Todavía llevaba esa sonrisa, claro, pero algo cambió en el aura que le rodeaba, electrificando el aire, aunque hizo que a Vanna le pareciera más frío que nunca. "Pensé que tú y yo deberíamos hablar antes de que el resto llegara aquí, porque me imagino... bueno, soy el hombre que dirige tu casa en este clan, ¿no?"

Su mandíbula se apretó.

Vanna hizo lo mejor que pudo para ocultarlo.

"¿Lo haces?" regresó.

El superior asintió con la cabeza. "Después de la muerte de tu padre, te acogí, por defecto..."

"Tu padre ordenó el asesinato del mío."

"Vanna", advirtió Mario en voz baja desde la mesa.

"Tu padre estaba planeando contra la vida de mi padre. Así es como funciona la Camorra, niña. Ya lo sabes, así que no finjas lo contrario."

Niña.

Veintiuno, pero contra este hombre, seguía siendo sólo una niña. Nada más y nada menos.

Su recordatorio, por muy gentil que fuera, no cambió nada para ella. Y esto era exactamente el motivo por el que a Vanna no le gustaba entrar en estas discusiones con nadie. Siempre tenía sus opiniones sobre esas cosas, y cómo había llegado a ser todo esto. Su padre era el traidor, seguro, y ella era la sangre que salía de sus venas

.Cuanto más les recordaba a todos ese hecho, más probable era que no le permitieran seguir caminando y viviendo entre el resto de ellos.

"Estás en una edad", continuó Senior como si Vanna no le estuviera clavando dagas, "como me recordó mi hijo esta semana, donde a otras mujeres de tu estatus y posición se les han dado expectativas diferentes, y actuaron en consecuencia".

Vanna se enderezó en el acto.

Su columna vertebral estaba rígida como una tabla.

¿Y qué significa eso?" Y luego tuvo otro pensamiento, uno que la hizo mirar alrededor del lado de la gran figura de Senior para mirar directamente a Mario todavía sentado en la mesa. "¿Le recordaste algo sobre mí?"

"Bueno", comenzó Mario.

Senior levantó una mano, tranquilizándolos a ambos. Cualquiera con una onza de materia cerebral, que hubiera visto a este hombre enojarse al menos en una ocasión, sabía que era mejor no poner a prueba su muy corta paciencia. No le costó nada pasar de cero a cien, y no tuvo ningún problema en tomar decisiones muy violentas y precipitadas cuando su ira se apoderó de él.

Vanna no quedaría atrapada en el fuego cruzado.

No, en absoluto.

"Vanna", murmuró Senior, atrayendo su mirada hacia él mientras se preparaba para poner el último clavo en su ataúd. Ella lo sabía. Lo sintió en sus malditos huesos por lo que vendría después. Esas palabras no necesitaban salir de sus labios para que ella ya lo supiera, y aún así... todavía se sentían como cuchillos cortándole la piel cuando él lo dijo. "Es hora de que sirvas a tu propósito como mujer en el clan, por el bien mayor, como dicen."

"El bien mayor".

Ni siquiera era una pregunta.

¿Y por qué su voz era tan débil?

"Nosotros... este clan... le hemos dado tanto a usted, ¿no es así?" preguntó.

Dios.

Quería decir que no.

Ella sabía que eso no era lo que él quería, sin embargo.

"Sí", susurró Vanna, "así es".

Le quitaron tanto.

Tampoco habían terminado de tomar.

Senior lo confirmó, diciendo: "Mario me hizo ver que a tu edad, y tiene razón, deberías centrarte más en la familia, el clan y tu vida".

"Me estoy centrando en mi..."

"Matrimonio, familia... negocios."

Ella aspiró un aliento fuerte.

Le ardían los ojos.

Aún así, ella contuvo esas lágrimas.

"Tú y Mario se casarán pronto."

Sí.

Ahí estaba.

Vanna quería estar sorprendida.

No lo era.

Su corazón gritó para luchar contra las noticias.

Su cerebro lo sabía mejor.

Esto era la Camorra.

El jefe habló.

El resto de ellos escucharon.

Eso no significaba que estuviera feliz porque una rabia como nunca antes se enroscó alrededor de su corazón, apretando con calor que casi paró los latidos por completo. No sabía si Senior podía ver el odio en sus ojos, pero tampoco le importaba.

"¿Ah, sí?", preguntó finalmente.

Senior asintió. "Así es".

"¿Qué tan pronto?"

"Mamá pensó que una boda en octubre estaría bien", dijo Mario.

Vanna hizo todo lo posible por quedarse quieta y no cruzar la habitación para sacarse los ojos cuando finalmente se levantó de la mesa, y Senior se giró lo suficiente para que los dos se enfrentaran.

Su futuro marido.

Que se joda.

Finalmente estaba consiguiendo lo que quería. Esa era la cosa aquí. Es por eso que nunca antes había presionado. No forzó a Vanna. Ni sus sentimientos, ni sus elecciones físicas. Mario no tenía que hacerlo. Sabía lo que eventualmente tendría.

Ella.

"Tres meses", dijo en voz baja.

Mario sonrió. "Sí, y lo anunciaremos al resto más tarde en la cena."

Bueno, lo haría.

No tenía nada que decir ahora.



"Hola".

Vanna ignoró por completo la llamada de Mario detrás de ella mientras cargaba la bandeja con vasos limpios para llevarla arriba a Senior, y a sus hombres. Ni siquiera se le pidió que lo hiciera, simplemente se lo dijo Gemma, porque aparentemente esa iba a ser su vida ahora.

La esposa de Mario.

Una mujer que sirvió.

No, gracias, carajo.

"¿Me estás escuchando? ¿Y podrías dejar el maldito tratamiento silencioso durante cinco malditos segundos?"

Oh, ¿estaba enfadado?

Pobrecito.

"Prefiero no hablarte en absoluto", respondió Vanna, cogiendo la bandeja y volviéndose hacia Mario con una sonrisa sarcástica, "no importa que te mire, pero si vas a insistir en que lo haga, entonces quizás no deberías quejarte de la actitud que tienes en el proceso, ¿sí?"

Parpadeó.

Le dio una gran satisfacción.

Era todo lo que tenía, ahora.

"Vanna-"

"Disculpa", murmuró, sin darle la oportunidad de hablar antes de empujarlo en la entrada de la cocina, "porque tengo gente arriba que quiere vasos limpios para sus bebidas. Y sabes que no les gusta que una mujer les haga esperar".

No la dejó pasar por completo antes de que su mano se moviera, y la agarró. Tampoco fue fácil, sus dedos se apretaron alrededor de su muñeca dolorosamente, haciendo que su mano se flexionara contra la bandeja hasta el punto de que casi la dejó caer.

"Déjame ir", dijo en voz baja.

Vanna ni siquiera lo miró.

La advertencia debería haber sido suficiente.

Excepto que no lo fue.

Impactante.

Mario no se soltó, y en todo caso, se agarró más fuerte. De hecho, tiró de su brazo, acercándola un poco más a él en el proceso para que el lado de su cuerpo se

presionara contra el frente del suyo, y ella se vio obligada a oler esa colonia de especias que él parecía preferir y que le recordaba a hombres como su padre. Hombres viejos.

Nada joven, y fresco.

Nada atractivo.

"Basta", siseó, su primera muestra de maldad hacia ella en mucho tiempo. La última vez fue cuando la atrapó con un chico con el que se acostaba en el instituto durante su último año de instituto, y él tenía problemas de posesión y celos que manejar. "Sabías que esto era jodidamente inevitable, Vanna. Te he estado diciendo durante años lo que quería. ¿Cómo es mi culpa que continuaras ignorándome, eh?"

"¿Porque no era suficiente? Porque yo diciendo que no me gustas no era una buena respuesta para ti, o..."

"No tienes elección, ese es el problema".

Vanna se rió.

Amargamente.

Sí, fue un problema. Para ella.

No es él.

"Has estado cómoda, sabes", dijo, inclinando la cabeza hacia abajo para poder murmurar esas palabras en su oído. "Cómoda pensando que eras libre... que podías hacer lo que quisieras; que no eras uno de nosotros, Vanna, pero sorpresa, lo eres. ¿Toda esa mierda que querías? ¿La vida que creías que era tuya? Era una ilusión, y te dejé tenerla tanto tiempo como pude, pero ahora estoy cansado de esperar, y quiero lo que es mío".

Bien.

Sí.

Porque eso es todo lo que ella era para él.

Sólo una cosa.

Algo para tener.

Un trofeo.

Con esposa como título.

"Nunca te amaré", respiró, "nunca te querré. No hay una sola parte de ti que me haga necesitarte, y lo sabrás cada día que estemos juntos. Si vas a forzarme a casarme contigo, me aseguraré de que tú también sufras por ello. Espero que lo sepas."

"¿Es eso una amenaza?"

Su agarre sobre ella de repente le quitó el aliento. Vanna casi dejó caer la bandeja de nuevo. Aún así, mantuvo la compostura, negándose a mostrar a Mario cuánto la

afectaba, y no de una buena manera, tampoco. Claro, no la asustó, no realmente. Si él pensaba que podía ganarle a la conformidad, entonces ella tenía noticias para él.

Sin embargo, todavía le molestaba.

"No es una amenaza", respondió ella con una sonrisa de desprecio antes de arrancarle el brazo de su mano y antes de que pudiera detenerla, se alejó de él. Fuera de su alcance por completo. "Es una promesa".

"Siempre estuviste destinado a ser mía".

"Sólo en tu mente."

"¿Pero quién es el que obtiene lo que quiere aquí, Vanna?"

Sí.

Y no lo olvidaría pronto.

Mario le arruinaría todo. Ella lo sabía desde el principio. Todos sus planes, la venganza, algo con lo que luchó por razones que no estaba preparada para admitir, y sólo su vida. Este hombre lo arruinaría todo. Pero que le condenen si piensa que ella no luchará por ello.

"Sigo siendo mi propia mujer", le dijo, "y me tratarás como tal hasta que el certificado de matrimonio diga lo contrario".

Mario levantó la barbilla. "¿Y qué significa eso?"

"Nada cambia, eso es lo que significa."

"Vas a ser mi esposa".

"Y hasta entonces, sigo siendo Vanna Falco. Haré lo que quiera, cuando quiera y como quiera, Mario. Es lo mínimo que puedes darme después de todo esto."

"¿Cómo qué? ¿Ir a la estúpida universidad?"

Dios.

Lo llamó estúpido como si lo entendiera.

Como si conociera sus esperanzas y sueños.

"O mi penthouse", respondió. "Nada cambia hasta que tiene que hacerlo. De lo contrario, haré de tu vida un infierno".

"No me amenes".

"Sigues usando esa palabra".

Su mirada se estrechó.

Ella sonrió.

"Pero no significa lo que crees que significa", añadió más tranquilo, "ahora discúlpame".

Lo dejó humeando detrás de ella.

Sin duda, ella pagaría por eso.

Eventualmente.



Vanna sobrevivió a la noche de la cena y a las noticias de Mario, y luego al sábado. Pero apenas. Todavía estaba tratando de procesar; todavía estaba tratando de averiguar cómo esto cambió sus planes, la venganza... toda su puta vida.

Y entonces ella no quería hacer nada.

No quería pensar.

O sentir.

O ser.

Nada de eso.

Así que, en lugar de revolcarse en su ático para otra noche solitaria, decidió hacer exactamente lo contrario. Algo que podría muy bien meterla en problemas, si Mario se enterara, pero ¿no había estado jugando mucho con fuego últimamente, de todos modos?

¿Qué importaba?

Vanna estaba lista para ser quemada.

¿Qué mejor manera que Bene Guzzi?

Sin preguntas, le envió un mensaje a Bene, le pidió que se reuniera con ella en un café a unas pocas manzanas de su ático, y estuvo allí en una hora.

Le echó un vistazo.

Vio la tristeza.

Preguntó: "¿Qué pasó?"

"Nada", mintió.

No presionó.

Ella lo adoraba por eso.

En cambio, preguntó: "¿Qué quieres hacer?"

"Cualquier cosa".

Así fue como se encontró volando por la autopista en el asiento del pasajero del Lambo de Bene mientras salían de la ciudad a toda velocidad superando el límite de velocidad. Su mano patinó a través de los asientos, encontrando su camino hacia su muslo, y apretando fuerte.

El calor iluminó su cuerpo.

El dolor apretó su corazón.

"¿Alguna vez has estado en las cataratas de Maggie?"

Vanna lo miró, disfrutando la forma en que las sombras del auto oscurecían sus hermosos rasgos. "No, ni siquiera he oído hablar de ello".

"Te encantará".

¿Por qué no lo dudó?

"Bien", susurró.

Bene se calló lo suficiente para que Vanna pensara que no iba a decir nada más. Por supuesto, la sorprendió. Siempre lo hizo. Desde el principio, este hombre no había sido lo que ella esperaba.

Todavía era un maldito problema. Por más razones que nunca.

"Lo que sea que esté pasando", dijo, "estará bien".

Vanna no sabía cómo decírselo, pero...

No, no lo sería.

No para él.

Para ella.

O para cualquier otra persona.

¿Había cometido un error?

¿Intentar terminar la venganza de su padre fue la más grande hasta ahora?

Vanna no tenía esas respuestas, y ya no sabía qué hacer para arreglar todo este lío que la rodeaba. Todo por su propia cuenta, también.

Dulce justicia, tal vez.

Dios.

En lugar de responder a Bene, preguntó: "¿Cuánto falta para llegar a... ese lugar?"

"Otra hora, tal vez".

"Bien".

Condujeron la hora en silencio, pero a Vanna no le importó, y a él tampoco. Mientras la tocaba, no parecía que a Bene le importara nada más. Era casi extraño que ella sintiera lo mismo, pero por ahora, se negaba a satisfacer esos sentimientos.

Nada bueno saldría de ello.

Era más fácil de esta manera.

Bene había dicho las Cataratas de Maggie, pero Vanna no pensó nada de eso. Ciertamente no pensó que se refería a un lugar en el maldito bosque. Literalmente, tres millas dentro del bosque, fuera de la autopista, en un que finalmente terminó, hasta donde tenían que salir del Lambo, cerrarlo y caminar otros veinte minutos antes de que los dos se pararan en un saliente rocoso que daba a una pequeña cascada que caía en un hoyo de natación. Una cuerda colgaba de un árbol en el otro lado; una persona claramente solía columpiarse y caer al agua.

"Ese agujero tiene 20 pies de profundidad", dijo Bene, "así que es seguro saltar desde aquí".

Mierda.

"Somos como... veinte pies de altura."

"Sip".

Empezó a encogerse de hombros.

Vanna se rió.

"¿Cómo encontraste este lugar?"

Le hizo un guiño. "Me aburrí con mi gemelo un verano".

"¿En serio?"

"Sí, como que me tropecé con eso".

La miró de arriba a abajo. "¿Vas a saltar conmigo, o...?"

Maldición.

Le encantaba la forma en que la miraba.

También era muy alta.

"El agua probablemente está fría", dijo.

Bene se puso derecho, bajándose los pantalones al mismo tiempo para hacerle saber que no llevaba nada debajo. Ella se dio cuenta de que, a veces, él iba con los calzoncillos, y a veces no llevaba nada. Como su estado de ánimo o el clima, cambiaba dependiendo del día. No hacía nada para ocultar la forma en que su polla colgaba contra su muslo, semiduro y atractivo para ella.

"Te calentaré", prometió.

Jesús.

Detrás de ella, escuchó el sonido de su teléfono apagado dentro de su bolso. Un tono de llamada familiar. No lo había oído en un tiempo, pero sabía lo que significaba. El detective estaba llamando, tenían otra reunión en camino, y probablemente quería asegurarse de que ella todavía tenía todos los detalles para que fuera seguro.

Vanna tenía todas las razones para responder a esa llamada. Para pedirle al hombre seguridad a cambio de su información. Para aceptar su oferta de un programa que la pondría bajo tierra, y fuera de la vista de la Camorra por el resto de su vida. Tenía todas las razones para hacerlo.

Y aún así, continuó mirando a Bene.

Le dio todas las razones para permanecer arraigada al lugar. Para desear que nunca hubiera sabido de la venganza.

Le hizo querer volver atrás en el tiempo, así que las cosas podrían haber sido tan diferentes.

Vanna se sintió como un fracaso.

Un fraude.

Traidor.

Realmente era la hija de su padre.

Pero no la que él quería.

Bene cerró la distancia entre ellos, su beso encontró el de ella en la oscuridad, con el dosel de los árboles arriba escondiendo incluso las estrellas y la luna. Los sonidos del agua los rodearon y se la llevaron a un lugar diferente mientras el hombre presionado contra ella parecía decidido a sacar el alma de su cuerpo con nada más que su beso.

Muy bien.

Muy bien.

Ella se lo daría.

Él podría tenerlo.

Si tan sólo pudiera arreglar esto.

"¿Vas a entrar o no?", preguntó, palabras que se burlaban de la costura de sus labios.

Vanna se quitó el vestido cuando él se alejó.

Sus bragas fueron las siguientes. Luego, su sostén.

Saltó primero, cortando a través del agua, y volviendo a subir con un movimiento de su cabeza que lanzó el agua de su cara como si lo hubiera hecho un millón de veces antes.

El teléfono seguía sonando detrás de ella.

Vanna saltó en segundo lugar.

Caída libre.

A veinte pies de profundidad.

La sabia y sexy risa de Bene la rodeó mientras la adrenalina corría por su torrente sanguíneo, y juró que se sentía como si estuviera volando mientras cortaba el aire. Golpeó el agua, cortándola mientras le quitaba el aliento.

Ella tenía razón.

Hacía frío.

Bene estaba allí para calentarla cuando subió a tomar aire.

Bene agarró a Vanna en el momento en que subió a tomar aire, arrastrándola hacia él en el agua hasta que sus piernas rodearon su cintura, y sus labios encontraron los de ella. Sabía a agua limpia de las cataratas, a las gotitas que caían sobre su cara desde la cascada y al aire que las rodeaba.

Limpio.

Claro.

Fresco.

Su boca se separó de él, cediendo a los dientes de él rascando su labio inferior, una silenciosa demanda para que se abra. Ella conocía bien su beso, ahora. Su lengua se enfrentó a la suya, algo que le endureció la polla más que el simple hecho de verla desnuda sobre las rocas. Oh, seguro que amaba esa vista, y sentía que su pene sería capaz de atravesar rocas, pero ahora era casi dolorosamente difícil desearla.

Su beso nunca se rompió cuando Bene los movió hacia atrás en el pequeño charco de agua profunda. Más cerca del borde rocoso en el fondo de la pequeña cascada, el agua era mucho más sombría, e incluso podía sentarse en ella con las piernas colgando en la parte más profunda.

Vanna no dudó en sentarse a horcajadas en la cornisa, con su coño desnudo bajo el agua, golpeando su polla de la mejor manera posible. Suficiente para pensar que él podría volar su carga si ella no se calmaba, y eso no era lo que él quería.

No entonces, de todos modos.

"A salvo, a salvo", murmuró contra sus labios, "dime que estás a salvo".

"Sí, en la toma".

Dios fue tan bueno con él.

Bene hizo muchas locuras, y sin duda corrió más riesgos de los que debió correr en su joven vida, pero el sexo crudo no fue uno de ellos. Y aún así, no era la primera vez que hacía exactamente eso con Vanna. Si y única vez en su vida. Y claro, puede que sea estúpido, pero no era tan estúpido.

Hasta que esta mujer, aparentemente.

Porque estaba absolutamente dispuesto a ignorar el hecho de que no tenía una copia de seguridad aquí, y sabía que iba a ser cien veces mejor por ello, también.

"Jesucristo, maldita sea", murmuró contra su áspero beso, siseando después de la sensación de sus uñas cuidadas arrastrando líneas por su pecho, "vas a matarme aquí, donna. ¿Ese coño tuyo te duele tanto por mi o qué?

Su respuesta fue un susurro de aliento de "Dios, sí".

Le metió las manos en sus húmedos mechones de pelo, apartó los mechones oscuros de su cara y la apartó de su beso para poder verle bien la cara. En la felicidad y la naturaleza convirtiéndola en algo hermoso para él.

"¿Vas a montarme?", exigió.

Ella asintió.

"¿Fóllame hasta que no puedas respirar?"

"Sí".

Se inclinó, las manos se deslizaron para envolver su garganta mientras sus dientes rozaban su mandíbula para obtener el sabor de la piel de ella en su lengua, mientras que él preguntó: "Entonces, súbete a mi polla y cógeme en seco".

Sus manos se deslizaron en el agua entre ellos, agarrando la base de su polla para estabilizarlo antes de caer sobre él. Todo a la vez, también. Ella se estiró a su alrededor, el calor de su sexo arrancó un gemido duro de sus dientes apretados.

Sus manos se doblaron sobre su garganta cuando ella empezó a montarlo. Todo su suave, "Joder, joder", volviéndolo aún más loco.

Era tan ruidosa, esta mujer.

Le encantaba.

Necesitaba todos sus sonidos y la forma en que suspiraba su nombre cuando empezó a correrse, entrecortada y perdida. Era puro pecado, felicidad total para sus sentidos.

Sus muslos temblaron cuando sus dedos se hundieron en sus pectorales, su ritmo se aceleró cada vez más. Sabía que se venía cuando su coño comenzó a apretarse alrededor de su polla, y lo que ella quería mientras lo hacía.

A Vanna pareció gustarle cuando él le quitó un poco de aire cuando se corrió. Juró que le arrancó esos orgasmos por más tiempo, y no había nada como verla con esas pupilas dilatadas y su nombre en la boca mientras sus manos envolvían su garganta como un collar, y ella se rompió por completo por él.

"Casi, ¿sí?"

Susurró. "Sí".

"Entonces, consíguelo".

Vanna se calmó sobre él, bajando con fuerza sobre su polla por última vez antes de que un escalofrío recorriera toda su forma. Él también tenía razón, todo lo que se necesitaba era la flexión de sus dedos, sus ojos se abrieron de par en par para encontrar los suyos, y sintió el pulso de ella bajo la punta de sus dedos que se prolongó por lo que se sintió como una eternidad.

"Dios mío, Bene", jadeó.

Le dio exactamente un respiro para recuperarse de ese orgasmo antes de soltar su garganta y sus manos encontraron su trasero. La agarró con fuerza por el trasero,

seguro de que dejaría marcas que podría apreciar más tarde, antes de usarla para correrse. Arrastrándola hacia arriba y hacia abajo a lo largo de su longitud con movimientos profundos y duros que la hicieron lloriquear de nuevo hasta que sintió esa familiar tensión en sus bolas.

El calor se disparó por su columna un segundo antes de que la abrazara con fuerza contra su polla, y sí, se sintió mejor correrse así. Sin nada que lo detuviera, sintiendo las réplicas de su orgasmo ordeñando cada maldita gota de él que podía.

"Tú, tú... tú", dijo, sin saber qué más decir.

Porque, ¿qué le estaba haciendo esta chica?

¿Cómo y por qué?

Vanna se rió, con los ojos cerrados mientras se alejaba de él. Su polla se deslizó fuera de su coño todavía apretado, pero fue sorprendido mirándola en la oscuridad, en realidad, y la forma en que se veía así.

Mojada y temblando.

Caliente por él.

Lista para otra ronda.

Ella se cernió sobre él, con el coño parpadeando sobre el agua mientras sus manos bajaban por la parte delantera de su cuerpo. Él vio esos hábiles y delicados dedos de ella pasar por su ombligo, sobre la carne húmeda sobre su sexo, y luego entre sus muslos. Ella se acarició a sí misma, completamente desvergonzada de que él aún jadeaba por las secuelas de su orgasmo, y su polla ya empezaba a cojear en su puto muslo.

Aunque, al verla dejar caer su semen en sus dedos antes de que lo usara para acariciar círculos rápidos en su clítoris hasta que se corriera con fuertes gritos... bueno, eso fue suficiente para que Bene se pusiera duro otra vez.

"Mírate, joder", dijo, con un tono grueso y un gemido.

"¿Lo haras?"

"Por el tiempo que quieras."

Sonrió, sus pestañas se abrieron para que sus miradas se encontraran.

"Bien".

¿Esta mujer?

Ella iba absolutamente a matarlo.

Pero maldición.

Qué manera de irse.



"Ves, te lo dije".

Bene le sonrió a Vanna cuando se giró, usando su camisa de antes, sus escalofríos le destrozaron todo el cuerpo por un segundo antes de que la cubriera con la manta que había agarrado de la parte trasera del Lambo. No era inusual que la gente en Canadá guardara una manta en su auto, pero especialmente en el invierno, en caso de que uno se saliera del camino y necesitara mantenerse caliente hasta que llegara la ayuda. Su precaución fue útil esta noche.

Vanna había estado perfectamente bien en el agua hasta que tuvieron que salir. Entonces, empezaron los escalofríos. Y sus dientes castañeteando. Apenas era capaz de recoger su propia ropa, y mucho menos de ponérsela. Bene rápidamente le bajó la camisa por encima de la cabeza y le pidió si podía esperar diez minutos mientras él corría hacia el coche para algo mejor.

La manta, eso fue.

Su feliz suspiro por estar caliente era todo lo que necesitaba antes de que la tomara en sus brazos, ella le puso los extremos de la manta alrededor de él, y los dos se pararon así junto al fondo de las Cataratas de Maggie. Apoyó su barbilla en la parte superior de la cabeza de Vanna mientras veía el agua caer desde arriba sobre las rocas.

"Ahora eres más feliz", murmuró.

Su temblor se calmó, antes de que su cabeza se levantara lentamente. Bene se encontró con su mirada, levantando una ceja como para retarla a negar su declaración. Ni siquiera se molestó en intentarlo.

"Tú ayudaste con eso".

"¿Todavía no quieres hablar de ello?"

Vanna sonrió, pero no llegó a sus ojos. "O simplemente no importa ahora".

"A mí me importa".

"Vale, así que quizás no importe cuando esté contigo".

Huh.

Y su sonrisa era más real ahora, también.

Tomó eso como lo que era y le dio un beso rápido en la punta de la nariz. La forma en que su cara se arrugó, toda dulce y linda, y cómo sus ojos se arrugaron en las esquinas, tenía algo cálido creciendo en su pecho apretado.

Joder.

No era el tipo de persona suave y dulce.

No me importaba acurrucarme. No se podía molestar.

¿Qué le estaba haciendo esta chica?

Vanna hizo un suave ruido bajo su aliento cuando se inclinó para besarla de nuevo, sólo que esta vez, fueron sus labios los que se encontraron con los de ella. Dios sabía que ya había tenido más que suficiente de esta mujer durante la noche -

aún tenía el sabor de ella en su boca, también- pero eso no parecía importarle a su cerebro, o a su polla. Sólo quería más.

Excepto que su beso se mantuvo suave y lento. Él no se movió para profundizarlo, y ella tampoco. A él también le gustó mucho eso.

"¿Cuánto te costaría convencerte para que saltes de las rocas de nuevo conmigo?" preguntó, alejándose del beso.

Vanna sacudió la cabeza. "Estás loco. Una vez fue suficiente."

"Vamos, eso fue increíble."

"Hasta que te das cuenta de que estás saltando veinte pies en un charco de agua de seis pies de ancho, y si saltas demasiado lejos, podrías chocar con las rocas. Lo cual, ya sabes, si no te mata... realmente te va a doler, Bene."

"¿Y?"

Vanna golpeó su pecho desnudo con sus manos. "¿Y? ¿Hablas en serio?"

"Sí. Absolutamente."

Eso fue básicamente toda su vida en pocas palabras. Su mantra debería serlo, pero ¿te mató? Sin embargo, no pensó que fuera lo correcto decirle ahora mismo. A veces estaba un poco loco, pero no era estúpido.

Bene la apretó más fuerte. "Pero no te golpeaste contra las rocas, y fue divertido, ¿verdad?"

"Eso es realmente lo que es para ti, ¿eh?"

"¿Qué?"

"Diversión".

Él pensó en eso. "Quiero decir, sí. ¿Qué tiene de bueno la vida si no estás viviendo en realidad?"

Vanna asintió. "No estás del todo equivocado".

"¿Pero?"

Porque podía oírlo. Incluso si no lo decía.

"Pero no voy a saltar de esas rocas otra vez."

Bene sonrió, sus manos se deslizaron por la húmeda tela de su camisa que ella llevaba puesta sobre su temblorosa columna vertebral. Esos escalofríos de ella se hicieron sentir cuando sus palmas encontraron su culo desnudo, palmearon la carne regordeta y la apretaron. La empujó con más fuerza hacia su cuerpo, dejándola sentir la firmeza de su erección bajo sus vaqueros.

"¿Estás segura?"

Ella le devolvió la sonrisa. "Oh, ¿la promesa de tu polla se supone que me hará arriesgar mi vida?"

"Podría..."

"Seamos honestos, puedo conseguir esa polla cuando quiera, y todo lo que tengo que hacer es decirte que la necesito".

La boca de Bene se secó.

No se equivocó.

Dios, le encantaba eso.

Cómo ella le tiró su mierda de vuelta a él.

Vanna le amartilló una ceja. "¿Y bien?"

"Bien", refunfuñó a medias.

"¿Siempre eres así?", susurró ella contra sus labios sonrientes.

"¿Hmm?"

"¿Diversión, salvaje?"

Bene se rió. "Mi familia diría que sí".

"¿Ah, sí?"

"Por lo general, era Beni y yo juntos, sin embargo. Siempre buscando lo siguiente que perseguir... lo que nos pueda meter en problemas, pero también sería divertido."

La mirada de Vanna brillaba de diversión. "No tengo ninguna duda".

"Extraño a mi gemelo todo el maldito tiempo."

Allí.

Lo dijo en voz alta; en realidad le dijo a alguien en vez de guardárselo en la cabeza donde nadie sabría la verdad, y podía seguir mintiéndoles, y a él mismo, que todo estaba bien. Estaba ahí fuera. No podía retractarse. Tal vez ni siquiera quería hacerlo.

Vanna se quedó en sus brazos, su sonrisa se desvaneció cuando sus miradas se encontraron. "¿No lo ves a menudo?"

"Solía. Vivimos juntos, nos despertamos en habitaciones contiguas durante dos décadas, y luego simplemente cambió. Conoció a una chica, se casó, se quedó en Chicago, y tuve que averiguar cómo hacer todo por mí mismo. No era muy bueno en eso".

"Hey".

Su mirada se dirigió a la de ella.

Vanna levantó un hombro bajo la manta. "En realidad no sé nada de él, sólo de ti, Bene".

"Sí, lo sé".

"Y creo que eres bastante bueno siendo tú. Quiero decir, sin él y todo eso".

¿Lo era?

"Contigo, tal vez".

La ceja de Vanna se hundió. "¿Qué significa eso?"

"Es más fácil contigo, tal vez porque no lo conoces a él, o a mi familia... nada de eso, en realidad. Sólo tengo que preocuparme de ser yo con contigo... tú me distraes, es fácil."

Sus labios rosados fruncidos.

Bene dejó salir un aliento pesado.

"O tal vez sólo soy yo", murmuró. "Todo el mundo sigue diciendo que necesito tiempo sin él y sea sólo yo... pero sigo preguntándome si todo lo que ven es a nosotros, y estoy ocupado tratando de probar que puedo estar bien, de todos modos. Fingir hasta que lo consigas, o algo así".

"¿Pero lo haces?"

"¿Hmm?"

Vanna se puso de puntillas, la manta cayó un poco sobre sus hombros cuando sus labios presionaron los suyos, y esas uñas suyas se clavaron en su pecho de la mejor manera. "¿Estás bien, Bene?"

Ni siquiera tuvo que pensarlo.

En realidad no.

"Estoy llegando allí".

Era mejor con ella.

Sin embargo, ella era sólo una parte.

"Bien".

Ella sonrió contra su beso. Olvidó que él también tenía frío, y todavía estaba húmedo, cuando sus manos se deslizaron por debajo de la cintura de sus pantalones. Mujer malvada. Eso es lo que ella era, y su sonrisa también era tan pecaminosa. Especialmente cuando esos dedos provocadores de ella se envolvieron alrededor de su eje, y sus palabras susurraron a lo largo de sus labios laxos.

"Tal vez mentí."

"¿Sobre qué?" preguntó.

"Tal vez", dijo, alejándose un poco y guiñando el ojo, "puedas convencerme de que salte de las rocas una vez más".

Bene se rió. "Lo sabía".



Bene tamborileó sus dedos contra el volante mientras miraba el teléfono con su otra mano. Aparcado en el garaje subterráneo de su edificio, debería haber entrado en el lugar hace media hora cuando llegó. En vez de eso, su mente se volvió loca.

En la mujer que dejó hace más de una hora. El beso que le dio antes de que saliera de su auto.

Su olor aún persiste en él.

Todo.

Sólo pensó en el hecho de que tan pronto como la llevó a su casa, y luego llegó a su casa solo, lo primero que quiso hacer fue volver a ella. Asegurarse de que seguía sonriendo porque algo tan hermoso no necesitaba estar triste.

Y entonces se preguntó... ¿Fue así también para Beni?

Cuando conoció a August, y fue como si su hermano de repente hiciera un ochenta por ciento con su dirección en la vida, y todo lo demás... ¿había sido eso?

A Bene nunca se le ocurrió preguntar, y se sintió como una mierda al respecto. Sobre todo porque lo primero que quería hacer era llamar a su gemelo, y contarle todo sobre la mujer que conoció. Una chica con la que se había acostado de repente, que llegó a su vida por casualidad, y ahora no sabía adónde ir después con todo esto.

La cosa era que Beni respondería.

Hablaba.

Y deja que Bene hable también.

Sin preguntas.

Pero aún así hizo que Bene se sintiera como una mierda, porque durante todo este tiempo, sólo lo había intentado. Apenas sobreviviendo. Su gemelo se preocupaba por él todo el tiempo, y él lo sabía. Todo el mundo se lo decía. En vez de llamar a su gemelo y decirle que estaba bien, Bene lo dejó de lado.

Se mintió a sí mismo.

Dijo que estaría bien.

No lo estuvo.

O no lo había sido.

Sí, su hermano le respondía, y hablaban como si todo estuviera bien porque Beni nunca admitiría cuánto le molestaba que Bene nunca preguntara por August en ese entonces - sólo actuaba como un idiota - no importaba cómo había actuado últimamente.

Esos pensamientos, la duda y el odio hacia sí mismo fueron casi suficientes para evitar que llamara a su hermano, pero Bene encendió su teléfono y mencionó el contacto de su hermano antes de que pudiera pensarlo mejor. Beni ya había intentado dar los primeros pasos para arreglar esta mierda entre ellos, pero Bene seguía reteniéndolos.

Él detendría eso.

A partir de ahora.

En el altavoz, la llamada sonó tres veces mientras Bene miraba el reloj del tablero de su Lambo. Chicago estaba una hora por detrás de Toronto, y ya era un poco más de la una de la mañana su hora. Lo más probable es que su hermano estuviera durmiendo junto a su esposa, a menos que alguien lo tuviera haciendo negocios para la mafia de Chicago.

Y aún así, puede que no coja el teléfono.

Los negocios primero.

Todo lo demás es secundario.

Beni recogió el cuarto anillo, sin embargo, justo antes de que fuera a su buzón de voz. "Sí, joder... ¿hola?"

"Lo siento, te he despertado, ¿eh?"

Tomó un segundo. Luego, dos...

"¿Bene?"

"Oye, hombre", dijo en voz baja. "Si no estás dispuesto a hablar, puedo llamarte mañana o..."

"Ahora está bien".

Claramente no lo fue.

Obviamente estaba dormido. Y aún así...

Hacía tanto tiempo que no hablaban que a Beni ni siquiera parecía importarle que su gemelo llamara demasiado tarde para que fuera normal.

"¿Todo bien?" Preguntó Beni.

Bene se aclaró la garganta. "Sí, quiero decir, es bueno. Muchas cosas han cambiado, y..."

"Sí, Marcus mencionó que tienes el botón, ¿eh?"

Su risa llenó el coche.

"No puedo decir que fue porque me lo merecía, ni nada."

"Lo hiciste", respondió Beni en voz baja, "sólo tuviste un momento por un rato, eso es todo".

Bien, bien. "¿Qué tal esta August?"

Beni suspiró, orgulloso y complacido. "Genial, hombre. Le encanta su trabajo. Sus artículos la hicieron más famosa en esta ciudad que yo en mi país".

Bene se rió. "Lo sé, estoy suscrito a la edición online de Manic Media. Jura que podría escribir sobre un oso polar comiendo nieve, y de alguna manera sería interesante".

Ni siquiera estaba mintiendo.

August era una escritor increíble.

"Sí, háblame de ello".

El silencio se extendía entre Bene y su gemelo, pero no era incómodo. Rompió el silencio primero, aunque sólo fuera porque necesitaba hablar con alguien sobre Vanna, y quizás entonces podría subir a su ático solo, en lugar de correr de vuelta a la ciudad para pasar el resto de la noche con esa mujer.

Dios.

Se sentía jodidamente loco.

"Conocí a alguien", dijo.

Beni aspiró un pulmón lleno de aire al otro lado de la llamada. "¿Lo hiciste?"

"Sí, hombre, ella es... perfecta. Es genial".

"Huh".

Bene se rió. "¿Eso es todo lo que tienes que decir?"

"Bueno, no".

"¿Qué más, entonces?"

"Quiero decir, ¿tiene un nombre, o...?"

"Vanna".

"¿Ha conocido a mamá o...?" "Todavía no".

"Pero... Porque puedo oír eso ahí dentro".

"Pero creo que la amaré, ¿sabes?"

Beni silbó bajo. "Bueno, maldición. Es así, ¿eh?"

"No se parece a nada en este momento. Sólo... es."

Sonaba poco convincente.

Aún así era la verdad.

O, eso es lo que Bene seguiría diciéndose a sí mismo. Por ahora.

"¿Es por eso que llamaste?"

"¿Perdón?" preguntó.

"Para hablarme de ella", aclaró Beni.

"Uh, sí. Sólo necesitaba hablar con alguien".

"Muy bien", murmuró su hermano, "así que háblame de ella. Soy todo oídos".

Lo hizo.

Le contó todo a Beni.

"Por supuesto, me estoy preparando ahora mismo para la cena", dijo Vanna.

Balanceó cuidadosamente el teléfono entre su hombro y su oreja mientras deslizaba un pendiente de diamante en el lóbulo. Complementaba la gruesa cuerda de diamantes transparentes que la abrazaba como una gargantilla. Las únicas dos piezas de joyería que usó para complementar su vestido negro de seda y chifón con un escote fuera del hombro, y una profunda caída tanto en el frente como en la espalda. Sin mencionar la abertura en el muslo que mostraba sus zapatos de punta y la piel brillante de sus piernas con cada paso que daba.

Acabo de terminar y estaré en camino ", agregó.

En el otro extremo de su llamada, Mario continuó murmurando sobre el hecho de que ella no le permitiría enviar un auto a recogerla, y cómo se vería eso en él. Su voz zumbando en su oído estaba empezando a cansarse, y ella solo quería que colgara el teléfono lo antes posible. Especialmente considerando que su otro invitado estaría allí pronto.

"El compromiso ya ha sido anunciado", continuó quejándose como si fuera a obtener una respuesta real de ella. "No crees que alguien pueda asumir cosas basándose en el hecho de que no tienes un chaperón, o..."

"Nunca había tenido uno antes de ahora."

"Sí, pero porque hablé con mi padre."

"Y puedes decir eso ahora."

"No significa que se vea bien, ¿de acuerdo?"

Bien. Porque se trataba de las malditas apariencias en su vida. Parecía ser ahora lo más importante en la mente de Mario, pero especialmente en lo que se refiere a ella, y a este ridículo compromiso. Ella deseaba que le importara escucharlo, pero la vanidad era uno de sus defectos, y lo admitiría de buena gana. Así que, en lugar de prestar atención a sus tonterías, encontró más placer en admirar su reflejo en el espejo.

Además, a pesar de lo que le dijo, no iría a la cena con su madre y su padre en la ciudad en uno de sus restaurantes favoritos porque tenía mejores cosas que hacer. Y sí, iba a meterla en un mundo de mierda, pero no pudo encontrar ni una sola onza de ella que le importara en este momento.

Su vida estaba decidida.

Su futuro, escrito en piedra.

Vanna no tuvo voz ni voto.

No tenía miedo de lo que podrían hacer a continuación. En el peor de los casos, la mataría por las cosas que hacía a sus espaldas. En el mejor de los casos, seguirían por el mismo camino que ya habían tomado al forzarla a casarse con él que ella no quería. En este maldito punto, Vanna no tenía nada que perder. Ni siquiera sabía cómo protegerse a sí misma, demonios.

"Escucha", dijo Vanna cuando un sonido familiar sonó en el apartamento, haciéndole saber que alguien subía en el ascensor privado a su pasillo para el penthouse, "Tengo que terminar aquí, y luego estaré en un coche en camino hacia ti, ¿de acuerdo?"

"No me hagas esperar, Vanna. Sabes cuánto odio eso".

La advertencia de Mario pasó por encima de su cabeza.

Oh, bueno.

"No lo harás", mintió suavemente. "Y además, siempre valgo la pena la espera."

Se aclaró la garganta en el otro extremo. "A veces, sí."

Todo el tiempo, maldito imbécil.

No es que le importe si ella lo dijo en voz alta, o no. No le importaba una mierda complacerla, hacerla feliz, o darle las cosas que ella quería para hacer lo que eventualmente sería su vida mejor para ella. Para él, su único propósito ahora era que ella se viera bien en su brazo, actuara apropiadamente, y le diera lo que quisiera.

Vanna no tenía intención de hacer ninguna de esas cosas, pero aún no había encontrado una salida a esta maldita situación en la que se encontraba. Así que, por ahora, tenía que hacer lo que tenía que hacer. Y esta noche, estaba haciendo lo que quería.

El sonido de la campana sonó de nuevo. Alguien estaba en el pasillo, bajando a su penthouse. Ahora, ella realmente necesitaba sacar a Mario del maldito teléfono. De ninguna manera apreciaría escuchar a un hombre al otro lado de la línea cuando ella fue a abrir su puerta. Eso también arruinaría sus planes.

"Bien, me estás impidiendo terminar aquí", dijo.

Mario suspiró duramente. "Bien, pero después de esto usarás conductores, Vanna. No puedo tener a la futura esposa del próximo jefe de la Camorra dando vueltas por ahí desatendida. Eso nunca será aceptable para el clan, y ya sabes.... que lo haga".

Por supuesto.

"Claro, lo que sea. Revísalo más tarde, ¿vale?"

"Sabes que lo haremos."

Si lo dejara dormir por la noche...

Vanna esperó lo suficiente para que Mario se despidiera antes de colgar el teléfono sin decirle lo mismo. No tenía tiempo, ni le importaban un comino las bromas con él, y estaba a punto de fingir que lo hacía.

Tirando el teléfono en su bolso, Vanna se alejó de su reflejo en el espejo para salir del dormitorio. A pesar de lo que le dijo a Mario, ya había terminado de prepararse para la noche, simplemente no sería para salir con él. Su sonrisa se hizo más amplia cuando se dirigió por el ático, el sonido de la puerta resonó por todo el espacio cuando se acercó a la puerta. Quizás debería haberse preparado para ver al hombre que estaría detrás de la puerta cuando la abrió, pero estaba demasiado excitada para verlo como para preocuparse por algo más.

Bene sonrió en el pasillo, sus manos presionando a ambos lados de la puerta cuando ella le abrió el ático. Y maldita sea. Parecía que el pecado se había fundido en un traje de tres piezas con chaleco y corbata plateados y un cuadrado de seda a juego en el bolsillo del pecho. Uno de sus mocasines de cuero golpeaba el suelo, mientras sus dedos tocaban la madera. Un reloj con incrustaciones de diamantes en la esfera brillaba bajo las luces del pasillo.

Gritó riqueza.

Buena apariencia.

Un total y jodido dolor de cabeza.

Vanna lo sabía ahora.

¿Y cómo lo sabía?

Porque en lugar de considerar el teléfono en su mano, y el hecho de que se suponía que esta noche era otra oportunidad más para que ella usara para obtener información sobre la familia Guzzi y entregarla al detective con el que trabajaba ... estaba más preocupada por ver él. Pasando tiempo con él. Todo sobre él.

Y nada sobre la venganza.

Bene silbó bajo, sacando a Vanna de sus pensamientos mientras su mirada oscura la miraba de arriba a abajo. No se movió ni un centímetro, pero la lenta lectura de su mirada persistió en su forma, la forma en que la tela se aferraba a la forma de sus pechos, dando una mirada a su escote, y la hendidura en su muslo, casi mostrando la tanga de encaje que llevaba debajo... bueno, la hizo temblar en el lugar de esos tacones altos.

Nunca dejó de asombrarla cómo este hombre podía hacerla sentir como la única mujer en el mundo con nada más que una mirada lanzada. No importan las cosas que se atrevió a dejar pasar por sus labios que eran más que suficientes para tenerla mojada entre sus muslos, y lista para otra ronda en la cama con él.

Ella estaba segura de que él también lo sabía.

"¿Tienes algo que decir?", preguntó.

La lengua de Bene se asomó para mojar su labio inferior. "Bueno..."

"¿Hmm?"

Su mirada se dirigió a la de ella. "Soy un maldito afortunado de tenerte en mi brazo esta noche, ¿eh?"

Mira.

¿Qué tan difícil fue eso?

¿Que un hombre diga que es el único honrado de tenerla a su lado? ¿Ponerla a ella primero antes que a él? ¿Para hacer un esfuerzo?

Bene hizo todas esas cosas.

Y más.

Su culpabilidad se disparó, recordándole una y otra vez que ya no tenía por qué estar cerca de este hombre. No después de las cosas que hizo y planeó para él y el resto de su familia. Excepto que ella era egoísta, así que no lo rechazaría.

No esta noche.

Y no la otra.

"No puedo esperar a presumir de ti", dijo Bene, finalmente dejando caer sus manos y dando un paso al frente. "Y te van a adorar".

"¿Quién?"

"Mi familia".

"Oh".

Vanna ni siquiera había considerado que eso era lo que quería decir, aunque esta noche significara que iba a estar en primera fila y en el centro de su familia en su fiesta. Antes de que ella pudiera siquiera tomar un respiro, él estaba sobre ella. No se preocupó por su maquillaje, ni por el lápiz labial rojo que se había puesto antes porque todo eso se podía arreglar.

En cambio, ella estaba feliz de que sus labios encontraran los suyos. La familiaridad en su beso era algo que ella anhelaba, ahora. Como él, porque Dios sabía que ella lo necesitaba más de lo que nunca quiso... ...pero tampoco podía encontrar en ella la tristeza por eso.

Con sus manos curvadas a lo largo de su mandíbula, el calor de sus palmas filtrándose en su piel mientras la besaba con un hambre que prometía que las cosas buenas vendrían después, Vanna se olvidó de todo lo demás. Su vida. El mundo. Todo lo que se suponía que debía hacer, y las cosas que pensaba que quería.

Bene entró en juego.

Todo cambió.

Vanna no había planeado esto.

No importa... arreglarlo.

"Dios, sí", dijo, alejándose mientras su pulgar se deslizaba sobre lo que ella estaba segura que eran sus labios manchados, ahora, "te van a adorar".

"¿Tú crees?" preguntó suavemente.

Bene sonrió con suficiencia, flojo y perezoso.

"Lo sé".

Tuvo una extraña sensación, entonces.

Una que no esperaba.

Vanna también quería conocerlos.

No Gian, el hombre que aparentemente arruinó la vida y el legado de su familia. Pero Gian, el padre que crió al hombre frente a ella. No le interesaba conocer a Cara, la mujer que ocupó el lugar de su tía muerta, y a la que se le entregaron las llaves de un reino que debería haber sido suyo, sino... Cara, la madre de la que Bene hablaba con amor y total adoración.

Sus hermanos.

Su gente.

Ella quería conocerlos.

Quería conocerlos.

Y no las personas que creía conocer, no las historias que le habían contado, sino las de ellos. Las cosas que ella no sabía. Todo eso, quería conocerlos.

Eso fue un problema.

Pero, ¿necesitaba ser arreglado? Esa fue la mejor pregunta.

Si notó su extraño cambio de humor, Bene no lo dijo. "Y oye, tenemos un poco de tiempo antes de que necesitemos salir... ...y tú necesitas arreglar tu lápiz labial ahora, así que..."

Vanna sonrió, escuchando claramente el tono sugestivo de su voz. Ella comenzó a dar pasos hacia atrás, y él fue rápido en seguirla, cerrando la puerta tras él mientras se movía tras ella. "Oh, ¿en serio?"

"Mmhmm".

Sus dedos se enroscaron en la tela de su vestido, subiendo la falda lo suficiente para que la raja le diera un vistazo a la tanga que llevaba debajo. Su mirada se dirigió hacia abajo, sus labios se enroscaron en los bordes con una sonrisa satisfecha antes de que su atención estuviera en su cara una vez más cuando ella le preguntó, "¿Y qué crees que debemos hacer con ese tiempo, Bene?"

"Encuentra un lugar para dejarme inclinarte, di mi nombre así otra vez, y lo averiguarás."

Sí.

Absolutamente, sí.



Llegaron tarde a la cena porque la ronda en la que Bene tenía a Vanna agachada en el sofá no fue suficiente, y de alguna manera, se encontraron desnudas en su vestidor cuando intentó arreglarse el maquillaje frente a su espejo.

Qué sorpresa.

Nadie dijo nada sobre el hecho de que llegaban tarde, y cuando llegaron a la mansión Guzzi, la cena había empezado a ser servida. Ella sintió todos los ojos sobre ellos mientras Bene la acercaba a su lado cuando llegaron a la vista de la entrada del comedor. Sus dedos se deslizaron a través de sus ondas sueltas, empujando el pelo de sus ojos antes de que él le diera un rápido beso en la frente. Sus labios se alejaban de la piel de ella, sus miradas se cruzaron, mientras entraban en la habitación todavía muy juntas, y aparentemente olvidándose de la habitación que las rodeaba.

Aún así, sintió esos ojos.

Las miradas.

Y cómo todo se quedó en silencio.

Bene sonrió, y Vanna sintió una sensación desconocida en su estómago. Mariposas. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que algo como sus nervios se apoderaron de ella, y le recordaron que era tan humana como todos los demás?

Demasiado tiempo, aparentemente.

No estaba acostumbrada a esto.

Hizo lo posible por concentrarse en él mientras rodeaban la gran mesa llena de numerosas caras, que no reconocía por la vida de ella. No es que ninguna de las personas que los miraban mientras ella sonreía y asentía con la cabeza a los que pasaban pareciera que la reconocían, o como si no pensarán que ella estaba destinada a estar allí.

Todos sonrieron.

Todos los recibieron con amabilidad.

Eso calmó sus nervios.

Y le hizo sentirse culpable.

Fantástico.

"¿Un poco tarde, Bene?"

Acababa de encontrarles un lugar para sentarse en la mesa que literalmente llenaba toda la habitación y parecía como aunque era fácil sentar a treinta personas. ¿Era una pieza personalizada, o la habían comprado así? Sacó la silla para que Vanna se sentara mientras se volvían hacia el hombre del extremo izquierdo de la mesa, sentado en una gran silla de capitán.

Un rostro reconocible para ella.

Gian.

El padre de Bene.

Vanna no sabía qué esperar la primera vez que se encontró cara a cara con el hombre, o por ahora, solo a unos pocos asientos en una mesa suya, pero la sonrisa de bienvenida que tenía no lo era. Tal vez pensó que sería el mismo que cualquier otro hombre en la vida ... frío, casi, distante en su mirada, pero amable porque las apariencias lo eran todo.

En cambio, la miraba con un toque de curiosidad, pero también con una calidez que decía que se alegraba de verla allí, pero sobre todo con su hijo.

Dios.

¿Sentiría lo mismo si supiera la verdad?

¿O vería finalmente la frialdad que esperaba?

"Podemos hacer las presentaciones apropiadas después de la cena", dijo Gian a Bene, y asintiendo a Vanna antes de agregar, "pero ¿puedes disculparte con tu madre por llegar tarde, hmm?"

"Oui, Papa", respondió Bene rápidamente.

La primera vez que lo escuchó usar el francés.

Aunque sólo fuera una palabra.

Fue impactante.

Dejó caer un beso en la parte superior de su cabeza antes de ayudarla a empujar la silla y luego la dejó sentada sola. Se dirigió al otro extremo de la mesa muy larga para saludar a la mujer sentada en una silla que coincidía con la de Gian frente a la de ella. Parecía cada centímetro de una reina sentada en su trono con su cabello rojo suelto en suaves ondas, y el vestido color crema y mantecoso abrazando sus curvas femeninas mientras sonreía a su hijo.

Cara.

Incluso cuando la madre de Bene le pidió que le diera un beso en la mejilla, y la disculpa que le dio por llegar tarde, su mirada se dirigió a Vanna. También había calor en su mirada, pero su mirada no duró tanto cuando volvió a su hijo, enganchando su dedo como para pedirle silenciosamente que se agachara de nuevo.

Bene lo hizo.

Cara murmuró algo que le hizo sonreír. Luego, asintió con la cabeza, y eso hizo que su madre dijera las palabras. "Ah, ya veo".

Estaba claro que la mujer adoraba a su hijo. Se mostraba en cada acción, desde la suave palmada de su mano contra la mejilla de él, hasta la sonrisa en su rostro llena de orgullo. Ni siquiera el brillo de sus ojos, como si Bene fuera la única persona en

la habitación mientras su atención estaba en ella, podía ocultarse. No es que pareciera que su madre quisiera ocultarlo.

El amor.

Fue tan dolorosamente claro.

Miró a Vanna con una sonrisa maliciosa. ¿Qué fue todo eso?

Vanna no tuvo tiempo de averiguarlo.

Bene se dirigió a ella, y Gian se dirigió a la mesa con un aplauso que tenía servidores entrando por tres entradas diferentes. Mientras la mesa ya estaba llena de comida, y algunos incluso tenían platos llenos frente a ellos... los servidores sostenían jarras de agua, jugo, y uno sostenía una bandeja de vasos de vino.

"Hora de comer", dijo Gian.

Al otro lado de la mesa, uno de los hombres que Vanna reconoció por la foto del periódico en la boda le sonrió. Christopher, ¿verdad?

Otro gemelo Guzzi.

"A papá se le puede dar bien esperar a las presentaciones", le dijo a Bene junto a Vanna, "pero no me importa la cortesía, así que..."

Bene se rió, agitando una mano entre su hermano, y Vanna como servidor se acercó a ellos con platos listos para sentarse frente a ellos. "Vanna, este es Chris, y su esposa, Valeria."

"Val esta bien", respondió la guapa mujer a la izquierda de Chris, aunque su atención se centró más en la joven sentada a su lado que intentaba no derramar salsa en su dulce vestido. "Toma, déjame ponerte una servilleta, María."

"Encantado de conocerte", dijo Vanna.

Chris asintió. "Advertencia justa, se va a poner ruidoso... siempre lo hace. Y no te preocupes, nadie se va a ofender si olvidas nuestros nombres esta noche. Somos muchos".

"Demasiados, a veces", murmuró un hombre, otro que reconoció del periódico, a la derecha de Chris.

"Marcus, mi hermano mayor", rellenó Bene, confirmando lo que ya sabía.

Se rió.

"Lo recordaré".

"¡Come, come!"

El grito resonó en la mesa.

Bene le guiñó el ojo.

Era comida.



"Vanna, ¿verdad?"

Vanna se apartó de Marcus, quien le había estado mostrando el largo pasillo de la mansión que estaba dedicado exclusivamente a los retratos de la familia Guzzi. Actualmente, estaba admirando a uno de Cara rodeada de sus hijos cuando eran más jóvenes en un entorno de bosque donde se sentaba en una silla que parecía más un trono, mirando de frente al artista que pintaba, orgullosa como podía estar del imperio que la rodeaba. .

Un ejército de principes.

Y una reina que los lidera.

La mujer de la foto es la misma que camina hacia ella ahora. Marcus dejó caer la mano de Vanna que había sido metida en su codo con una sonrisa, pero sólo lo suficiente para saludar a su madre con un abrazo de un brazo, y besarle la mejilla.

"Os daré un minuto", murmuró.

"Grazie, mio ragazzo."

"Sé amable, mamá".

Cara se rió, guiñándole el ojo a Vanna mientras le preguntaba: "¿Cuándo no lo soy?"

"Nunca, por supuesto".

Marcus sonrió a Vanna y asintió con la cabeza antes de ir al final del pasillo. Cara esperó lo suficiente para que desapareciera del pasillo antes de volverse hacia Vanna, y el retrato detrás de ella. Bueno, ella miraba más al retrato que a Vanna, pero eso también estaba bien. Le permitió admirar la belleza de la madre de Bene, pero también el aura casi regia que la rodeaba. Siempre había sido capaz de sentir esas cosas sobre la gente, pero era mucho más fuerte en este hogar con esta gente.

"Lo es, ¿verdad?" Preguntó Cara. "¿Perdón?"

La mirada de Cara se dirigió a la suya. "Vanna, cariño".

"Sí. Vanna Falco."

Si el apellido le sonaba a la mujer, no lo decía. Por otra parte, su atención estaba de nuevo en el cuadro de la pared. Vanna se volvió para mirarla también. Era realmente una representación perfecta de la mujer y sus hijos. Realista en más formas de las que podía explicar con pinceladas cuidadosas que daban vida a la gente del retrato.

"Siempre me preocupa que la gente piense que este corredor es un poco pretencioso, considerando..." Vanna sacudió la cabeza. "Pensé que era... bueno, un hermoso tributo a un legado".

"¿El legado de un nombre, o una línea de sangre?"

"Una familia, en realidad", murmuró Vanna, "Sólo vi una familia".

Y la vio.

De pie en este corredor, mientras Marcus explicaba retrato tras retrato, y cada Guzzi en cada fotograma, ella escuchó el orgullo de su voz, y el amor que él tenía por su familia. Los que ya no están con ellos, y los que aún están en la tierra.

Hizo que esta noche, y las decisiones que tendría que tomar después de ella, fueran más difíciles. No es que le dijera a Cara Guzzi que, sin embargo.

"Me alegro de que hayas venido", dijo Cara.

"¿Por qué?"

Cara se encogió de hombros, sonriendo suavemente de nuevo. "Bene me da muchas cosas de las que preocuparme... Me gustaría que una cosa en su vida no lo hiciera, eso es todo."

Algo como ella.

Vanna se encontró con la mirada de la mujer... tuvieron una conversación antes, durante la cena. Y poco después, antes de que Bene fuera llamado por Christopher para ayudar con algo arriba mientras tenían tiempo, y un par de manos extra en la cubierta. Sin embargo, sus charlas habían sido cortas y no muy profundas. No es que ésta fuera nada sorprendente, pero se sentía diferente.

Las cosas no dichas se aferraron al aire. Vanna estaba de acuerdo con eso.

"Me pareces familiar", dijo Cara.

Se quedó al lado de la mujer. "¿Lo parezco?"

"De alguna manera. Es tu cara, creo. Como si la hubiera visto antes".

Vanna se aclaró la garganta. "No puedo decir que alguna vez..."

"Cara, uno de los gerentes del refugio se está preparando para salir, y sé que te gusta verlos salir, mia bella."

Al final del pasillo, Gian Guzzi oscureció la entrada y miró fijamente a su esposa con cariño. Un amor claro. Como Cara con su hijo antes. Y con sus otros hijos durante el resto de la noche.

Los Guzzi amaban.

A todos ellos.

"Lo siento", dijo Cara.

Vanna se encogió de hombros. "Está bien. Puedo encontrar a Bene".

"Todavía está ocupado". Gian dio un par de pasos en el pasillo, girando un poco la cabeza para mirar algunos de los retratos mientras pasaba. "Pero puedo hacerle compañía hasta que encuentre el camino de vuelta a ella."

"Perfecto".

Sin querer entrometerse en el momento en que Gian y Cara se encontraban en el medio del pasillo, el hombre ya se inclinaba para recibir un beso de su esposa, Vanna se dio vuelta. Su mirada se posó en otro retrato, uno que había mirado anteriormente, pero que ahora parecía ser el centro del escenario.

Presentando a Gian en una silla apta para ser un trono, dominó la pintura. Sus dedos se curvaban alrededor de los intrincados brazos de madera de la silla, y su tobillo izquierdo descansaba sobre su rodilla derecha mientras su cabeza se giraba ligeramente para mirar algo que no se podía ver en el cuadro. Su perfil, mostrando la fuerte línea de su mandíbula, y la curva de sus labios sonrientes le recordaban a los hijos del hombre... pero especialmente Bene.

"¿Cuál es tu favorito aquí, hmm?"

El corazón de Vanna se detuvo.

Ella juró que sí.

"Lo siento", dijo Gian, riéndose entre dientes mientras se paraba a su lado. "No quise asustarte, Vanna."

Ella no se molestó en mentir y decir que él no lo había hecho. "Está bien... y no estoy seguro."

"¿En tu favorito, quieres decir?"

"Bueno, eso es una mentira. Me gusta la que tiene tu esposa e hijos".

"Ah". Gian se giró un poco, mirando el retrato tres espacios abajo donde descansaba orgullosamente para que todos lo admiraran. "Mi favorito, también."

"¿En serio, no todos o ninguno de los que aparecen?"

Gian se rió, sus hermosos rasgos se suavizaron cuando se volvió a su mirada. "Para nada... mira, amo a mi esposa más que a nada en el mundo. Ella es un ángel y yo sólo soy un pecador bien vestido que está a su lado. Y ya que este", dijo, saludando en la sala y en su casa, "era el mundo que ella me dio, sólo parece apropiado que me asegure de que todo en él gira en torno a ella. Cometí muchos errores en mi vida, pero Cara no fue uno de ellos."

La verdad.

Eso fue lo que la miró fijamente.

La culpa.

Es lo que la mató.

Vanna vio a un hombre que amaba a su familia.

Escuchó a otro hombre en su mente.

Una venganza.

Su promesa.

La guerra siguió adelante.

Una batalla silenciosa.

Vanna estaba perdiendo.

¿O era su corazón?

Ella ya no lo sabía.

Bene pensó que Vanna no estaría en la cocina de la mansión, pero como la pasaba de camino al comedor y a la gran entrada que sus padres usaban para la cena, decidió por si acaso. Cuando la había dejado antes para ayudar a Christopher a subir algo de una habitación a otra, porque su madre se negaba a permitir que Gian levantara un dedo, Marcus le había dado un recorrido por la planta baja.

Como si no supiera ya que ella había estado aquí antes.

Lo curioso es que el fin de semana que pasó con Bene no le dio a Vanna mucha información sobre la mansión, o la historia dentro de ella. Estaba mucho más interesado en llevarla de vuelta a cualquier superficie que pudiera, y disfrutarla, que en darle un gran tour. A ella no parecía importarle, así que...

No es de extrañar que Bene encontrara la cocina como un caos organizado. No es inusual cuando sus padres organizaron una cena de tamaño decente como la de esta noche. La empresa de catering que su madre prefería, que no tenía problemas en firmar acuerdos de confidencialidad y en hacer revisar regularmente a su personal dentro de la mansión, se movía por todo el espacio, pasando unos a otros como barcos en un puerto muy concurrido.

Y aún así, no se chocaron entre sí. Las manos en alto en respuesta a las órdenes que el chef jefe dio a su gente, y allí en medio de todo esto estaba su madre, ayudando a mantener todo en orden, y asegurándose de que todos sabían lo que tenían que hacer o ir a lo siguiente para la noche.

"Necesitamos esas botellas de champán listas, Kassie", le dijo Cara al jefe de cocina. "Estoy trabajando en ello, señora."

"Gracias. Oh."

La mirada de su madre cayó sobre él en la puerta, y aunque Bene tenía la intención de salir del espacio y dejarla volver al trabajo, no lo hizo. En cambio, sonrió cuando ella le sonrió y se acercó a él.

"¿Lo has hecho arriba?"

"Todo movido", aseguró.

"Se ve mejor en el pasillo, ¿no?"

Se encogió de hombros. "Tiene sentido poner el gabinete allí, seguro."

"Porque se ve más bonito."

Bene se rió, sabiendo que era mejor no discutir con su madre sobre algo como la decoración. Claro, tenía todo un equipo que venía regularmente a decorar sus espacios, pero siempre trabajaron con ella para hacerlo. Tenía buen ojo para ese tipo

de cosas y, francamente, Bene tenía muy poco interés en ellas. Estaba bien para hacer lo que le dijeron en ese caso.

Cara se acercó para acariciar su mejilla con la punta de sus suaves dedos. La misma acción que solía hacerle cuando era niño, y quería que supiera que le prestaba especial atención incluso cuando la habitación estaba llena de sus hermanos. Sus dedos se deslizaban por el lado de su cara, hasta su pelo, y luego le daba una pequeña sonrisa de lado. No lo hacía tanto como cuando era pequeño, pero aún así le recordaba eso cada vez.

Su suave sonrisa le hizo reflejar lo mismo. "¿La estás buscando?", preguntó su madre.

Como si ella lo supiera.

Bene trató de jugar con un, "Bueno, iba a volver a la fiesta, pero..."

"Sí, la estabas buscando."

"¿Te gusta?"

Cara levantó las cejas, como si realmente estuviera contemplando su pregunta. Y con la misma rapidez, una ligera risa. "Veo cuánto te gusta, eso es seguro."

"¿Qué significa eso?"

"Significa que eres feliz. Mucho más feliz de lo que has sido, ¿sí?"

Por un momento, olvidó que estaba parado justo más allá de la entrada de la cocina. Una habitación llena de otras personas que sin duda podían oír su conversación perfectamente. En ese segundo, era simplemente él, y su madre.

Siempre podía ser honesto con su madre. Fue el amor que ella les inculcó.

"Ella ayudó un poco con eso", admitió, "pero yo también necesitaba algo de tiempo para resolver las cosas por mi cuenta sobre la mierda".

Cara puso los ojos en blanco cuando él eligió el idioma. "Ella te hace sonreír".

"¿Lo hace?"

No se daría cuenta.

Siempre se sentía como si estuviera sonriendo con Vanna.

"A menudo", murmuró Cara, acariciando su mejilla de nuevo. "Y si ella hace eso por ti, entonces me gusta mucho, Bene. Creo que eso es lo que cuenta".

"Sí, yo también".

"¿Es esa clase de chica, entonces?"

"¿Qué tipo?"

Cara guiñó un ojo. "De la que podrías enamorarte... ¿lo es ella?"

Bene respiró hondo, sorprendido por la respuesta que parecía estar lista en la punta de su lengua. Su corazón latía con más fuerza en su pecho, momentos de su tiempo con Vanna pasando por su mente como otras imágenes-cosas que podrían

suceder, cosas que quería ver suceder-siguieron justo detrás. No esperaba eso, y su silencio que resonaba después de que su madre le hiciera la pregunta sólo parecía hacerla sonreír como si ya supiera su respuesta.

"¿Bene?"

Dejó salir el aire que había estado reteniendo mientras le decía: "Sí, creo que es exactamente esa clase de chica para mí, mamá".

Cara asintió. "Ve y encuéntrala, entonces."

No necesitaba que se lo dijeran una segunda vez, pero se aseguró de darle un abrazo a su madre, que se quedó con ella un momento más, antes de salir de la cocina. Sólo una cosa, o mejor dicho, una persona, estaba en su mente también.

Vanna.



Bene encontró a Vanna con facilidad en la gran entrada de la mansión, y se alegró de ver que se había quedado con sus hermanos. No es que ninguno de los otros invitados a la cena hiciera nada para crear problemas, pero tampoco los conocía tan bien. Sin embargo, si su madre se preocupaba lo suficiente como para invitarlos a esta cosa para mantener el refugio, entonces probablemente eran decentes.

Probablemente.

No quería decir que le importara averiguarlo.

En lugar de cruzar la habitación para unirse a Vanna y sus hermanos con el resto de los invitados de la fiesta, se quedó atrás cerca de la boca del pasillo que lleva más adentro de la mansión para disfrutar de la vista. Era casi como si encajara con el resto de ellos, riéndose de todo lo que Marcus le decía a Christopher, y se agachó rápidamente para hablar con la pequeña María cuando la niña se tiró del lado de su vestido.

Se veía feliz.

Sin preocupaciones, incluso.

Y quería apreciarlo.

Bene estaba a punto de unirse a ella y a sus hermanos cuando al ver a alguien más de pie al otro lado de la entrada le hizo sonreír por una nueva razón.

Beni.

Su gemelo estaba de pie cerca de la puerta principal con su esposa a su lado, pasando ya su chaqueta y la de August a la mujer que se encargaba de eso en el frente. Sus padres no tenían sirvientes en la casa a menudo, pero para fiestas y otros eventos, venían a ayudar. Un equipo de criadas venía durante la semana para mantener la casa grande impecable también, aunque su madre siempre se apresuraba a ponerse ropa vieja y ponerse manos a la obra para eso también.

Sabiendo que Vanna estaba bien por el momento, Bene dejó su escondite y cruzó la habitación para saludar a su gemelo. Como si pudiera sentir a su hermano acercándose - probablemente lo hizo con su loca y disparatada intuición sobre el otro - Bene levantó la cabeza con una sonrisa, y su mirada ya se posó en Bene moviéndose hacia él.

"¿No pensaste en avisarme que venías?" preguntó.

Beni se encogió de hombros, acercando a su esposa a su lado. "Papá dijo que tenía una sorpresa para mamá este fin de semana, y preguntó si podíamos venir a unirnos. Supongo que Corrado fue llamado a Las Vegas a último momento por algo, y el bebé tiene una infección de oído, así que Les y Ginevra no querían volar."

Ah.

Eso explicaba por qué no estaban allí, también, entonces. Aunque, nunca pensó en preguntar.

Con su otro hermano viviendo en Nueva York con sus dos conyugues y su niña, no pudieron verlo tanto como quisieron. Pero si él estaba siendo justo, a veces eso estaba bien con Corrado... porque el hombre tenía su humor.

Estaba bromeando.

En su mayoría.

"Ni siquiera te vi entrar hasta que ya estabas dentro", dijo Bene, aplaudiendo a su hermano en el hombro. Luego se inclinó para darle a una sonriente August un beso en la mejilla, también. "Y me alegro de verte... te ves bien. Manteniéndolo a raya, ¿verdad?"

Una suavidad iluminó la mirada de August, como si pudiera decir que Bene estaba mejor, y aunque no lo decía en voz alta, aún así lo reconocía por lo que era. Él apreció eso, y ella. Ella era genial para su hermano, no hay duda.

"Alguien tiene que hacerlo", respondió, "porque Dios sabe que si lo dejamos en manos de ustedes dos, bueno... nada bueno sale de eso, ¿no?"

Beni se rió. "Vamos, ahora, no somos tan..."

"Eres terrible. Los dos."

"Peor juntos", añadió Bene.

"No te pongas de su lado, hombre."

Bene se encogió de hombros.

Porque, sin embargo, ¿dónde estaba la mentira?

Beni suspiró, dándole a su hermano una ceja torcida antes de que su mirada se desviara por la habitación. "Y oye, tal vez no te diste cuenta de que entramos porque estabas distraído mirando a alguien más, ¿sí?"

Ni siquiera necesitaba mirar de la misma manera que Beni para saber a quién estaba mirando. Vanna con sus otros hermanos en la fiesta.

"¿Es ella?"

"¿Cómo lo sabes?" Preguntó Bene. "Podría ser una chica..."

"Papá dijo que la ibas a traer. La describiste muy bien".

"Y la miraste en una habitación llena de un montón de gente, Bene", añadió August.

"¿Se lo dijiste?"

Beni sonrió con suficiencia. "Le cuento todo a mi esposa".

Por supuesto, lo hizo.

August me guiñó el ojo.

"Bien, entonces sí... es ella", murmuró.

"Bien hecho... está buena."

Le echó un vistazo a August.

Se encogió de hombros, diciendo: "Beni no puede decirlo sin perder su posibilidad de tener un trasero esta noche, y todo, así que pensé que lo haría por él".

Bene ladró una risa.

Sip.

Perfecta para su hermano. "Es suficiente de..."

Antes de que su gemelo pudiera terminar su declaración, los aplausos iluminaron la habitación. Bene se giró sobre sus talones para ver a su padre, con la ayuda de los hombres de su familia que vigilaban la casa durante fiestas como ésta, empujar una gran cosa al centro de la gran entrada. Justo debajo del alto candelabro que colgaba entre las dos escaleras.

Cubiertos con una sábana beige, de forma rectangular, y al menos tres metros de alto y ancho, la tenían sentada en una plataforma rodante para moverla mientras los hombres la sostenían en ambos extremos para mantenerla firme.

"¿Es esa la sorpresa que papá tiene para mamá?" Preguntó Bene.

"Creo que sí", respondió Beni.

"¿Qué es esto?" preguntó su madre, acercándose.

"Una sorpresa, o más bien una edición actualizada", respondió su padre.

Cara sonrió.

Su padre sonrió. "¿Estás listo?"

"Me encantaría saber dónde lo has escondido".

"Tengo mis métodos".

"Muéstrame, Gian."

Eso era todo lo que su padre necesitaba antes de apartar la sábana del artículo y dejar que la tela cayera al suelo frente a un hermoso cuadro. Un retrato que me resultaba familiar en la forma en que la mujer sentada en su trono en un bosque rodeado de árboles era el mismo que el del pasillo que dominaba el espacio en comparación con los demás de su familia. Solo que este era diferente, ahora todos sus hermanos eran mayores, jóvenes o estaban cerca de su edad actual, pero su madre seguía siendo la misma.

Todavía hermosa en su vestido.

Todavía rodeado de vida y amor.

Por siempre la reina Guzzi.

"Oh, Gian", susurró Cara, "es hermoso".

A pesar de su tono bajo, la habitación se había vuelto tan silenciosa que todos la escucharon bien. Una vez más, los aplausos empezaron por parte de los invitados. Bene, su gemelo y August se unieron. Miró alrededor de la habitación para encontrar a Vanna una vez más, listo para unirse a ella.

El problema era... que ella se había ido.



"Ahí estás".

"Aquí estoy", susurró.

Se detuvo frente a la silla en la que estaba sentada, girando su teléfono repetidamente en sus manos. Bene no tenía ni idea de cómo Vanna se encontró en el tercer piso del ala más grande de la mansión, no importa por qué se sentó fuera de la oficina de su padre, pero al menos la encontró.

Los invitados habían empezado a dispersarse antes de que finalmente pudiera alejarse de su gemelo, y del resto de su familia. Parecía que una vez que su padre mostró el retrato, todos y su madre de repente quería una maldita foto con todo el mundo y también. Y luego cada uno de los chicos con el cuadro, y luego todos los chicos que estaban allí junto con el cuadro.

No terminó.

Sin embargo, Vanna no estaba lejos de su mente.

Metiendo sus manos en los bolsillos, trató de ignorar el hecho de que ella no lo miraba. No es que ella lo necesitara, porque él todavía podía ver esa tristeza en sus bonitos y abatidos rasgos. Algo que lo mató con su silencio, pero su presencia aún se sentía tan pesada.

¿Pero por qué?

Esa fue la mejor pregunta.

¿Qué la entristeció?

Si ella le dijera... Bueno, lo mataría. Lo que fuera.

Ella siguió jugando con ese teléfono mientras él daba un paso atrás para apoyarse en la pared opuesta a ella. Justo al lado de su silla estaba la puerta abierta de la oficina de su padre - rara vez Gian la dejaba abierta, pero a veces, lo hacía.

¿Había estado abierto?

"¿Adónde fuiste?", preguntó.

Vanna suspiró y soltó una risa cansada. "Sólo... necesitaba unos minutos."

"Parecía que te estabas divirtiendo."

"Yo era... yo lo hice, Bene".

Entonces, ¿qué fue esto?

No pensó que ella quería que él lo pidiera. Y realmente, no quería que estuviera triste.

Nunca con él.

De repente, Vanna levantó la vista, su mirada se encontró con la de él. Él juró que una línea de agua mojó sus ojos, pero cuando ella parpadeó, no pudo estar seguro porque esas largas pestañas de ella hicieron que todo desapareciera. Ella le dio otra de esas sonrisas.

Suave y dulce.

Todavía de alguna manera astuto y sexy, también.

"Vine a buscarte", dijo. "Lo siento, no quise..."

"Te escuché con tu madre".

Bene se quedó quieto.

Vanna tragó con fuerza, su garganta saltaba cuando añadió rápidamente,

"¿Querías decir lo que le dijiste, que podías amarme?"

Bueno, maldita sea.

"Lo hice", murmuró.

Dejó caer su mirada en su mano, y el teléfono. "¿Incluso si soy una mentirosa?"

"¿De qué estás hablando?"

Vanna no respondió. Bene sólo la esperó.

Eventualmente, ella sacudió su cabeza, y miró hacia arriba con otra de esas sonrisas. "Tal vez me quedé atascado en mi cabeza... este lugar, toda esta gente, tu familia y tú. Es mucho para asimilar, eso es todo".

¿Era eso?

¿O era otra cosa? "¿Por qué venir aquí?"

"Me perdí", dijo, riéndose en voz baja mientras se levantaba de la silla, recogiendo el embrague del suelo al mismo tiempo. "Lo siento, ¿pensaron tus padres que estaba siendo grosera? No quería..."

"No, en absoluto".

"Oh, bien".

"Y dijeron que deberíamos pasar la noche, si quieres."

"¿Lo hicieron?"

Asintió con la cabeza. "Esta vez, no vamos a elegir una habitación, sin embargo."

"Bueno, eso no es tan divertido."

Sus risas llenaron de color el pasillo antes de apartarse de la pared, agarrar su mano en la suya, sus dedos se entrelazaron con fuerza mientras la empujaba por el pasillo. "Vamos, es por aquí. La habitación que compartí con mi gemelo, habitaciones, en realidad. Son dos dormitorios conectados en el medio con una gran sala de estar que solíamos usar para jugar y mierda".

No es que tuviera la intención de darle un recorrido. Una vez que llegaron al final del pasillo y entraron en la habitación del medio que conectaba los dos dormitorios, cerró la puerta detrás de ellos. Vanna ya se estaba moviendo por él. Él se inclinó hacia atrás y la besó, la fuerza del encuentro la envió volando de regreso a la puerta cerrada con un ruido sordo.

Ya no se veía tan triste.

Eso le gustó más.

A veces, ser débil era más fácil.

Vanna hizo todo lo posible por no ser nunca débil en situaciones, no importaba de qué tipo, en realidad. Y aún así, ahora mismo con Bene, descubrió que era más fácil para ella ser débil. Dejar que reaccionara al verla triste, queriendo hacerla sonreír, pero haciéndolo de la forma en que mejor lo hacía.

F follando con su loca.

Vanna apenas recordaba haber pasado de la puerta del dormitorio al lado izquierdo de la habitación. Ni siquiera tuvo la oportunidad de admirar la disposición de dos dormitorios privados conectados por una sala de estar principal porque Bene la metió en lo que ella asumió que había sido su dormitorio en la mansión. Escuchó la puerta se cerraba de una patada detrás de ella, pero ya estaba caminando hacia la cama. Ya le estaba dando un tirón a su vestido y dejándolo caer al suelo. Se paró frente al banco de cuero que descansaba al pie de una cama de cuatro postes cubierta con sábanas negras y rojas, y cubierta con un edredón a juego.

Eso fue todo lo que vio de la habitación. Pero, ¿realmente importaba en este momento?

Cuando se dio la vuelta, Bene estaba sobre ella. Sus oscuras palabras susurraban a lo largo de su piel mientras sus manos se metían en su tanga de encaje negro, y la tiraba por sus muslos, cayendo a sus rodillas mientras se iba.

Se bajó de la ropa interior cuando él murmuró: "Quítate estas malditas cosas y abre las piernas para que pueda tomar mi postre, Vanna".

"Dios, sí".

La vista de él de rodillas delante de ella, sus manos deslizándose por sus muslos mientras sus ojos oscuros la emborrachaban, y sonreía de esa manera malvada de su... Jesús, fue más que suficiente para prometer que ella estaba buena y mojada cuando él abrió sus muslos de par en par.

"Siéntate". Le hizo un guiño. "Y dame este coño."

No necesitaba decirlo dos veces.

Vanna dejó caer su trasero en el banco de cuero.

La frialdad del material flexible calmó su cuerpo sobrecalentado durante una fracción de segundo. Sin embargo, solo en ese segundo, porque en el siguiente, Bene estaba entre sus muslos. La lamió desde su raja hasta su clítoris, y volvió a bajar. Se tomó su tiempo para disfrutarla. Haciéndola retorcerse con la forma en que él movía su lengua a lo largo de su raja, mientras sus manos mantenían sus muslos abiertos incluso cuando sus caderas se movían hacia adelante contra su boca para conseguir más.

"¿Quieres venirte?"

"Tan mal", respiró, "por favor".

"Por favor, ¿qué?"

Se burló de ella aún más, sonriendo salazmente mientras su boca rozaba la parte interna de su muslo, moviéndose más alto a lo largo del borde de su coño, pero no dándole exactamente lo que ella quería. Y sus manos se movieron hacia adentro, los lados de sus pulgares acariciando los lados de su coño sólo lo suficiente para hacerla temblar.

"Por favor, Bene, por favor, cómeme hasta que llegue".

"Eso es lo que quería."

Por supuesto.

Sus palabras.

Sus sonidos.

Todo eso lo sacó de quicio.

Y a ella le encantaba eso.

Su mirada se encontró con la de ella por un breve segundo mientras su lengua finalmente encontró su clítoris con rápidos y fuertes golpes que la golpearon de la manera correcta. Su cabeza cayó hacia atrás, y los sonidos que salían de ella no se sentían reales.

Igual que la forma en que se sentía. Como se la comió.

Todo se mezcló en un tornado de sensación y placer. Hasta que ella sintió sus dientes raspar el sensible brote de su clítoris antes de que lo succionara en su boca con suficiente fuerza para enviarla volando sobre el borde.

Vanna estaba segura de que había rascado el banco de cuero hasta el infierno. Lo arruinó.

A Bene no parecía importarle.

"Santa mierda", respiró. "Me encanta la forma en que me comes el coño".

Su profunda risa la sacudió hasta la médula mientras besaba un camino mojado hasta su todavía apretado estómago. Esos besos la encontraron con sus pechos hinchados, su atención en sus pezones lo suficiente como para hacer que sus muslos temblaran de nuevo mientras se bajaba los pantalones y los calzoncillos debajo. Ella ya estaba alcanzando su camisa - había tirado su chaqueta en algún lugar.

Una vez que ella se deshizo de la tela que los separaba, y su gruesa polla sobresalió entre ellos, Vanna se inclinó hacia adelante y lo llevó a su boca. Había algo en la imagen de él perdiendo el control -siempre lo hacía cada vez que se la chupaba, y tampoco le tomaba ningún tiempo para conseguirlo de esa manera, lo que la hacía más caliente que nunca.

"Me vas a hacer venir haciendo eso, Vanna".

Tal vez eso es lo que ella quería.

Debió ver ese astuto brillo en sus ojos cuando arrastró sus dientes a lo largo de la sedosa longitud de su erección. Una ráfaga de sal golpeó su lengua, su precum. Y eso fue todo lo que le dio antes de apartarse, se inclinó para envolver sus brazos alrededor de su cintura, y la llevó a la cama.

Las rodillas de Vanna golpearon la cama y Bene empujó detrás de ella, con los pies todavía clavados en el suelo. Ese primer empujón de su polla dolió de la mejor manera posible. Abriéndola y llenándola por completo, empapando su polla con su resbaladiza crema con movimientos rápidos y profundos que hicieron que su ingle golpeará su trasero.

Su mano también la golpeó.

Enrojeciendo su piel.

Haciendo que se caliente.

Enviándola más alto.

"Follate esa polla, nena", murmuró.

Dios, lo hizo.

Rebotando en él.

Llevándolo más profundo.

Gimiendo en las sábanas.

"Mira este coño". Su mano le agarró el culo en la siguiente bofetada. "Tan húmedo y codicioso, desearía que pudieras ver lo que yo veo ahora mismo. Te ves tan bien así, ¿eh?"

Vanna se quejó de una respuesta a través de los dientes apretados. Porque pronto, ella se vendría de nuevo.

Alto de nuevo.

Deseando que ella pueda cambiar todo de nuevo. Porque pronto la felicidad se iría.

Lo supo cuando él la sacó, la hizo rodar, la extendió y volvió a cogerla. Mientras ella miraba a Bene mientras él le abría los muslos, y observaba, embelesada, por la forma en que su polla la llenaba...

Pronto, esto terminaría.

Estaría bien por un momento.

Luego, no lo haría.

Porque tendría que enfrentarse a lo que ha hecho aquí.

Que se enamoró de un hombre al que se suponía que odiaba.

Que sus fechorías lastimarían a un hombre que amaba.

Ella había hecho esto.

No se podía arreglar.



Vanna parpadeó despierta en el dormitorio, el techo gris abovedado mirándola desde su posición en la cama. Sobre su espalda, con las sábanas enredadas alrededor de sus piernas, y el brazo de Bene apretado alrededor de su centro, la habitación aún olía a su sexo, y su cuerpo caliente por su proximidad... bueno, era la mejor manera de despertar.

Y en otra noche, si todo fuera diferente, habría sido la forma perfecta para que ella se despertara, su cara en el pecho de Bene, fingido que la mañana no iba a llegar y volver a dormir.

Pero ella no podía hacer eso.

No cuando su mente corría un millón de millas por minuto, rebotando de una cosa a otra, todos sus errores y fechorías luchando entre sí mientras su culpa subía por encima de todo para rugir y darse a conocer también.

¿Quién sabía lo que era?

Tal vez fue el hecho de que Vanna era débil. Que tenía un corazón-emociones y sentimientos reales. Que no podía ser fría, y ver a esta gente, su familia, y la vida que hicieron por sí mismos detrás de sus puertas cerradas de la misma manera que su padre. No veía monstruos. Sí, eran malas personas que hacían malas, y el pasado había sido teñido de un rojo brillante y violento por esas mismas cosas... pero esto era ahora.

O tal vez fue el hecho de que Vanna no fue hecho para cumplir una venganza por muchas de las mismas razones, y otras, también.

Nada de eso importaba.

Ella no podía hacer esto.

No debería estar aquí.

¿Qué estaba haciendo?

Inclinando la cabeza a un lado de la almohada, Vanna encontró a Bene durmiendo tranquilamente. Así, las líneas duras de su hermoso rostro se suavizaron, y parecía casi un niño. Todavía sexy, y todo malo para su corazón.

Todavía es suyo.

Porque esa era la cosa. De alguna manera, este hombre se sentía como suyo. Se convirtió en suyo.

Claro, no lo había dicho. Nunca dijo esas dos pequeñas palabras que inevitablemente cambiarían todo entre ellos, pero tampoco tenía que hacerlo. El amor no era una palabra, lo sabía. El amor era un sentimiento, una promesa, y una lealtad a otra alma. El amor era mucho más grande que las palabras, y si ella seguía

dejando que esto continuara... iba a ser mucho peor de lo que ya era, y eso también era culpa suya.

Vanna hizo esto.

Ella lo entendió.

Una parte de ella aún sentía que traicionaba a su padre, su memoria y la promesa que le hizo. Vanna no sabía qué hacer al respecto, o cómo lidiar con ello. Así que hizo lo siguiente mejor... y seguía siendo la maldita salida de un cobarde de esta situación.

No pudo decirle a Bene que lo amaba. Tampoco podía hacerle daño a él o a su familia.

En cambio, se deslizó por debajo de su brazo, haciendo lo posible por no voltearse y mirarlo mientras encontraba su ropa desparramada por la habitación. Tirando de las cosas tan rápido como pudo, con el menor ruido posible, dejó que los talones le cuelguen de la punta de los dedos en lugar de ponérselos también, sabiendo que harían demasiado ruido al salir de la habitación.

Sin duda, se veía muy mal.

El maquillaje se arruinó.

Pelo por todas partes.

Ropa arrugada.

El paseo de la vergüenza.

Curiosamente, ella también sintió cada gramo de esa vergüenza, cuando salió de la habitación sin mirar atrás por encima del hombro. No por el hombre con el que se había acostado tres veces antes de que se durmieran, sino por el hecho de que lo estaba dejando cuando su corazón le gritó que volviera a la cama con él, y fingiera que el resto de su vida no se estaba desmoronando.

Su corazón siguió susurrando mentiras.

Díselo.

Dile la verdad.

Él puede ayudar.

Lo entenderá.

Te perdonará.

Tal vez, tal vez... tal vez...

Nada de eso era cierto, y no necesitaba probar la teoría para saber que era un hecho. Lo que más quería Bene era su familia, eso estaba claro. Al igual que el resto de ellos. Descubrir que ella había estado trabajando para separar a su familia sólo sería el último clavo en el ataúd, y dudaba que a él le importara una mierda lo que le pasaba en el clan después de saber lo que ella le había hecho.

No necesitaba ese dolor.

Tampoco él.

No fue justo.

Vanna cruzó la sala de estar que conectaba los dos dormitorios, notando que la puerta del otro lado estaba cerrada. No podía recordar si estaba abierta cuando entraron por primera vez, la puerta de la habitación de su gemelo, porque todo sucedió muy rápido. Pasaron de besarse contra la puerta, a coger como animales en la cama en un parpadeo.

Tampoco podía perder el tiempo preguntándose.

Saliendo de la sala de estar y saliendo al pasillo, Vanna casi corrió hacia una forma que giraba para entrar por la puerta. Casi pierde los zapatos en su mano al abrir los ojos, y se encontró cara a cara con el gemelo de Bene.

Por un segundo, deseó estar muerta.

Eso habría sido más fácil.

Beni parpadeó, con un vaso de agua en la mano mientras intentaba entender lo que veía delante de él. Maldita sea, entendía demasiado bien ese sentimiento. "¿Te vas?"

Vanna tragó con fuerza. "Yo —"

"Bene no dijo que te ibas a las..." Revisó el reloj de su muñeca, murmurando, "Tres de la mañana... ¿qué?"

Luchó por inventar una mentira, diciendo: "Recibí una llamada, surgió algo, y no quiero despertarlo. Le dirás por la mañana que lo siento, ¿verdad?"

"Sí, claro... ¿puedo ayudar en algo?"

"No, estoy bien. Sólo tengo que salir de aquí."

Beni asintió. "Claro, y siento que no hayamos tenido mucho tiempo para charlar antes. Estaba preocupado por mi hermano, pero ahora está bien, y parece que en parte es por ti. Lo hace mejor contigo, ¿eh?"

Dios.

Su corazón se dividió más.

"Tengo que irme", murmuró Vanna.

Ni siquiera esperó a que él respondiera.

Sólo necesitaba irse.



Pasaron otras dos horas antes de que Vanna finalmente se enfrentara a la puerta de su ático. Sus manos temblaban cuando deslizó la llave en la cerradura, a

segundos de una avería que había estado manteniendo a raya, para que su taxista no viera su feo llanto en el asiento trasero mientras la llevaba de vuelta a la ciudad.

No pensaba en nada excepto en entrar, quitarse la ropa y encontrar su cama para las próximas horas. Tal vez días, ¿quién coño lo sabía? Mientras pudiera salirse con la suya, entonces eso es lo que planeaba hacer.

Vanna entró en su ático, esperando un pasillo oscuro y la seguridad del silencio. En su lugar, se encontró con todas las luces encendidas, y el fuerte suspiro de un invitado que de ninguna manera fue invitado a estar de pie al final del pasillo como si hubiera estado esperándola toda la noche.

Mario.

Ella aspiró un aliento, el bolso cayendo de su mano mientras él inclinaba la cabeza a un lado cuando sus miradas se encontraban. No se pudo ocultar la forma en que su mirada la llevó, desde el vestido que llevaba, hasta los tacones que le estaban matando los pies. Su ceño fruncido se profundizó cuando tomó su maquillaje desordenado, y arruinado cabello.

Mierda.

No es que se haya olvidado de él.

Todo lo contrario.

Vanna simplemente pensó que esto sería como todas las otras veces que se deshizo de Mario en el pasado. No era como si fuera la primera vez que se iba a encontrar con él, sino que se fue a algún sitio y volvió más tarde. Se enfadaría, claro, pero lo superó.

Porque no era su dueño.

Excepto que ahora lo hace.

El anillo en su bolso que se llevó para asistir a la fiesta con Bene lo decía.

"Te daré exactamente veinte segundos para que me digas dónde estabas", murmuró Mario.

"Yo—"

"Sin mentiras. Ya lo sé. Empieza a decir la verdad".

¿Qué?

No podría saberlo.

"Fuera", dijo.

La mandíbula de Mario se apretó. "No me jodas esta noche, Vanna. ¿Sabes cuánto tiempo llevo aquí esperando que vuelvas de estar con esa maldita escoria, ese maldito Guzzi?"

Sus ojos se abrieron de par en par.

Se burló. "Oh, ¿pensaste que no lo sabía? La perra de abajo en la recepción me llama cada vez que alguien viene por aquí. Tu maldito juguete fue tan estúpido como para darle su nombre cuando vino".

"Mario..."

"La verdad".

Jesús.

"¿Qué importa?", preguntó.

Eso fue lo incorrecto que decir, aparentemente, porque en el mismo segundo en que las palabras salieron de sus labios, Mario se apartó de la pared que estaba usando como poste inclinado y se acercó volando hacia ella. Ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar antes de que él estuviera al final del pasillo, y Vanna se encontró empujada contra la puerta con un golpe.

A diferencia de antes, con otro hombre que la empujó contra una puerta para besarla como si su vida dependiera de su necesidad de tener su boca sobre la de ella, a ella no le gustó esto. En absoluto. La mano de Mario encontró su garganta, cubriendo parcialmente su mandíbula mientras la obligaba a echar la cabeza hacia atrás, apretó su cuerpo contra el de ella y la hizo mirarlo fijamente.

Ese fuego en sus ojos...

El odio...

Claro, ella lo vio antes.

Nunca hacia ella.

No así.

A ella le importaba un carajo que él sintiera algo por las cosas que él sabía que ella había estado haciendo. No se avergonzaba del hecho de que se había estado acostando con alguien más mientras estaba destinada a él, porque nunca lo quiso en primer lugar, y le dijo exactamente eso más de una vez.

Sin embargo, la vista la asustó.

La hizo detenerse.

Su agarre en su cara se apretó hasta un punto doloroso, seguramente dejando moretones atrás mientras sus dedos se clavaban en su mandíbula, Él sacudió su cara, y las lágrimas saltaron a sus ojos. Una reacción del dolor, pero ella se negó a dejarle ver el miedo que él causó.

No era tan débil.

"Ves, pensé que te estabas cogiendo a alguien más", dijo, inclinándose lo suficiente para que sus labios casi rozaran los suyos. Si la besó, mejor que esté listo para que ella le escupa o le muerda, porque no estaba jugando este juego con él. "Pero me imaginé que era como las otras veces que actuaste como una puta para un

hombre -...y tú fuiste lo suficientemente lista para mantenerlo fuera de mi vista esta vez, ¿no?"

"Nunca fui tuya, Mario."

Sintió el dolor extenderse en su mandíbula cuando él la agarró con más fuerza un segundo antes de apartar su cabeza de la pared, y luego la golpeó contra ella. Dios. ¿Eso le rompió el cráneo? Con las estrellas en sus ojos ahora, era muy posible.

Vanna cierra la maldita boca.

Antes de que la mataran.

"Y mira lo que encontré", se sacó con los dientes apretados, la vena de su frente empezó a salir de su rabia, "no era un maldito cualquiera. No, estás abriendo las piernas para un Guzzi. Jesús, ni siquiera me vas a follar, pero te vas a acostar con ese pedazo de mierda, Vanna? ¿Qué clase de mujer eres?"

"Uno que no te mereces".

Por un segundo, su agarre se aflojó.

Luego, volvió más fuerte que nunca.

Él mantuvo sus miradas fijas en el otro, no es que ella tuviera otra opción dada la forma en que sostenía su cabeza. El silencio se extendía entre ellos, dándole tiempo suficiente para ver la furia de las emociones violentas lavar sus rasgos, pero no es sorprendente que fuera el primero en hablar de nuevo. No es que a ella le importara porque no tenía nada que decirle.

Nunca lo haría.

"Pero, ¿quién carajo te tiene a ti, eh?"

Vanna tragó mucho. "Jódete".

"Sí", añadió, riéndose sardónicamente, "porque esa es la verdad, ¿no? No importa lo que hagas ahora, chica, vas a terminar conmigo por el resto de tu vida te guste o no. Y he esperado demasiado tiempo para rendirme ahora".

"Nunca seré tuya. Nunca."

Necesitaba saber eso.

Tenía que decirlo.

Debería estar claro.

"Pero tú lo eres. Y no puedes decir nada al respecto".

Sacudió la cabeza, tanto como pudo en su actual situación, con las lágrimas cayendo por sus mejillas. Se estaba haciendo más difícil respirar ahora, también, pero no mostró ninguna señal de dejarla ir.

"No así", susurró dolorosamente, "no como si me tuvieras a mí".

Mario la empujó con más fuerza contra la pared, empezando a decir: "Yo..."

"Nunca te amaré, lo amo a él".

"Maldita perra".

Sus palabras fueron puntuadas por él empujándola contra la pared, luego la dejó ir, y golpeó con sus manos a ambos lados de su cabeza. Vanna respiró hondo antes de retroceder del todo, con los puños cerrados a sus lados mientras la miraba fijamente con suficiente desprecio como para quemarla de dentro a fuera.

Si sólo le importara...

Le apuntó con el dedo. "No vas a joder lo que he trabajado todos estos años, no me hagas quedar como un tonto ante el clan, y mi padre, o seré yo quien te ahogue la puta vida, y disfrutaré haciéndolo también. Acércate al bastardo Guzzi otra vez, Vanna, y eso es todo. Estás acabada, ¿me oyes? Lo mataré a él y a ti".

Lo haría.

Ella lo sabía.

"¿Me oyes?"

Ella asintió. "Te escucho".

"Las cosas cambiarán pronto. Entiéndelo. Has perdido el derecho a tener tu vida como la querías, y no tienes a nadie a quien culpar sino a ti misma por ello, también. Intenta luchar conmigo de aquí en adelante, y todos sabrán lo que has estado haciendo. Te dejaré vivir lo suficiente para que sufras por la puta que eres antes de matarte. Prepárate, un camión estará aquí mañana para sacar tu mierda. Esto se acabó."

No le dio tiempo para responder antes de irse. Vanna se deslizó por la pared, su trasero se encontró con el suelo mientras sus palmas se clavaban en sus ojos para apartar las lágrimas, mientras la puerta se cerraba de golpe.

Me pareció apropiado.

Un final.

El cierre del ataúd.

Esta era su vida.

Mario tenía razón, sin embargo.

Ella hizo esto.



La vida de Vanna en la semana siguiente de llegar a casa para encontrar a Mario esperando en su ático se convirtió en una serie de ella haciendo sólo lo que tenía que hacer. Despertarse, vestirse, ir a la escuela y volver a un hogar que no era el suyo pero donde ahora tenía que vivir. Se sentía como si hubiera caminado directamente hacia una niebla sin salida.

Pero al menos así, no sentía tanto.

No dolió tanto.

Se quedó en esa burbuja brumosa, contentándose con dejar que la arrastrara hasta que se la tragara entera y ahogara todo lo demás. En este punto, sentir y no ser nada era mejor que la opción alternativa.

Tal vez por eso no esperaba que el detective la esperara en la última clase del día en su universidad, aunque sólo fuera porque el hecho de que ignorara completamente sus llamadas debería haber sido una pista más que suficiente para él.

O no.

"Señorita Falco", saludó.

No es descortés.

Sin embargo, una tensión persistía en su voz.

Los ojos de Vanna se abrieron de par en par, y los estudiantes pasaron a su lado en el pasillo cuando se encontró cara a cara con el hombre. Por un breve segundo, ella se balanceó de un lado a otro, revisando el pasillo para asegurarse de que el hombre que la seguía regularmente ahora no estaba parado en ningún lugar cercano. Jacob Keefs parecía entender exactamente lo que ella estaba haciendo.

"Actualmente está parado en la escalera del frente esperando que te vayas."

Ella le dio una mirada aguda. "Entonces, deberías saber lo peligroso que es esto."

"¿Qué opción me diste? Ignoras mis llamadas, mis mensajes y mis mensajes de texto. No me has enviado nada para que lo use con los Guzzi cuando sé que estuviste dentro de la mansión otra vez el fin de semana pasado. ¿Qué debo pensar?"

"Que algo sucedió".

"Y aquí estoy para averiguar qué es eso".

Vanna se ha fortalecido, y necesita que esto con el detective termine ahora. No tenía elección por Mario, pero aunque la tuviera, ya no quería jugar a este juego. Ciertamente no le había dado suficiente información para herir a los Guzzi, pero probablemente fue suficiente para comenzar el daño.

¿Y no fue suficiente? Eso solo la mató.

"No tengo nada más para ti, y mi conexión con la familia Guzzi está muerta."

El hombre sonrió con fuerza. "¿Es así?"

"Lo es".

"O... ¿es algo más?"

Vanna frunció el ceño. "¿Qué?"

"Te estabas acercando mucho... al joven Guzzi, ¿no? ¿Te metiste en tus sentimientos, empezaste a tener conciencia de todo, o qué? ¿Crees que te convertirás

en la próxima reina de los Guzzi de esa familia si el hombre se aficiona lo suficiente a ti?"

Parpadeó.

Y con la misma rapidez, se recuperó.

"No", dijo, "y otra vez, no tengo nada. No te ayudaré más, o cualquier investigación que hayas iniciado sobre la familia".

Esa no era la respuesta que quería.

La rabia le salpicó las mejillas de rojo.

Dando un paso hacia ella, el detective entrecerró los ojos y dijo: "¿Crees que sólo los Guzzi pueden salir lastimados aquí, Vanna? ¿Qué hay de ti? Los Detti... te acogieron, ¿no? ¿Crees que no sé lo que hacen por los negocios? ¿Cuáles son las posibilidades de que algo en sus negocios se conecte contigo, y que tú también sufras por ello? ¿Cómo crees que la cárcel te convendrá?"

Que se joda.

Levantó la barbilla. "¿Es eso una amenaza?"

"¿Tiene que serlo?"

No.

No quiso jugar a este juego.

No con este hombre.

O otro.

Nunca.

"Sabes", murmuró, "mi padre guardaba grabaciones ... y llevaba un diario. Cada pequeño detalle de esta vida, todo. No sé si fue porque nunca quiso olvidar, o porque quería que yo tuviera algo a lo que volver, pero sé todo sobre usted, Sr. Keefs. Sé los tratos sucios que solías hacer con mi padre y cómo lo ayudaste una o dos veces. Oh, y también sé cómo te ayudó. Los préstamos, supongo que su esposa desperdició dinero como si fuera un maldito caramelo. ¿Qué fue eso, para compensar el hecho de que estabas demasiado concentrado en una carrera que no iba a ninguna parte en lugar de estar en casa para calentar su cama como ella quería, o algo más? "

Dio otro paso.

Vanna se mantuvo firme. "Sé todo eso y más. Amenáceme de nuevo y será lo último que haga, se lo prometo, señor."

Se burló.

Ella sonrió.

"Caíste en su trampa, se te ve en toda la cara", murmuró, mirando como si ella le disgustara sólo por estar en su presencia. "Eso es lo que hacen los Guzzi. Te deslumbran con su riqueza, te prometen que puede ser tuya también, y luego cuando estás en su red... te dejan seco. No eres más que otra niña que no puede estar a la altura de ellos, pero seguro que ibas a hacer todo lo posible y tratar de hacer que funcione, ¿eh? No importa si no sigues ayudando a mi investigación, tengo suficiente para seguir adelante, de todos modos. Gracias por eso, no podría haberlo hecho sin ti."

¿Qué significa eso?

¿Qué significa eso?

Ella no tuvo la oportunidad de preguntar antes de que él girara sobre los talones de sus mocasines baratos que aún chirriaban cuando caminaba, y la dejó de pie en el pasillo.

Ahora estaba vacío.

Se parece mucho a ella.

Completamente vacío.

Dos malditas semanas.

Dos semanas sin llamadas, mensajes o cualquier otra cosa de Vanna. Bene se despertó solo la mañana después de la cena de su madre, y eso lo enojó. No porque Vanna se hubiera ido así, sino porque no tenía sentido. No importa la extraña conversación que su gemelo aparentemente tuvo con la mujer a las tres de la mañana cuando Beni la pilló saliendo a escondidas de la casa como si estuviera huyendo de algo.

¿De qué estaba huyendo?

Esa fue la mejor pregunta.

Bene no tenía ni idea, pero su orgullo le bastaba para esperarla, o eso es lo que creía que estaba haciendo. Pensó que, fuera cual fuera la mierda que la hizo correr así, lo superaría y volvería eventualmente.

¿Verdad?

¿No estaban trabajando en algo juntos?

¿Haciendo algo?

¿Ser algo?

Dios.

Eso creía él.

Así que sí, le dio dos semanas. Jodido con su ira y estúpido orgullo por no ir con ella primero cuando ella seguía negándose a responder sus mensajes de texto y llamadas. Luego, decidió aguantar y hacer lo que tenía que hacer para verla. Se trataba de dar el primer paso, o eso le decían otras personas. Además, tal vez tenía una buena razón para huir como lo hizo. No es que él lo supiera a menos que fuera a hablar con ella.

Por eso estaba estacionado frente a su edificio del centro de la ciudad, sentado en el asiento delantero de su Lambo, mientras discutía con su hermano mayor. Tenía un millón de otras cosas que preferiría hacer, incluido entrar en ese edificio para ver a Vanna, pero una cosa a la vez. Roma no se construyó en un día, y toda esa buena mierda.

"¿Dónde estás?" Marcus exigió.

"En la ciudad".

"¿Ahora mismo?"

"Uh, sí".

"Bene, hay una reunión en la mansión hoy. Para todos."

Cierto, todos los que son hechos.

Sin embargo, Bene no se había enterado de eso hasta hace treinta minutos, y ya estaba de camino al ático de Vanna, y no se estaba dando la vuelta sólo porque su padre decidió hacer que todos sus hombres corrieran en círculos por él.

Vale, ahora estaba cruzando líneas.

Fijó sus pensamientos, y volvió a poner su atención en su hermano al otro lado de la llamada.

"Escucha, estoy en camino, Marcus."

"Ya llegas tarde".

"Sí, bueno"

"Sí, bueno, nada de nada", dijo Marcus. "Ve a la maldita autopista, detén la 30 sobre el límite si es necesario, y no hagas esperar al jefe ni un segundo más, Bene. ¿Me oyes?"

Por supuesto, lo hizo.

No quería decir que me escuchara.

Bene se enderezó, seguro.

Todavía podía torcer las reglas.

Sólo un poco.

"Lo estabas haciendo bien, ¿sabes?" Marcus suspiró fuertemente. "¿Qué ha pasado?"

Esa mujer.

Toda ella.

En lugar de decir eso, Bene respondió: "Voy para allá".

Colgó el teléfono antes de que su hermano tuviera la oportunidad de responder, lo que le pareció bien. Marcus seguía repitiendo la misma mierda, y Bene no tenía nada nuevo que decir. Lo que estaba hecho estaba hecho... trabajaría para arreglarlo más tarde.

Tan simple como eso.

Sabiendo que no tenía mucho tiempo para joder, Bene dejó el Lambo corriendo por el lado de la calle, arriesgando una multa, sin duda, al entrar en el edificio de Vanna. Al igual que la última vez que lo visitó, se dirigió primero a la recepción, listo para encantar a la mujer que lo esperaba con una sonrisa en su rostro.

para subir las escaleras a través del ascensor privado.

Una nueva mujer, en realidad.

No era la misma que la de antes. ¿Qué le ha pasado?

"¿Vanna está en casa?" preguntó, sonriendo. "En el ático, quiero decir". Instantáneamente, la sonrisa de la mujer se alejó. "Lo siento, no."

"Entonces, ¿no está en casa o no quiere a nadie allí arriba?"

"No, ella ya no vive aquí, señor."

Bene parpadeó.

¿Qué?

"¿Perdón?"

"El resto de las cosas de la señorita Falco fueron trasladadas de su ático la semana pasada, y el edificio ha sido informado de que un agente inmobiliario se hará cargo de la venta de la propiedad. Disculpe, pero ¿es usted un amigo o —"

¿Qué importa eso?

Ella no estaba aquí.

¿Dónde coño estás, Vanna?

"Tengo que irme", dijo, alejándose de la recepción para ir directamente a la puerta. No tenía tiempo para quedarse y tener una conversación con alguien que no tenía la información que necesitaba o simplemente no se la daría. Echando una mano por encima de su hombro ante la llamada de la mujer, agregó: "Pero gracias".

Por nada.

La mente de Bene seguía corriendo a un millón de millas por minuto mientras salía del edificio. Se subió al Lambo que aún seguía funcionando y se alegró de descubrir que no había logrado que un boleto se atascara debajo del limpiaparabrisas del automóvil, pero probablemente solo se debía a que no había estado adentro por mucho tiempo. Fue lo único bueno de este día.

El resto fue una mierda.

¿Dónde estaba Vanna?

Eso es lo que seguía preguntando mientras salía corriendo pasando los límites de la ciudad.

¿Dónde estás?



Bene esperaba encontrar a Marcus esperándolo cuando llegara a la mansión, en el mejor de los casos, en realidad. Pensó que su hermano mayor estaría listo para hacerle un nuevo agujero en el culo por llegar tarde a una reunión con el jefe. ¿Peor de los casos? Pensó que tal vez la reunión terminaría y su padre estaría sentado en

su lugar detrás de su escritorio, dándole a Bene esa mirada. El que dijo que ni siquiera estaba enojado, solo decepcionado.

No encontró ninguna de esas cosas.

No, porque fue una redada.

De policías.

Como una infestación.

Pasó su Lambo por delante de la puerta, viendo cómo se desarrollaba la escena en el largo y sinuoso camino de entrada a la mansión. No pudo aparcar más lejos debido a todos los vehículos: coches de policía, un par de todoterrenos, por no hablar de todos los vehículos que pertenecían a los hombres que estarían en la reunión con su padre.

Joder.

Esto no era bueno.

¿Qué estaba pasando?

Bene saltó del Lambo con toda la intención de averiguarlo. Entraba y salía de los coches de policía, tratando de acercarse lo más posible a la mansión. Se deslizó bajo la línea de cinta amarilla que atravesaba la entrada a mitad de camino, sin importarle que probablemente se causara más problemas al hacerlo.

"¡Marcus!"

Su hermano se giró ante su grito, aparentemente sin ser molestado por el policía que estaba preparando un par de esposas.

¿Eran para su hermano?

¿Por qué?

"Bene, lárgate de..."

Era un pandemonio.

El caos.

Los hombres fueron expulsados de la mansión uno tras otro, dos policías por hombre. Cada uno tenía las manos atadas a la espalda, y cuanto más se acercaba Bene, más se daba cuenta de que esto empeoraba a cada segundo. Ni siquiera habían usado esposas adecuadas para sujetar a los hombres de la Guzzi Cosa Nostra, sino malditas bridas.

¿Qué eran?

¿Animales?

"¿Dónde está el puto respeto, eh?" Bene le gritó a un policía que estaba empujando a su otro hermano, Chris, contra el costado de un automóvil con un juego de bridas listas.

"Bene, no", escuchó a Marcus advertir.

Demasiado tarde.

Bene ya se dirigía a la mansión en cuanto otro par de policías sacaron a un hombre conocido. Su padre. Era inusual que Gian saliera de su casa antes de estar completamente listo para el día. Eso significaba que su pelo estaba peinado hacia atrás, su traje de tres piezas estaba puesto, y sus zapatos estaban brillantes. Se veía mejor porque su imagen debía ser lo primero en lo que se refiere al público, sin excepciones.

¿Ahora, sin embargo?

Su padre parecía rudo.

La cosa era que había estado en una reunión.

Así que, él habría estado vestido, y bien.

¿Por qué le faltaba la chaqueta?

¿Por qué su camisa era un desastre?

Su pelo torcido, le falta un zapato, y...

"¡Gian!"

"Cara, está bien, bella, está bien."

"¡Déjame hablar con mi marido!"

Bene vino en el último coche de policía que le impidió llegar a sus padres cuando su madre salió volando de la casa, también. Se movió por su marido, con sus manos enroscando los brazos que estaban atados a su espalda mientras rogaba a los policías que lo retenían que le dieran un segundo.

Por favor, ella lloró, por favor déjame abrazarlo. Por favor, permítame un momento con él.

En vez de ser decente, y darle a su madre lo que le rogaba -algo que Cara nunca hizo- el único policía dejó ir a su padre, y literalmente arrancó a su madre de Gian.

Se tropezó en su camino hacia el suelo. Su madre cayó porque un policía se atrevió a ponerle las manos encima cuando lo único que quería era abrazar a su marido, y Bene se puso rojo. No estaba seguro de lo que pasó después de eso, en realidad.

Bene se puso a trabajar.

Podría haber golpeado a un policía.

Podría haber amenazado a un par.

Así fue como se encontró doblado sobre el capó de un coche de policía, con sangre en la boca y las manos esposadas también.

Jodidamente perfecto.

Su noche sólo podía subir desde aquí. ¿Verdad?



"¿Dónde estabas antes de llegar a la mansión de tu madre y tu padre?", preguntó el detective.

Bene inclinó la cabeza hacia un lado, mirando a su abogado para ver si respondía a eso. Esta entrevista, tal como la plantearon los policías, aunque en realidad era sólo un maldito interrogatorio, había estado sucediendo durante una hora y media, pero él ya había terminado con ella. Completamente. Dependiendo de cómo respondiera el abogado, se determinaría si respondió o no a esa pregunta. El abogado le hizo una ligera inclinación de cabeza, y se encogió de hombros, diciendo, "Su discreción para responder, siempre y cuando se sienta seguro de hacerlo".

Cierto, cierto.

"Estaba en la ciudad", dijo Bene.

"¿Dónde?"

"Centro de la ciudad".

"¿Dónde?"

"En casa de un amigo.a O, traté de verla. No estaba en casa".

"¿Qué amiga?"

Bene suspiró. "¿Por qué sigo sentado aquí? No ha presentado cargos y todo lo que ha hecho es enojarme e intentar insultarme. Ahora, ¿quieres jugar otra ronda de veinte preguntas? No tengo paciencia para esta mierda".

Keefs miró a Bene por encima del borde de sus gafas de lectura. "Primero, fue arrestado porque..."

"Un policía pensó que estaba bien separar a mi madre de mi padre después de que prácticamente lo sacaran de su casa con las manos atadas a la espalda. ¿Qué, no te dan suficiente dinero para un par de esposas o dos por cerdo, o qué?"

El abogado de su izquierda tosió. "Tranquilo, Bene".

Sí, tranquiliza su maldito trasero. Este policía podría comerse todo su maldito trasero, también, si pensara que iba a recibir una sola gota de respeto de Bene.

Sin duda, su padre manejó el arresto con la misma gracia, respeto y dignidad con la que enfrentó todo lo demás en su vida. Eso fue lo que hizo Gian Guzzi. Es lo que un Don tuvo que hacer por su familia, y la organización. Estas cosas eran inevitables, y era la forma en que sería retratado al público después del arresto por la forma en que actuó durante el mismo lo que a veces marcaba la diferencia. Era lo mismo que enseñó a sus hijos, también, aunque Bene a veces prefería manejar las cosas de una manera más... indigna.

Gian habría estado bien. Pero entonces su madre se metió en esto. Bene no estaba haciendo esa mierda. En absoluto.

"¿Qué amigo?", preguntó el hombre.

Jesucristo.

El hombre no iba a dejarlo pasar.

No es que haya hecho una diferencia. A Bene no le preocupaba que el nombre de Vanna se deslizara en esta entrevista. No estaba conectada a la mafia, y ciertamente no a su familia. Demonios, la mujer ni siquiera sabía realmente de sus conexiones, ¿verdad? Preguntó un poco, insinuó que tal vez sabía cuáles eran los rumores, pero eso era todo.

No me dolería. "Vanna Falco".

En el momento en que su nombre salió de sus labios, la escritura del detective, lo que sea que estaba rascando en el papel que tenía delante, se detuvo de una vez. Sin embargo, siguió mirando a Bene, y mientras captaba la vacilación en su mano, también vio algo en sus ojos.

¿Eso fue... un reconocimiento? Bene mantuvo la mirada del hombre.

Keefs tragó con fuerza. "Hmm".

"¿La conoces?"

El hombre sacudió la cabeza, pero Bene no perdió la forma en que su mirada se estrechó un poco antes de mirar hacia abajo y decir: "No puedo decir que sí".

"¿Estás seguro de eso?"

Cuenta.

Todo el mundo los tenía.

Incluyendo a este policía.

"Absolutamente seguro", respondió el detective.

"Me parece interesante que estuvieras allí, eso es todo."

"¿Por qué?"

"Aquí no se hacen las preguntas, joven".

Bene frunció el ceño. "Escuché lo que la RCMP estaba diciendo en la mansión, ¿sabes? Sobre las granjas de jarabe de arce, y cómo creen que se está usando para lavar dinero para mi padre y sus socios. Verás, la cosa es que... nuestro nombre ni siquiera está unido a esas granjas. No en el papel... mira, a ver si encuentras algo, son todas compañías de terceros las que son dueñas de esas, ¿sí? Mi conocimiento de estas granjas no es una admisión de culpa, pon eso en el registro, gracias, y no encontrarás una mierda en esas granjas, pero esta es la cosa, Keefs."

El detective arqueó una ceja. "¿Qué pasa con eso?"

"Sólo la familia sabe algo de nosotros y de esas granjas".

O famiglia.

O cualquiera que pudiera haber entrado en la oficina de su padre. Las cosas estaban cayendo juntas.

A Bene no le gustó.

Empezó con la forma en que el detective parecía reconocer el nombre de Vanna. Y luego tuvo que pensar en otras cosas también. Como el hecho de que ella apareciera un día en su vida, y aunque cosas así eran ciertamente posibles, no creía en las coincidencias cuando empezó a sumar otros hechos. Su casa estaba vacía. Lo dejó en la estacada.

Esa mujer no era quien él pensaba que era.

"¿Tuviste una charla de ratas?" Preguntó Bene.

El detective se rió. "De nuevo, no se preguntan las preguntas..."

"Entonces, hemos terminado aquí."

Se dirigió a su abogado.

Keefs resopló. "No he terminado con esta entrevista".

Bene aún no le prestó atención al hombre. Simplemente mantuvo su atención en su abogado, y dejó que el hombre hiciera lo que fuera necesario para sacarlo de esta maldita habitación y el interrogatorio. No se encontró nada sobre él cuando fue arrestado, y el arresto fue sólo porque amenazó a un policía que se metió con su madre. Sabía que registraron su ático en la ciudad porque le mostraron la orden de registro, y hasta ahora no se ha conseguido nada, o seguramente se lo habrían hecho saber.

No podían seguir reteniéndolo. Eso era cierto.

Todos los Guzzi sabían cómo se jugaba este juego con las fuerzas del orden. No era su primer rodeo, y tampoco sería el último.

¿Y ese juego?

Todo era cuestión de esperar.



"Para apaciguar a los bastardos", dijo su abogado al salir del edificio, "he concertado otra entrevista con ellos la semana que viene. Sólo que esta vez, será en mis oficinas, y se les pedirá que me envíen sus preguntas tres días antes de la entrevista, para que podamos repasarla y asegurarnos de que sus respuestas son apropiadas".

Bene asintió, escuchando lo que el hombre dijo, pero más interesado en la persona que estaba en los escalones de la estación de policía. Marcus parecía listo para hacer un maldito ajuste en su traje arrugado, pero oye, al menos estaba de pie en las escaleras y no dentro de una celda de la cárcel.

"Más tarde, ¿de acuerdo?" le dijo a su abogado.

El hombre asintió con la cabeza. "Llamaré a los demás. Reúne todo."

"Grazie".

Una vez que el abogado se fue de su lado, Bene se dirigió a su hermano mayor. Marcus miró el edificio con un ceño fruncido que podía rivalizar con el del diablo. Antes de decir una palabra, Marcus murmuró: "Están reteniendo a papá... es todo muy poco claro, y estoy seguro de que los cargos que le imputan son una mierda falsa para mantenerlo en una celda hasta que puedan resolver algo sobre el lavado de dinero y lo demás".

"Pero tú estás fuera".

"Porque no pudieron retenerme". La mirada de Marcus se dirigió hacia él.

"Se parece mucho a ti, parece."

"Sí, bueno..."

Los dos se callaron.

¿Dónde estaban todos los demás?

"¿Alguien llamó por mamá?"

"Corrado" está volando en el resto de ellos, también. Se está quedando en su ático en la ciudad por ahora, pero imagino que volverá a la mansión una vez que volvamos a casa."

"¿Chris?"

Marcus suspiró. "Su abogado está terminando dentro, y él también saldrá pronto. Era sólo papá, y algunos otros hombres de la familia que están reteniendo. Pero todo se trata de Gian, no de ellos. Esperan que cuanto más tiempo retengan a unos cuantos hombres, más posibilidades tendrán de empezar a hablar. Que es exactamente por lo que..."

"Estamos aquí afuera".

Su hermano se encogió de hombros. "Nunca volverán a un hijo Guzzi contra su padre. Nunca."

¿No era esa la maldita verdad?

Ellos morirían primero.

Bene se puso de pie, y las siguientes palabras se le quedaron grabadas en la punta de la lengua. Tenía que decirlas, escupirlas porque todas sus sospechas parecían más reales al segundo, y esto era malo. Para todos ellos, así que sus sentimientos, esa mierda que sentía por la mujer que creía que era Vanna, no podían influir en esto en absoluto.

¿Eso le dolió en el corazón?

¿La forma en que su alma se retorció?

Fue amor.

Luchando por vivir.

Se ahogó cuando dijo: "Necesito averiguar quién es ella realmente".

Marcus se volvió hacia Bene, con la frente levantada. "¿Quién?"

"Vanna Falco. No estoy seguro de que sea quien yo pensaba que era".

Su hermano se quedó mirando.

Bene lo explicó todo.

"Sabía que ese vestido te quedaría bien".

El cumplido de Mario rebotó en Vanna mientras ella seguía trabajando en la estufa. Agitando el chocolate derretido para prepararlo para el glaseado de un pastel que había hecho antes, su trabajo era mucho más interesante que todo lo que él tenía que decir. Especialmente ahora que ya no podía asistir a clases en la universidad. Todo ahora.

Y esta casa no se sentía como la suya.

Aunque él dijera que lo era.

"¿Me has oído?"

Sus pasos se acercaron por detrás.

Vanna suspiró, aún negándose a dar la espalda a la estufa. No quería escucharle en absoluto, pero lo hacía. Tenía que hacerlo, de lo contrario su humor podía cambiar más rápido de lo que parpadeaba, y si no estaba lista para el siguiente golpe, podría no terminar bien para ella. Mario siempre tuvo un poco de mal genio, pero parecía que su mecha se acortaba con ella.

Ella caminó una fina línea viviendo con él.

Todos los días.

"Yo también tengo que revolver continuamente este chocolate porque detenerlo hará que se queme en el fondo, y el glaseado no será tan bueno, Mario."

"¿No puedes hablar y revolver al mismo tiempo?"

La mirada de Vanna se estrechó en el chocolate que se arremolinaba bajo su batidor. No es que le importara su cocina a menos que la estuviera comiendo, pero estaba claro que el hombre no apreciaba o entendía lo que se necesitaba al cocinar un plato como este.

"¿Quieres pastel más tarde o no?", preguntó.

Mario suspiró, viniendo a pararse directamente detrás de ella. Tan cerca, de hecho, que ella pudo sentir su aliento caliente en la nuca. Como si eso no fuera suficientemente incómodo, sus dedos se deslizaron sobre la columna de su cuello, y él se inclinó más cerca. Siempre hacía eso. Invadía su espacio personal, tanto si lo quería como si no.

Luego, le dio un beso a un lado de la garganta.

Vanna vomitaría.

Pronto.

Si no se detenía...

"Tranquila", murmuró por su rigidez. "Imagina lo bien que podríamos estar juntos, si dejaras que ocurriera."

Su mano rozó el costado de su cuerpo, trazando sus curvas con la punta de sus dedos, pero sin apreciarlas. No, su tacto no quería disfrutar de ella, sino más bien... poseerla. Por eso ella no sentía nada cuando él la tocaba. Ella prefería dar un pequeño salto desde un alto acantilado que vivir en la casa de este hombre, durmiendo en la cama al otro lado del pasillo de la suya, y jugando a la casita hasta su boda.

Excepto que esta era su vida, ahora.

El infierno.

Y sería su vida mucho después de que se casara con este bastardo, también. Eso se hizo dolorosamente claro en las dos semanas en las que se vio obligada a vivir con Mario. Él controlaba todo, desde la ropa que ella podía usar hasta cómo pasaba sus días, y mucho más sin final a la vista.

Trató de ser amable... a veces. Trató de hacerla creer que le importaba, cuando quería hacer un esfuerzo. Entonces, volvió al gilipollas. La misma persona que siempre fue.

Vanna no era estúpida.

Sólo hizo esa mierda cuando intentaba sacarle algo a ella. Y durante los últimos días, siguió queriendo lo mismo. Que ella se lo cogiera, o al menos, que le diera algo físico. Parecía convencido de que si los dos se metían en la cama juntos, cambiaría el hecho de que ella sólo estaba ahí con él porque no tenía otras opciones.

Si ella se fuera, él la perseguiría.

Si la atrapara, la mataría.

Si ella tratara de conseguir ayuda... eso tampoco terminaría bien.

Y desafortunadamente, ni siquiera tenía el dinero para correr. El poco dinero que quedaba en el fondo fiduciario que su padre le dejó después de su muerte prácticamente se había acabado. Lo había usado para vivir desde que tenía dieciocho años y para pagar la universidad. Compró su ático que ahora estaba en el mercado, y probablemente no lo vendería hasta después de casarse con Mario, que entonces cogería el dinero de la venta.

No tenía nada.

A su puta merced.

El bastardo también lo sabía.

"Vamos, Vanna", le dijo al oído. "Podría ser tan bueno".

"No, serás tú el que se folle a un agujero seco, y yo el que desee que se acabe antes de que empiece."

Está bien.

Así que, tal vez debería haber mantenido esos pensamientos en su cabeza. La cosa era, que ella había estado cansada de este juego hace mucho tiempo, y ahora que había perdido claramente aquí, ya no le importaba lo que pasaba cuando abría la boca y decía la verdad.

La mano de Mario se conectó con su cadera, sus dedos se clavaron dolorosamente y le quitaron el aliento. Su mano en el batidor se calmó mientras se arrastraba en un rápido respiro. "¿Por qué?"

Vanna tragó con fuerza. "¿Qué?"

"¿Por qué te coges cualquier otra cosa con una polla, pero ni siquiera me miras?" No se cogió nada con una polla.

Un total de tres parejas sexuales.

Bene es uno de los tres.

El verdadero problema de Mario era que no era uno de ellos.

"Yo —"

"Una vez que nos casemos, ya no te daré la opción de venir a mí voluntariamente. Espero que lo entiendas, Vanna."

"Así sigues diciendo".

Su mano dejó su cadera y encontró la parte posterior de su cuello en su lugar. Se agarró lo suficientemente fuerte como para dejar moretones, estaba segura.

"Deja la maldita actitud", dijo. "Porque no me importa mostrarte lo que esa actitud te hace en esta casa, pequeña bi-"

Su amenaza, la misma de muchas que simplemente recicló con Vanna, fue cortada por el sonido de una puerta que se abría y cerraba de golpe antes de que los pasos hicieran eco en el pasillo de entrada que conducía a la cocina de tamaño moderado. De repente, ante la posibilidad de que alguien lo viera siendo físico con ella de forma abusiva, la dejó ir y se retiró.

Vanna respiró un suspiro de alivio.

Y también frunció el ceño.

Había quemado el fondo del chocolate.

Perfecto.

Bueno, podría comer su asqueroso pastel glaseado. A ella no le importaba una mierda.

"Mario, hombre", llegó una voz familiar a medida que se acercaban los pasos.

Mario se apartó de Vanna y ella quitó la olla del fuego. Apagando la estufa, giró con la olla caliente para llevarla a la isla de la cocina y comenzar el proceso de colar el chocolate como el compañero de Mario, ¿degradante? Sí, pero también es cierto: Jase entró en la cocina con una sonrisa que molestó a Vanna al instante.

Sus siguientes palabras sólo lo empeoraron.

"Tengo algunas noticias que te van a gustar, tío".

Mario rodeó la isla de la cocina, recogiendo una pera de la cesta de la fruta al pasar. "¿Y qué es eso?"

"Me enteré de que cierto jefe fue arrestado hoy en su casa."

"¿Hablas en serio?"

Vanna levantó la vista de su trabajo, sabiendo que debía ocuparse de sus propios asuntos, pero nunca había sido muy buena en esas cosas. Afortunadamente, ninguno de los dos hombres parecía notar su interés en su conversación.

"Sí, Guzzi", dijo Jase, "supongo que un par de sus chicos también fueron recogidos, y muchos de los hombres de la familia".

Vanna necesitó cada gramo de fuerza de voluntad que tenía para no reaccionar a esa declaración. Ella sabía mejor, de todos modos, porque si Mario lo veía, ella pagaría por el error más tarde. ¿No le había presionado ya lo suficiente por el día?

Eso pensaba ella.

Mejor no jugar con fuego.

"¿Cuánto falta para que salgan?"

"Es difícil de decir, algunos de ellos ya han sido liberados. Aunque no el jefe".

Mario silbó bajo, dándose la vuelta ligeramente para mirar a Vanna, y darle una mirada que le gritaba que se callara, y no dijera nada. "Suenan como algo que podría ser bueno para nuestro negocio. Cuando los Guzzi están fuera, otras familias pueden jugar."

"Quiere que llame al jefe, y..."

"No", dijo Mario, volviéndose de nuevo y tomando un bocado de su pera, diciendo mientras masticaba: "Llamaré a mi padre y se lo haré saber. Ver lo que quiere hacer: hay un escándalo que los Guzzi tienen en el lado este con una empresa de distribución a la que ha estado tratando de encontrar una manera de entrar durante un tiempo, y con ellos en un alboroto, la empresa podría estar dispuesta a cambiar nuestro lado de las cosas para mantener el flujo de caja entrante".

Sí.

Ella apostó que él estaba disfrutando de esto.

Las serpientes nunca perdieron la oportunidad de entrar.

"Y deberíamos celebrar este giro de los acontecimientos en la ciudad", añadió Mario después de un momento, tomando otro mordisco de esa pera, "porque los negocios siempre deben celebrarse".



La única vez que Vanna pudo dejar la casa de Mario fue cuando quiso presumir de ella. Podría ser una cena en casa de sus padres con el resto del clan, o llevarla a una fiesta en la casa de alguien más, pero todo se redujo a lo mismo.

Mostrando su cosa hermosa. Lo que gano.

Vanna no tuvo elección de ninguna manera, pero aprendió rápidamente que cuanto mejor fuera su comportamiento en estos pequeños viajes, más fácil sería tratar con Mario cuando volvieran a su casa. Su casa porque todavía no era la de ella. A ella no le importaba, nunca sería suya.

Esta noche, la había llevado a la inauguración de un restaurante. Un negocio en el que aparentemente había decidido invertir, y porque quería mostrar su creciente estatus a la gente que eventualmente determinaría su destino después de que su padre renunciara como jefe del clan Camorra, la mayoría de su gente era allí también para celebrar.

Vanna se abrazó a una bebida en el bar, tratando de ser civilizada, ya que cada persona nueva que aún no había visto su anillo, aunque todos sabían del compromiso, se acercaron para echar un vistazo y felicitarla una vez más. La cosa era que nadie parecía sorprendido por el matrimonio, aunque se hubiera anunciado hace un mes, pero más bien... esto había sido inevitable para ellos.

Tal vez, eso fue lo que más le molestó.

Ella había vivido en delirios.

¿La otra cosa que nadie notó?

Cómo todas sus sonrisas eran falsas y forzadas. La forma en que alejó su cuerpo de Mario cuando él estaba a su lado. Y que a pesar de sus esfuerzos por unirse a las conversaciones porque era educado y se esperaba eso de ella, tenía poco interés en estas personas o en su vida.

Ella siempre pensó en ello como su clan, también. Incluso si eso venía con dolor.

Ya no los consideraba suyos en absoluto.

"¿Qué estás haciendo aquí otra vez?" Preguntó Mario cuando se acercó a ella en el bar.

Vanna inclinó su vaso para que él lo viera. "Tomando otro trago".

Mentira.

Había estado cuidando este vaso durante quince minutos. No la llamó por la mentira.

"Bueno, mi madre quiere que le muestres las cosas que el diseñador eligió para la boda. Dale el gusto por mí, ¿quieres? La hará feliz, y luego Seniore me dejará en paz, tal vez".

Ah.

A menudo se preguntaba si Mario trataba con la misma mierda de su padre por la que la hacía pasar regularmente. Senior esperaba que su hijo se comportara exactamente bien, sin excusas. Como próximo jefe potencial del clan, no se atrevía a salirse de la línea ahora, o a arriesgarse a enfrentarse a la ira de su padre, que nunca fue agradable para el hombre que la recibía. Incluso llegó hasta Vanna, porque Dios sabía que si Senior descubría la verdad sobre su relación con otro hombre, también culparía a Mario antes de ir a por ella.

En cuanto a su madre...

Vanna luchó para no poner los ojos en blanco. ¿Otra vez esa maldita farsa?

No eligió nada para la boda, el diseñador lo hizo todo. Ni siquiera se molestó en elegir una maldita combinación de colores, y ¿ahora él quería que ella fingiera que se estaba divirtiendo como planeando esta boda sólo para mantener a su madre feliz?

Genial.

"Claro", dijo Vanna, suspirando.

"Gracias"

"Mario, tenemos un problema."

Se balanceó, y Vanna siguió el mismo camino, aunque un poco más lento. Un problema para Mario normalmente significaba cosas buenas para ella, aunque sólo fuera porque lo alejaba de ella por un tiempo. Vanna no se quejaría si esto también fuera así.

"¿Qué quieres decir con un prob..."

Las palabras de Mario se cortaron cuando un grupo de hombres inundaron la entrada del restaurante. El corazón de Vanna se detuvo por una fracción de segundo mientras su mirada se posaba en el hombre que estaba al frente del grupo vestido con trajes negros de tres piezas, sus auras distantes se desparramaban por toda la habitación y hacían que la apertura del restaurante se detuviera rápida y silenciosamente.

Todo a la vez.

Sólo con su presencia.

"Bene", susurró.

Afortunadamente, ninguno de los hombres que estaban allí la oyeron.

Pero Dios...

Ella sintió a Bene.

Desde el otro lado de la habitación.

Peor fue la forma en que sintió su mirada cuando se volvió hacia ella después de explorar el gran espacio. Era como si él supiera que ella estaba en el lugar, y tenía la intención de encontrarla. Los dos se miraron fijamente desde el otro lado del suelo, y ella juró que la habitación desapareció por un momento.

Todo lo demás desapareció.

Era sólo él.

Y esa rabia en su mirada.

Se quemó.

Se lo merecía.

¿Lo sabía ahora?

¿Lo había descubierto todo?

El odio en sus ojos decía que sí.

"¿Qué coño están haciendo aquí?"

La aguda pregunta de Mario volvió a poner la situación en foco para Vanna. Alejó la mirada de Bene, aunque era lo último que quería hacer. Rápidamente, contó los seis hombres que acompañaban a Bene, dos de los cuales eran sus hermanos... y el tercero, bueno, al parecer el gemelo de su hermano mayor, Christopher, volvió a la ciudad porque un tercer hermano que se veía idéntico a Chris se puso detrás de los otros hombres para estar con sus hermanos.

"Saben que hemos estado tratando de entrar en su negocio con la empresa de distribución durante las últimas semanas mientras que han estado tratando de manejar sus asuntos legales, y..."

"Cállate", dijo Mario.

El hombre lo hizo.

Su mirada se deslizó hacia Vanna, pero ella permaneció neutral, su expresión mantenía esa misma mirada indiferente mientras la de él ardía con fuego y furia. Podía ver sus preguntas y demandas silenciosas sin que él también tuviera que vocalizarlas.

¿Los has traído aquí?

Más vale que no hayas hecho esto.

Mantén tu maldita boca cerrada.

"¿Qué hacemos?" preguntó el tipo a la izquierda de Mario.

El silencio en el restaurante se extendió.

"Sácalos de aquí."

"¿Y causar una escena? No es sólo el clan el que está aquí. Los de fuera, Mario, piénsalo."

"Joder".

Su gruñido se deslizó por el suelo tranquilo.

Vanna vio la forma en que hizo sonreír a Bene.

"Asegúrale a mi padre que lo tengo controlado", ordenó Mario, mirando a su padre echando humo en la mesa más cercana al centro de la sección de comedor, "antes de que eche una maldita junta".

El hombre no dudó.

Entonces, Mario se volvió contra ella, de espaldas a la habitación, y su maldad volvió a salir a jugar cuando la agarró del brazo con fuerza para hacerla doler.

"Y tú", murmuró.

Vanna le echó un vistazo. "¿Y qué hay de mí?"

"Quédate quieto, no llames la atención de ese gilipollas mientras esté aquí. Si alguien se entera de que te lo estabas tirando, te meteré una bala en el cráneo, Vanna. ¿Me oyes?"

Sí.

Ella lo escuchó. "Respóndeme".

"Sí, Mario."

"Toma otro trago. Ni siquiera lo mires".

Involuntariamente, su mirada pasó por encima de su hombro para encontrar a Bene de nuevo. Ahora, el grupo había llegado un poco más lejos en el restaurante, y Bene actualmente arrebató un trago de una mesa. Una que otro miembro del clan acababa de pedir, pero que nunca tuvo la oportunidad de disfrutar antes de que Bene la bebiera de una sola vez, y luego la devolviera a la mesa.

Mario le tiró del brazo, atrayendo su atención hacia él. "¿Qué te acabo de decir, eh?"

"Simplemente están flexionando", le dijo, "saben que la Camorra estaba jodiendo en sus negocios mientras estaban distraídos, y ahora están aquí para mostrarte cómo juegan los chicos grandes. Si vas a hacer movimientos como los que hiciste en su mundo, es mejor que estés preparado para que te respondan. El movimiento depende de ti: sigue lanzándome amenazas o concéntrate en asegurarte de que sepan que no te van a empujar. Es tu elección, pero todos están mirando, Mario".

Eso lo hizo.

Sabía que lo haría.

La dejó ir y se giró para mirar a la habitación otra vez.

La habitación seguía mirando.

Ahora, Mario caminó por la delgada línea.

A Vanna le gustaba más eso.



El restaurante se separó en dos secciones distintas, con una fila de mesas directamente en el centro con clientes habituales que no parecían tener la menor idea del peligro en el que se encontraban en ese momento de que Vanna hubiera apodado "tierra de nadie". En el lado izquierdo del negocio, los hombres de Guzzi dominaban tres mesas, pasando bebidas de un lado a otro, riéndose de los chistes que se contaban entre ellos, y pidiendo más comida de vez en cuando.

A la derecha...

Bueno, el clan Detti echó humo.

Tal vez fue porque no pudieron hacer nada aquí cuando los Guzzi aún no habían causado un problema. Y ese era el asunto, ¿no?

Simplemente lo eran.

Su presencia, sólida y ruidosa.

Un juego de poder, si es que alguna vez lo vio. Mario no estaba preparado para eso.

"Está bien, creo que ya es hora de que los cafones se vayan de aquí", dijo la voz atronadora de uno de los hombres más cercanos de Senior mientras se levantaba de su mesa. Con una mirada entrecerrada fija en los hombres de Guzzi al otro lado del camino, parecía que al menos había alcanzado su límite de lidiar con los valores atípicos. El silencio se prolongó en el negocio y, por primera vez, Vanna supuso que algunos de los comensales que eran simplemente personas normales de la calle estaban empezando a entender que esta situación no era normal mientras miraban entre los dos grupos.

Perfecto.

Demasiado para no causar una escena.

Marcus Guzzi habló primero. "Nos iremos cuando estemos listos, siéntese, no haga ninguno y no habrá ninguno".

"¿Qué diablos significa eso?"

"Un problema" dijo Bene por encima del hombro, pero le pasó algo que parecía una tarjeta a su hermano al otro lado de la mesa. "No hagas un jodido problema, y no lo habrá".

"Yo-"

"Si tu jefe quiere tener una discusión sobre por qué ha estado invadiendo nuestro negocio en el lado este, entonces charlaremos", dijo Marcus, "pero por lo demás, voy a seguir disfrutando de mi comida, y luego tal vez me vaya cuando termine. Y a menos que me hagas hacer algo diferente, me encantaría verte intentarlo, te sugiero que te sientes y cierres el agujero de tu cara antes de que alguien más lo haga por ti".

El aire aspirado de la habitación.

Reinaba el silencio.

Marcus volvió a cortar el trozo de pollo que tenía delante como si no le importara nada el giro de los acontecimientos, y no acababa de amenazar a un hombre. "Esto es bueno, no está seco del todo", le dijo al hombre a su izquierda en la mesa, "así que alguien felicite al chef".

Tomó otros diez minutos.

Los Detti conversaban en tonos silenciosos.

Y luego se movieron las sillas.

Mesas unidas.

A un lado, Marcus estaba sentado con su plato de comida, ahora solo en su mesa mientras el resto de sus hombres se dispersaban por todos los rincones de la habitación. Al otro lado de la mesa, Senior y Mario se sentaron en sus propias sillas para enfrentarlo para la charla que quería tener.

Sin nadie que la vigilara... o eso creía, Vanna aprovechó la oportunidad para colarse en el pasillo de atrás que lleva al baño. Necesitaba un respiro, un segundo para estar sola, y lidiar con las emociones que se combaten en su mente y corazón.

No tuvo el momento.

Bene la siguió.

Y cuando se giró para mirarlo mientras entraba en el baño detrás de ella, juró que lo único que vio en su mirada fue puro odio. Sólo empeoró cuando su mirada cayó en el gran anillo de compromiso que brillaba en su dedo.

Sí.

Definitivamente lo sabía.

"¿Estuviste comprometida con él todo el tiempo?"

Bene no estaba seguro de por qué fue lo primero que decidió preguntarle a Vanna cuando la tuvo a solas, algo peligroso de intentar, considerando sus circunstancias, y aún así no pudo controlar el impulso de seguirla cuando la vio salir del comedor. Nadie los miraba cuando los ojos de todos estaban fijos en los hombres sentados en la mesa opuesta.

Dios sabía que debería haberle preguntado un millón de cosas más. ¿Quién coño se creía que era por ir a por su familia, para empezar, y si él había sido su objetivo desde el principio porque lo veía como el eslabón más débil de su familia... o si era sólo un encuentro casual que no podía evitar?

No, en cambio preguntó por ese hombre.

Al que vio tocarla.

A quien le habían dicho, recientemente, que ella estaba comprometida.

Comprometida.

Vanna sacudió la cabeza. "No, eso fue..."

"No es suficiente", mordió.

"No es toda la historia, sin embargo."

"¿Crees que me importa tu historia?"

Parpadeó. "Si no es por una explicación, ¿por qué me sigues aquí?"

"Tal vez quería tener la oportunidad de ahogar tu maldita vida mientras pudiera."

Esperaba ver el miedo de la amenaza.

No mostró ninguno.

Porque, por supuesto...

Tenía que saber que era una amenaza vacía.

Una mentira.

Uno de los muchos con los que estaba seguro de hablar con ella.

"Toda mi vida", trató de decir, "Me dijeron que este era mi propósito... ...quitarle a tu familia lo que ellos le quitaron a la mía. Que no tenía una familia por culpa de la tuya. Y para cuando empecé a pensar que un pasado que nunca había experimentado no era suficiente para justificar lo que estaba haciendo, era demasiado tarde para mí para arreglarlo. Nadie sabía lo que estaba haciendo

contigo, o sobre mis planes hasta mucho más tarde cuando ya estaba tratando de encontrar una manera de mejorarlo, y se fue cuesta abajo rápidamente."

Las cosas tenían sentido, entonces.

Todo encajaba a la vez con la mierda que sabía sobre Vanna - información que había sido capaz de obtener sobre su historia familiar, y de dónde venía - con las cosas que sabía sobre la historia de sus padres. Cómo sus mundos se habían entrelazado antes de que ninguno de ellos se conociera, todo por una mujer manipuladora con la que su padre se casó antes de conocer a la madre de Bene.

Los pasados siempre volvían para morder. Y dolía.

"No necesito que me digas nada, ¿sabes?" dijo, sacudiendo la cabeza mientras se burlaba un poco. "Una vez que finalmente decidí investigarte de verdad, resultó que no eras muy difícil de entender. ¿De dónde vienes? ¿Por qué nos hiciste esto? No necesito que lo digas porque lo sé."

"Yo —"

No le importó escuchar lo que ella tenía que decir.

En absoluto.

"No, ahora me toca a mí", dijo, dando un paso arriesgado hacia ella, "porque creo que has tenido tiempo más que suficiente para mentir y contarme historias, ¿no?"

No dijo nada.

Bene asintió, esperando eso. "Sí, ya sabes, nuestros padres nunca nos ocultaron una mierda. No querían que nos avergonzáramos de su vida, de este legado que hicieron para nosotros. Apuesto a que crees que no sabía lo de la primera esposa de mi padre, ¿eh? ¿O eres tú el que no sabe mucho sobre ella, Vanna?"

Su ceja se hundió. "Sólo sé lo que mi padre me dijo".

"Otro bastardo creado por Gabriel Canali, lo único que le dio a la primera esposa de mi padre fue su apellido, y ella estaba tan desesperada por deshacerse de ese pequeño pedazo de él que estaba dispuesta a engañar a mi padre para que se casara con ella para hacerlo también".

Vanna se enderezó un poco.

Bene no se echó atrás en lo más mínimo. "Oh sí... y luego cuando tuvo lo que quería de mi padre, alejarse del suyo, no pudo alejarse de él lo suficientemente rápido. Pero no te preocupes, regresó lo suficiente para que casi mataran a mi madre y a mi hermano, antes de que se tragara un frasco de pastillas, asegurándose de matar al hijo de mi tío que llevaba en su vientre mientras lo hacía".

La garganta de ella saltó mientras sus palabras se abrían paso entre ellos, asentándose como un peso pesado. Podía ver el entendimiento que amanecía en sus ojos, el hecho de que ella sabía que él estaba diciendo la verdad... o al menos la verdad como él la conocía.

Y no coincidía con lo que le habían dicho.

Claramente.

"Entiendo por qué nos odiabas; pensaste que te quitamos, apuesto", dijo, ignorando el espesor que se acumulaba en su garganta cuanto más hablaba, "pero no significa nada para mí, y no te salvará cuando llegue el momento de que respondas por lo que hiciste".

"Lo siento, Bene, lo siento".

Ella le tendió la mano, pero él no pudo tener eso.

"No me toques, ni te acerques a mí", le gruñó. La sorpresa en sus ojos, el dolor, lo hizo reírse amargamente. "¿Cómo te atreves a mirarme como si te hubiera hecho algo malo después de todo? Después de lo que hiciste, ¿crees que puedes salir lastimada?"

"Me importa, me importa mucho, no importa lo que pienses o digas. No hará que eso sea menos cierto. Nada más de lo que dijiste fue una mentira, pero nada de lo que acabo de decir lo fue tampoco."

Bene miró fijamente.

Vanna se mantuvo firme. "¿Y no puedo tocarte ahora?"

"No".

"¿Por qué?"

"Porque entonces estarás demasiado cerca". Se le quemó un pulmón de aire, deseando que no le costara tanto respirar últimamente. "Y cuando estás cerca, sólo puedo pensar en cuánto quiero amarte, pero como me hiciste odiarte también, no sé cómo hacer ambas cosas."

"Pero..."

"No hables porque cuando tus labios se mueven, mientes."

"No miento".

"Lo haces".

"¡No! No en este momento. No lo hago, lo juro."

Su negación incondicional sólo sirvió para que su control se rompiera por completo. Antes de que pudiera pensarlo mejor, cruzó los tres pies que había entre ellos, la fuerza de su avance hacia ella hizo que Vanna diera un paso atrás hasta que golpeó el borde del mostrador. Eso no impidió que Bene la agobiara, con las manos apoyadas a ambos lados de la pared para que la vanidad la mantuviera en su sitio.

Ahora, ella no iba a ninguna parte.

"Adelante", dijo, acercándose hasta que sus bocas estaban sólo a un suspiro de distancia, "sigue y míenteme de nuevo".

Dejó escapar un aliento tembloroso contra el mostrador del baño. "Lo siento. Haría cualquier cosa para volver y..."

Aún inclinado sobre ella, Bene arrastró un puñado de su pelo detrás de su cuello para poder murmurar en su oído, "Excepto que no puedes cambiar lo que le hiciste a mi familia, a mi padre, a mi madre. Y haré lo que sea para asegurarme de arruinarte... como tú sólo pudiste tratar de hacernos a nosotros".

Ella soltó un grito mientras él se alejaba de ella. Se giró para salir del baño. Para alejarse de ella. Escuchó el movimiento de su vestido mientras ella también se alejaba del mostrador para probablemente ir tras él.

"Bene, por favor, sólo escucha..."

"Vete a la mierda. Esto es todo. Esto se acabó."

El jadeo ahogado de Vanna hizo que sus hombros se tensaran. "No digas eso".

Otra vez.

Otra vez con esa maldita desilusión de ella. Como si la estuviera lastimando. Como si a ella le importara de verdad. Como si esta cosa que habían sido no hubiera sido fabricada sólo por sus mentiras y tonterías, y no por algo que fuera real por su parte.

Se balanceó sobre ella antes de que pudiera pensar mejor. Pero ella ya estaba allí. Justo en su espalda. Y girando tan rápido lo tenía pecho a pecho con ella. Su pequeña estatura hizo que ella todavía tuviera que mirarlo, y él se inclinó más hacia abajo, también. Hasta que sus narices se tocaron, y sus ojos estaban nivelados.

Necesitaba verlo. Lo que le hizo a él... Ella debería verlo.

"No puedes ser la víctima aquí. No me mires y actúes como si te estuviera haciendo algo malo. ¿Me oyes, joder? Nunca te importé una mierda antes, no cuando sólo querías derribar mi mundo, ¿verdad? Bueno, bien, lo hiciste, Vanna. Pero sólo porque la persona que pensé que sería mi mundo resultó ser una maldita mentirosa no significa que deje de girar para todos los demás. Y no puedes actuar como si te estuviera haciendo daño ahora mismo cuando desde el principio, todo era una mierda."

El agua le cubría los ojos.

Su labio inferior temblaba.

Él ya podía oír lo que ella iba a decir antes de que lo hiciera, sabía que sería la verdad simplemente porque su dolor era más obvio, incluso si él estaba tratando de ignorarlo mientras la hería con sus palabras porque lo justo era justo.

¿Verdad?

No puede ser.

Incluso si sus intenciones originales para él cambiaron.

¿Después de todo?

No puede ser.

"Si me dejaras explicarme", susurró. "Déjame decirte que te a..."

"No lo hagas".

Estaba tan jodidamente consciente de su proximidad otra vez. De ese perfume azucarado que perdura en cada borde de ella. Cómo su maquillaje permanecía perfecto, una hazaña, estaba seguro, a pesar de las lágrimas que ella dejaba caer libremente.

Que era más hermosa cuando lloraba.

De alguna manera.

Que todavía quería besarla.

Esos labios, sin embargo.

Y ese algo dentro de él la anhelaba, cada horrible y perfecta parte de ella.

Porque la amaba.

Pero ella no llegó a decirle lo mismo.

No ahora.

Entendió bien que era exactamente por eso que no quería acercarse a ella cuando entró en el baño. Toda su mente se volvió loca alrededor de esta mujer. Estúpido, tal vez, si fuera honesto. Reaccionó por emociones con ella; se encontró dispuesto a degradar su integridad por ella.

Para tenerla.

Y eso deletreó malas noticias por todas partes.

Vanna parpadeó, las lágrimas se deslizaron por las esquinas de sus ojos mientras tragaba con fuerza. Habló como si supiera exactamente lo que pasaba por su mente cuando su mirada cayó en sus labios, y luego sus ojos. "Sólo hazlo, Bene. ¿Te hará sentir mejor usarme porque eso es lo que quería hacerte? No te acobardes ahora, si pones el cuchillo, te dejo que lo retuerzas. ¿Eso es lo que quieres? Entonces, sólo hazlo, carajo".

Se tambaleó hacia adelante, esas molestas emociones de nuevo, para poner su boca en la de ella. Sus labios se chocaron entre sí mientras la golpeaba contra el mostrador. Esas uñas de ella, siempre cuidadas a puntos perfectos, se clavaron en su garganta mientras ella le daba un beso tan fuerte como él quería dárselo.

Todo dientes y la lengua chocando. Arruinando su lápiz labial, probablemente. El sabor de ella en su boca.

Dios.

Su espalda golpeó el fregadero con fuerza, pero apenas reaccionó. Sólo la mantuvo sujeta contra el, y sus piernas se abrieron mientras sus tobillos se enganchaban en sus caderas. Sus manos hicieron el resto del trabajo para desabrochar sus pantalones antes de arrastrarlos alrededor de sus caderas con sus calzoncillos para dejar que su polla salte libremente a las palmas de sus manos.

Los fuertes golpes de sus manos hicieron que su ya dura polla se sintiera como acero palpitante. Sus palabras fueron una súplica sin aliento cuando murmuró contra su beso: "Fóllame... por favor, sólo fóllame una vez más, Bene".

No es que estuviera en posición de negarla, pero todo lo que necesitaba era escuchar su nombre en su boca para cimentar esa decisión. Pero a diferencia de todas las otras veces que los dos habían follado... todos los momentos que se tomó para disfrutar con ella, para darse un festín con ella y llevarla tan alto una y otra vez, él no haría eso esta vez. No le daría todo eso de nuevo cuando sólo le mataría el hecho de no poder permitirse seguir amando a esta mujer.

Pero podría cogérsela, seguro.

Como si la odiara, y el mismo suelo que se atrevió a pisar.

Sería una mentira.

Una terrible y frágil mentira.

Aún así, él podría hacerlo.

"Muéstrame ese coño", exigió. "Y te follaré como tú quieras."

Vanna inhaló una bocanada de aire mientras él se alejaba de sus labios, y sin dudarlo, soltó su polla para meter las manos entre sus muslos. Ella no mostró ninguna duda acerca de tirar sus bragas desnudas hacia un lado, la raja de su coño ya era de un rosa suave y húmedo.

"Tu turno", instó.

¿Lo que más le gustaba a Bene cuando se follaba a esta mujer?

Besarla mientras la llena.

Todos esos sonidos que hizo.

Cómo sabía.

Fue electrizante.

Esta vez no lo hizo. Mantuvo sus manos en sus muslos, forzándolos a abrirse cuando ella inclinó su cabeza hacia el espejo y dejó que le llenara el coño con su polla. Ella no trató de tomar más de lo que él le dio mientras la golpeaba, sus palabras se fueron mientras perseguían una última altura.

Era tan familiar.

Todo lo que quería y necesitaba de esta mujer. Todas las cosas que ya no se sentían como suyas.

Se rompió en su bodega, su orgasmo lo ahogó bajo una corriente de ira y lujuria, todo al mismo tiempo. Otras tres bombeos de sus caderas, y él la siguió, vaciándose profundamente mientras ella apretada a su polla.

Vanna susurró una disculpa otra vez.

Y un suave, *daría cualquier cosa por cambiar esto.*

Sí, él también.

Seguía tan vacío como siempre cuando la dejó abierta y derramando su semen en la encimera cuando salió del baño un minuto después deseando tantas cosas para sí mismo.

Demasiadas cosas.

Cosas imposibles.



Bene seguía tratando de sacar de su mente la imagen del rostro desgarrado de Vanna mientras reclamaba su lugar en el comedor. Nadie pareció notarlo regresar, y la reunión en la mesa continuó como si nada fuera de lo normal.

Sólo estaban aquí para hacer una declaración, de todos modos. No causarán problemas mientras los Detti no reaccionen a su presencia con violencia. Parecía bastante simple, ¿no? Así es como Marcus pretendía que fuera cuando exigió que hicieran esto.

Bene siguió el plan porque...

Bueno, Vanna.

Eso, y porque cuando se enteró de que ella estaba comprometida con el hijo del jefe de los Detti, él -y probablemente el resto de sus hermanos y los hombres de la familia- asumió que todo esto había sido un gran plan por parte de la Camorra. Poner una mujer delante de uno de ellos, ver lo cerca que se acercaría, y desde allí ajustar sus planes en consecuencia.

Excepto en ese baño, Bene se enteró de que probablemente no era el caso en absoluto. Esto había sido algo que Vanna hizo sola. Después de todo, su deseo de lastimarlos provenía de su propia historia rota. La Camorra Detti no había jodido a la familia Guzzi en décadas; no tenían razón para hacerlo. Así que, eso simplemente significaba que lo que sea que los Detti planearon para los Guzzi vino después de que Vanna ya estaba involucrada. Se encontró preguntándose por qué, y qué podría haber cambiado para que ese fuera el caso.

Y maldita sea.

Eso sólo lo enojó más. Que se preguntaba en absoluto.

Lo único que debía preocuparle ahora era arruinar a esa mujer, y todo lo relacionado con ella.

Cualquiera que se acerque a ella.

Pero su cara triste pasó por su mente.

Esas lágrimas.

Sentí como una traición a su familia que sintiera algo por ella ahora, aunque fuera algo como compasión. Significaba que tenía un corazón que le importaba. Decía que era un tipo decente, pero joder... no quería ser un tipo decente ahora mismo.

Ella lo jodió.

Me mintió.

¡Y estaba comprometida!

Bene no estaba tan orgulloso como para que no pudiera admitir que su compromiso era lo que más le molestaba. No fue lo que le hizo querer cometer violencia; no, eso se reservó por el hecho de que vio a su madre llorar demasiadas veces desde que arrestaron a su padre porque Gian todavía no había podido volver a casa.

¿Pero en su propio corazón?

El compromiso dolió como una perra.

Mientras Bene tenía la oportunidad, y estaba seguro de que la reunión se desarrollaría bien sin que él estuviera en la esquina, considerando el número de hombres que trajeron para su lado, se escabulló por una puerta de salida lateral. El callejón junto al restaurante le dio un momento para respirar a solas, y tratar de juntar el resto de la mierda que aún se sentía totalmente desconocida para él en todo este lío.

Y qué desastre fue.

Todo por ella.

Bene tenía toda la intención de volver a entrar y reunirse con el resto de su gente para acabar con este puto espectáculo de mierda una vez que hubiera reunido sus pensamientos, pero no tuvo la oportunidad antes de que alguien más saliera por la puerta y se uniera a él en el callejón.

Le echó un vistazo al hombre.

Lo midió.

El tipo le hizo lo mismo.

Estaban bastante parejos en altura, más de 1,80 m, pero él tenía una pulgada sobre el otro hombre. No mucho, sin embargo. Mario, para su beneficio, parecía que jugaba regularmente en la línea de defensa de un equipo de fútbol, y mientras que Bene tenía una forma de boxeador de todo su entrenamiento con su gemelo, el hombre de enfrente todavía tenía un beneficio.

No es que haya importado.

Cuanto más grandes eran, más duro cayeron cuando les rompió la cara. "

Mario Detti, ¿verdad?" Preguntó Bene.

Mario no lo confirmó.

En realidad no lo necesitaba.

"Déjame dejarte una cosa muy clara, Bene Guzzi."

Bene inclinó su barbilla hacia arriba, considerando sus elecciones aquí. No le gustaba la actitud del hombre, o la forma en que lo miraba como si fuera escoria bajo su zapato. Odiaba el hecho de que Vanna llevara un anillo en el dedo que venía de este hombre. Parte de él quería asegurarse de que Mario supiera esas cosas, pero también tenía el mayor deseo de arrancarle el orgullo y la dignidad del hombre mientras lo hacía.

Los corazones rotos fueron los peores.

"¿Y qué es eso?" Preguntó Bene.

"Aléjate de mi mujer, carajo".

Se tomó un segundo.

Absorbió esa advertencia.

"Si ella es tuya", dijo Bene, "entonces ¿por qué me estaba cogiendo?"

"Yo —"

"¿Y por qué necesitas decirme eso?"

La cara del hombre se enrojeció. "Puede que se haya enamorado de ti, pero ahora está en mi cama. Recuérdalo, Guzzi".

... huh.

Era una forma extraña de decir algo así.

Bene se preguntaba... "¿Pero está haciendo algo que valga la pena en tu cama?"

Mario blanqueó.

Eso respondía a la pregunta de Bene aunque el hombre tratara de volver con, "Pero ella no está en la tuya, ¿verdad?"

Oh, así que estaban siendo muy mezquinos ahora, ¿eh?

"¿Es porque quiere estar en tu cama, o porque la obligaste a estar allí?"

"Ya has oído lo que he dicho, joder. Aléjate de ella."

Bien.

Él también lo recordaría.

Sin embargo, no por las razones que Mario pensaba.



"Corrado, ¿esta Ginevra?"

"Se llevó al bebé a ver a mamá".

"Bien", murmuró Marcus, con su voz a la deriva en el espacio de oficina más tranquilo de su ático en el centro de la ciudad, "ella ama a Caroline. Al menos, el bebé la hará sonreír".

"¿No está mejor, entonces?"

La pregunta de Beni hizo que Bene se estremeciera, aunque el resto de sus hermanos no podían verlo de espaldas a la ventana. Aquí, podía dejar que su mente se desbocara, y no tener que preocuparse de que uno de sus hermanos viera la emoción en su cara. Ya era bastante difícil escucharles hacer planes para cuidar de su madre mientras intentaban averiguar algo para su padre.

Un jefe de la mafia en la cárcel era algo peligroso.

Para la familia.

Para su padre.

Por ellos.

Un Don tras las rejas, aunque fuera con cargos falsos mientras la policía intentaba reunir la información necesaria para mejorar el caso de fraude y lavado de dinero, lo puso en un lugar vulnerable. Abierto al ataque, lo que significaba que necesitaban asegurarse de que su padre estaba protegido en la cárcel. En cuanto a su organización, con un jefe fuera... los hombres tendían a envalentonarse de la peor manera. Como si pensaran que este era su camino a la cima, siempre y cuando pudieran llegar allí antes de que alguien más lo hiciera. Necesitaban estar atentos a lo que pasaba mientras manejaban... todo lo demás, también.

¿Y para ellos?

Bueno, sólo tenían que sobrevivir.

"Y estamos seguros de que la protección de papá se mantendrá mientras esté en esa cárcel, ¿o..." La pregunta de Chris quedó en el aire.

Corrado le pasó una mirada a su gemelo. "Les está haciendo algunas llamadas... aunque todo se ve bien".

"Sí, está bien."

"Bene", dijo Marcus.

Miró por encima del hombro. Detrás del escritorio, su hermano mayor se parecía más a su padre de lo que debería, excepto que en ese momento también parecía que tenía el peso del mundo sobre sus hombros. Bene no quería añadir al montón de mierda con el que Marcus estaba tratando, así que por ahora, sólo hizo lo que su hermano le dijo.

"¿Sí?"

"Haz un viaje para ver a mamá, ¿sí?"

"Por supuesto".

"Llévate a Beni contigo, ¿cuánto tiempo te vas a quedar?"

A su lado, su gemelo se encogió de hombros. "Mientras lo necesite. Tommas me dio el visto bueno para estar lejos de Chicago por el tiempo que sea necesario".

"Es bueno saberlo. Volvamos a estos malditos Detti."

Bien.

Bene volvió a mirar por la ventana. Tenía otras cosas en la cabeza. Repasando cada momento que compartió con Vanna, su encuentro en el restaurante, la mierda que ella le dijo, y después... con el bastardo de Detti.

Algo no estaba bien.

Él lo sintió.

En sus huesos.

Algo estaba mal.

Tal vez eran todavía esas lágrimas que había en sus ojos cuando lo miraba fijamente, rogándole que le escuchara y que la dejara disculparse. O tal vez había sido Mario, y la forma en que la cara del hombre se descoloró cuando Bene le preguntó si Vanna se estaba acostando con él cuando intentó decirle que ella estaba en su cama ahora.

"¿Estás bien?"

Bene se encontró con la mirada de su gemelo. Detrás de ellos, la conversación entre sus otros tres hermanos continuó como si no pudieran oírlos a los dos. Dado lo bajo que Beni hizo la pregunta, el resto probablemente no oyó su conversación.

Asintió con la cabeza. "Sí, claro".

"Sé cuando estás mintiendo".

"También podrías dejarlo en paz".

Beni levantó un hombro. "Quiero decir, podría... pero eso no es realmente lo que hago, y definitivamente no en lo que a ti respecta."

No es una mentira.

El mayor problema de Bene era que las cosas que pasaban por su mente no le explicaban nada bueno a sus hermanos, o al resto de su familia. El hecho de que sintiera algo por Vanna, o que una parte de él quisiera seguir indagando hasta que descubriera lo que estaba mal, sólo causaría un gran problema a sus hermanos.

Ella los jodió.

Les arruinó la vida.

Hizo daño a sus padres.

Eso debería haber escrito el final.

Completamente hecho.

Y sin embargo...

"No sé si todo con esto, y ella, es tan simple como parece", murmuró Bene, "pero si le dijera eso a Marcus, o..."

"Sí, eso no va a salir bien. La mataría primero, y ni siquiera se molestaría en hacer preguntas después".

Exactamente.

"Aunque no se me va a quitar de la cabeza".

"¿O es ella?"

Bene dejó salir un aliento fuerte. "Ambos, tal vez".

"¿Crees que ella..."

"Quería hacernos daño, sí. Se metió en su cabeza. Pero es algo más, también... algo más, Beni, y no sé cómo dejarlo ir."

"Tal vez", dijo su hermano, "no lo dejes ir".

Los dos se miraron el uno al otro hasta que Bene puso su atención en su reflejo en la ventana. "Entonces, Marcus me mataría".

"Sólo si se entera de que estás buscando en la mierda, sin embargo."

Buen punto.

"El conjunto de encaje rojo ciertamente tiene un extra..."

"Blanco. Tiene que ser el blanco".

La costurera que había sido llamada a casa de Mario para hacer una prueba para el vestido de novia de Vanna y trajo media docena de juegos de lencería para que ella escogiera para usar bajo el vestido, se encontró con su mirada en el espejo. Era como si estuviera esperando escuchar la opinión de Vanna sobre los artículos que quería llevar el día de su boda, pero no funcionaría así.

"¿Por qué no elegir algo un poco diferente para debajo del vestido? Como una... sorpresa", sugirió la costurera. "Eso es lo que la mayoría de las mujeres hacen."

"Vanna no es la mayoría de las mujeres, y será mi esposa, y como yo seré el único hombre que verá lo que lleva debajo del vestido, ¿no debería elegir lo que quiero quitarle de su cuerpo la noche de nuestra boda?"

"Mario", murmuró Vanna.

No es que su advertencia sirva de algo.

Estaba claro que la mujer que ayudaba a Vanna a probarse las prendas no estaba cómoda. Y para ser justos, este no fue el primer comentario que Mario hizo mientras le hacían la prueba. Sin duda, la prueba más poco profesional que la costurera tuvo que hacer, y Vanna se sintió mal por ella también.

"¿Qué?", exigió.

"El vestido es blanco, Mario."

"Lo sé, lo he visto".

Por supuesto que sí.

Porque no podía ni siquiera elegir su vestido de novia sola. Mario tenía que estar allí para hacerlo, también. Para que no eligiera algo que le hiciera quedar mal delante de la parroquia y el cura, porque aparentemente no sabía cómo actuar.

Todo eso... es completamente ridículo.

Sin embargo, Vanna sabía que no debía causar un problema por ello.

"Aunque..." Mario dijo, inclinando la cabeza hacia un lado, su reflejo en el gran espejo que mostraba la acción desde donde estaba en la puerta del dormitorio. Ni siquiera sus accesorios eran privados, y como ahora tenía un control tan fuerte sobre ella, tenía que hacerlo en su casa porque no confiaba en que ella lo hiciera fuera de su vista. "Ese juego rojo hace cosas muy bonitas por tu culo, Van."

La chica, Courtney, era su nombre, se aclaró la garganta. Por lo demás, no dijo nada mientras Vanna miraba fijamente a Mario en el espejo, claramente sin

impresionarse por su comportamiento, y sin tratar de ocultarlo en absoluto. No es que eso importara.

No había estado ocultando nada, últimamente.

Era infeliz.

Él también lo sería.

Vanna le hizo una promesa, después de todo.

"Escoge el blanco", exigió Mario. "Bien".

Se rió, dando unos pasos en la habitación para venir y ponerse al lado de la cama. Al tocar con los dedos los sexys encajes de la cama, Vanna sintió que su estómago empezaba a retorcerse al verlos. La pesada comprensión de que ella llevaría esas cosas para que él se apoyara en su pecho como una pesa que simplemente se negaba a ser movida.

Dios.

Apenas podía respirar.

En un mes, dentro de treinta días, se casaría con Mario, y él haría lo que quisiera. Incluyendo arrancar todo este encaje de su cuerpo para usarlo como él quería, y ella no tendría voz ni voto.

Durante un tiempo, ella había hecho bien en ignorarlo, pero ahora, a medida que la boda se acercaba cada día más, ya no podía fingir que esto no estaba ocurriendo. Como si esta no fuera su realidad, y su nueva vida no estuviera esperando a la vuelta de la esquina.

Mario cogió otro objeto de la cama, lo sostuvo en alto y le sonrió salazmente desde el final de la cama cuando dijo, "Blanco para la noche de bodas, pero nos llevaremos el resto de estos sets para disfrutar también".

No escondió nada.

No sus intenciones.

Su repugnancia.

O cualquier otra cosa.

Courtney le sonrió a Vanna, aunque era muy raro, y cogió una de las bolsas de ropa de la cama. "Dejaré que te pruebes la última sola, así podré coger el vestido de la parte de atrás de mi coche, y seguiremos con la prueba. ¿De acuerdo?"

En realidad, podía decir lo que la mujer quería porque estaba escrito claramente en su cara. Necesitaba salir de esa habitación y alejarse de Mario. Exactamente lo mismo que quería Vanna, pero que no pudo conseguir, ahora.

Por el resto de mi vida.

No le echó la culpa a la mujer.

No.

Simplemente envidiaba su libertad.

"No hay problema".

Courtney no se fue de la habitación por más de unos segundos antes de que Mario diera otro paso hacia Vanna. Incluso si no podía ver su maldita figura en el espejo, todavía podía sentir su presencia. Todavía podía dormir en la cama adyacente a su dormitorio. Todavía no la había obligado a nada, pero ya se acercaba. Cada día, su control se quebraba un poco más, y cruzaba otra línea.

¿Cómo sería la noche de bodas?

Eso la aterrorizaba.

Aunque no lo admitiera.

Mario vino a pararse directamente detrás de ella, su pulgar rozando la nuca mientras admiraba la vista de ella en el encaje rojo. "Mírate, ¿eh?"

Ella se estremeció.

No por la lujuria, sin embargo.

El asco era fuerte.

"¿Podrías no hacerlo?"

Su mano aterrizó a un lado de su cuello en esa respuesta, flexionándose lo suficiente para dejar a Vanna sin aliento, pero no lo suficiente para hierirla. Después de todo, dejó eso para lugares donde sus marcas y moretones no serían vistos por otros. Se casaban en un mes y cenaban después de la cena para asistir a la misma, lo que significaba vestidos y blusas que mostrarían la columna de su cuello.

El maquillaje no podía hacer mucho.

"Esa boca tuya..."

"¿Qué pasa con eso?"

Ya había terminado de jugar.

Ya no jugaba más.

Si iba a lastimarla, forzarla a vivir con él, y hacer lo que quisiera con ella, tendría que luchar por cada pieza que le quitara. Ella se decidió por eso, y no iba a cambiar. Ella no le daría nada voluntariamente.

No después de todo.

Sus dedos se apretaron de nuevo, casi doliendo, mientras se inclinaba lo suficiente para murmurar en su oído, "No te preocupes, tu boca pagará por cada comentario que me hagas. Sólo actuarás como una perra desagradecida por un tiempo antes de que te guste el dolor o te endereces. Es tu elección, Vanna, así que elige sabiamente".

Que se joda.

Esa vez, ni siquiera se molestó en darle la decencia de una respuesta. Sin embargo, si él quería una, ella no podía estar segura porque el timbre de su celular que venía de su dormitorio al otro lado del pasillo lo tenía alejado de ella sin dudar. Vanna pudo haber respirado aliviada, pero sabía que sólo duraría un tiempo.

Él volvería.

Ambos vivían aquí.

Este era su infierno ahora.

Sin estar segura de cuánto tiempo le tomaría a Courtney volver con el vestido de novia, Vanna decidió salir del dormitorio en el que dormía y dirigirse al baño donde dejó su bata de seda la noche anterior. Entonces, al menos si Mario volvía antes que la costurera, ella estaría un poco más cubierta de su vista.

Volviendo por el pasillo, Vanna escuchó silenciosos murmullos que venían del dormitorio de Mario. No es inusual, si estaba hablando por teléfono. Incluso había cerrado la puerta, o lo había intentado, pero parecía como si se hubiera enganchado en la punta de un zapato. El hombre era un desastre total en sus espacios privados, y ella no tenía ni idea de cómo podía soportar estar cerca de él. Como un huracán que pasaba constantemente por su habitación, todo estaba en todas partes.

Los zapatos se desprendían donde caían, la ropa se tiraba en cualquier lugar donde aterrizaban, y más. Para alguien que se veía tan arreglado por fuera, Mario era un desastre por lo demás. O quizás era que era un mimado que necesitaba que alguien lo siguiera constantemente y recogiera su mierda como lo había hecho su madre toda su vida.

La mujer vino a limpiar. A menudo.

Aunque su madre se apresuró a decirle a Vanna que una vez que se casaran, sería su responsabilidad mantener la casa y el hombre en condiciones adecuadas.

Sí, eso es.

Ella lo tendría en mente.

No lo hizo.

Vanna se detuvo justo fuera de la habitación de Mario en lugar de girar a la derecha para entrar en su habitación. No porque estuviera hablando por teléfono, lo hacía todo el tiempo, sino por la voz que le respondía.

Pensó que había cerrado la puerta. Y puso su teléfono en el altavoz. El idiota.

El agente Keefs -el detective Vanna había estado dando información sobre los Guzzi- habló con Mario como si los dos fueran familiares, y no era la primera vez que tenían una conversación entre ellos. Quería sorprenderse al acercarse a la grieta de la puerta, y escucharlos compartir algunas palabras, pero no podía.

Como Vanna había llegado a aprender, Mario sabía mucho.

Sobre ella.

La mierda que ella hizo a sus espaldas.

Su vida lejos de él.

El hombre la miró más de lo que ella pensaba, y sólo la hizo caer en agua caliente. Ella estaba más interesada en por qué Mario haría algo tan loco como arriesgarse a estar unido a un policía, incluso si dicho policía era un maldito bastardo sucio.

Su siguiente comentario a Keefs por teléfono explicaba exactamente por qué. "No, con los Guzzi distraídos en otra parte, no pueden cubrir todos sus puntos de negocio, lo que le da a nuestro clan tiempo suficiente para meterse donde no pueden estar en este momento. Y sí, sin duda se les reembolsará por su ayuda aquí. Nunca pensé que mordería el anzuelo así, pero Vanna tiene una forma de sorprenderme cada vez que creo que la he descubierto".

Oh...

Eso fue todo, ¿eh?

Su reunión con Keefs no fue porque él pensara que ella sería la informante perfecta para su propósito, sino porque Mario pensó que ella sería la estratagema fácil de usar para avanzar en su juego final... ¿Cuánto tiempo hacía que sabía lo que ella estaba haciendo con Bene?

Todo el tiempo, ella apostó.

Imbécil.

Vanna pensó en entrar en su dormitorio y decirle que lo había oído todo, pero la parte más inteligente de su cerebro tuvo una idea mejor. Girando sobre su talón, se dirigió a su dormitorio tan rápido como pudo sin hacer ruido. Una sensación de victoria se extendió en su corazón en el artículo que la costurera había dejado sentado en la mesa junto a la cama.

Su teléfono.

Vanna ya no tenía uno propio. Mario se lo quitó y se negó a devolvérselo, alegando que podía usarlo para llamar a ese bastardo Guzzi. Como si no pudiera comprobar su historia y revisar todo si lo quisiera. En realidad, ella pensó que era otra forma de controlarla.

Sin embargo, el teléfono de otra persona haría el trabajo, y se dio cuenta de que la costurera no parecía mantener su dispositivo bloqueado con nada más que un golpe en la pantalla de inicio. Sabiendo lo peligroso que era, y si la atrapaban... bueno, podría no llegar a su boda, no es que le importara, Vanna se dirigió de nuevo al otro lado del pasillo con el teléfono en la mano. Ya tenía los mensajes de texto, y un número de teléfono familiar escrito a mano para enviar. Al grabar el vídeo, metió el teléfono en la rendija de la puerta, dejando que captara cualquier sonido de la conversación que Mario seguía teniendo con el detective.

¿Se había perdido las partes buenas? ¿Las cosas que podrían ayudar?

Vanna no lo sabía. Pero tenía que intentarlo.

Una parte de su corazón nunca había perdido la esperanza de poder arreglar de alguna manera este lío que hizo, que eventualmente, Bene escucharía sus disculpas, y entendería que sabía que había cometido un horrible error.

Esta no era la disculpa, pero podría ayudarle. No la sacaría del matrimonio, pero podría ayudar a su familia de alguna manera. Y si significaba sacrificarse, si él sólo usaba lo que ella le enviaba para ayudar a su familia y no a ella... bueno, Vanna lo entendería.

No le culparía en absoluto.

El teléfono pasó por la primera grabación, deteniéndose en el tiempo máximo que podía grabar antes de empezar a grabar de nuevo.

"¿Y todavía eres bueno con los diez mil por semana transferidos a la cuenta?" Preguntó Mario.

Keefs respondió rápidamente: "Bueno, si te va mejor por mi trabajo, no me opongo a que me pagues un adelanto".

"¿Es eso una demanda, o..."

"Es lo que quieras que signifique, Mario. No estoy seguro de cómo se sentiría tu padre por el hecho de que trabajaste con un policía para llevar a tu clan más adelante en el control de Toronto, pero si crees que le gustaría sentarse conmigo y tener una charla sobre ello, estoy dispuesto a hacerlo."

"No es necesario", murmuró Mario bruscamente, "¿un diez por ciento extra en la cima del montón, entonces?"

"Eso funcionará."

"Estará en el próximo pago."

El teléfono envió automáticamente el siguiente mensaje de texto.

Sin embargo, Vanna no podía permitirse grabar más. Abajo, oyó cerrarse la puerta principal de la casa, haciéndole saber que la costurera había terminado con su descanso, que nunca iba a ir a buscar el vestido, lo sabía, y que ahora iba a volver.

Sin querer arriesgarse, Vanna volvió al dormitorio, enviando un simple, *lo siento, Bene, y espero que esto ayude. No respondas, no es mi teléfono. -V.*

Bene sabría quién fue. Podría hacer con él lo que quisiera. Había hecho lo que podía. Vanna tardó diez segundos en volver y borrar el hilo de los mensajes de texto para que la costurera no supiera que alguien usaba su teléfono.

Y cuando la costurera volvió al dormitorio, Vanna ya estaba bajando las tiras del sujetador de encaje rojo, preparándose para ponerse el vestido de novia que seguramente se sentiría más como una prisión que como un cuento de hadas.

No es que pudiera concentrarse en esos pensamientos, su corazón no podía permitírselo, y no iba a convertirse en esa mujer débil y llorona que acaba de ceder. No era ella, y no sería ella simplemente porque todo se sentía sin esperanza en este

momento. Además, ya estaba enferma del corazón, simplemente no era por el hombre con el que se casaría en un mes.

No, era por el que no podía tener.

El que ella hirió.

El que estaba destinada a odiar.

Cada noche... Vanna lloraba por él. Cuando nadie podía ver, y nadie lo sabía, se quebró. Se permitió pensar en él, en su corto tiempo juntos, y en lo que podría haber sido. Él llenaba sus pensamientos todo el tiempo, día tras día, pero sólo por la noche, cuando estaba verdaderamente sola, se dejó debilitar por ello.

En cierto modo, se sentía como un castigo. Uno que ella se lo merecía, después de todo. Probablemente la odiaba ahora.

Ella se lo merecía.

Y sin importar qué, ella haría todo para ayudar a Bene a arreglar este desastre que hizo. Arriesgando su propia vida, lo haría.

Hoy no sería la primera vez. Vanna se decidió por eso.

¿Qué más podía hacer?

"Muy bien", dijo Courtney, arrojando el vestido de novia en su bolsa protectora sobre la cama, "pongámonos esto y hagamos una prueba rápida. Sospecho que será el único que tendremos que hacer, considerando que eres bastante delgada, y no has cambiado de talla desde el mes pasado cuando elegiste el vestido."

No lo había elegido. La madre de Mario lo hizo.

Vanna no corrigió a la mujer.

"Claro", dijo, alejándose del espejo.

"Y date prisa", llegó la orden de Mario desde la puerta. Vanna se encontró con su mirada, y él le levantó una ceja. No parecía que él supiera que ella conocía su secreto, o que lo había estado espiando. "Porque tenemos una cena en casa de mis padres con el resto del clan en dos horas, y no quiero llegar tarde".

Si el clan estaba allí, entonces los negocios estaban sucediendo. O hablando de ellos.

Vanna se preguntaba... ¿qué más podría recopilar sobre la Camorra Detti? Sin duda, mucho si se preocupaba por intentarlo. Se había centrado en reunir información perjudicial sobre la familia Guzzi, pero las mareas cambiaban todo el tiempo.

¿Verdad?

Vanna le sonrió a Mario. "No puedo esperar".

"A menos que algo le suceda al agente Keefs", dijo Marcus, "ya que está actuando como testigo de verificación de la información que fue proporcionada por el ... informante, y él es el único que puede probar que esos documentos vinieron de su oficina, ya que su nombre no estaba en el contrato de las granjas".

"No podemos matarlo", dijo Beni. Todavía en su año sabático de Chicago para ayudarlos hasta que su padre fuera liberado, o de lo contrario, el gemelo de Bene tuvo que decir lo obvio. Lo que sólo le valió un vistazo de Marcus. "Sólo digo que no podemos hacer eso, pero planteaste la declaración como si fuera una opción".

"No planteé nada", respondió Marcus acaloradamente.

"Relájense", murmuró Chris, "los dos".

En un rincón de la habitación, de pie en la única porción de sombras, Corrado se restregó una mano por la cara, con su suspiro haciendo eco. "Marcus y Beni tienen razón. Quiero decir, si quieres ser técnico, y Chris tiene un punto de parada para que se golpee el uno al otro. No ayuda, y me da un maldito dolor de cabeza".

"Tú", dijo su padre desde detrás de la mesa de metal donde sus manos descansaban en la parte superior, con las muñecas esposadas y conectadas a un eslabón de perra en el medio, por lo que ni siquiera podía estar de pie desde su posición, "necesitas volver a casa con Ginevra, Les y el bebé".

Corrado miró fijamente a su padre, sin decir nada. Su falta de palabras lo decía todo, de todos modos. Él, como el resto de ellos, no iba a ir a ninguna parte hasta que esto se dijera y se hiciera. Hasta que sacaran a su padre de la cárcel y se librarán de los cargos de fraude e intento de blanqueo de dinero, o se les ocurriera otra cosa. Lo cual hasta ahora, estaba resultando imposible.

"Como dije", Corrado se retiró lentamente, volviendo su atención a sus hermanos, "Marcus tiene razón en que hay que hacer algo con respecto al detective. El agente Keefs es el testigo estrella de todo esto, será su palabra la que selle el trato sobre la autenticidad de las fotos de los documentos tomados de la oficina de papá. Lo único que nos salva ahora mismo es el hecho de que cuando hicieron la redada, todos esos documentos ya habían sido destruidos. Así que, lo que tienen es su palabra, y si ni siquiera tienen eso..."

Sí, porque su padre sólo guardó algo que mostraba actividad ilegal el tiempo suficiente para revisarlo, hacer lo que necesitaba con él, y luego lo quemó todo. Keefs era la única persona, considerando que el informante, Vanna, ya no cooperaba con la investigación.

Aparentemente, para proteger a la testigo anónima, como la policía había declarado en su última conferencia de prensa, no la obligarían a testificar cuando tuvieran suficiente usando al agente en el estrado para el juicio, si llegaban tan lejos.

"Excepto que no podemos matarlo", le dijo Chris a Corrado. "No, y Beni tenía razón en eso, Marcus, así que cálmate".

Marcus, el único de los cinco hermanos sentado en la mesa de metal con su padre, teniendo en cuenta que sólo había dos sillas incómodas y duras colocadas en la sala de conferencias privada de la cárcel para que visitaran a su padre, frunció el ceño pero se quedó callado. Porque sabía que Corrado y Beni tenían razón, sin duda, pero aún así le molestaba mucho.

Bene no lo culpó.

"Matarlo", continuó Corrado, ignorando la actitud de su hermano mayor, "volvería inmediatamente a nosotros, sin importar cómo lo enmarcáramos. Y cuando liberemos a papá de estos cargos, porque lo haremos de alguna manera, necesitamos la menor atención posible. Entonces, él puede volver a pasar desapercibido, y no tendremos a nadie en el culo cada vez que hagamos negocios. Es lo más inteligente, pero ¿matar a ese bastardo? Eso lo arruinará todo. Tenemos que encontrar otra manera de hacer que el detective no sea confiable para sus superiores y el juez".

Las cosas no fueron sencillas.

No sería fácil.

Esto era malo en todos los aspectos.

Nadie necesitaba decir eso en voz alta para que el resto supiera que era verdad. Siempre que estaban cerca de su mamá o papá, los chicos mantenían un comportamiento optimista. Nunca hicieron parecer que esta era una situación desesperada, y Gian estaría atrapado donde estaba hasta que fuera declarado culpable, y luego trasladado a una prisión. Nunca le sugirieron a su madre que su marido no volvería a casa con ella.

Aún así, había una posibilidad.

Se estaban quedando sin tiempo para averiguarlo.

"Odio a ese detective", murmuró Gian. "Igual que su maldito compañero hace años. Están cortados por el mismo patrón, y no es como el nuestro."

Bene hizo bien en mantener la boca cerrada ante el comentario de su padre. No es que Gian estuviera equivocado, tampoco tenía toda la razón. El teléfono que le hacía un maldito agujero en el bolsillo constantemente confirmaría eso, dada la llamada grabada que Vanna le envió un par de semanas antes. El detective era tan malo como cualquiera de ellos cuando se trataba de dinero sucio y soborno, pero le gustaba que todos los demás pensaran que era el policía bueno al mismo tiempo.

Aún así, mantuvo la boca cerrada. Ahora no era el momento.

Y... bueno, si fuera honesto, no terminaría bien para Bene si le dijera a sus hermanos y a su padre durante su visita semanal a la cárcel que aún estaba... aunque fuera a través de mensajes de texto al azar de números de teléfono que no reconocía... pegado a Vanna Falco. No, no la estaba viendo, y seguro que no se la

estaba tirando, aunque ella apareciera regularmente en sus sueños, pero él estaba en contacto con ella.

La estaba usando por todo lo que ella le daba.

Ella estaba dispuesta.

Tenía que hacer algo por su familia porque nadie más estaba haciendo nada por su parte. Su padre seguía en la cárcel, su primera audiencia de fianza fue denegada porque se le consideraba de alto riesgo de fuga con sus fondos disponibles y sus lazos en todo el mundo. Sus hermanos tiraron de todos los hilos que tenían, llamaron a todos los contactos que podían usar, y aún así nada.

Así que sí, puede que le odien más tarde. Estarían enojados porque usó su información para ayudar.

Bene haría lo que tenía que hacer... si funcionaba, y liberaba a su padre, ¿no era eso todo lo que importaba en este momento?

Eso creía él.

Ahora, era sólo cuestión de averiguar cómo usar la información que le había dado Vanna sobre el detective, y más recientemente, sobre los hombres de la Camorra. Mario, y el padre del bastardo... su gente. Todos sus recientes negocios ilegales estaban en su teléfono para ser usados de la forma que él considerara conveniente, pero aún no había descubierto cómo, o si siquiera ayudaría.

"Y tú", dijo su padre.

Bene miró a su padre, haciendo todo lo posible por ignorar el hecho de que el traje de tres piezas habitual de Gian había sido reemplazado por un uniforme gris de la cárcel que ni siquiera le quedaba tan bien. "¿Y qué hay de mí?"

"Asegúrate de no meterte en problemas, hijo."

Bien...

Lo que su padre quería decir era que se asegurara de *mantenerse alejado de esa mujer, Bene.*

Lo pudo ver en los ojos de Gian.

"Preocupémonos por ti ahora mismo, papá."

Por eso estaban todos allí.

Y Bene nunca había sido un buen mentiroso.



Bene y Beni se quedaron a mitad de camino en las escaleras de la comisaría de policía donde su padre aún estaba alojado en la cárcel mientras el resto de sus hermanos conversaban unos pasos más abajo. Corrado aparentemente estaba tomando un vuelo a Nueva York para pasar un día o algo así con Ginevra mientras que Alessio necesitaba ir a Las Vegas por algo. Volvería muy pronto, lo prometió.

Chris se dirigía al otro lado de la ciudad, un político para sobornar, si podía hacer que funcionara.

Marcus tenía que manejar los negocios.

El mundo no dejó de girar.

Sólo se sentía así.

"Manejen su mierda, ¿sí?" Marcus llamó por encima del hombro a los gemelos más jóvenes. Bene y Beni, aún espejos el uno del otro incluso después de todo, asintieron en sincronía sin provocar. "Bien, y mantenme al tanto de Ma, Beni."

Dicho esto, el resto de sus hermanos se dispersaron. Bene y Beni, sin embargo, siguieron en las escaleras de la cárcel hasta que todos sus hermanos desaparecieron, y era más seguro para ellos hablar de que el teléfono le hacía un agujero en el bolsillo a Bene.

Porque, por supuesto...

Confiaba en su gemelo más que en nadie. No había ninguna posibilidad de que hiciera algo como ir a espaldas de su familia sin decírselo a Beni. Sin juicio, su hermano haría lo que fuera necesario para ayudarlo, y eso era todo.

"¿Algo nuevo?" preguntó Beni.

Bene asintió. "¿Dónde está tu teléfono?"

Sin decir nada más, Beni sacó su propio teléfono inteligente de su bolsillo. Bene también salió y colocó los teléfonos uno detrás de otro. Encendiendo su pantalla de inicio, todo lo que tenía que hacer era tocar el botón de transferencia de datos en la aplicación de configuración, y todo lo que Vanna le había enviado de los números de teléfono al azar en las últimas dos semanas fue directamente al teléfono de su hermano. Después de que todo estuviera hecho, Beni pasó un minuto o dos revisando algo de eso.

"No le respondes, ¿eh?"

Bene tragó mucho. "¿Qué, crees que debería? Después de lo que hizo, crees..."

"Creo que estás enamorado de ella, y a veces, la gente que amamos hace cosas que nos hieren por razones que nunca podemos entender. Nos enseña sobre el perdón y lo capaces que somos de perdonar a alguien más de una manera que nada más puede, Bene."

Suspiró.

Su gemelo lo esperó.

"Se casará en dos semanas", murmuró.

Beni se encogió de hombros, como si ese pequeño detalle no le importara en absoluto. Y quién coño lo iba a saber, tal vez no. Le importaba a Bene. Mucho. "Sí, todavía no estoy seguro de que sea porque ella quiere, o alguien lo exigió".

"No importa. Sigue ocurriendo".

"Y todavía la amas", señaló su hermano.

"¿Cuál es tu punto?"

"Bueno ... tal vez estoy preocupado por ti."

"Estoy bien."

No podría decir una mentira más grande.

Estaba lejos de estar bien.

Los pensamientos de Bene luchaban con su corazón. Su lealtad a su familia luchaba con el amor que sentía por una mujer cuya única intención había sido quitarle las cosas que más significaban para él. Y luego recordó sus lágrimas, la forma en que intentó disculparse, aunque se negó a dejarla decir las palabras. No podía quitarse de la cabeza la imagen de su dolor y su pena cuando le decía cosas horribles, aunque se las mereciera.

Esas imágenes se grabaron en su mente, ahora. Imposible de eliminar, y como no podía deshacerse de ellas, se vio obligado a pensar en ellas todo el tiempo, y en lo que podrían significar. Como el hecho de que sí, él creía absolutamente que ella también lo amaba.

Sí, después de su intento de ayudarle con cualquier información que pudiera reunir y enviar, él creía que ella decía la verdad cuando decía que se arrepentía de las cosas que había hecho, excepto que era demasiado tarde. No podía arreglarlo ahora.

Estaban condenados.

Una cosa imposible.

Y él todavía la quería.

Que le jodan por quererla.

"Es una cosa complicada", murmuró Bene, mirando el edificio de enfrente desde su posición actual. Era mucho más fácil que mirar a su hermano que vería la verdad en sus ojos en el momento en que conociera la mirada de Beni. "Y no hay nada que yo crea que valga la pena intentar arreglar, si es que puede ser ahora, ¿sabes?"

"No digas eso. Todo es posible."

Bene ladró una carcajada. "¿Y qué crees que pasaría si después de todo lo que se dijo y se hizo, la trajera a casa otra vez? Oh, hagamoslo otra vez, Ma, conoce a la chica que amo y que ayudó a poner a tu marido en la cárcel."

"Estaría más preocupado por Marcus, en realidad."

"Vete a la mierda".

Se rió, sin embargo, tan débil como era porque su hermano no estaba equivocado. La naturaleza protectora de Marcus realmente salió a relucir últimamente, pero especialmente en lo que respecta a su familia. Ya no estaba jodiendo, y no dudaría en acabar con alguien si sus intenciones para la familia Guzzi no eran tan inocentes.

Beni se aclaró la garganta, mirando el teléfono en su mano. "De todas formas, en esta mierda de aquí... se lo llevaré al tío Tommas y veré qué puede hacer."

"No dejes que él..."

"No le dirá a papá que vino de ti, o que Vanna tuvo algo que ver. Y además, sólo va a tirar de sus contactos, trabajar en alguna mierda, y ver qué puede hacer por la Camorra y el detective. Tal vez funcione con lo que Corrado dijo antes sobre hacer que el detective no sea confiable. Y demonios, si podemos eliminar al clan de la Camorra de la ecuación también, mejor aún."

"Sí, de acuerdo."

"Tienes que darle tiempo al proceso para que funcione, tío."

Lo haría.

Aún así era difícil.

"¿Y si no se casa?", preguntó su hermano después de un momento.

A Bene le dolía el pecho. "Todavía la odian".

"Pero tú no."

¿No lo hizo?

Dios sabía que a veces se sentía así.

Amor.

Odio.

Una línea tan fina.

"Voy a ver a mamá en el penthouse de ella y papá", dijo Beni, "¿quieres venir o...?"

"Dile que iré más tarde".

Su hermano le echó un vistazo. "¿Qué más tienes que hacer?"

Más cosas que no debería.

¿Qué más?

Bene se encogió de hombros en lugar de responder.

Básicamente, su vida en pocas palabras ahora.



No sonrió.

En absoluto.

De hecho, Vanna siempre parecía estar dispuesta a matar a su prometido cuando el hombre estaba a distancia de respiración. A veces, hacía bien en ocultarlo, y otras veces... ni siquiera intentaba ocultar su disgusto.

Ahora era una de esas veces.

Bene, desde su posición escondida en un callejón frente a un restaurante que Vanna y Mario frecuentaban toda la semana, vio cómo los dos se paraban cara a cara frente a una limusina en marcha aparcada en la acera. El hombre que conducía el coche se paró cerca de la puerta trasera del pasajero, listo para abrirla para los dos cuando quisieran salir, pero no le prestaron atención.

Probablemente porque estaban demasiado ocupados mirando. ¿Y sus voces?

Lo suficientemente fuertes para que él las oyera. Esa no era una pareja enamorada. En absoluto.

Dios sabía que no tenía por qué espiar a estos dos, especialmente porque no lo hacía para ayudar a su familia en su situación actual. No, siguió a los dos porque una parte de él todavía quería saber qué estaba pasando aquí... ¿Por qué se casaba ella con ese hombre, y todo entre ellos había sido una mentira?

Bene aprendió más de lo que quería.

Más de lo que su corazón podía soportar.

"¿Qué te dije, eh?" Preguntó Mario.

Vanna miró hacia atrás, sin molestarse. "No voy a ser agradable sólo porque me digas que me arregle la cara, me ponga un vestido y salga para estar guapa en tu brazo, Mario".

"Harás todo lo que te diga".

Ella soltó una risa amarga.

Dios.

A Bene le dolía en el pecho sólo de oírlo, y ni siquiera estaba dirigido a él. Sonaba como una mezcla de desesperación, ira y más.

"Realmente no lo has descubierto todavía, ¿verdad?" Preguntó Vanna.

"Que vas a ser mi esposa, ya sea que te guste o..."

"No puedes hacer que te quiera y no me obligarás a ser tu maldita mascota. No te gustó la forma en que actué allí esta noche, entonces es una maldita lástima para ti. No soy una muñeca con la que puedas jugar cuando sientas la maldita necesidad."

"Escucha, o te pones a la cola, o no te gustará lo que pase cuando no lo hagas."

"¡No te quiero!"

"Cuida tu maldito tono", gruñó Mario, "antes de que te corte la lengua de la boca. Veremos cuánta actitud me das entonces, ¿eh?"

Jesús...

Todavía estaba enfadado con Vanna. Todavía tenía cosas que decirle.

A pesar de todo eso, hizo falta toda su fuerza de voluntad para permanecer escondido en su lugar cuando lo que realmente quería hacer era cruzar la calle y

golpear a ese hombre en la acera por amenazar a Vanna de esa manera. Por alguna razón, dudaba que fuera la primera vez.

Una de muchas, probablemente.

Incluso desde su posición en el callejón de enfrente, Bene aún podía ver su mandíbula apretada. ¿Ese fuego en sus ojos? Claro como el día.

¿Su dolor?

De eco.

"Te odio", dijo Vanna en voz alta. "Y eso no cambiará... no ahora, no después de que me hagas caminar por el pasillo, y no después de que me obligues a entrar en tu cama para actuar como el agujero fácil para meter tu polla. No cambiará. Te odio."

Sí, Bene aprendió todo tipo de cosas.

Y sólo le dolió más.

La mano de Mario se movió, sus dedos atraparon a Vanna bajo su mandíbula en un apretado agarre mientras forzaba su cabeza hacia atrás para que ella tuviera que mirarlo fijamente. Las manos de Bene se convirtieron en puños apretados a sus costados mientras se resistía a moverse.

Ni siquiera debería estar aquí.

No debería ver que esto ocurra.

No debería importarle.

Esto sólo hizo que una situación complicada fuera aún más compleja. Tenía tanta mierda que necesitaba decirle a esa mujer... algunas la lastimarían, y otras eran simplemente la verdad que había que decir. El teléfono en su bolsillo, con el texto de ella que decía "Lo siento" se burlaba constantemente de él porque sí, él sabía que ella lo hacía. Sin embargo, aún no sabía si eso cambiaba algo.

¿Pero esto?

¿Sabiendo lo que hizo?

¿Verla con él?

Bueno, eso lo cambió todo.

Bene aún no sabía lo que podría significar. Sabía que lo que fuera que significara, no trataría de averiguarlo por medio de mensajes al azar que ni siquiera podía responder. Y no podía tener a esa mujer si no podía recuperar las cosas que ella había ayudado a quitarle.

Entonces, ¿dónde dejó esto? ¿Y a ellos?

Un desastre.

Ahí es donde...

"Y aún así", escuchó al hombre decirle a Vanna mientras apretaba los ojos, "aunque me odies, seguirás siendo mía para hacer lo que me plazca. Entonces, ¿quién está ganando realmente aquí? Deberías hacer esto más fácil para ti, Vanna, y darme lo que yo..."

"Nunca seré tuya".

No.

Porque era de Bene.

Que le jodan toda la vida.

Había varias cosas que Vanna no quería hacer.

No quería casarse hoy. Por no mencionar la iglesia a la que su padre solía llevarla todos los domingos por la mañana. No quería llevar un vestido que pareciera más algo sacado de una película de princesas que algo más adecuado a su estilo. No quería prometer su vida a un hombre al que nunca podría amar cuando ni siquiera había podido disculparse adecuadamente con el que todavía tenía su jodido y roto corazón.

¿Y qué es lo que realmente no quería hacer?

Agacharse en el baño de su suite privada, vomitando en la taza de porcelana mientras una prueba de embarazo en el mostrador decía una verdad que ella se había negado a admitir hasta ahora. De alguna manera, se las arregló para sacar las muchas capas de su bata de gasa del inodoro antes de que su pequeño desayuno se le subiera a la garganta.

Una hazaña del destino, estaba segura.

Parada en el inodoro, rápidamente tiró de la cadena, evitando mirar el agua giratoria y asquerosa que caía. Eso no era lo único que ignoraba, tampoco. El parpadeo de la prueba de embarazo en la pequeña pantalla se burlaba de ella mientras se lavaba las manos y comprobaba su reflejo en el espejo.

El maquillaje sigue siendo perfecto. Vestido sin manchas.

Ciertamente no hay nada que diga que su vida tal como la conocía estaba terminando hoy, y todo porque ella se lo había buscado.

Oh, su mirada estaba muerta, seguro. En su mirada, no encontró nada. Ninguna emoción, y ninguna vida. Hasta ahora, se las había arreglado para aguantar este horrible día. Cuánto tiempo duraría... Vanna no lo sabía.

Finalmente, dejó de mirar.

La prueba la miró.

Embarazada.

La palabra parpadeó tan rápida y claramente como cuando se hizo la prueba hace veinte minutos. Se suponía que la prueba tardaría treinta segundos en dar un resultado positivo o negativo. Como todo lo demás en su vida que parecía ser una gran broma últimamente, la prueba tardó diez segundos antes de que la palabra "embarazada" empezara a parpadear.

Fue entonces cuando vomitó.

¿Cuándo empezó a sospechar?

Vanna no pudo poner su dedo en la llaga. Tal vez fue el hecho de que hace dos meses, cuando Mario la obligó a entrar en su casa, ella perdió su libertad, lo que significó también perder el acceso a su médico que manejaba cualquier medicamento que necesitara. Una cita perdida la dejó sin la inyección anticonceptiva que había hecho religiosamente.

Nunca faltó.

Hasta ahora.

Y luego tuvo ese momento con Bene en el baño del restaurante. Una fracción de segundo de debilidad en la que no pensó en decir que *no estoy a salvo*. No fue culpa de él, ni de ella, en realidad. Las malas decisiones parecían estar a la par con ellas, y ésta era sólo otra de las que se añadían a una pila muy alta que seguía creciendo cada día.

Su período nunca llegó un mes o así después de perder la oportunidad. El médico le había explicado cuándo había empezado a tenerla, y se le pidió que le dijera hasta el último detalle del control de la natalidad. Ella seguía aferrándose a eso... ya vendría.

No lo hizo.

Sus mañanas pasaban de ignorar el paso de los días en el calendario a tratar de ocultar el hecho de que vomitaba minutos después de despertarse.

Porque Dios...

Si Mario sospechara que está embarazada, sabría que no puede ser su hijo. No le dejaría tocarla ni una sola vez, a pesar de sus esfuerzos. Aparentemente, incluso un monstruo como él podría tener límites porque cumplió su palabra.

Por ahora.

Hasta esta noche.

Y maldita sea... ¿qué pasó entonces?

Miró fijamente la prueba de embarazo otra vez, recordando lo rápido que se había escabullido a la gasolinera a la vuelta de la iglesia para cogerla mientras su acompañante se quedaba en el coche, convencida de que sólo necesitaba un poco de Tylenol para el dolor de cabeza.

Ella tenía que saberlo.

Antes de que caminara por el pasillo.

Antes de que todo terminara para ella.

Tenía que saberlo.

Y ahora lo sabía.

Estaba embarazada del hijo de un hombre al que amaba, pero que la odiaba, y se enteró de la noticia el día en que se vería obligada a entregar su vida, su cuerpo y

alma, a un hombre que no era digno de lamer las suelas de sus tacones de cuero blanco.

Mario la mataría.

Y a su hijo.

Bene la odiaba.

Y no sabía lo del bebé.

¿Cómo lo arregló?

No pudo.

Un golpe en la puerta del baño hizo que Vanna mirara hacia arriba y se encontrara con su mirada en el reflejo del espejo. Esa mirada pasiva y muerta ya no existe. Ahora, encontró una línea de agua humedeciendo sus ojos oscuros, amenazando con arruinar su compostura y el maquillaje perfectamente aplicado que escondía los moretones en su garganta y su piel que no brillaba como antes.

"¿Sí?" Preguntó Vanna.

"¿Estás bien ahí dentro?"

Deseó que fuera alguien que le importara detrás de la puerta, esperando que terminara de ayudarla a prepararse para su boda. Su madre... Dios, su padre, incluso. Todavía amaba a su padre; siempre lo haría, y deseaba que estuviera aquí para ayudarla a pasar este horrible día si no podía, al menos, tener lo que quería.

Alguien que la amara.

Deseaba que este día fuera para ella y para alguien más.

Deseaba tantas cosas.

Cosas que nunca podrían ser.

Lo siento, papá, ella pensó, lo siento por no poder hacer lo que tú querías que hiciera. Lamento no haber sido quien tú querías que fuera. Siento que tu venganza no haya podido ser mía.

Porque ese era el asunto, ¿verdad?

Esta venganza nunca había sido realmente suya. Y mira a dónde la llevó.

Su mirada encontró el ramo de rosas blancas que había conseguido tirar al lado del mostrador antes de vomitar su desayuno, y el rosario que se retorció alrededor de los tallos cubierto de seda blanca.

El rosario de su padre.

Una de las únicas cosas que le quedaban.

Ahora entendía que, sin duda, las elecciones y creencias de su padre sobre un hombre y una familia que creía que le perjudicaba, eran probablemente obra de su propia sangre. Su padre hizo eso con su maltrato y su constante rechazo a Adam. Creyó que si tan sólo pudiera convencer a su padre de que era digno, y no el

bastardo que le habían dicho que era toda su vida, entonces él y Gabriel estarían mejor.

En cambio, su padre murió antes de que pudiera suceder. Y él le transmitió ese amor malsano a ella.

De una nueva manera.

"Vanna, ¿estás escuchando?"

No.

Ella habló para que no derribaran la puerta.

"Saldré en un minuto", dijo Vanna.

Una mentira.

Otra para añadir a la pila.

Quizá Bene tenía razón.

Tal vez sólo era una maldita mentirosa.

En su sangre.

Fusionada a su ADN.

¿De qué otra forma podría sobrevivir ahora?

¿De qué otra forma podría proteger a este niño?

El hijo de Bene.

Incluso si él la odiaba, ella haría lo que tuviera que hacer... todo lo que necesitara, incluso si eso significaba sacrificar su propia felicidad, para asegurarse de que su hijo naciera vivo, bien y amado. Y tal vez, algún día, ella podría arreglar esto.

Pero hoy no fue ese día.

Y después de hoy, su vida no era suya.

"Tienes cinco minutos antes de que necesites estar abajo", llamó la mujer detrás de la puerta. "Así que no perdamos tiempo. Todo el mundo está ansioso por empezar la ceremonia."

Bien...

"Ya voy."

Excepto que ella no se movió.

No pudo.

Alguien la sacaría a rastras del baño.

Eso podría prometerlo.



Corre.

Corre.

Corre, carajo.

Los pensamientos de Vanna seguían gritándole aunque sabía que era imposible hacer lo que su corazón quería. Todo lo que hizo falta fue mirar por el pasillo fuera de las puertas que llevan al piso principal de la iglesia para encontrar al hombre que estaba allí, mirándola. Ante su mirada, él tuvo el valor de arquear la ceja, como si ella necesitara un recordatorio de lo que él estaba haciendo. No, ella lo sabía muy bien.

No es que lo necesitara, pero si levantaba su chaqueta de traje, ella sabía que un arma estaría metida en su cintura. En caso de que ella decidiera hacer algo estúpido. O, así es como Mario lo dijo cuando la visitó antes. El bastardo estaba decidido a terminar este día, sin importar lo que pasara.

No tenía a nadie que la acompañara al altar, y otra cosa triste de toda esta farsa, así que se quedó esperando sola detrás de las grandes puertas dobles hasta que el órgano cambió a la tradicional marcha nupcial.

Con un nuevo acompañante.

Que no la dejaría correr.

Sus dedos se enroscaron más fuerte alrededor del ramo mientras miraba a un lado, en la dirección opuesta a su actual chaperón. Ese camino sólo conducía a los aposentos privados de la iglesia donde se había preparado bajo la atenta mirada de la madre de Mario, y otras mujeres del clan. Las mismas mujeres que prácticamente la sacaron de la habitación, y la arrastraron por el pasillo cuando ella no quería ir voluntariamente.

Un hermoso día para una boda.

Sonríe, es el día de tu boda.

Es un privilegio para ti, Vanna.

Sus palabras aún resuenan en su mente.

Todavía se burlaban de ella.

Vanna oyó la música cambiar más allá de las puertas cerradas. El órgano de la iglesia se silenció a través de la madera gruesa y oscura. La canción que significaba que era su turno de atravesar las puertas tras la única persona que iba antes que ella, una joven del clan que hacía de la niña de las flores. Su mirada regresó a la puerta, su velo cubriendo sus rasgos lo suficiente para ocultar el hecho de que no podía sonreír, y apenas contenía las lágrimas.

Dios.

Quería llorar.

Más que nada.

Una parte de ella sabía, sin embargo, que a Mario le gustaría demasiado. Y además, nunca había sido esa mujer. La que lloraba a través de la mierda que estaba fuera de su control. No, ella siempre se abrió camino a través de ella, en cambio.

Esta no fue una de esas veces.

No había escapatoria.

Las puertas se abrieron desde dentro, haciendo que se abrieran hacia ella y dándole una buena vista de toda la gente que estaba dentro de la iglesia. En vez de enfocarse en sus caras, miró el corredor del pasillo de satén blanco salpicado de pétalos de rosa rojos y blancos.

Respiró profundamente.

Alejó el dolor.

Rezó para que las náuseas disminuyeran.

La música sonaba... era su turno de caminar. Todo lo que necesitaba hacer era dar un paso, y luego otro. Seguir hasta que llegara al final. Hasta donde Mario la esperaba con una mirada ardiente, como si pudiera leer su mente y supiera exactamente lo que estaba pasando. Cómo seguía tratando de encontrar una salida a esto.

Algo.

Cualquier cosa.

Podía obligarse a sí misma a hacer esto.

Podría hacerlo.

¿Qué opción tenía?

Pero Dios...

Ella no quería.

Eso lo hizo más difícil.

Sujetando el ramo con más fuerza, dejando que el rosario de su padre le mordiera las puntas de los dedos, se acercó las rosas a su estómago. Sus dedos rozaron el corpiño de cuentas de su vestido que cubría su abdomen aún plano, pero sólo tener ese momento fue suficiente para calmar sus nervios por el momento. No se atrevió a tocarlo.

No con todos estos ojos...

"¡Es una redada! ¡Es una redada!"

Vanna se balanceó rápidamente ante los gritos que venían de atrás, el ramo de flores cayendo de sus manos al suelo. El rosario de su padre se derramó en la alfombrada entrada de la vieja iglesia cuando el hombre pasó corriendo junto a ella,

uno de los soldados que el jefe de los Detti había exigido que vigilara el exterior de la iglesia durante la ceremonia.

Él pasó por ella.

Todavía gritando.

¡Redada!

¡Es una redada!

A ella no le importaba.

Fueron los otros los que entraron por el frente de la iglesia. Y a los que escuchó gritar dentro de la iglesia, también.

"¡Policía! ¡Real Policía Montada de Canadá, ¡todos levanten las manos! "

"¡Policía! ¡Real Policía Montada de Canadá! ¡Les mains en l'air!⁴"

Las manos de Vanna volaron alto. Fue una de las primeras en ser arrestada, los oficiales de la RCMP entraron en la iglesia por todas las entradas y salidas. Demonios, parece que trajeron a todos. Ella no había visto tantos policías en un solo lugar en ... mucho tiempo.

No tuvo la oportunidad de hacer preguntas. Nada más allá de: "¿Por qué me están arrestando?"

¿La respuesta del policía?

"Precaución".

¿Qué carajo significaba eso?

Tampoco pudo apreciar que arruinaron la boda en el último minuto. Y después de que el policía que la esposó la sacó de la iglesia y la puso en la parte de atrás de un coche de policía, Vanna estaba segura de que vio a una figura familiar observando desde el otro lado de la calle. Se veía igual que siempre: cuero negro, una cara hecha para pecar, y una mirada oscura que podía sentir en ella mucho después de que se había ido.

Bene.

Él había estado allí.

Esperando.



"Señorita Falco, ¿verdad?"

Vanna levantó la vista de las mangas de su sudadera donde había estado tirando de la tela para mantener sus manos ocupadas. El policía que se deslizó en la habitación en la que se había alojado tras llegar a la estación le dedicó una sonrisa.

⁴ ¡Las manos en el aire! En Frances.

Una sonrisa muy fuerte.

Para nada calida.

"Esa soy yo", dijo, "pero no puedo decir que sepa quién eres".

Arqueó una ceja. "Agente Andrews, pero puede llamarme detective, si quiere. Trabajo con la división para..."

"¿Estoy bajo arresto?"

"No".

"Entonces, ¿por qué sigo sentado aquí?"

Al menos, alguien tuvo la decencia de coger la bolsa de su ropa del camerino privado de la iglesia. Una mujer policía la acompañó al baño para cambiarse, y empacar el vestido de novia y el velo que esperaba no volver a ver.

Nadie respondió a sus preguntas.

Preguntó mucho.

"Llegaremos a eso en un momento", dijo el detective, cerrando la puerta tras él. "Antes de que haga algunas preguntas, ¿hay algo que pueda hacer por usted?"

Vanna frunció el ceño. "¿Un abogado?"

"¿Cree que necesitará uno ya que no está bajo arresto, y sólo estoy aquí para hacer unas preguntas superficiales sobre su conexión con la familia de su prometido, sus negocios, y su estado previo como informante de un... agente Keefs?"

Se enderezó en la silla.

Nadie debería haber sabido eso, pero especialmente no otro policía. Su negocio de informante con Keefs había sido estrictamente entre él y ella, y cuando ella se negó a seguir dándole información, bueno, se acabó.

Eso fue todo.

"Si yo tuviera algo que decir", murmuró Vanna, "Mario Detti no sería mi prometido, por ejemplo".

El detective estrechó su mirada, rodeando la mesa para sacar la silla de metal del otro lado para poder sentarse. "¿Y sus negocios?"

"No sé nada de eso".

Mayormente cierto.

"Entonces, ¿no sabe nada del cargamento de heroína que acabamos de recoger en el paso fronterizo de las cataratas del Niágara que llegaba a la dirección de un almacén propiedad de su futuro suegro?"

La mandíbula de Vanna se preto. "No puedo decir que sí, no".

Todas mentiras.

Se topó con esa información durante una de las muchas cenas familiares del clan, que luego le arrebató el teléfono a alguien, tomó un montón de fotos y se las envió a Bene para hacer con ellas lo que pudiera, si que incluso quería. Eso fue hace dos semanas, o un poco más.

"¿Tampoco conoce la conexión de Mario Detti con el agente Keefs, a quien pagaba una gran suma de dinero al mes para evitar que el detective pasara la información que tenía sobre los tratos ilegales de la familia Detti a sus superiores y al equipo de investigadores con el que trabajaba para la investigación de Guzzi?"

Su cara permaneció pasiva.

Todavía como una piedra.

"No, no lo hago", dijo Vanna en voz baja, "lo siento".

El hombre asintió. Volteó un papel en la carpeta de la mesa, y luego otro. El silencio se extendió, causando que sus nervios se tensaran con cada segundo que pasaba. ¿Era ese su punto? Ella odiaba decírselo, pero esta no fue ni siquiera su peor experiencia del día.

"¿Y va a negar que también fue el informante de la investigación del agente Keefs en la Cosa Nostra Guzzi?"

"¿Qué importaría, si lo fuera?"

"No importaría", respondió el hombre, "excepto que el agente Keefs se vea envuelto en este escándalo de sobornos con la organización Detti... bueno, su palabra no es fiable, y cualquier fiscal que valga la pena no se atrevería a subirlo al estrado. Y sin un informante que coopere para confirmar la información sacada de la casa de Gian Guzzi, ya que sólo tenemos fotografías digitales y grabaciones que podrían haber sido falsificadas, con los programas adecuados, bueno"

"Sus cargos serán retirados".

"La mayoría", el hombre estuvo de acuerdo, "sí. A menos que, Srta. Falco, tenga algo que quiera decirme".

¿Lo hizo?

No, en absoluto.

"No puedo decir que lo tenga", respondió.

Como si fuera la respuesta que esperaba, el agente Andrews dejó caer la carpeta sobre la mesa y se sentó en su silla, con los brazos cruzados sobre el pecho. "Bueno, entonces siento mucho haberle hecho perder el tiempo hoy. Se le permitirá recoger sus pertenencias, y un oficial lo acompañará fuera de la estación cuando esté listo para irse. Desafortunadamente, su prometido y muchos otros en su familia no recibirán el mismo trato... parece que tenemos suficiente sobre ellos actualmente para mantenerlos justo donde están."

¿Oh?

Vanna casi sonrió.

"Es una lástima", susurró.

Sí, una verdadera lástima.

Debajo de la mesa, sus manos se mantuvieron planas sobre su estómago. Protegiendo la vida que crece allí. Escondiendo la prueba de su bebé del resto del mundo.

¿Qué pasaría ahora?

No tenía ni idea.

"Al menos, te dejaron salir de ese monstruo de vestido."

La cabeza de Vanna se levanto, las puertas giratorias de las que acababa de salir seguían girando detrás de ella. Desapareció el gran vestido con el que la vería ser arrestada, para ser reemplazado por un chándal gris, una sudadera con capucha del mismo color y zapatillas de deporte. No era su aspecto típico, pero no se sorprendió en absoluto de que ella se las arreglara para verse bien.

Todo se veía bien en ella.

Que se joda por notarlo, también.

Él podría haber disfrutado de la vista de su sorpresa otro día, pero hoy, no estaba del todo seguro de qué sentir. Excepto por el hecho de que tal vez no debería estar aquí en absoluto. No estar de pie en estos escalones. No esperando a que la liberen de los interrogatorios de la policía.

Nada de eso.

Y aún así, ahí estaba parado.

"¿Bene?"

Su vacilante llamada de su nombre lo hizo pararse un poco más derecho en los escalones de la estación de policía. Metiendo las manos en los bolsillos de su chaqueta de cuero, miró fijamente a la mujer que había cambiado toda su vida de más formas de las que ella podía imaginar. Deseaba que todo esto entre ellos hubiera sido diferente, pero como esto era lo que se les había dado, entonces intentaría hacer algo con ello.

Intentar ser la palabra clave.

"¿Viniste a decirme que me odias otra vez?" preguntó. "¿Para llamarme mentirosa e irte antes de que me dejes explicarme? ¿Quieres burlarte de mí porque tienes lo que quieres, y ahora no tengo nada?"

No se perdió cómo mantenía una buena distancia entre ellos. Se alejó unos pasos de la puerta, probablemente queriendo alejarse de los policías de ese edificio, pero no empezó a bajar las escaleras para acercarse a él.

"¿No crees que se me debería eso?" le preguntó.

Vanna tragó con fuerza. "Eso no significa que quiera escucharlo".

"Eso es lo que pasa con el amor y el perdón, ¿no?"

Su ceja se hundió. "¿Qué?"

Bene dio un paso más, preguntando: "¿Qué tal si te hago una pregunta?"

"Bueno..."

"Es uno bueno, lo prometo."

"Está bien", susurró.

"¿Por qué yo?"

"¿Honestamente?"

Bene asintió, dando un paso más en las escaleras.

Vanna respiró hondo, con los brazos llenos de una gran bolsa de papel marrón. Probablemente los artículos con los que había entrado en la estación, o lo que recogieron de la iglesia cuando ocurrió la redada. "Tú eras la elección lógica... todos tus otros hermanos no estaban solteros, o por ahí".

"Marcus..."

"No es mi tipo".

Por alguna razón, eso lo hizo sonreír.

Y reírse.

Un poco.

"¿Y por qué cambiaste de opinión?" preguntó. "Acerca de ir tras mi familia, quiero decir. ¿Qué te hizo...?"

"Porque una parte de mí sabía que perseguía los errores de los demás, una parte de mí pensaba que era la única manera de mantener vivo a mi padre cuando me preocupaba, me olvidaba de él. Porque culpé a tu padre por la forma en que se desarrolló mi vida. Porque te quiero."

Cada vez que ella decía "porque", él daba otro paso. Ahora sólo quedaban tres entre él y ella, pero Bene no estaba listo para cerrarlos. Pensó que aún quedaba mucho por decir entre los dos, y si no lo sacaban ahora, entonces dudaba que hubiera otra oportunidad para que lo hicieran.

Y necesitaba tomar una decisión, ¿no?

Amar a esta mujer y luchar por ella.

O dejarla ir.

Dame una razón para no dejarte ir, Vanna.

"¿Qué quisiste decir con lo de amor y perdón?"

Bene arqueó la frente, inclinando la cabeza un poco hacia un lado mientras la miraba. "Sólo funciona realmente si quieren ser perdonados, Vanna".

Ella sólo miró fijamente.

Miró hacia atrás.

"Cuando hieres a alguien", añadió, encogiéndose de hombros y dando un paso más, "entonces no puedes decidir nada sobre su perdón, pero especialmente cuando se trata de alguien a quien dices que amas. Le haces daño, así que debes estar preparado para afrontar las consecuencias de su perdón, incluso si te hace daño a

ti. Es tu voluntad de aceptar su perdón en cualquier forma que sea lo que prueba que entiendes lo que hiciste."

"Tú también me has hecho daño, pero no creo que se aplique lo mismo".

Él la había lastimado.

Dijo cosas con ira.

Se comportó precipitadamente.

No pudo lidiar con ello.

Ella se había llevado la peor parte.

"Pero lo entendí", añadió más suave. "Así que no estoy segura de si es que no hay nada que perdonar, o ya lo hice. ¿Qué hay de ti?"

"Ojalá pudieras entender el peso de lo que hiciste."

"Lo entiendo".

"¿En serio, lo crees?"

Vanna se arrastró con un aliento tembloroso, parpadeando antes de que las lágrimas se deslizaran por los rincones de sus ojos y dejaran huellas brillantes en sus mejillas. Esperaba que se limpiara rápidamente las lágrimas, pero ni siquiera se molestó.

"Lamento haberte lastimado, Bene, y lamento haber empeorado las cosas porque te enamoraste de mí".

"¿Pero lo sientes por eso?"

Le tomó a Vanna un segundo.

Y luego, dos.

Bene la esperó.

"No lamento que me ames, no, y tampoco lamento que yo te ame".

"Esto es un desastre, Vanna".

Levantó un hombro, sujetando la bolsa marrón más fuerte hasta la mitad de su cuerpo. "Quería arreglarlo. Era demasiado tarde, lo sabía, pero aún así quería arreglarlo. Intenté todo lo que pude para mejorarlo y..."

"Detente".

Lo hizo.

Al instante.

Inclinó la cabeza hacia abajo, y por eso, no lo vio subir esos últimos escalones, y cruzar la distancia restante entre ellos. Ni siquiera lo pensó antes de envolver a Vanna en un fuerte abrazo en lo alto de esas escaleras. En el momento en que ella estaba en su abrazo, encontró que la vida se volvió mucho más soportable. Todo el ruido de la ciudad se desvaneció en el fondo. Su aroma azucarado se empapó en

sus pulmones, los suaves mechones de su pelo en la parte superior de su cabeza presionaron contra sus labios, y por el momento, todo volvió a estar bien.

Muy bien.

O podían fingir.

Vanna dejó caer la bolsa de papel entre ellos y lo abrazó. Hizo bien en mantener una distancia respetable hasta que dijeron todo lo que pudieron antes de que su control se rompiera. Pendiente de un hilo, viéndola hacer lo que necesitaba para sobrevivir a distancia, mientras aún se arriesgaba para ayudarlo a él, y a su familia...

Sí, no necesitaba que se lo dijeran.

Sabía que ella lo amaba.

Fue tan jodidamente complicado.

"Lo que dije ese día", murmuró contra la parte superior de su cabeza, "que te amo y te odio, pero no sabía cómo hacer las dos cosas al mismo tiempo".

"¿Y ahora?"

"Parece que no puedes odiar las cosas que amas."

Escuchó su pesado suspiro.

Su abrazo se estrechó.

"Eso no significa que todo esté bien, Vanna."

Ella asintió con la cabeza. "Ya lo sé".

"Pero sí significa que quiero que sea así".

Su cabeza se inclinó hacia atrás, y su mirada húmeda se encontró con la de él. Él le pasó la almohadilla de sus pulgares por debajo de los ojos, limpiando lo que quedaba de sus lágrimas porque no podía soportarlo. Ella no debería llorar nunca, pero especialmente no con él. Claro, él entendía por qué lloraba ahora, pero eso no significaba que él quisiera que lo hiciera.

¿No había sido esto suficientemente malo?

"Lo que más me molestó", le dijo, "fue que por un tiempo, no estaba seguro de que me amaras, o que esto hubiera sido sólo un plan".

"Lo fue al principio, pero luego ahí estabas tú, Bene... y no eras quien yo esperaba. No te parecías en nada a quien yo pensaba que serías".

Dios, sí.

"Sé todo sobre eso."

Ella sonrió.

Todo lo que quería hacer entonces era besarla, así que hizo exactamente eso. Oh, tenían un gran lío que limpiar. Disculpas que hacer. Más cosas que decir entre ellos. De eso, estaba muy seguro. Había más obstáculos en su camino que enfrentar, pero el problema número uno era su familia.

Y aún así, cuando la besó... no importó.

Sólo la presión de sus labios, y cómo su boca se abrió para él sin duda, dejándole encontrar el sabor de ella en su lengua. Lo que quedaba del mundo que les rodeaba desaparecía, y él nunca había sido más feliz por ello.

Con un beso, ella lo tuvo de nuevo.

Le devolvió su corazón.

Lo sostuvo tan fuerte.

Bene era bueno con eso.

Sus labios rozaron su barbilla, y luego ella le dio un suave beso en la frente. Bene se quedó así por un segundo, perdido en un espacio donde podían ser sólo ellos dos, y nada más. Donde no tenían que lidiar con todo lo demás todavía.

"Todo lo demás son sólo detalles después de esto", murmuró, "y podemos resolverlos sobre la marcha, si eso es lo que quieres hacer".

"Pensé que el punto de esto era que es lo que quieres."

Bene se enderezó, y se encontró con su mirada con una sonrisa.

"Bueno..."

Vanna le devolvió la sonrisa. "Iré a donde me lleves mientras tú también estés allí".

"Eso es todo lo que necesito saber, entonces."

Algo destelló en sus ojos.

Un cambio total en su comportamiento, en realidad. Pasó de ser feliz y dulce, si no sigue siendo un poco triste, a ser nerviosa en un parpadeo.

No se lo perdió.

Ni le gustó.

"¿Qué es todo eso ahora?"

La mirada de Vanna se alejó de la suya, pero igual de rápido, sus miradas se encontraron cuando sus labios se movieron para formar palabras que él no esperaba oír.

"Estoy embarazada".

"¿Qué?"

Esa parecía ser la única respuesta apropiada. Y la única que su cerebro formó.

"¿Qué?"

Vanna tragó de forma audible. "No fue intencional, por favor no pienses que lo hice a propósito".

Dios, ¿eso es lo que ella asumió?

¿Que estaría enojado?

Bene parpadeó, preguntando: "¿El restaurante?"

Le tomó a Vanna un segundo.

"Sí, creo que sí. No vas a preguntar por... él, o si es el... bueno, el padre?"

Bene sintió la forma en que su rostro cambió ante esa pregunta, cómo su expresión se transformó en algo muy poco amable. Eso es lo que la mención de Mario Detti hizo por él. Ni siquiera estaba celoso del hombre, y el imbécil no estaba libre ahora, de todos modos. No lo estaría por mucho tiempo, si todo saliera bien, y lo estaría.

Aún así, él odiaba a ese bastardo.

"No", dijo Bene en voz alta, "porque sé que no lo es".

La mirada de Vanna se mantuvo firme en la suya. "No dejaría que me tocara". "No se lo merecía. Así que, ¿un par de meses más o menos?"

"Unas nueve semanas, creo."

Huh.

Estaba enfadado por haber perdido nueve semanas.

Enfadado porque esto no podía ser diferente.

Tan jodidamente feliz, también.

Entonces, tuvo otro pensamiento. "¿Por qué no me lo dijiste de inmediato? ¿Por qué esperar hasta después de que habláramos?"

"Porque tenías cosas que decir, y merecías poder decirlas tanto si eran cosas que me dolían como si no. Ya había hecho suficiente... es tu turno."

"No es un *tit for tat*⁵, Vanna."

Y entonces sus manos se deslizaron entre ellas, las palmas cubriendo la extensión de su estómago plano sólo porque podía, y se sintió tan jodidamente bien.

"Hmm", dijo, con un tono lleno de orgullo. "Te amo".

"Yo también te quiero, Bene."

"El asunto del embarazo puede hacer que esto sea un poco más complicado." Vanna sonrió.

Le encantaba eso.

"Pero, ¿importa?"

No.

No, en absoluto.

No.

⁵ La expresión inglesa *tit for tat* significa "represalia equivalente" (toma y daca, tanto "tit" como "tat" son golpes suaves, por lo que vendría a decir "golpea suavemente al que te ha golpeado suavemente"). En ella, un agente que use esta estrategia responderá consecuentemente a la acción previa del oponente.

De ningún modo.

Le dejé caer otro beso rápido en los labios, y agregé: "Es mi familia de la que tenemos que preocuparnos".

Por si acaso se le olvidó.

Porque no lo había hecho.



"¿Qué está haciendo ella aquí?"

Por Dios.

Bene ni siquiera había ayudado a Vanna a salir del coche, y ya había empezado. Marcus salió corriendo de la mansión Guzzi como un hombre en una misión, su mirada se centró en Vanna que estaba dejando que Bene tomara su bolso antes de que ella saliera del lado del pasajero de su Lambo. Siguiendo a su hermano mayor estaba el resto de sus hermanos. La mansión se había convertido en una especie de centro neurálgico para ellos mientras su padre permanecía encerrado, y su madre se negaba a volver a casa hasta que Gian viniera con ella.

"Marcus-

"¿Qué coño estás haciendo con ella, eh? ¿Por qué está aquí, Bene? Sabes que tenemos a la esposa de Chris en la casa, ¿verdad? Los niños. Ginevra también está aquí, y el bebé. ¿Y traes esa maldita cosa aquí esta noche?"

"¡Marcus!"

Su hermano mayor estaba a un metro de ellos, parecía que si no despedazaba a Bene pieza por pieza con sus manos desnudas, entonces podría ir a por Vanna a continuación. Bene no pudo hacerlo, así que se puso rápidamente delante de Vanna, dejando caer su bolsa al suelo mientras su mano se deslizaba detrás de él para apoyarse en su estómago.

Apuntó con un dedo a su hermano. "No te atrevas a tocarla".

Marcus echó humo.

Ojos brillantes.

Puños apretados.

Pura rabia de mierda.

"Bene", susurró Vanna, sus manos metiendo el puño en su chaqueta, "está bien".

No, en realidad no lo estaba.

Excepto que él planeó esto.

Imaginó que sucedería.

Marcus fue quien fue criado por su padre de forma diferente al resto de ellos, en realidad. Claro, todos los hermanos Guzzi tenían una fuerte lealtad a su familia y a sus lazos. Se protegieron entre ellos primero y principalmente.

La cosa era... Marcus no podía ser el mismo.

El primogénito.

El único solo

No tenía un gemelo que lo nivelara como el resto. Nunca tuvo a alguien más que le cuidara la espalda como Bene con Beni, o incluso la forma en que Corrado empujó a Christopher a ser más activo y arriesgado.

En cambio, Marcus tenía la responsabilidad de todos ellos. Lo asumió él mismo, hizo lo que tenía que hacer porque era el hermano mayor, y era su carga a soportar, no es que se quejara nunca. Era más protector, y de alguna manera, las mismas lecciones que ellos habían aprendido llegaron de otra manera para él porque sus reglas siempre habían sido diferentes a las de ellos.

"Marcus, relájate", dijo Corrado, finalmente alcanzando a su hermano.

Los otros pronto le siguieron.

Chris se quedó con su gemelo.

Beni se puso de pie junto a Bene.

Así de fácil, la familia casi parecía dividida en la entrada con dos en un lado, dos hermanos en el otro, y Marcus justo en el medio. Era todo lo que sus padres odiarían. Incluso si la causa era justificable.

No importaba.

"No es lo que somos", dijo Beni como si pudiera leer la mente de su hermano.

"Esto no es lo que hacemos, Marcus, y tú lo sabes."

La mirada penetrante de Marcus voló hacia Bene, a pesar de que su gemelo era el que hablaba, cuando respondió: "¿Sabes qué más no hacemos? ¡Traer a casa a la mujer que hizo que metieran a nuestro padre en la cárcel!"

Bene apretó los dientes. "Yo —"

"¿Es eso lo que has estado haciendo durante el último mes? ¿Persiguiendo su trasero cuando se suponía que nos ayudarías a encontrar algo para mamá y papá? Cada maldita vez que llamé, y no contestaste, ¿verdad?"

Cada frase acercaba a Marcus a Bene hasta que los dos estaban pecho con pecho y ojo con ojo. Otro día, podría preocuparle lo físico que llegó a ser su hermano porque eso no era para nada como Marcus.

Hoy no era lo mismo.

Él lo entendió.

Completamente.

No significó que su postura cambiara.

"Oye, oye", murmuró Chris, rápido en dejar el lado de su gemelo para meterse entre Marcus y Bene, poniendo al menos el espacio de su cuerpo en el medio. "Tomemos un segundo y..."

"¡No necesito un segundo! ¡Necesito que se vaya!"

"Ella es la única razón por la que papá saldrá de la cárcel, Marcus", le dijo Bene a su hermano con la misma crueldad con la que Marcus le habló. "Por ella, ¿sí? Porque ella estaba dispuesta a arriesgarse para ayudarme".

Marcus se enderezó, su mirada se estrechó peligrosamente. "¿Fuiste a nuestras espaldas y trabajaste con la misma perra que nos jodió la primera vez?"

Bien.

Eso molestó a Bene.

"Cuida tu maldita boca antes de que la haga sangrar, Marcus".

Beni se aclaró la garganta, dándole una mirada a Marcus. "No te pases con los nombres, ¿eh? Y no fue sólo Bene. Yo también lo ayudé, y sabía lo que estaba pasando. El tío Tommas también nos consiguió algunos contactos. No podías hacerlo, hombre, y no había manera de que usaras nada de lo que nos dio Vanna, así que relájate".

"La quiero fuera de aquí. Ahora mismo."

"Absolutamente no", respondió Bene.

Marcus levantó la cabeza, mirando a su hermano por encima del hombro de Chris. "¿O qué?"

"O nada, Marcus. Ella está conmigo, y eso es todo".

"Es una maldita rata informante. La trajiste a nuestra familia, y usó todo lo que encontró para hacernos daño. Si crees por un segundo que será bienvenida aquí, estás muy mal informado, Bene. Te daré un minuto para que entres en el coche y te la lleves antes de que yo mismo la saque de esta propiedad".

Bene se echó atrás un poco, más cerca de Vanna que antes. Su mano fue a cubrirle el estómago... ¿Podría explicarle que esto era más grande de lo que Marcus entendía? ¿Le importaría que Vanna hiciera todo lo posible para corregir sus errores?

"Mierda".

La cabeza de Bene voló de lado sólo para descubrir que la suave proclamación de su gemelo estaba puntuada por el hecho de que podía ver la naturaleza protectora de la mano de Vanna sobre la suya. Justo en su sección media. Sólo había una razón por la que alguien sostenía su estómago de esa manera.

Beni miró hacia otro lado, la compresión en su expresión tan clara como el día, pero ya era demasiado tarde. Chris también se dio cuenta, que sólo sacudió la

cabeza con una risa seca mientras miraba al cielo con un murmullo: "¿Hablas en serio, Bene?"

"¿Qué?" Preguntó Marcus.

Bueno...

Ahora o nunca, supuso. "Vanna está embarazada", dijo Bene.

Marcus se quedó en blanco.

Así de simple.

Su cara se convirtió en papel blanco.

No hay nada que ver.

"¿Qué acabas de decir?"

La mano de Vanna se apretó alrededor de la de Bene, pero aún así, se quedó callada. Inteligente, en realidad, considerándolo todo.

Es mejor que ella no se meta en esto ahora y deje que los demás se encarguen. "Bene", dijo Marcus, "¿qué acabas de decir?"

"Ya me has oído".

La mirada de su hermano se interpuso entre él y la mujer que estaba detrás de él. Corrado fue el único que pensó en decir: "Felicidades, hombre".

"Gracias".

"Pero en mal momento", llegó una nueva, pero familiar, voz.

Corrado hizo un gruñido en voz baja, levantando la mano para mostrar la cara en la pantalla de su teléfono en la que estaba conversando por video. O más bien, la llamada en la que debió haber estado antes de que ellos llamaran salió corriendo de la casa. Alessio, su otro cónyuge.

"Como te dijo Corrado", dijo Alessio en la pantalla, claramente divertido, "felicidades y todo".

Sí.

Muy mal momento.

¿No lo sabía?

"Te llamo luego, o llama a Ginny, Les", dijo Corrado.

"Aunque me estaba divirtiendo".

"No digamos que lo hiciste, ¿de acuerdo?"

"No me cuelgues el teléfono, Cor..."

Él hizo eso.

Sin embargo, los pocos segundos que Alessio había usado para hacer una broma claramente los calmaron un poco. El hombre ciertamente no era un Guzzi de sangre, pero pertenecía a ellos de todas formas. Lo demostró una y otra vez, como ahora.

La forma en que sabía cuándo era el momento adecuado para intervenir y mejorar una mala situación. "Bien", dijo Chris, levantando las manos para darle una palmada a Marcus en el pecho, obligando a su hermano a dar un paso atrás con cada bofetada, "tomemos un minuto para respirar... todos nosotros. Esperamos a que mamá llegue a casa con papá, cuando por fin lleguen a ver a un juez sobre la posibilidad de otra audiencia de fianza, al menos hasta que los cargos se retiren debidamente, y entonces nos sentaremos de nuevo y revisaremos todo esto, ¿sí? Dejemos que lo averigüen primero, ella todavía está en el ático de la ciudad, pero dijo que llamaría tan pronto como ella obtuviera el permiso para bajar y buscar a papá. Entonces, revisaremos esto".

"No hay nada que revisar", dijo Bene, "ella es mía, la amo. Se queda conmigo".

Marcus todavía miraba con desagrado.

Excepto que ahora, Bene sabía que las cosas habían cambiado.

Un bebé lo cambió todo.

Hizo esto escrito con sangre.

Y su bebé seguía siendo un Guzzi, sin importar quién diera a luz al niño.

Marcus siempre iba a ser Marcus.

Era quien era.

El hombre que su padre hizo.

Protegería a un Guzzi sin importar qué.

Hasta el día en que muriera.



"Caroline, sí", dijo Ginevra, "una especie de obra sobre el nombre de Corrado y su madre, pero con un pequeño giro que también le gustó a Les".

"Me encanta ese nombre." Vanna sonrió al bebé de once meses que actualmente va de silla en silla en la pequeña mesa de comedor que sus padres usaban en su gran cocina cuando querían un lugar más íntimo para comer con sus hijos. Nunca dejaba ir a uno antes de pasar al otro, no confiaba en sus piernas todavía. "Y es tan hermosa".

"Como su madre", añadió Valeria. "María, no tomes otra galleta de esa sartén. He visto lo que estabas haciendo, *princesa*."

Incluso con todo su italiano fluyendo constantemente, o normalmente, Valeria todavía se aferraba a sus raíces mexicanas. Sin embargo, pensó que era bueno para su hija, porque la chica obtuvo el italiano de Chris, un poco de francés de su padre y de Marcus, el español de su madre y el inglés de todos los demás.

"Pero sólo tomé uno para papi".

Valeria frunció los labios. "Pero, ¿lo hacías realmente, sin embargo?"

"Bueno..."

"María", amonestaba su madre.

"¡De todas formas me habría dejado tenerlo!"

Las risas de las damas iluminaron la cocina.

Desde su posición en la puerta de entrada a la cocina, Bene sonrió en la escena, pero no se movió más adentro donde pudiera ser notado. No quería espiar, pero después de que Christopher le obligara a dar un paseo por la propiedad para charlar mientras Corrado llevaba a Marcus a la oficina de su padre para su propia conversación, Vanna prometió que estaría bien sentarse sola.

Él no lo creyó así.

Su hermano no le dio opción.

Descubrió que ella estaba bien y aparentemente se hizo amiga de los cónyuges de Chris y Corrado. Valeria, que siempre tenía que estar cocinando algo para mantener sus manos ocupadas, y Ginevra, que nunca se retrasaba en ese aspecto, tenían toda una mesa llena de dulces horneados, al parecer.

Para quién, no lo sabía.

Por el aspecto de las manos de Vanna llenas de harina, ella se había unido. Y probablemente le encantaba, también.

Después de su paseo, pensó que Vanna querría que la salvara de cualquier conversación incómoda que encontrara en ese momento, pero parecía que lo estaba haciendo bien. Además, ¿no necesitaría algunos amigos en esta familia?

Antes de que pudiera convencerse a sí mismo de lo contrario, porque Dios sabía que la quería toda para él, Bene se puso en marcha y se adentró en la mansión. Al poco tiempo, se encontró de pie en la sala de estar que conectaba su antiguo dormitorio con el de sus gemelos. No es de extrañar que Beni estuviera cerca de las ventanas mientras hablaba por teléfono con su esposa que lo esperaba en Chicago.

"Sí, pronto, Aug", dijo Beni, "una vez que tengamos todo arreglado aquí... nah, creo que te gustará, y es exactamente lo que pensé que estaría considerando".

Bene sonrió un poco.

Su gemelo... siempre es el primero que le cubre las espaldas. Incluso cuando era una mierda.

Bene aclaró su garganta, ganándose la atención de su hermano por el momento. Beni lo miró por encima del hombro, pero rápidamente volvió a su llamada con un, "Vale, yo también te amo, nena".

"Me sorprende que ella no esté aquí también".

Su hermano se encogió de hombros mientras se embolsaba el móvil y se giraba para mirarle. "Está trabajando en un artículo y tiene un montón de entrevistas que hacer para ello... algunas de ellas podrían hacerse por teléfono, pero otras eran

mejores en persona. No quería que sacrificara eso por algo que estábamos manejando, ¿sabes? Además, ella llama a mamá todos los días sólo para hablar con ella acerca de cualquier libro que están leyendo actualmente. "

Huh.

"¿Leen el mismo libro?"

"Sí, Aug escoge uno y luego Ma escoge el siguiente."

Bene asintió. "No sabía eso".

"Es lo suyo, ya sabes".

"A Vanna podría gustarle ese gran fan de las críticas de Ma, y todo eso."

Beni se rió, diciendo: "Se lo haré saber a August. ¿Dónde está Vanna, de todos modos?"

"En la cocina con Val y Ginny y los niños."

"¿Ah, sí?"

"Parece que les gusta."

Era sólo... todos los demás.

Sí.

Beni, viendo los nervios en las manos temblorosas de Bene, dijo: "Dale a Marcus un poco de tiempo, ¿eh? Se relajará y se pondrá en línea con el resto de nosotros. Sólo necesita resolver la mierda en su propia cabeza antes de que entre en razón, eso es todo. Han sido un par de meses difíciles para él".

"No importa si lo hace o no. Ella es mía de todos modos."

"No, claro", Beni estuvo de acuerdo, "Estoy seguro de que estás más preocupado por mamá y papá".

Bene se puso de pie, aclarando el nudo de su garganta. "Un poco, tal vez."

"No lo estés."

Es más fácil decirlo que hacerlo.

"Marcus se dirigió a la ciudad para pasar la noche y se quedará en su ático, supongo." Vanna no se perdió la forma en que la mandíbula de Bene apretó la declaración de Chris.

"Porque tiene cosas que hacer allí, o está enfadado..."

"Oh, no, sigue enfadado."

Bene gruñó en voz baja. "Está bien, gracias".

"Mmmm. Que duermas bien. Con suerte, papá saldrá mañana".

"Bien, bien."

Sobre el hombro de Bene, Chris llamó: "Buenas noches, Vanna".

Consiguió una sonrisa desde donde se sentó a los pies de la cama en el dormitorio de Bene. "Gracias, a ti también".

Bene cerró la puerta detrás de su hermano, pero claramente no se había perdido el cambio de tono de Vanna cuando se dio la vuelta para preguntar: "¿Estás bien?"

Se encogió de hombros, concentrándose en sus manos dobladas en el regazo. Después de tirar de la ropa para dormir de su vestidor, una camiseta de gran tamaño y un par de boxers, sólo quería meterse en la cama y olvidar que todo este día había pasado.

"Esta noche se suponía que iba a ser muy diferente para mí".

Un nuevo marido.

Una cama que no quería.

Una vida que no sería suya.

Y ahora, aquí estaba.

"Es mucho para asimilar", admitió.

Bene cruzó el espacio entre ellos, rodeando la cama para venir y pararse frente a ella. Sus manos cayeron sobre sus muslos, e instantáneamente, ella abrió sus piernas para que él pudiera caber entre ellas. Levantando la cabeza, los dos se tomaron un momento para mirar en silencio antes de que él fuera el primero en romperla.

"Todo depende de ti ahora. Lo sabes, ¿verdad?"

"Por ahora, tal vez, hasta que tus padres..."

"Vanna".

Ella respiró hondo ante la fuerza de su mirada. "Mientras quieras estar aquí conmigo, ahí es donde vas a estar. No importa lo que pase. Sin importar lo que nadie diga. Así es como va a ser."

Lo hizo sonar simple.

Se preguntaba si lo sería.

"No deberías pelear con tu familia por mí, Bene. No estoy seguro de que valga la pena".

Y no lo valía.

En verdad.

No después de todo.

"Excepto que tú vales el mundo y más para mí".

"Pero no para ellos. Para ellos, yo sólo..."

"Mía", dijo con fuerza, apretando sus muslos al mismo tiempo para dejar claro su punto de vista. "Para ellos, tú eres mía. Y eso es lo que importa, Vanna. Lo prometo, y puede que no sea fácil al principio, pero lo conseguiremos. Sólo confía en mí".

"Quiero creerte. Te creo."

Pero todo lo que había sido suyo se lo quitaron de una forma u otra. Una madre que nunca había conocido. Un padre que no estaba segura de haber comprendido. Una vida que podría haber sido tan diferente. Y casi un futuro, también.

Ella lo quería, sin embargo.

Bene.

Más que nada.

Ella eligió querer algo, y estaba dispuesta a dar cualquier cosa por tenerlo.

Vanna no pretendía ser la víctima, ya no. Hizo cosas terribles por una causa que ni siquiera era suya, y fue lo suficientemente egoísta como para querer mantener a un hombre que sabía que había herido. Ella no era la buena aquí... era una villana que quería su final feliz. Y aún así, ella quería creerle que tal vez había algo lo suficientemente digno en ella para tener una segunda oportunidad, para empezar de nuevo como alguien mejor.

Para ser suya.

Bene se inclinó lo suficientemente cerca de ella como para que su cuerpo se aplastara contra el de ella, mientras sus manos se apoyaban en el pecho de su camisa de vestir. Sus labios encontraron los de ella, palabras susurrando a lo largo de la costura de su boca de la manera más perversa, pero prometedora. "Entonces confía en mí, Vanna".

Ese susurro se transformó en un beso que iluminó cada nervio de su cuerpo de una sola vez. No hizo falta nada en absoluto, sólo sus labios bailando a un ritmo suave antes de que su lengua encontrara el camino hacia la de ella, acuchillando con fuertes golpes que ya la tenían mojada entre los muslos. Porque ella sabía lo bien que su boca se sentiría una vez que estuviera en su coño de nuevo.

Dios.

Había pasado demasiado tiempo.

"¿Quieres eso, yo?" preguntó cuando su boca le rozó la mandíbula. "¿Quieres que te coja ahora, Vanna?"

"Jesús, sí, por favor."

Eso era todo lo que Bene necesitaba oír. Sus manos ásperas y rápidas le arrancaron la ropa de su cuerpo y ella sólo quería más. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando cayó en la cama, y él se tomó su maldito tiempo arrastrando sus bragas por sus muslos, dejándola abierta y desnuda cuando se levantó.

Ella no había olvidado lo que se sentía al estar bajo el peso de este hombre y su pasión, pero aún así le encantaba cómo se las arreglaba para acercarse a ella cada vez. Escuchó el tirón de su cremallera cuando se inclinó hacia sus manos. Encontró su beso de nuevo, tan caliente y pesado como lo había sido hace unos momentos antes de que se alejara.

Vanna sólo respiró una fuerte bocanada de aire antes de que Bene estuviera entre sus muslos. Sus manos, en puños en las sábanas, se fueron rápidamente para encontrar su oscuro cabello mientras su lengua la acariciaba desde la raja hasta su clítoris, y luego su lengua encontró un rápido ritmo que golpeaba contra el ya palpitante nudo.

Sabía cómo hacerla volar.

Tan condenadamente rápido.

"Joder, joder, joder... Bene".

Sus palabras salieron así.

Alto.

Rota.

Maldiciones ininteligibles de su nombre. Porque lo maldecía por ser la única cosa en el mundo capaz de quitarle todo lo que ella pensaba que era y hacerla mejor aunque sólo fuera por él. Maldito sea él por hacerla sentir tan jodidamente bien, también.

Fue el repentino roce de sus dientes a lo largo de su clítoris lo que hizo que Vanna se cayera por el borde. El orgasmo llegó rápido, un grito se le metió en la garganta cuando su espalda se arqueó de la cama. Ella todavía temblaba y susurraba su nombre cuando él se deslizó por su cuerpo, ya bajándose los pantalones para salir de ellos. Oh, se detuvo el tiempo suficiente para besar el punto debajo de su

ombbligo, una sonrisa suave y brillante tirando de esos labios suyos, antes de que estuviera sobre ella de nuevo.

Vanna tomó su violento beso, y encontró su polla apretada entre sus cuerpos con las palmas de sus manos, acariciando rápidamente su dura polla.

"Vanna, maldita sea..."

Ella juró que su nombre era una oración en su boca.

Él la adoraba siempre.

Eso, más que nada, la sacó como nada más lo haría. Había algo en el hecho de saber que ella le quitaba todo el control así, que la hizo subir hasta el cielo.

Los brazos de Bene se engancharon alrededor de sus muslos, tirando de sus piernas a lo largo y ancho mientras arrastraba su polla contra su rendija, dejándole sentir un poco de su calor resbaladizo antes de que sus caderas se abrieran de par en par. La llenó por completo y la estiró con un solo empujón, haciendo que ella lo soltara para que su palma pudiera descansar contra las crestas duras de su tonificado estómago mientras él la follaba fuerte y profundamente.

Rápidos golpes que hacían temblar sus cuerpos.

Su corazón se aceleró.

Y el dolor de su coño.

Ella necesitaba correrse, y él lo sabía. Bene soltó una de sus piernas para usar su pulgar para acariciar a lo largo de la costura de su sexo donde su polla seguía llenando su coño. Y entonces él estaba dando vueltas rápidamente con ese mismo pulgar contra su clítoris, usando su propia humedad como lubricante para que ella se sintiera y sonara más mojada que nunca.

"Joder, sí, quiero que se corra ese coño, Vanna".

Todas sus palabras sucias.

Esas oscuras promesas.

Por supuesto, ella se vino de nuevo.

Más duro que nunca.



El brazo de Bene se apretó alrededor de la cintura de Vanna donde estaban a la derecha, en la escalera curva de la gran entrada de la mansión. Tres escalones más arriba, Beni y su esposa esperaban con ellos. Abajo, frente a las puertas principales, Marcus y Corrado estaban en un tenso silencio. Aparentemente, cualquier discusión que los dos habían tenido hace unos momentos en tono silencioso había terminado, y se sentían cómodos con la idea de fingir que el otro no existía en ese momento.

Hermanos, había dicho Bene, es normal.

Ella no sabía si eso era cierto.

O si era una vez más, los hermanos estaban discutiendo sobre ella, o su presencia en la mansión. No había dejado la casa una vez que Bene la trajo, aunque la esposa de Christopher le había traído algo de ropa para usar, pero se aseguró de quedarse con él siempre que pudiera. Y no porque pensara que alguien pudiera hacerle daño, sino porque no quería que ninguno de ellos se sintiera incómodo con ella.

¿No había hecho suficiente? Ya era incómodo. ¿Por qué empeorarlo?

Además, estaba a punto de empeorar, de todos modos.

Todos los ojos se dirigieron a la puerta principal de la mansión cuando se abrieron, y Chris entró primero. Justo detrás de él vinieron su madre y su padre. Vanna estaba seguro de que esperaban volver a casa para una celebración, o algo así. O al menos, felicidad. Después de todo lo que habían pasado con el hombre que estaba en la cárcel, su futuro incierto, este debería haber sido un día maravilloso.

En cambio, lo primero que pasó cuando la pareja entró por la puerta principal de su mansión, regresando con sus hijos mayores y nietos jugando en una habitación de conexión, fue mirar hacia ellos. Directamente a ella y a Bene.

Gian levantó la barbilla, la línea dura de su mandíbula se flexionó al morder las palabras. Ella no necesitaba que él dijera esas palabras para saber que estaban en la punta de su lengua. El calor que ardía en su mirada, prácticamente clavándola en el suelo, lo decía todo.

El brazo de Bene se apretó a su lado.

"Entonces, ¿lo que Chris explicó de camino aquí es verdad?" preguntó Gian.

"Depende de lo que haya dicho", respondió Bene.

Chris dejó caer un puñado de bolsas al suelo de mármol. "Todo".

"Oh, y Tommas llamó, Bene."

Bien.

El hombre, el tío de los hermanos Guzzi, que ayudó a Beni y a Bene a poner en práctica la información que Vanna le envió sobre la Camorra y el policía corrupto.

Básicamente, todo eso, entonces.

Lo sabía todo.

"Aunque entiendo que te consideres enamorado de..."

"Gian", dijo Cara en voz baja.

El estómago de Vanna se revolvió, amenazando con derramar lo que quedaba de su desayuno después de su primera ronda de vómitos esa mañana. Al menos, Bene había estado allí para sujetarle el pelo y hacerla sentir mejor después. Se deshizo del vómito, rogando a su cuerpo que no la traicionara.

Eran sólo nervios.

Ella podía manejar eso.

Su mirada voló hacia su esposa instantáneamente. "La trajo aquí".

"Mira", murmuró Marco a Corrado a su lado.

"Cierra la boca", respondió Corrado.

"Bien..."

"Ya basta", dijo Cara a los dos, y luego a Gian, "no tomes decisiones precipitadas; porque claramente no lo hizo".

"¿No crees que algunas de las cosas que hizo fueron precipitadas?"

"Basta. Piénsalo, Gian. Todo lo que hizo, habría sabido lo que significaba traerla aquí, así que considera que significa algo, y deberíamos discutirlo antes de que digas algo que no puedas retirar. ¿Nuestro hijo no vale eso? Y la otra cosa que Chris nos dijo, tenemos que considerar eso también, ahora."

¿Qué otra cosa?

Vanna sabía que no debía preguntar.

Aún no es el momento.

"Eso no es justo, bella".

"Gian."

"Cara-"

"Hablares, y luego podrás hablar todo lo que quieras", dijo la mujer, sin dar lugar a discusiones. "Por favor, Gian."

"No cambiaré lo que pienso o siento."

Cara sonrió suavemente. "¿Oh, es eso lo que piensas?"

"Sé lo que sé, y eso es más que suficiente."

"Exactamente, lo que sabes... pero no los conoces."

Gian se puso visiblemente tieso. "Yo—"

"Hablares, y entonces podrás hablar", repitió, "por favor".

Él suspiró, mirando a Bene y Vanna de nuevo con el tiempo suficiente para verle dar un beso rápido en la sien. "Bien, hablaremos primero".

"Bien. Echo de menos mi biblioteca. Vamos."

"¿Ahora mismo?"

"No hay mejor momento, Gian."

Eso fue todo.



"Siempre tuviste que hacer todo diferente, ¿no es así, hijo?"

Las risas de Bene resonaron para llegar al lugar de Vanna en el pasillo. Aún no la habían invitado a la oficina de su padre, pero sabían que estaba allí. No era como si estuviera espiando, ni nada.

"No podías hacer las cosas fáciles... ni una sola vez", añadió Gian. "Desde el día que aprendiste a caminar, sentí que te perseguía constantemente. Bueno, a los dos."

"¿Dónde está la diversión en algo fácil?" preguntó Beni.

"Me da menos canas."

"Sí, bueno..."

"Para que se sepa", continuó Gian, "y para que Marcus no me mastique la cabeza después, nadie se impresiona por cómo se produjo esto. Pero como hay circunstancias especiales aquí, y tu madre me encerró en una habitación para hacerme escuchar todo lo que tenía que decir sobre todo esto, tenemos que tomar otras decisiones. Tenemos muchas cosas que discutir, pero también vamos a hacerlo respetuosamente".

"O intentarlo", respondió Marcus.

"No, lo haremos".

Un suspiro respondió a eso.

La conversación continuó. En su mayor parte, Vanna siguió, escuchando a un padre actuar como árbitro entre sus hijos cuando las cosas se calentaron como cuando llegó a la mansión con Bene. Excepto que, al parecer, con su padre allí, todos los chicos de Guzzi eran más propensos a calmarse cuando se les decía.

"A menudo trato de no intervenir cuando tienen este tipo de momentos. Gian siempre manejó a los chicos mejor solo que conmigo tratando de pisarle los talones y recordarle que primero sea un padre, y segundo su jefe."

Vanna se dio vuelta, aturdida por la tranquilidad con la que la madre de Bene se las arregló para bajar al pasillo sin que se diera cuenta de que estaba allí. O tal vez fue porque estaba mucho más concentrada en la conversación que se desarrollaba en la oficina.

Cara, con un vestido de bígaro que llegaba al suelo, con su pelo rojo suelto en suaves ondas, no parecía una mujer que hubiera pasado meses preocupada de que su marido no volviera a ver el exterior de una celda de la cárcel. No había dicho una palabra a Vanna después de volver a su casa ese día, pero no se lo tomó como algo personal.

A veces, uno necesita un momento.

Sólo un momento para respirar.

Estaba segura de que eso era lo que Cara había hecho.

"¿Hacen esto a menudo?" preguntó.

Cara se encogió de hombros cuando se paró junto a Vanna, a un par de metros de las puertas abiertas de la oficina. Se ocupó de enderezar algunos de los artículos de la mesa decorativa y reorganizó las rosas que habían sido colocadas en un jarrón cerca de la esquina trasera. "Cuando sea necesario, creo. Esta es... una circunstancia especial."

Era un hábito para ella disculparse, ahora. Sentía que cuanto más lo decía, más le creían. Además, disculparse era lo único que podía hacer por ellos después de todo. Esta vez no fue la excepción.

"Lo siento", murmuró Vanna.

Cara sonrió a su manera. "¿Amas a mi hijo?"

Se arrastró con un aliento ardiente. "Más de lo que puedo explicar."

"Sabes", dijo Cara, levantando la frente mientras cruzaba los brazos sobre su pecho, "Pensé que era tu cara la que me recordaba a alguien la primera vez que te conocí, pero no fue así en absoluto".

"¿Oh?"

"No, era lo que estabas haciendo. Acercándote, mintiendo para hacerlo, y esperando usarlo contra nosotros. Fue lo mismo que tu tía le hizo a mi marido, y aunque no estaba cerca cuando eso pasó, sabía lo suficiente de él para sentirlo."

"Yo—"

Cara ni siquiera le dio la oportunidad de hablar antes de agregar, "Excepto que había algo diferente en ti, y me confundió. Porque sentía esa parte de ti que podría hacernos daño, y también vi algo más en ti... algo cambió cuando lo miraste. Y no podía ignorar eso, así que me hizo pasar por alto el resto".

"No quiero ser como mi tía en absoluto."

Realmente no lo hizo.

Ya no.

"No puedes ser como ella", Cara respondió simplemente, "porque no podía amar, Vanna, y nunca trató de ayudar cuando sólo quería hacer daño".

"Gracias".

Antes de que Cara pudiera responder, escuchó a Gian decir dentro de la oficina, "Hazla pasar, hijo".

Cara asintió con la cabeza hacia la puerta con una de esas sonrisas inteligentes. Bene salió al pasillo, con la mirada entre su madre y Vanna. Le ofreció su mano, y ella no dudó en cogerla. Vanna acogió a la gente de la oficina, sólo a su padre y a sus hermanos. Abajo, sabía que las mujeres y los niños se mantenían ocupados. Una parte de ella quería estar ahí abajo. Aunque sólo fuera porque era más fácil ser un cobarde.

"Siéntate", dijo Cara, uniéndose a ellos antes de ir a pararse detrás de su marido donde actualmente se sienta en el gran escritorio que domina la habitación. "Y entonces podemos ir todos abajo y averiguar qué es lo que ese delicioso olor es".

"Siéntate", instó Bene.

Dejó que la llevara a las sillas opuestas al escritorio. Él tomó una, y ella la otra. Ella mantuvo sus manos cruzadas en el medio, pero Bene se acercó para agarrar su pierna temblorosa, la presión de su palma contra su muslo vestido de jean más que suficiente para calmar sus nervios antes de quitarle el toque.

Sí, ella lo quería de vuelta.

Aún así, se mantuvo callada.

Ahora no era el momento.

Sólo una vez que todos se acomodaron en sus lugares Gian decidió hablar, y Vanna estaba un poco agradecida por ello porque no tenía la menor idea de cómo empezar. Una parte de ella todavía se preguntaba qué estaba haciendo aquí.

¿Por qué la dejaron estar en su casa?

¿Después de todo?

"Empecemos desde el principio", dijo Gian, "y Vanna, sospecho que eso empieza contigo. No dejes nada fuera, ¿hmm?"

Respiró hondo. "Claro".

"Cuando estés lista, entonces."

Amable.

Respetuoso.

Todas las cosas que la familia Guzzi parecía abarcar, e incluso frente a alguien que sólo tenía la intención de hacerles daño, le ofrecieron esas cosas primero. No se le escapó a Vanna, y en todo caso, su silencio mientras hablaba, explicando cómo había llegado a ser todo esto, la hizo sentir más culpable de lo que creía posible.

Sin embargo, estaba bien.

Se lo merecía.

Lo aceptó.

"Hay muchas maneras en las que me gustaría pasar mi primer día en casa con mi esposa después de todo", dijo Gian, con una expresión neutral mientras Vanna terminaba, "pero esta ciertamente no fue una de ellas, sin ofender".

Ella asintió. "No me ofendo."

"¿Parece que tenemos mucho que aclarar, oui?"

Dios.

Si Vanna pudiera encogerse en la silla de la oficina, y no ser vista nunca más, podría ser la mejor opción que la forma en que se sentía en ese momento con Gian

Guzzi sentado al otro lado de la habitación. No porque la hiciera sentir incómoda, sino porque después de una hora de admitir cada uno de sus secretos al hombre, y toda la mierda que le había hecho a él y a su familia... bueno, Vanna nunca se había sentido más avergonzada.

Pasaron un par de días antes de que el hombre fuera finalmente liberado. Aparentemente, unos pocos papeles desaparecidos podrían mantenerlo tras las rejas más tiempo de lo que nadie pensaba. Luego, llegó a casa con su esposa a su lado, la primera vez que ella llegó a casa y se quedó desde el arresto de su marido, si Vanna creía lo que los demás le decían.

De pie detrás de su marido, la madre de Bene mantuvo sus manos pegadas a sus hombros durante toda la conversación.

Parecía un pilar de la familia.

Vanna no se sorprendió.

Las mujeres tendían a ser las más poderosas.

Dieron vuelta al mundo.

Los hombres simplemente le siguieron la corriente.

"Sabes", dijo Gian, aclarando su garganta mientras su mirada se dirigía a Marcus que estaba cerca de las ventanas de la oficina, claramente infeliz, "hubo un tiempo en que pensé que amaba a Elena".

Vanna se estremeció.

No pudo evitarlo.

"Todo lo que ella hizo, por supuesto", añadió Gian rápidamente, agitando una mano como para descartar la noción de que él podría haber amado verdaderamente a su tía muerta, "porque ella lo orquestó todo. Desde tropezar conmigo en un restaurante, hasta las mentiras que dijo sobre quién era y qué quería de mí. En cambio, usó esas cosas que le confié para alejarse de un hombre que odiaba, y luego me dejó en la estacada durante años mientras yo sentía que nunca tendría la oportunidad de estar con alguien a quien amara por completo. No podía estar con alguien más cuando ya estaba casado con ella, después de todo. Hasta que apareció Cara, es decir."

Cara sonrió brevemente, inclinándose para besar al hombre en la parte superior de su cabeza antes de enderezarse como si no se hubiera movido en absoluto.

"Sin embargo, con Elena, nada fue nunca verdad, e incluso después de las cosas que nos hizo a mí y a mi familia... la habría perdonado por todo, si me hubiera amado de la forma en que yo creía que la amaba. Eso es lo que pasa con el amor, cuando es real, entonces nada más importa. Encuentras una manera de hacer que funcione, no te da otra opción."

A su lado, Bene extendió sus dedos alrededor del brazo de la silla. La palma de su mano se presionó contra la de ella, el calor se apoderó de su mano y la enderezó

casi instantáneamente. Sus dedos se entrelazaron, y así, ella se sintió nuevamente asentada.

Mejor.

La hizo mejorar.

"Nada fue nunca real con Elena", dijo Gian, todavía mirando a Vanna mientras hablaba a pesar de todos los demás en la habitación, "y así no había nada para hacer el trabajo. Creo que ahí es donde ustedes dos difieren, ¿no es así?"

"¿Cómo se supone que vamos a confiar en ella cuando...?"

"Calla, Marcus".

El hombre de las ventanas se calló al instante.

"Lo siento", susurró Vanna.

Detrás de su gran escritorio, Gian asintió con la cabeza. "Entiendo que incluso en detrimento de ti misma, hiciste lo que pudiste para ayudar a arreglar tus errores, y aunque podría ser rápido en castigarte por lo demás primero... me inclino a aprender del pasado, y de los errores que dejé allí."

Miró a su esposa, preguntando, "¿Qué es lo que dices que hace esta familia, cara mia bella?"

Cara sonrió. "Perdonamos, amamos."

"Lo hacemos porque así es como se enseña a los demás." Gian miró a Marcus otra vez, el otro hombre se quedó tieso en su posición frente a las ventanas. "Algo que todavía tienes que aprender, aunque tu razonamiento para no querer hacer ninguna de las dos cosas es justificable. Aún así, permanecemos juntos, o peleamos y nos despedazamos en nuestro camino, ¿sí?"

Le tomó a Marcus un segundo.

Y luego, dos.

Finalmente, con una fuerte exhalación, murmuró, "Sí, papá".

La mirada de Gian se dirigió a Bene mientras decía, "También he oído que tenemos otras noticias que compartir. Algo... más feliz, aunque tú lo sepas mejor. Y Bene, tú lo sabes mejor".

¿Qué?

Las mejillas de Bene se enrojecieron.

Vanna casi se rió.

"Eso no fue intencional", empezó a decir.

"Y sin embargo, aquí estamos".

"Bien..."

"Ya lo sabemos", dijo Cara detrás de Gian, su atención se dirigió a Vanna, y luego a su estómago, donde una de sus manos se mantuvo plana contra su cuerpo, "porque Christopher nos lo dijo".

"Oh".

"No guardo secretos", dijo Christopher desde el fondo de la habitación.

"Sí, lo sabemos." La respuesta de Corrado salió seca y cansada. "Por eso nadie te dice nada, hombre."

Nadie se volvió a mirar a los dos.

"Podía haber guardado ese secreto un poco", volvió Bene.

"No, probablemente no."

"Bene", instó Gian, "menos ellos, más yo, por favor".

"No soy un niño."

"No, aparentemente, vas a tener uno."

Sí.

Ahí estaba.

Bene se rió en voz baja. "Sí, así que también está eso. Y sé que probablemente eso es lo que más te molesta, pero..."

"Te casarás antes de que nazca el niño."

La cabeza de Vanna se levanto.

También la de Bene.

Gian levantó la frente a los dos. "No es negociable. Es nuestra manera, y no tendré más razones para que los hombres de esta familia instiguen a tener problemas con mis hijos, tampoco, y esto haría absolutamente eso siendo ella quien es."

El hombre se encogió de hombros, añadiendo, "Y creo que debería quedar claro que el niño es la única razón por la que estamos sentados aquí ahora mismo haciendo esto en lugar de otra cosa que sería una respuesta mucho más apropiada a tus acciones contra mí y los míos, jovencita. Fue mi esposa... y su recordatorio de que todos hemos tomado decisiones en nuestra vida que hieren a los que más intentamos proteger, lo que me hizo estar dispuesto a sentarme con usted. En cualquier otra situación, no ofrecería mi perdón ni una segunda oportunidad. Y puedes esperar que nadie más en nuestra familia quiera hacer lo mismo. No tienes nuestra confianza, Vanna, y tú tampoco, hijo, por quién está a tu lado. Esas son cosas que tienes que ganarte de nuevo ahora. No puedo dártelas, Bene".

"Lo sé, papá".

"Bien, y en cuanto al resto..."

Sus pulmones le dolían con cada respiración.

Sin embargo, a Gian se le debía su momento.

"Un matrimonio lo resuelve", continuó, "y el niño lo consolida. Es un niño Guzzi de todas formas, y cuando le das a la madre el apellido, también, nuestra línea se aclara. Y a menos que haya una razón por la que ustedes dos prefieran no casarse, entonces..."

"No, sí", dijo Bene, tropezando con sus palabras mientras Vanna seguía tratando de encontrar las suyas, "sí, quiero casarme con ella, por supuesto que sí".

"Bien", respondió Gian.

"¿Vanna?" Cara habló, entonces. "Porque nadie pensó en preguntarte, supongo."

Ella sonrió.

Cara le devolvió la sonrisa.

"Sólo quiero estar con Bene."

Para siempre.

Nunca se habían dicho palabras más verdaderas.

Al menos, no de ella.

La mano de Bene se apretó alrededor de la suya, y con un firme tirón, la hizo inclinarse más cerca para poder darle un beso en la sien. "Me tienes."



Nos ocuparemos del resto más tarde.

Porque habría un más tarde, ahora.

Deberían haberla enviado corriendo.

Matarla.

Después de todo lo que les hizo, los Guzzi deberían haberla enterrado en una tumba poco profunda donde nadie supiera que se pudrió, y su nombre se convirtió en polvo en el viento. En cambio, porque una chica se enamoró de un chico... uno de los suyos, la dejaron quedarse.

Prometieron perdonar.

Si tú haces lo mismo, Gian le dijo. Porque tú debes hacer lo mismo.

El tenía razón.

Esos pensamientos persiguieron a Vanna a través de la mansión Guzzi con cada paso que daba, sus risas volando sobre su hombro cuando Bene casi la alcanzó cuando dobló la esquina al final del largo pasillo del segundo piso.

La nostalgia de esto no se le escapó. La familiaridad de todo esto la consoló como nada más podía hacerlo porque todo era diferente ahora. Tenían un camino por recorrer, estaba segura. No le llevó ni un día dañarlos, y tampoco pensó que se arreglaría tan rápido.

Vanna no era estúpida.

Ni tampoco egoísta.

"¿Me lo vas a poner fácil o qué?" Bene llamó detrás de ella.

Guiñó el ojo por encima del hombro. "Nunca".

No querría que fuera fácil, de todos modos. La persiguió así una vez. Ella dejó que la atrapara, entonces. Sólo que, eso había sido por razones completamente diferentes.

Algunas cosas no cambiaron, sin embargo.

Como cuando la atrapó.

La besó.

Esas cosas siguieron siendo las mismas.

Completamente perfectas.

Como ellos.

Incluso si todo lo demás todavía necesitaba trabajo.

Eso también estuvo bien.

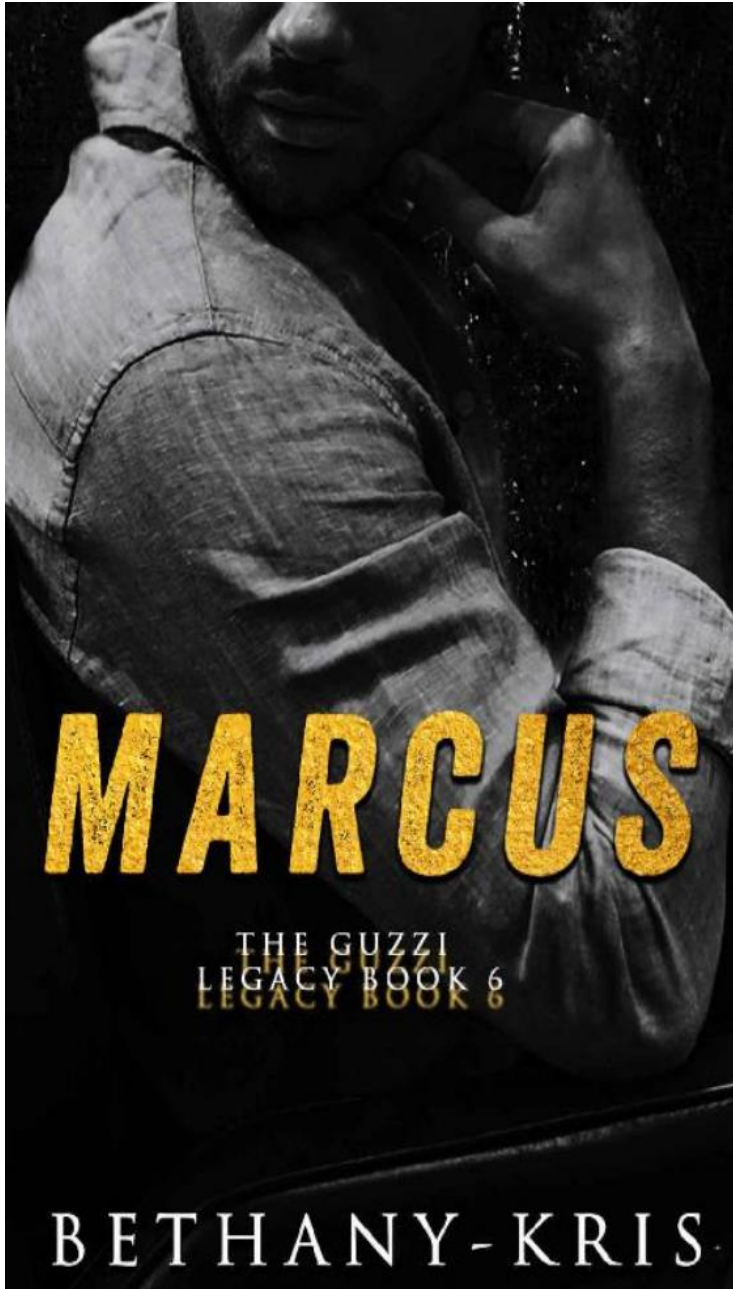
No le importaba hacer el esfuerzo.

FIN

SWEET HEART BOOKS

PROXIMAMENTE

MARCUS



Cuando caer es fácil, la gente a menudo se olvida del choque.

Ha llegado el momento de que Marcus Guzzi dé un paso adelante en su derecho de nacimiento. Es el primogénito, el próximo jefe que se hará cargo de la mafia de su familia y nunca ha estado más preparado. Con un MC invadiendo el territorio Guzzi, las expectativas de la familia siguiéndolo, y más responsabilidad sobre sus hombros que nunca, ¿qué se añade a su creciente lista de deberes cuando su padre le pide un favor? No esperaba que ese favor trajera consigo una mujer que no puede ignorar.

Cella Marcello es muchas cosas. Una madre soltera. Hija de un antiguo subjefe de Nueva York. Una diseñadora de interiores muy solicitada. Viuda. ¿Lo único que ha aprendido de la vida después de todo lo que ha pasado en la suya? Seguir adelante, y ella también. Cuando un contrato para un diseño de ático la lleva a Toronto, no está lista para el hombre magníficamente peligroso que la espera allí para asegurarse de que tiene todo lo que necesita. Incluso si lo que necesita es él.

Marcus es todo lo que ella nunca quiso antes. Ni siquiera estaba buscando a alguien como ella. Cuando los traumas del pasado tomen protagonismo, estos dos tendrán que decidir si la oportunidad del para siempre vale el riesgo.

Libro 6 – The Guzzi Legacy

**ORDEN DE LECTURA RECOMENDADA SOBRE LOS LIBROS DE
COMMISSION WORLD DE BETHANY-KRIS**

Commission World

PRIMERA GENERACION

Filthy Marcello

0.5. Antony

1. Lucian

2. Gio

3. Dante

3.5. A Very Marcello Christmas

3.6. Legacy (Segunda Generación)

The Chicago War

1. Deathless & Divided

2. Reckless & Ruined

3. Scarless & Sacred

4. Breathless & Bloodstained

4.5. Maldives & Mistletoe

DeLuca Duet

1. Waste of Worth

2. Worth of Waste

Guzzi Duet

1. Unraveled

2. Entangled

SWEET HEART BOOKS
Donati Bloodlines

1. Thin Lies
2. Thin Lines
3. Thin Lives
- 3.5. Behind The Bloodlines

Historia Independiente

Inflict

SEGUNDA GENERACION

Historia Independiente

Captivated

Dirty Pool

Effortless

Pretty Lies

Cross + Catherine

1. Always
2. Revere
3. Unruly
- 3.5. Cross Y Catherine The Companion
- 3.6. The Cece & Juan Vignettes
4. Naz & Roz
- 4.5. The Naz & Roz Chronicles

John + Siena

1. Loyalty
2. Disgrace
- 2.5. John + Siena: Extendido

Andino + Haven

1. Duty
2. Vow
- 3.5. One Last Time

Renzo + Lucia

1. Privilege
2. Harbor
3. Contempt
4. Forever
- 4.5. Cusp

SWEET HEART BOOKS
The Guzzi Legacy

1. Corrado

2. Alessio

3. Chris

4. Beni

5. Bene

6. Marcus

Pink

1. Before

2. Pink

TERCERA GENERACION

Cross + Catherine

3.6. The Cece & John Vignettes

4. Naz & Roz

4.5. The Naz & Roz Chronicles

After Another

1. One Step After Another

2. One Breath After Another

3. One Second After Another

SWEET HEART BOOKS

SOBRE EL AUTOR

Bethany-Kris es una autora canadiense, amante de mucho, y madre de cuatro hijos pequeños, un gato y tres perros. Un pequeño pueblo en el este de Canadá donde nació y se crió es donde siempre ha llamado hogar. Con sus hijos bajo sus pies, un gato acurrucado, perros que ladran y un cónyuge que llama por encima de su hombro, casi siempre está escribiendo algo... cuando puede encontrar el tiempo.

Encuentra a Bethany-Kris en ella:

[WEBSITE](#)

[BLOG](#)

[FACEBOOK](#)

[TWITTER](#)

[INSTAGRAM](#)

[PINTEREST](#)

[GOODREADS](#)

Suscríbete al Newsletter de Bethany-Kris aquí: <http://eepurl.com/bf9lzD>.

SWEET HEART BOOKS
TRADUCIDO POR:



SWEET HEART BOOKS